IRENE MÁRMOL

LAS GRIETAS QUE NOS VIERON FLORECER



Las grietas que nos vieron florecer

Irene Mármol

Contenido

Página del título
1
2
3
La caja de recuerdos de
4
5
La caja de recuerdos de
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
Pesadillas (o recuerdos) de
16
17
18
19
20
21
22
La caja de recuerdos de
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34
35

36
37
38
39
40
41
42
43
44
45
46
47
48
49
50
51
52
53
54
55
56
La caja de recuerdos de
57
58
Terapia
Arizona
Arizona
Arizona
Aiden
Arizona
Sesión 1
Sesión 3
Sesión 4
Registro de emociones DE
Charles
Arizona
Sesión 7
Registro de emociones DE
Sesión 15
Registro de emociones de
Arizona
1
2
3
Epílogo
Agradecimientos

Acerca del autor
Libros de este autor

Las grietas que nos vieron florecer

Irene Mármol

1º Edición: noviembre, 2024

© 2024, Irene Mármol

© Diseño de cubierta: Paola Grande (@miss_littlebig)
© Ilustraciones: Paola Grande (@miss_littlebig)
Correción: Abril Camino (@abrilcamino)

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros), ni su incorporación a un sistema informático sin autorización previa y por escrito de los titulares del Copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal).

A Ana, Diego, Siena y Leo,
me alegráis la vida

Todos hemos querido huir alguna vez. Salir corriendo. Dejarlo todo atrás. Cerrar los ojos a la realidad y sentir que se aleja. Pensar que todo estará bien cuando nos encontremos lejos.

Lo que no nos cuentan es que huir es como un salto al vacío tras el que no sabes que encontrarás. A veces sale bien, y otras es una catástrofe.

Pienso constantemente en huir. Hasta que alguien me alarga la mano y me dice: «Vámonos, Arizona, vámonos lejos, empecemos de cero, encontrémonos». Entonces, me paralizo, me hago pequeña, me escondo. Niego con la cabeza y la sensación de que me falta el aire se hace cada vez más grande. Como una presión en el pecho que me recuerda que a los miedos hay que enfrentarse a la cara y nunca darles la espalda.

Y, a pesar de todo eso, huir sabe dulce, a libertad. O eso quiero creer cada vez que lo pienso. El corazón me late con fuerza y es por algo muy distinto al miedo.

Siempre imaginé que mi vida sería como un día de primavera en que sale el sol y el cielo es tan azul que hasta parece que brilla. En el que las flores, de todos los colores, se bambolean por una pequeña brisa. Siempre quise que mi vida fuera de tantos colores como las flores.

Sin embargo, ahí estaba el negro y sus tonalidades de grises ocupándolo todo, ocultando lo que en realidad importa.

Hasta que todo estalló.

Como un volcán en erupción que lo quema todo a su paso.

Nunca quise que eso pasara. Nadie quiere eso.

Pero un día descubres que las cosas no son como nos gustaría la mayor parte del tiempo y, en ocasiones, hay que tomar decisiones desagradables para dejar de huir de uno mismo.

MARCHITAR(SE)

Cuando las flores pierden el color y las hojas se caen,
una a una, hasta quedarse vacías.



1

ARIZONA

Observo la sucesión de coches que recorren las calles de Nueva York, uno detrás de otro. Los cuento para concentrarme en algo que no sean mis pensamientos. La sensación de ahogo que me aprieta el pecho ha empezado cuando estaban arreglándome y solo ha aumentado conforme pasaban los minutos.

El tráfico apenas se oye. Me siento en una especie de búnker, pero solo es un coche. Uno del que quiero abrir la puerta y lanzarme. Sin pensar en nada más. No importa que haya más coches en la calzada y me puedan atropellar, que estemos tan cerca de la acera que pueda golpear a algún peatón y hacerle daño; no me importa nada más que salir de aquí, tomar una decisión impulsiva.

Y no entiendo muy bien por qué no lo hago. Me pasa a menudo cuando estoy en un espacio pequeño con mi madre y sé que tendré unas cuantas horas por delante a su lado, pendiente de cada paso que dé.

Es una decisión absurda, impulsiva. Para algunos, incluso suicida. Como si no estimara mi vida, como si no le diera el valor que realmente tiene. No es eso; no tiene nada que ver. Tiene más que ver con la necesidad de huir, con la necesidad de, por una vez, tomar una decisión que dependa de mí.

Estoy tan perdida en mis pensamientos que me sobresalto con el tacto frío de la mano de mi madre.

—¿Qué pasa? —Mi tono es más borde de lo que quería.

—¿Qué te pasa a ti? Parece que te vayas a desmayar de un momento a otro.

A pesar de que la pregunta pueda parecer de preocupación, lo cierto es que sus gestos no muestran nada. Sus ojos inexpresivos me observan de la misma manera que lo hacen siempre.

—Nada. Solo estoy nerviosa.

—¿Nerviosa? Menuda absurdez. Has hecho esto demasiadas veces como para no estar acostumbrada.

Controlo mis gestos. No quiero que note la rabia que me da su sola presencia hoy.

—Si tú lo dices…

—No respondas así, ¿quieres? Estamos llegando, así que ve quitándote esos nervios y pon tu mejor sonrisa. —Se gira para mirar por la ventana y, sin mirarme de nuevo, continúa—: Saldré yo, como siempre, y, cuando te avise, sales. Tendrás que atender a varios medios, yo te iré guiando.

—Vale.

Sé a la perfección lo que tengo que hacer, a pesar de los nervios. He acudido a muchos

eventos en los últimos años como para conocer cómo funcionan. No es nada nuevo, aunque parece que a la que se le olvida es a ella, no a mí. Con su tono condescendiente. De la misma manera que se olvida de que ya no soy una niña a la que deba controlar y vigilar.

No quito la mirada de ella. No se vuelve en ningún momento y lo agradezco. Así puedo observarla con la rabia que me bulle por dentro. Ella es la mujer de hielo, inexpresiva hasta cuando se enfada. Solo sus ojos, si los observas con atención, te muestran sus cambios de humor. Nunca los verás brillar si no lleva varias copas de vino en el cuerpo o está intentando agradar a alguien que le interese. Nunca la verás mirarme con orgullo ni con cariño. Yo la miro constantemente con tristeza, rabia, decepción, pero ella no lo ve. Ella no me ve.

El coche ralentiza la velocidad, estaremos llegando. Mi madre se baja tan rápido que no estoy segura de que el coche haya parado del todo. Me fijo en las personas apostadas en la puerta. Fotógrafos, periodistas y la gente de la organización observan a mi madre bajar.

Busco el bolso para mirar el móvil. Quiero ver si me han escrito mis hermanos. Hoy debería estar en Wilmington, en el cumpleaños de mi padre; sin embargo, aquí estoy, en una gala a la que no tenía ganas de acudir y que sé que mi madre aceptó solo para que no pudiera celebrarlo con él. Para que no pudiera estar estos días disfrutando de la compañía de mi familia en el único lugar que ha sido hogar en algún momento.

La puerta se abre de nuevo y mi madre se asoma. En su mirada solo veo a mi representante, ni rastro de mi madre. Hace demasiado que no consigo verla cuando me mira. Empiezo a acostumbrarme y no creo que haya nada más triste que acostumbrarse a algo que duele. Cuántas cosas aceptamos de las personas que queremos, la mayoría sin darnos cuenta.

—¿Estás lista?

—Siempre lo estoy.

—No decías lo mismo hace unos minutos.

Ignoro su comentario y me acerco a la puerta. Cojo la mano que me ofrece y salgo. Entre dientes, para que nadie se dé cuenta, me da instrucciones de cómo quiere que pose y lo que espera de mí. Asiento con la cabeza en un gesto apenas perceptible, aunque en realidad no hago caso a sus palabras. Conozco de sobra lo que debo hacer, llevo años haciéndolo. Años posando ante una cámara, desde que mi madre me presentó con cinco años a una campaña de ropa para un supermercado. No tantos acudiendo a eventos de este calibre, pero sí los suficientes como para desenvolverme sin problemas.

Poso, atiendo a los medios y en ningún momento quito de mi cara la sonrisa. Una que, si se mira bien, no me llega a los ojos.

Dentro, los invitados agarran sus copas y hablan animados entre ellos. Demasiada gente con trajes lujosos, sonrisas falsas y ganas de demostrar al resto que son lo suficientemente importantes como para estar aquí.

Un camarero se acerca a mí, alargo la mano para coger una copa de champán y mi madre tarda dos segundos en darme un manotazo para que la deje.

—No puedes beber alcohol, aún no tienes veintiún años.

—Todo el mundo lleva una en la mano, no creo que nadie vaya a darse cuenta de que no tengo la edad.

—Solo una, y que te dure toda la noche.

Sin esperar respuesta, se aleja de mí y se dirige a un grupo que saluda en nuestra dirección. No consigo identificar quiénes son. No la sigo. Prefiero perderme entre la gente y mantener la distancia con ella durante toda la noche.

Me vuelvo hacia el camarero, que sigue ahí parado esperando a que coja la copa, le doy las

gracias y se aleja. Observo a mi alrededor mientras doy un trago. El sabor del champán no me encanta, pero me alivia la sequedad de la garganta.

Avanzo entre la gente. Busco alguna cara conocida hasta que doy con Helena. Se da cuenta de mi presencia mientras me acerco a ella, y me sonríe. Nos conocimos hace tres años, durante una sesión de fotos para Tommy Hilfiger. Me sorprendió que, a pesar de su experiencia, fuera amable, cálida y divertida. No es algo con lo que suela toparme. Hemos coincidido en varias ocasiones después y en todas ellas no ha parado de hablarme, de hacerme reír. Con ella disfruto de las sesiones; las hace distendidas, amenas. Trabajar con ella no solo me aporta su experiencia, sino que además me hace darme cuenta de por qué me gusta tanto este trabajo. No somos amigas, pero es una buena compañera. Es la única con la que hablo fuera del trabajo y mantengo el contacto. No hablamos todos los días ni todas las semanas, pero de vez en cuando nos escribimos para saber cómo estamos y ponernos al día.

Nunca he tenido el tiempo suficiente para congeniar con mis compañeras. Con mi madre pegada a mí y su constante recordatorio sobre que el trabajo es trabajo y no se va a él a hacer amigos, ha sido difícil entablar amistades. Si no fuera porque Helena es extrovertida y tan amigable, tampoco habría creado ese pequeño vínculo con ella.

Me fijo en las chicas con las que habla; no las conozco. Parecen muy jóvenes. Quizás no tengan muchos años menos que yo; sin embargo, se las nota cohibidas. Oigo como Helena se disculpa con ellas para acotar la poca distancia que nos separa y abrazarme.

Le correspondo el abrazo en cuanto la sorpresa desaparece. No es que suelan abrazarme muchas personas. Solo unas pocas lo hacen sin que me sienta incómoda, y ninguna de ellas es mi madre. Hace tanto que no me da uno que se me ha olvidado cuándo fue la última vez.

—¡Cuánto tiempo! ¿Cómo estás? —me pregunta.

—Muchísimo, puede que haga un año que no nos vemos. —Ignoro su pregunta a conciencia.

—Es posible, a veces pierdo la noción del tiempo. Es como si los eventos, las campañas y el trabajo en general me absorbieran. —Me aleja de ella y me observa—. Pero mírate, cada día más guapa.

—Estoy como siempre. La que está increíble eres tú; ese corte te favorece muchísimo. —Nunca la he visto con el pelo de otro color que no fuera castaño y largo. Ahora lo lleva por los hombros y negro azabache. El cambio acentúa más su piel clara y sus rasgos—. ¿Has venido sola?

—No, he venido con las dos chicas con las que me has visto hablar. Estamos juntas en la agencia. Han empezado hace poco y van un poco perdidas.

—Es normal, todas nos sentimos así cuando empezamos.

—Sí, además, ya sabes cómo es este mundo. ¿Y tú? ¿Has venido con Sharon?

—¿Con quién si no? —Una risa forzada sale de mi garganta. Helena no me conoce como para saber mis circunstancias, ni es algo de lo que suela hablar con cualquiera, pero ha estado el tiempo suficiente a mi lado como para saber que mi madre gestiona mi carrera. Lo que no sabe es que también intenta, y en la mayoría de las ocasiones lo consigue, controlar toda mi vida.

—No sé para qué pregunto, es como tu sombra.

—Por desgracia, sí… —La busco con la mirada y la veo entretenida hablando con un grupo distinto al que la había dejado al principio. Habla de forma animada con varios hombres a los que no conozco—. Al menos, me suele dejar en paz una vez dentro del evento. Es mucho más interesante hacer contactos.

O encontrar a alguien al que meter en su cama.

—Y de esa forma puedes pasar este rato conmigo y que nos pongamos al día. Estoy segura de que tienes mucho que contarme.

Pasamos un largo rato charlando de cosas triviales. Ella me comenta algunos cotilleos de los que se ha enterado y yo, una vez más, me sorprendo de todo lo que habla y lo mucho que me alegra su presencia. Mi madre rompe el ambiente cuando se acerca para presentarme a varias personas a las que no conozco de nada. Una sonrisa forzada es todo lo que me sale. Le pido perdón con la mirada a Helena. Niega con la cabeza y me da un apretón en la mano antes de alejarse.

Reprimo la incomodidad mientras mi madre habla sin parar y el resto la escuchamos. Cuando empieza a hablar del trabajo que le ha costado construir mi carrera, pongo la mente en piloto automático para que sus palabras no me hagan más daño del que ya me hace en el día a día. Me duele que crea que todo lo que soy lo ha construido ella. No digo que no me ayudara al principio, pero es indudable que he trabajado muy duro para estar donde estoy y, con el tiempo, mi nombre ha sido el que le ha abierto el resto de puertas a las que ha llamado, y no al revés.

Paso el resto de la noche disimulando que me interesa la conversación, aunque mi mente está muy lejos de ahí.

Cuando, a las dos de la mañana, llegamos a casa, me quito los tacones al cruzar la puerta y gimo de placer.

—Qué exagerada eres.

—Si tú lo dices… —Ignoro su tono borde y la recriminación de su mirada.

—Tengo más años que tú y no me verás quejarme.

Quiero decirle que sus pies están tan insensibilizados como ella, pero solo le doy las buenas noches. No me apetece discutir. Es tarde y tengo suficiente con la presión en el pecho que no se va como para acabar el día discutiendo con ella.

Espero su respuesta parada en medio del salón. La veo desaparecer en su habitación y cerrar la puerta. Quizá no me ha escuchado.

Descalza, me encamino hacia mi habitación. Estoy deseando ponerme el pijama, meterme en la cama y ponerme una serie cualquiera hasta quedarme dormida. Me quito el vestido con cuidado y lo cuelgo en el maniquí que tengo en el vestidor para ocasiones como esta. En el baño, me limpio la cara para eliminar el maquillaje lo mejor que puedo, aunque soy consciente de que no me libraré de la máscara de pestañas hasta dentro de unos días. Odio maquillarme demasiado, pero es lo que hay. Con mi pijama estampado de perros salchicha, suave y calentito, me meto en la cama. Echo un vistazo a las notificaciones del móvil. Suelo silenciarlo cuando tengo eventos. Mis hermanos me han enviado algunas fotos con mi padre. Una sensación de tristeza me embarga. Ojalá pudiera estar con ellos en estos momentos y no sola en esta habitación que nunca he sentido como un hogar, a pesar de que lo he intentado con todas mis fuerzas. Incluso Harper pintó en el enchufe de al lado de la puerta las mismas flores que también tengo en la habitación de Wilmington para que me sintiera como si estuviera allí. Las miro y se me pasa parte de la tristeza, pero no dejo de sentir que este no es mi lugar. Respondo escueta pero alegre. A pesar de todo, quiero creer que tenerlos a ellos es suficiente.

Me centro en la otra conversación. Es de Gala.

Gala
Nena, ¿estás despierta?

Hace solo cinco minutos que me ha escrito. Sonrío. Porque solo ella puede estar tan pendiente como para saber sobre qué hora es probable que llegue en casa.

Arizona
Acabo de meterme en la cama.
¿Qué haces despierta?

Gala
No puedo dormirme.
Necesito un favor enorme.
Te diría que, si me lo haces, nunca te pediré nada más,
pero es mentira, voy a seguir pidiéndote favores.

Arizona
Jajajajajajaja.
Sabes que no sé decirte que no.

Gala
No estoy tan segura.

Arizona
Me estás dando miedo.
Suéltalo.

Gala
Vale, pero primero léelo todo tranquila
y luego respondes, ¿vale?

Arizona
Ahora sí que me estás dando miedo…

Gala
Estoy con un videoclip, ya lo sabes,
por eso vamos a cenar juntas en unos días
porque sabes que no puedo venir a la ciudad y no achucharte.

Arizona
No me hagas la pelota y ve al grano.

Gala
La cosa es que la actriz que tenía que participar nos ha dejado tirados en el último momento y te juro que he llamado a todas las personas que podían sustituirla, pero nadie puede. Y necesito que me hagas el favor de hacerlo tú. Sé que no eres actriz y que a tu madre no va a hacerle gracia, pero… TE NECESITO.

Arizona
¿Estás loca? Ni de coña.
Mi madre me mata.

Gala
Por favor, Ari, eres la única que puede ayudarme.
Tienes conocimientos de baile,
sabes lo que es ponerse delante de una cámara y eres rubia.

No puedo creerme que me esté pidiendo esto. Haría cualquier cosa por ella, de verdad. Es, junto a mis hermanos, la persona más importante que tengo. La quiero tanto como a ellos. Pero si mi madre se entera… no sé qué pasará. Por contrato, no puedo hacer nada fuera de lo establecido, mucho menos algo que no esté negociado por ella y con un contrato de por medio. Mucho menos aún un videoclip de a saber quién. Y muchísimo menos si está relacionado con Gala.

Arizona

No puedo, Lala, mi madre me mata.

Gala
No va a enterarse.

Arizona
Estás hablando de un videoclip que
se estrenará mundialmente, claro que se va a enterar.

Gala
Tampoco es taaan conocido…

Arizona
¿Van a subirlo a YouTube?

Gala
Sí, claro.

Arizona
Entonces cualquiera podría verlo…
Así que no, hazlo tú.

Gala
No puedo, tiene que ser rubia
y yo tengo de rubia lo que yo te diga.

Arizona
Ponte una peluca.

Gala
Estoy desesperada, te juro que, si no, no te lo pediría.
Haré por ti lo que necesites cuando tú quieras y en cualquier momento.
POR FAVOR.
POR FAVOR.

Arizona
Joder…
Si mi madre me mata, resucitaré para matarte.

Gala
¿Eso es que sí?

Arizona
Eso es que ahora mismo te odio demasiado
por no ser capaz de decirte que no.

Gala
Te juro que nadie se va a enterar.
Haré lo posible para que en la mayoría de los planos no se te vea la cara, lo juro.
Ay, Dios, gracias, eres la mejor.

Arizona
Ya, claro… Me debes muchas tortitas.

Gala
Todas las que quieras, mi amor.
Te veo mañana.
Paso a por ti sobre las 11 y vamos juntas.

Arizona
Vale.
¿Me prometes que harás todo

para que no se vea que soy yo?

Gala
Te lo prometo, de verdad.
Mañana no desayunes, lo llevo yo.

Arizona
No esperaba menos.
Eres mi excusa para tomar calorías vacías.

Gala
Ignora a tu madre, no sabe lo que dice.

Arizona
El problema es que lo sabe.

Gala
Ignórala igualmente.
Mañana te veo, necesito descansar
y tú también, que te quiero descansada.

Arizona
Estoy reventada, para qué engañarnos.
Mañana tráeme dosis doble de café.

Gala
Promise you.
Buenas noches, *my love*.

Arizona
Descansa.
Me muero por abrazarte.

Antes de bloquear el móvil y apoyarlo en la mesita, ya me estoy arrepintiendo de haber aceptado, pero no puedo decirle que no. Gala haría cualquier cosa por mí, sin importar lo que esa acción implique. Es posible que me ayudara a deshacerme de un cadáver si hiciera falta. Sé que se encargará de que mi cara no se aprecie. Quizá tenga razón y no sea tan conocido como para que el vídeo se haga viral. No importa, en realidad, porque la voy a ayudar de todos modos.

En estas ocasiones, me planteo si merece la pena seguir en esta situación con mi madre. Pero, cuando pienso en alejarme de todo esto, de poner fin a nuestro contrato profesional, una mano invisible me paraliza por dentro y me obliga a quedarme un rato más. Un rato que parece no acabar nunca y me hace pensar si será eterno. Y eterno suena tan lejano…

2

AIDEN



—Joder… —murmuro.

—¿Qué pasa? —pregunta mi hermano sin quitar la mirada de la pantalla.

Llevamos jugando a la Play desde que ha llegado del trabajo. Parecía agotado cuando se ha dejado caer en la encimera de la cocina. Le he preguntado si estaba bien y solo ha negado con la cabeza y me ha pedido que hiciéramos cualquier cosa que lo ayudara a poner la cabeza en modo avión.

—Al final, mañana sí tengo que trabajar. —Le muestro el mensaje de Gala para que lo lea.

—Guay, ¿no?

—Sí, aunque me había hecho a la idea de que mañana no trabajaba e iba a poder dormir hasta tarde.

—Bueno, piensa que así ganas pasta. Además, va a estar Gala. —Eleva las cejas varias veces. Es idiota. Lo golpeo en el hombro de broma—. Auch. Haces daño.

—No seas fantasma.

—¿Crees que podrías presentármela? —Pone en pausa la partida y me mira con cara de no haber roto un plato en su vida.

—Sabes de sobra que tiene pareja.

—¿Y? No soy celoso.

Mi hermano siendo mi hermano… Ignoro su comentario e inicio la partida de nuevo. Se ríe y seguimos jugando.

Conocí a Gala hace varios años, cuando trabajamos juntos en otro videoclip en el que también era la coreógrafa. Recuerdo escucharla hablar por primera vez y pensar que tenía algo especial. No sé si fue su energía, su cercanía o ese brillo que parecía desprender. A los dos días, teníamos tanta confianza el uno con el otro como con personas a las que conocíamos desde hacía años. Desde entonces, a pesar de los kilómetros que nos separan, hemos mantenido la relación y siempre que puede me llama para trabajar conmigo, como en este videoclip.

—Oye, sabes que iba de broma, ¿no? ¿No te habrá molestado?

—¿Qué? ¿Por qué iba a molestarme?

—No sé, sois amigos, quizás no te ha hecho gracia el comentario…

—No me ha molestado. —Esta vez paro yo el juego y lo miro—. ¿Estás bien?

—Sí, ¿por?

—No sé, Mike, te noto raro. —Mi hermano no es de los que se preocupa por si algo me molesta. Nos conocemos tanto que ambos sabemos cuándo bromeamos y cuándo vamos en serio. Incluso con una mirada somos capaces de tener una conversación sin que nadie se dé cuenta.

—Estoy cansado de tanto trabajo, estamos hasta arriba.

—Ya imagino, para que hayas llegado tan tarde.

—Buf, no me hables. Encima, he tenido que soportar a un cliente hablando dos horas sobre sí mismo y sobre su empresa. Pero no hablemos de trabajo, vamos a continuar la partida.

Cojo de nuevo el teléfono para responder a Gala y me fijo en que es tardísimo.

—Mike, son las dos de la mañana, creo que deberíamos irnos a dormir.

—¿Ya? Joder… Mañana me voy a querer morir en el trabajo.

—Como cada día.

Lo veo revolverse el pelo. Sale de la partida y apaga la consola y la tele. Lo observo; cada día parece más cansado. Nunca se le han marcado las ojeras como ahora.

—En fin, vamos a dormir. Buenas noches, hermanito.

—Buenas noches, Mike.

Lo veo alejarse y perderse por el pasillo del piso que compartimos. Sé que le pasa algo más allá de que tiene mucho trabajo. No tengo ni idea de qué es y sé que, si le insisto, se cerrará más en banda. Cuando quiera o esté listo para hablar conmigo, aquí estaré esperándolo.

Miro la mesa baja del salón, es un caos La recojo antes de meterme en la cama; si no, mañana, cuando me levante, seguirá así y, cuando vuelva de trabajar, también. Mike es un verdadero desastre en casa. Si espero que lo recoja él, a lo mejor le salen hongos.

Me tumbo de lado en la cama y me quedo mirando la ciudad. Desde nuestro apartamento, apenas se ve nada interesante. En una ciudad de rascacielos, desde un cuarto en una calle cualquiera de Brooklyn, lo único que puedes ver son las ventanas de los vecinos de enfrente. De pequeño me gustaba jugar con mi hermana Maddy a inventarme las vidas de los desconocidos. Sigo haciéndolo en esos días en los que me cuesta conciliar el sueño. Es una manera de poner la cabeza en blanco sin llegar a hacerlo. Al menos, pienso en cualquier cosa sin importancia, para olvidarme de las que sí la tienen. Esta es de esas noches en las que necesito imaginarme la vida de mi vecina de enfrente para conseguir dormirme.

Entre pensamiento y pensamiento, me viene a la cabeza quién será la persona que ha conseguido Gala con tan poco tiempo. La actriz que iba a hacerlo nos ha dejado tirados después de varios días ensayando. Se notaba que ninguno de los dos nos sentíamos cómodos con el otro, pero no es suficiente motivo como para que de un día para otro comunique que deja el proyecto. No tengo ni idea de qué habrá pasado por su cabeza para tomar la decisión; solo espero que sea más fácil con quien vaya a sustituirla.



Cuando suena el despertador al día siguiente, lo apago de inmediato y me tapo con la almohada los ojos. La luz que entra por la ventana me deslumbra; anoche no cerré las cortinas. Suelo olvidarme la mayoría de los días. Prefiero ver lo que me rodea, observarlo. Me gusta que entre la luz de la calle por las noches y el juego de sombras que hace en la habitación. Me gusta sentir

que no estoy enjaulado entre cuatro paredes y que, si abro la ventana, la vida está cerca. Me he acostumbrado a dormir así y no suele despertarme, solo cuando algo me inquieta.

Me levanto a regañadientes, me meto en la ducha y, media hora más tarde, estoy vestido y con un café en la mano. Mi hermano hace unas horas que se ha marchado al trabajo. Le escribo un mensaje para preguntarle cómo lleva la mañana. Me acerco a uno de los sofás grises que tenemos en el comedor y me dejo caer. Según el reloj de encima de la chimenea, me quedan diez minutos para salir si no quiero llegar tarde. Y no quiero hacerlo, porque Gala odia la impuntualidad. Además, estoy nervioso. Tengo ganas de ver a la nueva actriz.

Mi hermano me responde cuando estoy llegando al local donde ensayamos.

Mike
En la mierda, así estoy.

Su mensaje me hace soltar una carcajada, aunque es la risa de otras dos personas la que me hace levantar la vista del móvil. En la puerta del estudio hay dos chicas, una morena y otra rubia, paradas, riendo. Una de ellas es Gala e imagino que quien la acompaña debe de ser la chica que se ha unido al equipo.

Comparada con Gala es alta, muy alta. Incluso con mi estatura, no creo que le saque más de diez centímetros. Tiene unas facciones muy dulces, labios gruesos, nariz redonda y pequeña, y ojos claros. No consigo distinguir bien su color desde donde estoy, pero son claros. Es guapísima, una belleza de esas que no puedes parar de mirar. Cuanto más la miro, más me suena, como si la conociera de algo. Ninguna de las dos se da cuenta de que me acerco.

—¿Qué es eso tan divertido para que no paréis de reíros? —les pregunto cuando llego a su altura.

Ambas se sobresaltan y se giran para mirarme. Gala me sonríe al darse cuenta de que soy yo; la otra chica cambia su expresión y me mira inexpresiva. Me echa un vistazo de arriba abajo.

—¿Nadie te ha dicho nunca que es feo entrometerse en conversaciones ajenas? —comenta Gala mientras me abraza.

—Algo he oído, pero la curiosidad siempre ha sido más fuerte.

—La curiosidad mató al gato, pequeño Aiden.

—Tienes razón. No en lo de pequeño, pero sí en lo de la curiosidad. Hola, pequeña Gala.

Se ríe con mi comentario y se suelta de nuestro abrazo. Mi mirada se centra de nuevo en la chica rubia, que no nos quita la vista de encima. Ahora que la tengo más cerca, veo que sus ojos son de un tono azul un poco grisáceo. No consigo apartar la mirada de ella, ni ella de mí. Siento que está valorándome, intentando ubicar quién soy. Gala nos mira a ambos y su sonrisa se ensancha.

—Aiden, esta es Arizona, tu nueva compi. Arizona, este es Aiden, el otro actor protagonista.

Abro los ojos al oír su nombre. Joder, ¿cómo no me iba a sonar? Su cara la he visto muchísimas veces en anuncios de moda y de otro tipo de marcas. Mi hermano va a alucinar; siempre bromea con que es su amor platónico. Si la viera en persona, le fliparía más; no le hacen justicia las fotos. Tiene una belleza natural de esas que la vida le concede a solo unos pocos mientras el resto nos planteamos lo maravillosa que es la genética cuando quiere.

—Encantado. —Alargo la mano.

—Igualmente.

Coge mi mano sin apretarla demasiado y la suelta enseguida. Su expresión sigue mostrando desconfianza, aunque intenta parecer inmutable, mientras yo sonrío como un tonto ante su

actitud. Gala nos sigue observando con cara de curiosidad. Es demasiado expresiva y todo lo que piensa lo transmite si la observas bien. Una vez le pregunté si la cara que estaba poniendo reflejaba en realidad lo que estaba pensando y me respondió que por desgracia sí, que no sabía controlar sus expresiones.

Me gusta eso de ella. Aunque piense que es un problema, la hace transparente. Lo que muestra es lo que es. Me gusta comprender a las personas, saber qué piensan, qué sienten. Me gusta saber qué es eso que escondemos en el fondo. Eso que muchas veces no es bonito, pero que nos hacer ser quienes somos, con nuestras luces y sombras.

—Vamos, chicos, tenemos mucho trabajo por delante.

Gala interrumpe esta guerra de miradas. Abre la puerta del estudio y entramos detrás. Cada uno nos dirigimos a nuestro vestuario para ponernos ropa cómoda para ensayar. Aprovecho que estoy solo para escribir por el grupo que tengo con mis hermanos.

Aiden
No os vais a creer con quién estoy.

Mike
¿Con la buenorra de tu amiga?

Aiden
Cuánta envidia, eh.

Mike
Ni te la imaginas…

Aiden
Quien no se imagina con quién estoy eres tú.

Mike
¿Me lo vas a decir o tengo que rogarte?
Mi jefe me está mirando mal.

Aiden
¿Por qué?

Mike
Porque estoy con el móvil, idiota.

Aiden
Jajajajajaja.
Me encanta hacerte sufrir.

Maddy
Sois lo peor, me habéis hecho sacar el móvil
mientras mis alumnos hacen los deberes…
Y dejad de comportaros como si tuvierais seis años…

Mike
¿Ves lo que nos haces? Los dos a punto de ser despedidos…

Maddy
Habla por ti…

Mike
Se me había olvidado que tu jefe es tu marido.

Maddy
Aiden tiene razón, cuánta envidia huelo por aquí…

Aiden
Venga, dejo de ser malo.

Estoy con Arizona Cooper.

Mike
¿Estás de coña?
Maddy
¿La modelo ultraguapa que veo cada vez que cojo el bus?

Aiden
La misma.

Mike
Hostia, tío… pero ¿cómo lo haces?
Primero Gala, ahora conoces a esa DIOSA.
Maddy
Buff, me gusta hasta a mí…
Mike
Creo que Aiden nos ha dejado tirados.

Aiden
Aún no, pero es divertido leer vuestros comentarios.
Os cuento cuando llegue a casa.

Maddy
Exijo videollamada…
No es justo que Mike vaya a enterarse en primera persona.

Aiden
Lo prometo,
al llegar hacemos una los tres.

Guardo el móvil en el bolsillo del abrigo y meto las cosas en la taquilla antes de que Gala aparezca por la puerta y me riña por tardar más de lo necesario. Me miro al espejo, estoy nervioso. Ya lo estaba esta mañana cuando me he despertado, pero al ver con quién voy a trabajar los nervios han aumentado. Respiro hondo una última vez y me encamino hacia la sala donde está el resto del equipo. Al entrar, veo que Gala ha cambiado su cara de amiga a la de trabajo y habla con Arizona seria.

Reconozco al momento cuando va a ser un día duro. Toca empezar de nuevo después de varios días trabajando con otra persona, y con mucho menos tiempo para que todo salga bien. Los plazos son los que son y tenemos que adaptarnos a ellos. Sé que Gala está nerviosa, aunque intente disimularlo. Ayer estaba a punto de llorar cuando no apareció y tuvimos que cancelar el ensayo para que se pusiera a buscar a alguien que la sustituyera. Al menos, Arizona estará acostumbrada a ponerse delante de una cámara y al trabajo duro. El mundo del modelaje no es nada fácil.

—Sé que nunca has actuado ante una cámara, más que en algunos anuncios, y en ellos estabas solo tú, no tenías que interactuar con nadie más. Además, las escenas son un poco más íntimas, pero sé que lo harás genial.

—No me pongas más nerviosa. Aún estoy planteándome si matarte o salir corriendo, así que explícame qué tengo que hacer antes de que me decida por alguna de las dos opciones.

Contengo una carcajada al oír ese comentario. Es indudable que tienen mucha confianza la una con la otra. No solo por cómo se hablan, sino por cómo se miran.

—Aiden, acércate, no mordemos —dice Gala.

Me he acercado con disimulo para coger una botella de agua y, de paso, intentar escuchar de qué hablaban, pero me he quedado algo apartado. Soy una persona curiosa, mucho. Tengo

curiosidad por saber cómo dos personas de mundos tan distintos, de países distintos, han acabado siendo amigas. O eso es lo que creo que son, aunque supongo que el resto se preguntarán lo mismo de Gala y de mí.

—No estoy segura de eso —murmura Arizona, pero lo oímos y ninguno puede contener la risa. Gala la riñe—. Joder, Lala, me va a salir moratón.

Sí, definitivamente tienen mucha confianza si la llama por un mote.

—Pues no digas tonterías. —Arizona enarca las cejas—. Lo siento, ¿vale? Estoy nerviosa. Tenemos solo dos días para hacer que esto funcione y salga todo adelante. Si no, tendré que llamar para decir que tenemos que retrasarlo todo o incluso cancelarlo, y puede que mi cabeza ruede.

—Dudo que eso vaya a ocurrir, pero tranquila, todo va a ir genial. Haremos que funcione, ¿verdad? —Le doy un apretón en el hombro.

—Por supuesto. —Se acerca y la abraza—. Yo también lo siento, Lala, para mí esto es nuevo y estoy tan nerviosa como tú o más. Todo va a salir bien, te lo prometo.

—Gracias, a los dos. Ahora, a trabajar.

Gala le explica de qué va la canción, cuál es su papel y, con mi ayuda, empezamos a mostrarle las diferentes tomas. La esencia de la canción son dos personas que se conocen y pasan una noche increíble, pero ella desaparece y, a los meses, se reencuentran.

Coge la idea enseguida. Todo parece encajar, se aprende rápido la pequeña coreografía que forma parte de la canción y no nos cuesta adaptarnos el uno al otro. Me está resultando más fácil con ella que con la otra chica, que, sin embargo, sí era actriz.

No esperaba que fuera tan fácil. Hay algo en Arizona que me hace sentirme cómodo. Hemos conectado enseguida, casi sin esfuerzo. En la actuación, aunque se represente un papel, influyen mucho las personas con las que trabajas, y sentirte cómodo con alguien es uno de los aspectos más importantes. Más cuando tienes que transmitir tanto en muy poco tiempo y dar a entender que estamos enamorados. Desde que hemos empezado, cuando nos miramos, siento como si de verdad fuéramos los protagonistas de la canción y no dos desconocidos que no llevan más de tres horas trabajando juntos.

Gala se tranquiliza conforme avanzamos y se da cuenta de que las cosas van saliendo sin necesidad de repetirlo muchas veces. Es una profesional increíble, pero, como ella misma me confesó una vez, la paciencia sigue siendo uno de los aspectos en los que debe trabajar. Lo comprendo. El mundo de la música, la danza, el cine… en realidad, en cualquier mundo, sobre todo en el artístico, el tiempo es algo importante para conseguir buenos resultados. No siempre damos con personas que conectan con nosotros o a las que les gusta nuestro sistema de trabajo. Por eso sé la importancia que tiene trabajar con gente con la que te sientes cómoda y Gala, en este momento, con nosotros dos, se nota que se siente a gusto.

Todo va fenomenal hasta que llegamos a la escena en que la que tenemos que besarnos.

—Estás de coña, ¿no? —dice Gala.

3



No. No. No. Eso sí que no. No pienso besarlo. No es por él, no tiene nada de malo. Al revés. Es atractivo, mucho, con esa sonrisa que dan ganas de devolvérsela y esos ojos que parecen cambiar de color según les da la luz; a veces me parecen azules, otras más verdosos, otras grises. No es guapísimo, pero su presencia, su altura, lo que me transmite cuando nos miramos, cómo me trata a mí y al resto de compañeros, me hacen sentirme bien mientras trabajo con él. Eso no cambia que pueda besarme. Ni él ni nadie. Bastante que estoy aquí sin que mi madre lo sepa, que haya tenido que rogarle a Gala que hable con producción para que mi cara apenas se perciba, como para que ahora vayamos a besarnos. Si esto se filtra a la prensa, mi madre me mata.

La inquietud que se había ido diluyendo al empezar a trabajar ha vuelto más intensa que antes. No puedo hacer esto. No debería haberle dicho que sí a Gala.

Me fijo en cómo frunce el ceño Aiden después de mis palabras. Joder, no quiero que se sienta mal, en serio.

—No es nada personal, Aiden, de verdad. Es solo que no quiero salir en la sección de sucesos del periódico porque han encontrado mi cuerpo tirado en Central Park.

—Eres una exagerada. Tu madre no va a enterarse y producción ya tiene instrucciones claras de que no se aprecie tu cara. —Gala no hace más que tocarse el pelo. Se ha hecho una coleta, se la ha quitado, ahora se hace rulitos. El tema la pone nerviosa y me fastidia. Estoy cansada de vivir limitada, pero de momento es lo que hay—. Vamos a hacer una cosa. —La miro para animarla a continuar—. Ensayamos la escena, la grabamos y la ves. Si sigue sin encajarte, la quitamos.

Suspiro. Me acerco a la mesa donde hemos dejado las botellas de agua y bebo un trago. Apoyo el culo en el borde y la vuelvo a mirar.

—Sabes que ese no es el problema. A mí la escena no me importa, lo que me importan son las implicaciones que puede tener.

—*Porfa*, Ari. Solo probamos y, si luego te parece que es demasiado comprometida, la eliminamos.

Quiero odiarla. Sabe perfectamente que voy a acabar aceptando; por eso insiste. Aiden se ha quedado un poco rezagado, como si sobrara en esta conversación. Nos mira sin comprender nada.

—Si la veo y no me gusta, se elimina. —La amenazo con el dedo.

—Palabrita —lo dice con la mano levantada como si estuviera jurando. No puedo evitar que me salga una pequeña sonrisa.

La echaba de menos, a pesar de que ahora sienta que es como un grano en el culo. Solo hay tres personas en este mundo por las que iría a la luna si hiciera falta: mi hermana Harper, mi hermano Jayden y Gala, que es como si fuera mi tercera hermana. Y, de los tres, nadie me entiende como ella. Aunque haya meses y meses en que no nos vemos, o incluso cuando hay momentos, como este, en los que la odie, es mi persona. Nadie, nunca, ha sabido mirarme y entender qué es lo que me pasa hasta con una pantalla de por medio. Solo ella. Nos conocemos tanto que sabe cuándo puede decirme las cosas, aunque me duelan, y cuándo tiene que guardárselo para ella porque aún no es el momento y solo me cerraré en banda.

—Ari, ¿te parece bien? —La miro desconcertada. Me he perdido en mis pensamientos y no he escuchado nada de lo que estaban hablando. Ella se da cuenta antes de que diga nada—. Proponía poner la canción para ir ensayando, creo que la idea la has pillado, ¿no?

—Sí, sí. Me parece buena idea.

Dejo la botella de agua y me acerco a donde se ha colocado Aiden. Su mirada me sigue en cada movimiento; no la aparta. Lo observo durante unos segundos, pero no tardo en girar la cabeza. Cada vez que me mira, siento que puede ver a través de mí de alguna manera, igual que me pasó cuando conocí a Gala. Como si hubiera encontrado alguna grieta en el muro que he construido para que el mundo solo vea lo que yo quiero y pudiera ver más allá. Dentro de mí.

La música empieza a sonar y me concentro en el ritmo. Las indicaciones de Gala se oyen por encima de la música. No decimos nada, solo asentimos con la cabeza y vamos moviéndonos conforme la canción avanza. Los primeros intentos son desastrosos, hasta que cogemos los tiempos y nos acoplamos al otro. No tardamos mucho en conseguirlo y avanzar.

Estoy acostumbrada a trabajar con muchos tipos de personas, muchas que no me gustan. Incluso a veces me veo obligada a aceptar cosas en las que no me siento reflejada, pero no tengo otra opción, porque con mi madre las cosas funcionan así la mayor parte del tiempo. El trabajo, muchas veces, no es bonito y conlleva eso: que hay cosas que te gustarán y otras que no. Uno tiene que saber cuándo debe parar y cuándo debe aguantar un poco más. Pero aquí no ocurre ninguna de esas situaciones, sino que cada minuto que pasa me siento más cómoda. Quiero pensar que es por la presencia de Gala, que siempre me calma, y que Aiden no tiene nada que ver con todo esto. O, al menos, solo una parte pequeña, porque es indudable que una parte sí tiene que ver con él. Aun así, no consigo avanzar en la escena del beso. Me bloqueo y me aparto.

El día se me pasa tan rápido que tengo que mirar varias veces la pantalla del móvil cuando Gala da por finalizado el ensayo. Faltan unos minutos para que den las ocho de la tarde. Ha pasado en un suspiro.

Tengo tantas notificaciones que es imposible que me dé tiempo a leer y responder a todas. Reviso por si hubiera alguna de mi madre. Nada. Ni siquiera me habrá echado de menos.

—¿Todo bien? —me pregunta Gala en un tono lo más bajo posible para que solo la oiga yo.

—Sí. Lo de siempre. —Por la mueca que hace, comprende a qué me refiero. Son muchos años siendo amigas—. ¿Vamos a cenar algo antes de irnos a casa?

—Claro, ¿qué te apetece?

—¿Japo?

—Por favor, sí. ¿Vamos a tu sitio favorito?

—Obvio. Además, como es jueves, no habrá mucha gente.

—Perfe, voy al baño un momento y nos vamos, ¿vale?

—Claro, te espero en la puerta.

Ya es de noche cuando salgo. Me apoyo en la pared. No me gusta salir de trabajar de noche. Tengo la sensación de que el día ha acabado y es hora de meterse en la cama. Me gusta la luz del

sol, me da energía y ganas de aprovechar el tiempo. No me gustan los días cortos; menos mal que ya estamos en primavera y los días se alargan, todo vuelve a florecer y ya no hace tanto frío.

Aiden sale mirando el móvil; ríe tan distraído que está a punto de chocarse conmigo. Para a solo unos centímetros de mí.

—Hostia, perdona. —Su cara de apuro me hace sonreír.

—¿Qué es tan divertido? —pregunto.

—Pensaba que era de mala educación entrometerse en las conversaciones ajenas. —Su sonrisa se amplía.

—Toda la razón.

Se queda parado allí y me mira de nuevo de esa manera en la que siento que puede ver más allá. No aparto la mirada. Algo me hace ser valiente con él. Entiendo que no me va a decir por qué se reía. No sé por qué he preguntado. Hoy no me entiendo demasiado bien.

—¿Esperas a alguien?

—A Gala. Vamos a ir a cenar por ahí.

—Guay. ¿Os conocéis hace mucho?

—Desde hace diez años.

—Ostras, sí que hace.

—¿Y tú?

—Desde hace cuatro o así, no lo tengo muy claro. Soy malísimo con las fechas y el paso del tiempo. Fue antes de la pandemia, eso seguro.

—Sin embargo, a mí se me dan genial. —No consigo contener las palabras y me arrepiento en cuanto salen.

—¿El qué?

—Las fechas.

—Una chica con suerte, tienes buena memoria.

—No sé si es una suerte.

—Quiero pensar que sí.

Esta conversación está siendo extraña. De esas que fuerzas un poco para que surjan, pero al mismo tiempo no quieres dejar de tener, de las que no quieres que acaben.

Antes de que ninguno diga nada más, Gala baja las escaleras dando saltitos, como siempre, aunque tenga casi treinta años. Nos mira a ambos. No sé qué ve, pero sé que ve algo que no va a compartir con ninguno de los dos. Ella se da cuenta de todo; es una especie de don que la vida le ha regalado.

—¿Nos vamos? —me pregunta.

—Claro. Hasta mañana —me despido de Aiden con la mano.

—Hasta luego, chicas.

Agarro a Gala del brazo para que nos alejemos de allí. Andamos un rato de esa manera, relajadas y muy juntas, hasta que Gala rompe el silencio.

—¿De qué hablabais? —Noto la curiosidad implícita en la pregunta.

—Me ha preguntado desde cuándo nos conocemos.

—¿Solo eso? Parecía que interrumpía algo interesante cuando he salido.

—Qué va, al revés. Empezaba a hacerse un silencio incómodo.

—No me ha dado esa sensación. De hecho, creo que se os ha dado muy bien el día. Esperaba que fuera más difícil.

—Porque eres una exagerada y siempre te pones en lo peor. —No quiero reconocer que yo también lo pensaba.

—Sí, eso es verdad. Pero en este caso era lo normal. No me malinterpretes, has hecho muchos vídeos comerciales, pero nunca has actuado en esta línea, te cuesta sentirte cómoda con otras personas y tenemos muy poco tiempo para que salga bien. —Espera a que diga algo, pero no sé qué decir—. Cuando he visto que enseguida lo pillabas y la afinidad que teníais, he pensado que hasta hemos ganado al cambiar de actriz.

—Eso lo dices ahora, pero tu cara de esta mañana no contaba lo mismo. Además, tampoco ha sido para tanto. Solo estábamos haciendo nuestro trabajo.

—Créeme, deberías haber visto los ensayos anteriores. Eran un desastre y la química con Aiden era nula.

—Seguro que no era para tanto.

—De verdad, no tienes ni idea de lo difíciles que fueron los ensayos. Yo creo que por eso nos ha dejado tirados. No se la veía cómoda y creo que se sentía intimidada por Aiden.

—¿Intimidada? —Enarco las cejas. No entiendo por qué tendría que sentirse así con él; a mí me ha dado la sensación contraria. Me he sentido acogida y me ha ayudado en todo momento.

—Sí, no sé. Es como yo lo he percibido, eh, no quiere decir que sea así.

—No entiendo por qué tendría que sentirse así. Si es actriz, tiene que acostumbrarse a actuar con cualquier persona y en cualquier circunstancia. Además, entiendo que sabía a qué iba.

—Sí, bueno, en teoría debería ser así, pero no todo el mundo se adapta bien a cualquier circunstancia. Y, a ver, Aiden impone, las cosas como son.

—No he tenido esa sensación.

—¿Cómo que no? Hasta a mí, que tengo como seis años más que él, me hace tragar saliva cuando lo tengo delante.

Mentira. Nunca la he visto tragar saliva por nadie que no sea Hugo, a pesar de que ha tenido a tíos increíbles delante. Con Aiden se notaba que lo veía como un amigo, un amigo al que quiere cuidar y abrazar. No me engaña con ese comentario.

—No te lo crees ni tú, amiga. Estás intentando ir a alguna parte que no termino de captar, así que deja de darle vueltas y ve al grano.

—Joder, da asco lo mucho que me conoces.

—¿Ves?, ¿ves? —Me deshago de nuestro agarre, doy un pequeño salto y la señalo—. ¿Qué pretendías?

—Ay, es que os he visto tan… ¿monos? No sabría definirlo, solo he notado química entre vosotros. —Suelto una carcajada.

—Estás fatal de lo tuyo, amiga. Solo estábamos trabajando y tu presencia hace que me sienta cómoda. Eso es todo.

—Ya… —Se muerde el labio por no morderse la lengua. Aunque eso también lo hace; se está guardando para ella lo que en realidad quiere decir. Aprovecho que estamos cerca del local para desviar la conversación.

—Oye, ¿qué quieres que pidamos?

—Me da igual, lo que te apetezca a ti, que eres la que tiene un régimen de alimentación estructurado —se burla.

—Ya, bueno, sabes que le hago caso a ratos y a medias. Es en lo único que me permito ignorar a mi madre o me moriría de pena. Con lo rica que está la comida…

—No sé por qué sigues aguantándola, Ari…

Me pongo tensa. Es una conversación que tenemos en muchas ocasiones. Entiendo su postura y ella la mía, pero nunca llegamos a un consenso. Ella se pregunta por qué sigo sujeta a mi madre si ya soy mayor de edad, si puedo buscarme a otro agente, desprenderme de todo el

lastre que supone para mí tenerla a mi lado. Yo intento hacerle entender que, aunque la odie la mayor parte del tiempo, no deja de ser mi madre y una buena representante. Se ha labrado un nombre a lo largo de los años en el mundo de la moda, aunque según Gala lo ha hecho a mi costa. Es posible que tenga razón, no lo niego.

—No me apetece volver a tener esta conversación hoy. Ha sido un día largo, te he echado de menos y son pocas las horas que vamos a estar juntas. ¿Podemos simplemente disfrutar?

Mis palabras la golpean y le cambian la expresión. Está al borde de las lágrimas.

—Lo siento.

Me besa la mejilla y vuelve a agarrarse de mi brazo. Continuamos el camino sin decir una palabra más de ese tema ni de Aiden, y nos centramos en pensar qué vamos a comer cuando lleguemos al restaurante.

El resto de la noche la pasamos poniéndonos al día de nuestras vidas, sin volver a tocar los temas sensibles. Sé que nada de lo que dice es con mala intención; todo lo contrario. Pero, en ocasiones, no queremos enfrentarnos a ciertas situaciones que nos hacen daño, aunque la única manera de que dejen de hacerlo sea tomando decisiones y hablando de ello. Porque las decisiones conllevan cambios y los cambios me asustan, mucho.

La caja de recuerdos de



No tenía ni idea de lo que estábamos haciendo mi madre y yo allí. Cuando le pregunté, me dijo que íbamos a una prueba para una revista. No entendía nada. ¿Prueba? ¿Qué tipo de prueba? Le pregunté, porque no me gustaba no saber de lo que estaba hablando.

—Es como un juego: a ti te dirán que tienes que hacerte unas fotos, como las que nos pides a papá y a mí que te hagamos, pero un poco mejor. Eso sí, no puedes poner caras raras.

—¿Por qué no? Son divertidas.

—Porque son unos aburridos, no les gusta que la gente se divierta. Además, es trabajo y ¿qué dice papá del trabajo?

—Que en el trabajo no se juega.

—Eso es.

Me tomaba muy en serio las palabras de mi padre por aquel entonces. Lo adoraba, era mi persona favorita del mundo y todo lo que él dijera, para mí, era una verdad irrevocable. Así que, cuando llegamos al lugar donde hacían las pruebas, me lo tomé muy en serio.

Cuando me pusieron delante de la cámara, seguí las instrucciones de mi madre, posé, hice caso a cada indicación y no puse ninguna cara rara. Solo sonreí.

Fue divertido, me lo pasé bien. Me lo tomé como un juego, como había dicho mamá, y con la seriedad con la que papá se tomaba el trabajo.

Volví a casa con un helado de fresa en la mano y una sonrisa perenne. Mi madre también sonreía. No paraba de hablar de lo bien que lo había hecho y de que estaba segura de que sería una de los niños seleccionados. A mí me daba igual, porque me lo había pasado tan bien que solo quería llegar a casa y correr a los brazos de papá para contárselo. Él también se puso muy feliz cuando le contamos todo, aunque no sé si tanto por lo que le contamos como porque me veía tan contenta que se le contagió.

Aquella noche, me dormí en sus brazos con una sonrisa en la cara mientras me leía un cuento. Hablaba de monstruos y brujas, pero a mí me encantaba. Eran mis favoritos. Como él.

Es curioso que al final los monstruos me hayan perseguido toda la vida.



Tenía cinco años cuando mis padres me sentaron enfrente de ellos en el salón y me dijeron que se divorciaban. No entendí la magnitud de esa palabra de once letras y cuatro sílabas. Me repitieron tantas veces que nada iba a cambiar, que no tenía que preocuparme, que no le di importancia porque era genial tener dos casas, ¿no? Iba a poder estar con mamá y papá y, encima, iba a tener dos habitaciones.

No comprendí que divorciarse significaba que ya no se querían, que tener dos casas significaba pasar menos tiempo con cada uno, que vería a papá mucho menos. Y, cuando lo hice, dolió. Era pequeña y mi concepto del amor era lo que había visto en ellos y que se acababa de romper.

La primera vez que dormí en la casa de mamá, cuando me tumbé en ese colchón que mi pequeño cuerpo no reconocía, fue cuando entendí que su ruptura también era mía. Papá no vendría a leerme un cuento cada noche y mamá se negaba a leérmelos.

—¿Por qué? —le pregunté.

—Solo te meten en esa cabecita ideas tontas.

—A mí me gustan.

—Pero a mí no, así que ve acostumbrándote.

La vi marcharse y rompí a llorar. No podía parar de hacerlo. Quería que papá estuviera allí, que me arropara y dormirme apoyada en su pecho, con su brazo rodeándome. Conseguí dormirme cuando se me pasó el berrinche. No fue el primero.

Cada noche, cuando mi madre se marchaba, lloraba. Ella también había cambiado; no me hablaba igual, no me trataba igual. Todas las noches me dormía pidiendo volver atrás en el tiempo y que se quisieran de nuevo, que nada hubiera cambiado.

Pero lo hizo. El tiempo no iba a retroceder y yo tenía que aceptar los cambios.

Aunque mis noches favoritas seguían siendo cuando dormía abrazada a papá en mi habitación de siempre.

4

AIDEN

No sé cuántas veces hemos repetido la escena. Cada vez que llega el momento del beso, Arizona se bloquea. No lo entiendo. El resto de los días han ido como la seda. No hemos tenido que repetir demasiadas veces ninguna escena y con esta ya he perdido la cuenta. Nos estamos tomando unos minutos de descanso porque el director empezaba a ponerse nervioso y Gala, antes de que la situación fuera más violenta, ha propuesto que bebiéramos todos un poco de agua y respirásemos.

Estoy apartado en la mesa de la comida, tomando mi tercer café del día, mientras Gala habla con el director; imagino que le pide paciencia. El resto del equipo está disperso por la sala; hablan entre ellos u organizan cosas del rodaje. Arizona está en un rincón, sentada en el suelo. Se abraza las rodillas con la cabeza agachada. Sé que Gala sabe que está allí, noto como la mira de reojo, pero por algún motivo ha querido darle su espacio. Me acerco y me siento a su lado con las piernas cruzadas.

—¿Quieres agua? —Le ofrezco una botella que he traído para ella. Levanta la cabeza y me mira. Tiene los ojos algo rojos y brillantes, como cuando uno quiere llorar, pero no hay lágrimas visibles. No creo que haya derramado ninguna.

—Gracias. —Alarga la mano y la coge. Su tono de voz es decaído. No me gusta. Tengo el impulso de atraerla hacia mí y abrazarla, pero no nos conocemos lo suficiente como para que invada su espacio personal de esa manera. Si en este momento Gala, que la conoce mucho más, ha mantenido la distancia será por algún motivo.

—¿Estás bien?

—Sí. No. No lo sé. —Contengo una sonrisa ante su respuesta, porque es un momento serio.

—Es bueno saber que no tienes ni idea de cómo te sientes. A mí me pasa a menudo. —Apoya la cabeza en la pared y me mira. Una pequeña sonrisa le asoma a los labios y la imito.

—Me alegra no ser la única que no sabe cómo se siente.

Nos quedamos unos segundos mirándonos. Lo hemos hecho mucho estos días, la mayor parte del tiempo porque el trabajo lo requería; otras, porque me provoca mucha curiosidad saber qué esconde.

Es una persona pública, de esas de las que creemos saber mucho por todo lo que se cuenta de ella, pero de la que en realidad no conocemos nada, solo lo poco que dicen quienes se creen con derecho a hablar de ella. Se ha mostrado reservada. Se mantiene contenida la mayor parte del tiempo, aunque lo disimula haciendo bien su trabajo. Sonríe poco, apenas interviene en las conversaciones. Da la sensación de que ha marcado unas líneas que no quiere rebasar. Con la única persona que parece cómoda es con Gala. Con ella es todo lo contrario a como es con el

resto. Tienen una complicidad increíble, solo con mirarse se entienden a la perfección. Como yo con Mike. Parecía que conmigo se sentía también cómoda, hasta ahora. Hasta que hemos llegado a la escena que tanto la preocupa.

—¿Qué es lo que te bloquea? Hasta ahora estaba yendo todo genial. —Algo cambia en su mirada.

—Es complicado. —Suspira y, para mi sorpresa, continúa hablando—. Mi madre es mi representante, tengo un contrato profesional que me limita. Hay ciertas cláusulas que no puedo incumplir. Entre ellas, no puedo hacer nada de lo que no esté informada o que ella no apruebe.

—¿Ni siquiera un favor a una amiga? —Una risa irónica sale de sus labios.

—Mucho menos a Gala.

—¿No se caen bien?

—Eso es solo un eufemismo de la opinión que tienen la una de la otra.

—¿Por qué?

—Estás haciendo demasiadas preguntas.

—Lo siento, no pretendo meterme donde no me llaman. Solo trato de entender la situación.

—No te preocupes, es solo que… no me gusta hablar de ciertos temas. Por qué mi mejor amiga y mi madre se odian es uno de ellos.

—Entonces, no lo hagamos. Solo dime qué puedo hacer para ayudarte. Lo estás haciendo genial, no entiendo este bloqueo.

—Iré al grano: si mi madre se entera de lo que estoy haciendo, me mata; si encima el vídeo sale a la luz, se hace viral y se ve que soy yo, me mata otra vez; y si encima me ve besándome con un chico en ese vídeo, acaba de rematarme.

—¿Qué tiene de malo? La gente se besa. Además, eres modelo, posas medio desnuda en algunas fotos. —No sé por qué he dicho eso—. No creo que sea peor besarse con alguien.

—Y no lo es. No tiene nada de malo. El problema, como te he dicho, es que no puedo hacer nada que no apruebe mi madre. Además, según ella, todo proyecto debe tener un contrato claro y conciso, una remuneración económica que se ajuste a mi caché, y yo qué sé qué mierdas más. Muchas veces dejo de escucharla.

Frunzo el ceño porque no me gusta nada lo que estoy entendiendo de esta conversación.

—Creo que no me cae demasiado bien tu madre. —Cierro los ojos cuando termino la frase. ¿Qué me pasa, que no paro de decir cosas que no debo?

—Bienvenido al club.

Abro los ojos con su respuesta. No la esperaba. Mil preguntas se me agolpan en la punta de la lengua, pero contengo las ganas de soltarlas una a una. Quiero entenderla, a ella, a su madre y la relación que mantienen. Es tan alejada de la que yo conozco con la mía que me cuesta comprender por qué es tan exigente. Sobre todo porque, por encima de los aspectos profesionales, no dejan de ser madre e hija. Por lo que dice, parece que a su madre no le importe cómo se siente ni que la tenga en cuenta a la hora de tomar decisiones. Cada vez tengo más ganas de conocer a Arizona, descubrir qué esconde detrás de ese muro que parece forjado con los materiales más duros de la tierra.

Intento despejar mi mente de estos pensamientos. No me va a ayudar a solucionar el problema que ahora tenemos, que es conseguir que cuando vayamos a besarnos no gire la cara, se eche para atrás o cualquier gesto similar. Me quedo pensando. Ella sigue con la cabeza apoyada en la pared, aunque ya no me mira. De pronto, me viene a la cabeza una idea.

—Creo que tengo la solución.

—¿Y cuál es?

Me levanto e ignoro la pregunta de Arizona. Tengo que hablar primero con Gala porque no estoy seguro de si conseguiré que lo que he pensado salga dos veces. No tengo todas conmigo de que salga una, pero al menos tenemos que intentarlo.

Le explico la idea a Gala y al director. Ambos lo ven como una buena posibilidad. Vuelvo a donde estaba Ari y le tiendo la mano para ayudarla a levantarse. Sorprendida, la agarra sin preguntar y nos quedamos muy juntos.

—No has respondido a mi pregunta.

—Lo sé. No tenía tiempo.

De pronto, apagan las luces, como he pedido, y solo dejan encendidas algunas del escenario, que simulan la parte central de una discoteca. La idea es que Arizona se olvide de que está grabando un vídeo y que sienta que es una noche cualquiera en la que pasa un rato con amigos de fiesta mientras la música suena de fondo.

—¿Qué es esto? —Se tensa y se suelta de mi mano.

—¿Confías en mí?

—No demasiado.

—Genial, es bueno saberlo, pero vas a tener que hacerlo.

—Solo si me cuentas de qué va esto.

—¿Alguna vez te has liado con un tío una noche de fiesta?

—Como todo el mundo.

—Bien, pues eso es lo que vamos a hacer hoy.

—¿Pretendes que hagamos como si fuéramos dos desconocidos que se conocen una noche sin más y se besan?

—Eso es. En parte, es lo que cuenta la canción.

—Tú estás fatal de la cabeza.

—Arizona, vamos, confía en mí y sígueme el juego.

—No va a salir bien.

—Si no lo intentas, estoy seguro de que no.

—Está bien. Juguemos. —Sonrío de inmediato.

—Esa es la actitud.

Veo que también asoma una pequeña sonrisa. La música empieza a sonar en ese momento y extiendo mi mano de nuevo. Tarda unos segundos en cogerla, pero al final lo hace. Empiezo a moverme con lentitud para acercarnos a lo que sería el centro de la pista. Necesito que se relaje y empiece a moverse.

—Baila conmigo, como si acabaras de conocerme.

—Es que acabo de hacerlo.

—Ja-ja. Qué graciosa eres. —Suspiramos al mismo tiempo—. Sabes a qué me refiero. ¿Qué harías si estuvieras con tus amigas en una discoteca?

—Bailaría con ellas, me dejaría llevar.

—Pues hazlo.

Busca mi mirada y empieza a moverse al son de la música. Lo hago con ella, ambos pausados, como si nos diera vergüenza lo que estamos haciendo. Me acerco un poco más y, por una vez, no se aleja. Alargo la mano hasta su cintura y ella pone la suya en mi pecho.

—¿Qué harías ahora si yo fuera un desconocido y te gustara? —Una sonrisa pilla le ilumina la cara.

—Me acercaría poco a poco y me contonearía sin dejar de mirarlo para que le quedaran claras mis intenciones. —Mientras lo dice, hace cada uno de esos movimientos. Trago saliva

ante ellos, pero le sigo el juego—. ¿Y tú, Aiden? ¿Qué harías tú?

—Yo… —En lugar de decirlo, lo hago. Acorto la poca distancia que nos separa y la atraigo hacia mí con la mano que le he puesto en la cintura. Subo la otra poco a poco por su brazo, con suavidad, por su cuello, y llego hasta sus labios. Los rozo con una delicadeza extrema. Noto la reacción de su cuerpo y me fijo en el movimiento de su garganta.

—Aiden…

—¿Sí? —hago la pregunta mucho más cerca de sus labios, sin parar de rozarle el de abajo con el dedo pulgar.

Sube sus manos por mi pecho y acorta la poca distancia que queda. No tengo apenas que agacharme para recibir un beso. Al principio, lo hace con miedo, como si pensara que me voy a apartar. No lo haría aunque no estuviéramos actuando. La beso con más fuerza, pero sin ser demasiado brusco. Es la señal que necesita para intensificar el beso y que nos olvidemos, ambos, de que estamos rodeados de personas que nos están grabando y que esto es solo una actuación.

Sus manos se aferran a mi cuello, yo rodeo su pequeña cintura. Joder, podría rodearla casi por completo. Seguimos jugando, le muerdo el labio, ella juega con la lengua, su mano se enreda en mi pelo y la mía baja hasta el inicio de su culo. De pronto, se encienden el resto de las luces y nos alejamos como si un enchufe nos hubiera dado un chispazo. Nos quedamos mirándonos y nos damos cuenta de que se nos ha ido de las manos, que podríamos haber seguido besándonos como si de verdad estuviéramos en una discoteca y fuéramos dos desconocidos que se han sentido atraídos el uno por el otro.

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que nos hemos ido moviendo hasta acabar en medio, en la zona que habían dejado más iluminada para grabar la escena perfecta. Gala sonríe y nos mira a ambos con complicidad. Creo que es la única que se ha dado cuenta de que en algún momento hemos dejado de actuar. Y ni siquiera entiendo cómo ha pasado.

Arizona toma distancia. Me parece oírle preguntar si ha quedado bien. Alguien le responde que ha sido perfecto y que no hará falta repetirla. Respiro tranquilo porque, si tuviera que volver a hacerlo, no sé si sería capaz de parar de besarla.

Joder, quizá no ha sido tan buena idea.

5

ARIZONA

Gala me pone una copa de vino blanco en la mano. Del dulce, el que nos gusta a ambas. Somos las peores bebedoras de vino, pero nos da igual. Si me gusta el vino dulce, y solo el dulce, es culpa de ella y de Harper.

La miro; va de lado a lado mientras habla con el resto de los compañeros. Sigue asombrándome la facilidad con la que se relaciona. No tiene problemas esté con quien esté; o, si los tiene, los disimula bien. Yo soy todo lo contrario: entablar conversaciones me cuesta. Sentirme cómoda con personas que no conozco es aún peor. No sé el motivo cuando llevo trabajando desde muy pequeña con personas de todo tipo.

Aiden se acerca a mí con otra copa de vino cuando ve que no me queda apenas. Lo miro y sonrío. Es también dulce.

—Gala me ha dicho que te trajera específicamente este —me dice.

Pensaba que, después de lo que ha pasado entre nosotros, las cosas se enrarecerían, que tomaríamos distancia el uno del otro, pero no. A pesar de que hemos necesitado un buen rato para que nuestras respiraciones se tranquilizaran, en el que hemos evitado mirarnos, ambos somos conscientes de que interpretábamos un papel, nada más. Y eso me gusta de él. Sabe diferenciar el trabajo de lo que no lo es. Aunque ese beso, por un momento, haya parecido mucho más.

—Gala está siempre en todo —le respondo.

—Así es.

Eso me recuerda que mañana se vuelve a España con Hugo. Su vida está allí. Cuando se acerca el momento de su marcha, un sentimiento de vacío se hace hueco en mi cabeza y la misma tristeza de siempre me aprieta el corazón. Con ella me siento en casa, en paz, y cuando se marcha esa sensación se va con ella. Echarla de menos es como una piedra en el pecho que pesa y no me deja respirar bien.

Esta semana con ella ha sido un regalo. Todo el tiempo que pasamos juntas lo es. Aunque hablemos mucho, nos llamemos y estemos siempre pegadas la una a la otra, no es lo mismo que tenerla aquí, a mi lado, cuando sé que puedo pedirle un abrazo en cualquier momento, que me lleve a comer tortitas cada tarde si hace falta para que me olvide de todo o que me meta en líos como el del anuncio, que me recuerdan que vivir es esto y no lo que suelo hacer.

Aiden sigue a mi lado y pasa su mirada de la una a la otra mientras bebe de su copa. Toma champán, creo.

—¿Puedo hacer una pregunta?

—Sí, pero solo una. —Ambos sonreímos. Está claro que le encanta hacer preguntas.

—¿De qué os conocéis?

—Fue mi niñera cuando tenía diez años. Vino un año a vivir a Estados Unidos, mis padres la contrataron para que pasara tiempo conmigo y nos hicimos amigas. Bueno, en realidad para mí es como una hermana. La considero familia, ¿sabes?

—Ahora todo tiene sentido. —Lo miro desconcertada—. Vuestra relación, digo. No acababa de encajar cómo dos personas de mundos tan diferentes podían conocerse y tener esa complicidad.

—Ya, pasa a menudo. Aunque, si lo piensas bien, solo somos dos chicas normales que se conocieron por circunstancias normales, como la mayoría de personas.

—Bueno, normales, normales… Tienes unos cuantos millones de seguidores en Instagram, tu cara empapela media ciudad.

—Y, aun así, aquí estoy —nos señala—, teniendo una conversación mundana contigo. ¿La gente se preguntará cómo nos conocimos?

—Oh, estoy seguro de que sí. Mi hermano se lo pregunta.

—¿Le has hablado a tu hermano de mí? —Lo miro con una sonrisa al mismo tiempo que bebo de la copa.

—Sí, vivimos juntos, así que hablamos todo el rato de todo lo que hacemos. Me preguntó qué tal iba y le conté que habían cambiado a la actriz y que tú eras quien la sustituía.

—¿Y qué dijo?

—Es mejor que no te responda a eso.

—Oh, venga, no será para tanto.

—Mi hermano no tiene filtros, así que sí, *es* para tanto.

—¿Alguna vez has leído los comentarios que me dejan en las fotos?

—No. No me mates, pero creo que ni siquiera te sigo.

—Tampoco te pierdes nada. —Hago un gesto con la mano para quitarle importancia, porque no la tiene. Ni siquiera subo nada fuera del ámbito profesional—. Pero lo decía porque me ponen verdaderas barbaridades. Todo el mundo tiene algo que opinar sobre mí. Sea de mi físico, de mi personalidad o de mi vida. No creo que nada que haya dicho tu hermano sea peor que eso.

Se me queda mirando un rato. Tiene que dejar de hacer eso, en serio. No sé por qué me mira con esa intensidad ni por qué cada vez que lo hace siento como si se agrietara el muro que tengo levantado y que solo le dejo atravesar a quien yo quiero. Siento que ve más allá sin esfuerzo. Lo he sentido desde la primera vez que me miró hace menos de una semana.

—Lo primero que pensó fue que estaba gastándole una broma. Después, me preguntó cómo lo hacía para conocer a, y cito textualmente, tremendas diosas. También añadió: «Joder, Arizona es una fantasía recurrente en mi vida y vas tú y la conoces». —Me da un ataque de risa y él ensancha la sonrisa—. Me alegra que te haga gracia. A mí en ese momento no me hizo tanta, aunque ahora al decirlo en alto me doy cuenta de que no es para tanto y un poco de gracia sí que tiene.

—¿Por qué? ¿Celoso?

—Por favor, no. No quiero formar parte de las fantasías de mi hermano por nada del mundo.

Las carcajadas salen solas y Aiden se contagia. No ha entendido a qué me refería con lo de celoso. No tiene importancia. Casi mejor. Así la conversación no puede dar lugar a malas interpretaciones. No sé por qué lo he dicho siquiera. Con él hay cosas que me salen solas. Sin más. Pero no me gustaría que hubiéramos superado el beso y que ahora, por un comentario

impertinente, se distanciara. Si lo pienso detenidamente, es probable que no nos volvamos a ver.

El teléfono me vibra en el bolsillo y el nombre que veo en la pantalla me corta la risa. Aiden nota mi cambio de actitud y mira mi móvil para ver qué es lo que lo ha provocado. Me disculpo con gestos mientras me alejo de allí para responder.

—Hola, mamá. ¿Pasa algo?

—Hola, Arizona. —Su voz inexpresiva me llega desde el otro lado—. No pasa nada. Solo quería informarte de que tu padre me ha llamado hace un rato y el fin de semana que viene irás a verlo.

Retiro el móvil de la oreja y reviso las llamadas. No me ha llamado. No sé por qué no lo ha hecho para pedirme directamente que vaya a verlo. La relación entre ellos no es buena y suele evitar hablar con mi madre. Desde el divorcio, sus conversaciones han sido escasas, y eso se acrecentó en el momento en que nos mudamos a Nueva York. Cambiaron tantas cosas cuando eso ocurrió…

—Arizona, ¿sigues ahí?

—Sí, perdona. —Me aclaro la garganta—. Podría haberme llamado a mí.

—Teníamos otras cosas importantes de las que hablar.

—¿Como cuáles?

—Nada de tu incumbencia. —Inspiro, espiro. Tengo ganas de responderle mal, de mandarla a la mierda cuando me da ese tipo de respuesta. En realidad, quiero mandarla a la mierda casi todo el rato—. Tengo que dejarte; tengo una reunión dentro de un rato.

No me da tiempo a despedirme antes de que cuelgue. Dejo caer la espalda en la pared con todo mi peso y me golpeo en la coronilla. Levanto la cabeza y cierro los ojos. Hay días en los que me cuesta más que otros convivir con ella. Sobre todo, cuando me siento ignorada, como esta semana. No he pasado por casa apenas y, aunque sabe que he estado con Gala, ni siquiera se ha interesado por mis planes o por lo que hago todo el día fuera. No pregunta cómo me ha ido el día, qué he hecho, nada. Se limita a darme instrucciones cuando nos encontramos por casa o a dejarme notas por todos los lados para que no me olvide de las miles de cosas que ella cree que son importantes, pero que a mí me importan una mierda. Es una contradicción constante convivir con ella. En lo profesional, intenta controlar cada aspecto, hasta el más nimio; en lo personal, no se preocupa ni cuando estoy con fiebre siempre que no perjudique a la parte profesional. Entonces sí lo hace, aunque sea para culparme por ser humana y enfermar de vez en cuando.

Vuelvo a inspirar y a espirar. No pasa nada, solo es un momento de debilidad derivado de una conversación que nunca es como me gustaría. Tantos años y aún sigo esperando que mi madre mantenga una conversación normal conmigo, que me llame «hija», «cariño» o algo similar, en lugar de ese aséptico «Arizona» que usa generalmente para referirse a mí. Al menos, cuando era más pequeña usaba algún diminutivo, aunque solo fuera de manera velada para convencerme de algo.

Miro de nuevo el móvil, escribo un mensaje a mi padre y otro por el grupo de mis hermanos y bloqueo la pantalla. El sonido del local me llega desde donde estoy apoyada, como un ruido distante que no parece ir conmigo. Debería volver a entrar, pero no me apetece. No tengo ganas de seguir celebrando algo que en realidad me ha llegado de rebote. Ni de hablar con Aiden como si fuéramos amigos cuando no voy a volver a verlo, como a todo el mundo que pasa por mi vida. Tampoco quiero que Gala vea mi cara y sepa que algo ha pasado. Ella siempre sabe cuándo me ocurre algo. A veces, muy pocas veces, agradezco que no vivamos cerca, porque no soportaría estar tan expuesta; hablar de estas cosas me duele de una manera que me desgarra. Odio sentirme así tan a menudo. Y el problema es que siempre pasa algo. Una llamada, un mensaje, unas

palabras que me bloquean… Siempre hay algo que me recuerda por qué construí un muro tan alto y fuerte. Insondable.

Una cabeza se asoma por la puerta. El pelo oscuro, sus movimientos y gestos, son inconfundibles. Sobre todo, para alguien que se pasa la vida observando y que la conoce desde hace tanto tiempo. Muchas veces, cuando la miro, siento envidia de lo a gusto que se siente consigo misma, de su seguridad y su confianza, de su capacidad para darles la vuelta a las cosas que no le gustan, para cambiar la perspectiva y encontrar el recoveco por el que asoma la luz. Porque eso es Gala: luz. Por eso la busca y la atrae, porque es lo que la hace ser ella. Y yo… por mucho que miro, por mucho que busco, no encuentro demasiada luz en nada de lo que me rodea. Todo es más bien opaco, borroso, pixelado en extremo, como si le faltara calidad.

—Creo que me repito mucho, pero ¿está todo bien? —Me he vuelto a perder en mis pensamientos y no me he dado cuenta de en qué momento se ha apoyado a mi lado. Giro la cabeza hacia ella. Tiene los mofletes rojos del calor, pero también de felicidad.

—Todo lo bien que puede estar mi vida.

—Ari…

—No me apetece hablar —la corto.

—Es que últimamente nunca te apetece hablar. Me tienes preocupada.

—No tienes de qué preocuparte, Lala, te lo prometo. Creo que es solo una época en la que mis emociones están más flojas y me afecta todo más.

—¿Y por qué siento que me ocultas algo? Es solo una sensación, lo sé. Pero cuando te miro… siempre te veo triste.

No puedo aguantarle la mirada, así que vuelvo la vista hacia la entrada del local. Si lo hago, soltaré todo. Y no quiero. No quiero acabar el día llorando encima de Gala como la primera vez que me despedí de ella hace diez años. Un recuerdo que, aun después de tanto tiempo, me provoca pesadillas.

Ella, sin embargo, no aparta la mirada de mí. Lo sabe. No solo por sus palabras, sino porque las personas que se conocen, las que se conocen de verdad, saben cuándo al otro la vida le duele. Para ella no es ningún secreto que mi vida no es lo que esperaba de ella.

—Lo entiendo, Ari. —Rompe por fin el silencio y sus palabras son como un puñal. Porque me duele saber que me entiende, porque detrás de eso se encuentra un: «Ojalá pudiera hacer algo»—. ¿Quieres volver dentro?

—Lo cierto es que no.

—Vámonos, entonces. Podemos ver una película en casa de Mimi, cenar algo rico y dormir juntas. Disfrutar de la última noche como a nosotras nos gusta. —La miro de nuevo y lo veo, lo siento. Su mirada de «Déjame abrazarte de la única manera que me permites». Le sonrío. Es el plan perfecto, el que necesito hoy. Despedirme de ella nunca es fácil, pero esta vez cuesta más. Porque una semana con ella equivale a ganar años de vida, a no pensar, a distraerme, a sentirme feliz y en casa. Y verla marchar… duele unas veces más que otras, y esta va a ser de las que duela mucho.

—Me parece perfecto.

Le extiendo la mano para que nos marchemos, aunque antes me obliga a que nos despidamos del resto. Aiden no dice nada cuando lo hacemos; solo me mira de esa manera que he empezado a odiar: intensa, transparente, a cara descubierta. Como si en cualquier momento pudiera tirar abajo el muro y leer todas las emociones que se agolpan en lugares que ni yo misma he indagado.

Agarradas del brazo, abandonamos el local y nos alejamos hasta montarnos en un taxi que

nos lleve a casa de Mimi, una amiga íntima de Gala con la que se aloja cuando viene a la ciudad. Ella nos espera con palomitas recién hechas, tanto dulces como saladas, y con la tele preparada para ver *Pearl Harbor*. Está claro que Gala le ha escrito un mensaje para que ponga esa película porque me encanta. Y, cuando tengo un mal día, suelo recurrir a ella.

Nos acurrucamos las tres en el sofá. Mimi se levanta en algún momento a hacer unas pizzas al horno para cenar. Y, sin darme cuenta, me duermo apoyada en el regazo de Gala con la frase del inicio, la que Rafe le dice a Dani: «Tierra de libertad, hogar de valientes». Algún día, cuando todo pase, me tatuaré esa frase. No por los mismos motivos, sino por los que se repiten en mi cabeza una y otra vez, como un mantra que me recuerda que la vida también te da opciones, aunque no siempre sepamos verlas.

La caja de recuerdos de



El día que entré en casa y la vi llena de cajas lo recuerdo al mismo tiempo nítido y borroso.

Estaba feliz porque el festival de *ballet* había salido genial y no le di importancia al camión en la entrada y a los hombres que transportaban un montón de trastos. Fueron las cajas, las malditas cajas que vi al entrar, las que me quitaron la sonrisa.

Seguí a Gala hasta la cocina, donde estaba mi madre.

—¿Por qué hay cajas por toda la casa, mamá?

—Ay, cariño, me habría gustado contarte la noticia de otra manera; sin embargo, todo se ha precipitado. —Su sonrisa no me gustó—. Nos mudamos a Nueva York.

—¿Qué?

—¿No te alegras, cariño? A mamá le ha salido una oportunidad laboral que no puede rechazar y que va a ayudar mucho a tu carrera.

—¿Mi carrera? —No entendía de qué estaba hablando.

—De modelo, cielo.

—Yo no quiero ser modelo, mamá.

—Chorradas. Solo tienes diez años, no puedes saber lo que quieres. Ya verás como en unos años te alegras de esto. —Desvió su atención al móvil, que no paraba de sonar—. Tengo que hacer unas llamadas. Gala, prepara sus maletas y ayuda a organizar todas sus cosas, que yo no tengo tiempo. Del resto se encargará la empresa que he contratado para la mudanza.

—Mamá, no me quiero ir.

—Ay, cariño, hay tantas cosas que no quiero en esta vida y me toca hacerlas…

—Papá no lo permitirá —lo dije muy segura de ello. Mi padre no querría que viviera lejos de él.

—Tu padre no tiene nada que hacer, cielo. Ahora, por favor, déjame seguir trabajando. —El tono ya no era amistoso.

—¡Te odio! —le grité con rabia—. Te odio y jamás te voy a perdonar esto.

Salí corriendo antes de que me viera llorar. No quería irme. No entendía por qué teníamos que hacerlo. Podía marcharse ella y yo me quedaría a vivir con papá y con Kaylee, su novia desde que mis padres se habían divorciado, y Jay y Harper. No quería separarme de mis hermanos. Me senté en el suelo del armario, como si esas dos puertas me protegieran, como si no fuera a encontrarme allí escondida.

Gala sí me encontró un rato después, se sentó conmigo y me abrazó fuerte. No se separó de mí esa noche, que dormimos en el suelo, ni al día siguiente. Me negué a guardar mis cosas y mi madre acabó amenazando con dejarlas todas allí. Me daba igual; podía tirarlas todas si quería. Lo

único que yo deseaba era quedarme.



Suelo asociar olores a momentos o personas. No creo que solo me ocurra a mí. Seguro que le pasa a todo el mundo. Como esa colonia que usa tu abuelo; o el ambientador que utiliza la madre de tu amiga y te recuerda a su casa; o el suavizante de la ropa del chico que te gusta.

Yo asocié durante mucho tiempo el olor a nuevo, a pintura y a muebles de madera recién colocados a la primera vez que entré en la casa de Nueva York. La odié. Y odié el olor. Cada vez que entraba en casa y el olor me golpeaba la nariz, algo se revolvía en mi estómago.

Recuerdo encerrarme en mi habitación cada vez que llegaba del colegio y no salir si no era porque tenía alguna actividad. Pasaba las horas haciendo deberes o leyendo. Y odiando a mi madre. Ese sentimiento se mantuvo fuerte durante mucho tiempo. También el de enfado con mi padre. Sentía que, en parte, tenía la culpa de que yo estuviera allí, en una casa en la que no quería vivir y con una persona que parecía no quererme y que cada día me ignoraba más. Solo me daba órdenes y me obligaba a ir a un millón de actividades que no me gustaban. Porque hasta el baile me lo quitó cuando lo consideró oportuno. Supongo que, como me hacía feliz, quería arrebatármelo. Como todo.

En aquel momento, no comprendí muchas cosas, como el hecho de que la casa estuviera preparada para nosotras cuando la noticia de su nuevo trabajo había sido en apariencia tan inesperada y rápida. O por qué mi padre no había hecho nada para que me quedara con él. Habíamos tenido una relación estrecha, lo admiraba y sin embargo sentí que me abandonaba. En cada llamada me repetía que aquí iba a estar bien, que tenía que quedarme con mi madre porque ella me necesitaba y evitaba responder a por qué no podía quedarme con él. Hasta que me cansé de preguntarle.

Hubo momentos en los que pensaba que ninguno me quería, que en realidad les estorbaba a todos tanto que no sabían dónde colocarme. Sí, puede que en algunos momentos me sintiera como esa silla que no termina de encajar en ningún lado de la casa y que vas moviendo de sitio hasta que acaba en un rincón donde no moleste.

Y ese sentimiento creció durante tanto tiempo que acabé creyéndome que era verdad. Que en realidad a nadie le importaba lo suficiente como para no ser una silla que estorbaba.

Menos mal que mis hermanos y Gala siempre estuvieron a mi lado y me ayudaron a que todo lo que sentía no se hiciera tan grande que no hubiera vuelta atrás. Porque ellos me demostraban que les importaba, que en sus vidas era esencial, que siempre estarían pasase lo que pasase, y que a su lado tenía un refugio en el que esconderme.

6

AIDEN



El carrillón que instalaron hace varios años es lo único que se oye cuando abro la puerta de casa de mis padres. Mi madre se empeñó en ponerlo dentro, por mucho que le dijimos que eso se coloca por fuera. Dijo que le servía para enterarse cuando alguien llegaba.

Me paro unos segundos para comprobar si hay algún sonido que me indique en qué parte de la casa están mis padres, pero nada. Parece desierta. Se habrán entretenido en el trabajo o habrán ido a comprar. Mike también tardará en llegar; sale ahora del trabajo y tiene un buen rato en el autobús. Me he traído yo el coche porque lo necesitaba para hacer unas gestiones.

Cierro la puerta, voy a la cocina y me sirvo un vaso de zumo de naranja. Me dan ganas de servirme una taza del té frío que ha dejado mi madre en la puerta de la nevera, pero no necesito ahora nada que me altere más de lo que estoy. Con los tres cafés que me he tomado tengo bastante. No ha sido una buena semana y, aun así, el día de hoy supera con creces lo malos que han sido el resto de días.

No soporto a mi agente. Lleva meses sin conseguirme un *casting*. El videoclip me lo propuso Gala personalmente y ni siquiera informé porque no quería que se llevara un porcentaje de mis honorarios. Antes, al menos, se esforzaba en que tuviera varias pruebas al mes; incluso hubo una temporada que tenía todas las semanas varias oportunidades. Pero, desde hace unos meses, me ignora; pasa de mí en todos los sentidos. Y el problema es que en el mundo de la actuación no eres nadie sin uno y, si el que tienes no se mueve lo suficiente, tampoco eres nadie. Las oportunidades no llegan a la puerta de tu casa como si nada. Puede que alguien tenga esa suerte, pero ¿a cuántas personas les ocurre eso? A pocas. El resto debemos trabajar sin descanso para labrarnos un nombre en una industria complicada, en la que muchos intentan hacerse un hueco.

La reunión ha sido nefasta. Nos hemos gritado y dicho cosas de las que debería arrepentirme, pero no lo hago. Ahora mismo, sigo cabreado y eso es todo lo que pasa por mi mente. Me quedan cinco meses de contrato y tengo que avisarlo de que no continuaré con él con uno de antelación. Aunque ya lo he hecho hoy, le mandaré un *mail*, una carta formal o lo que sea que tenga que hacer para que no haya ningún problema. Por mí, lo rompería ya, si no fuera porque legalmente me tocaría pagarle una indemnización. Al menos me da margen para buscar a otra persona, una que sea competente y quiera ayudarme con mi carrera.

Apoyado en la encimera de la cocina, me tomo el zumo a sorbos pequeños y trasteo con el móvil. Últimamente paso más horas usándolo que antes y no me gusta. En las últimas dos semanas, se ha convertido en mi entretenimiento cotillear la cuenta de Arizona todos los días varias veces. Debería haberme rendido, porque no sube nada interesante. Sus fotos del *feed* son

todas profesionales, a excepción de alguna más artística en la que cuenta poco, por no decir nada. Todo lo que sube no permite descubrir quién es la persona que hay detrás de la imagen que muestra, ni siquiera en las historias que sube. Todo es sobre trabajo. Me siento un poco frustrado porque me gustaría saber algo más de ella.

Por un parte, entiendo que no quiera hablar en redes de su vida personal porque ya está demasiado expuesta. Aún no asimilo la cantidad de seguidores que tiene; no son tantos como los de Gigi Hadid, pero sí los suficientes como para que los medios y sus seguidores estén pendientes de ella. Pero, por otra parte…, quiero saber más. Se ha vuelto un pensamiento recurrente desde que ella y Gala se despidieron a traición el último día del rodaje. Su mirada estaba triste, apagada. Tenía la mandíbula apretada y ni rastro de la sonrisa que había compartido conmigo antes de que su teléfono sonara. No puedo parar de pensar que, detrás de su actitud, detrás de lo que muestra, hay mucho escondido. Lo sentí a lo largo de la semana, mientras trabajábamos juntos, y lo sentí más latente por la manera en que se despidió. Hice como que no me importaba, le devolví los dos besos que me dio sin apenas mirarme y la vi desaparecer de la mano de Gala. Por dentro, quería seguirlas, pedirle su teléfono y apuntarle el mío para que me escribiera si necesitaba algo, lo que fuera. No lo hice y ahora lo único que me queda es mirar una y otra vez su cuenta, como si fuera un acosador.

Dejo el teléfono dado la vuelta en la encimera, porque el tema me está cabreando más. Irracional, lo sé, pero hoy todo me cabrea. Miro a mi alrededor en busca de algo que me distraiga. La casa de mis padres sigue igual que siempre. Desde la cocina, observo el salón-comedor. Con sus sofás marrón claro y sus sillones a juego. Cojines beis, grises y negros. Los muebles de madera clara y la alfombra multicolor, porque en mi casa no todo encaja. Hay fotos por todas partes, trofeos de cuando éramos más pequeños y recuerdos de todos los viajes que hemos hecho en familia y alguna de mis padres solos.

Esta casa sigue siendo mi hogar. Cada vez que entro por la puerta, siento que, pase lo que pase, aquí estaré bien. Aunque no se me haya pasado aún el cabreo que tengo, en esta casa siempre encontraré mi sitio.

Subo a mi habitación para coger ropa cómoda y cambiarme. Finn me ha propuesto que salgamos esta noche a tomar algo, pero tendrá que esperar a mañana; hoy no sería buena compañía. Además, me apetece quedarme con mis padres viendo cualquier cosa en la tele, mientras me cuentan qué tal ha ido su semana y cómo les va en el trabajo. Mike tampoco vendrá con ganas, por los mensajes que me ha estado mandando durante todo el día; parece que le ha ido tan bien como el mío.

Estoy acabando de cambiarme después de una ducha larga cuando oigo la puerta de entrada.

—¿Aiden? ¿Mike? ¿Dónde estáis? He visto el coche en la puerta. —Es la voz de mi madre.

—Estoy arriba, mamá, bajo enseguida.

No entiendo su respuesta, pero imagino que será un «Vale» o similar. Bajo las escaleras más animado. Saber que mi madre ya está en casa me saca una sonrisa.

Se gira al oírme entrar a la cocina y su expresión al verme ilumina toda la estancia. Mi madre es la mujer más guapa que he visto en mi vida y a la que no me parezco en nada más que en los ojos. Toda su belleza se la quedaron mis hermanos, aunque mi madre dice que el más atractivo de los tres soy yo. Es su manera de consolarme, supongo. Su pelo rubio siempre arreglado, su metro setenta y sus curvas marcadas y estilizadas la hacen parecer más joven de lo que en realidad es. Aunque lo que más llama la atención es su sonrisa. Pocas veces la verás sin ella.

Me acerco para abrazarla. Sus brazos me rodean el cuerpo y aspiro su olor; siempre huele a

camomila. A pesar de que es alta, le saco más de una cabeza. Soy el hermano más alto; mido exactamente lo mismo que mi padre, del que he heredado prácticamente todo.

—Qué guapo estás. ¿Te has duchado? —me pregunta mientras me revuelve el pelo, húmedo todavía.

—Sí, necesitaba despejarme.

—¿No ha ido bien? —Niego con la cabeza—. ¿Quieres hablarlo?

Se queda a medias de sacar algo de una de las bolsas que ha traído y fija sus ojos en los míos. Vuelvo a negar con la cabeza. Lo último que quiero es volver a cabrearme ahora que he conseguido que se me pase. Ella vuelve a su tarea después de cerciorarse de que todo está bien. La ayudo a sacar la compra y a colocar las cosas en su sitio. Me pregunta si quiero ser su ayudante para preparar la cena. Ha comprado costillas para hacerlas con miel porque sabe que nos encantan, acompañadas de puré de patatas y ensalada. Nos ponemos a la tarea.

Sigo sus instrucciones. Cuando vivía con mis padres, me encantaba meterme en la cocina a ayudarla, por eso sé cocinar bastante bien. Ponemos música de fondo, algo suave para que nos acompañe. Mike llega cuando estamos a mitad del cocinado, con cara de pocos amigos.

—¿Tú tampoco has tenido un buen día? —le pregunta mi madre cuando se separan del abrazo más largo del mundo, como todos los suyos. Mike es la persona más cariñosa que he conocido y con mi madre es una auténtica locura.

—Eso es un eufemismo comparado con el día que he tenido. Mi jefe está insoportable y nos ha tenido tres horas en una sala dándonos la chapa. Nos ha echado una bronca como la que nos echaba papá cuando éramos pequeños y hacíamos algo mal. —Mi hermano se dedica a la publicidad. Hace más horas de las que puede y su jefe nunca parece tener suficiente—. Voy a ducharme y vengo a ayudaros.

—Vale, cariño. Cuando bajes, pon la mesa.

Me aguanto la risa hasta que oigo sus pisadas en la planta de arriba. Mi madre me mira y los dos explotamos en carcajadas. Mike es nulo para la cocina y no hace otra cosa que estorbar, por eso le ha dicho que ponga la mesa. Esa es la tarea menos peligrosa para su integridad y la nuestra. Miro el reloj y veo que es bastante tarde para que mi padre no haya llegado.

—Oye, ¿y papá?

Ella también mira el reloj. Ambos hemos perdido la noción del tiempo.

—Iba a tomar algo con sus compañeros después del trabajo, estará entretenido y no se habrá dado cuenta de la hora que es. ¿Puedes llamarlo?

—Claro, voy.

Cojo mi teléfono y veo que tengo un aviso de que Arizona ha subido contenido a sus historias. Mi obsesión ha llegado a ese punto en el que te pones alertas para no perderte nada. Siento mucha curiosidad por ella. Llamo primero a mi padre, que, en efecto, no se había fijado en la hora que era. Me asegura que en quince minutos estará aquí. Mike baja y me distrae. Miraré luego lo que haya subido Arizona.

Entre comentarios absurdos de mi hermano y nuestras risas mientras lo escuchamos, terminamos de preparar la cena y de poner la mesa. Papá no tarda en aparecer, como me había dicho. Se lo ve apurado y los tres le decimos que no pasa nada, que si hubiera querido podría haberse quedado con sus compañeros. Cenamos sin parar de hablar, como siempre en esta familia. Papá nos cuenta alguna anécdota de sus compañeros. Es comercial de una empresa farmacéutica, aunque desde hace varios años él se encarga de la formación de los nuevos y de cosas más administrativas. Me encanta que hable con tanta pasión de su trabajo.

Mi padre y Mike se encargan de recoger y fregar, mientras mi madre y yo zapeamos

buscando algo interesante en la tele. Acabamos dejando un programa de monólogos donde se presentan nuevos talentos. Aprovecho para ver la foto que ha subido Arizona hace unas horas. Es la foto más personal que ha subido en días y tampoco dice mucho. Sale ella, con cara de pena, y un comentario de que su vuelo lleva varias horas de retraso. No se la ve demasiado, pero sus ojos parecen cansados. El movimiento de alguien que se sienta a mi lado me hace levantar la mirada. Mi hermano mira de reojo la pantalla de mi móvil; ya me ha pillado varias veces esa semana cotilleándola.

—¿Otra vez? —Su pregunta es un susurro para que solo lo oiga yo. Mi madre es tan preguntona como yo y, si intuye algo, aunque sea una tontería, no parará hasta que le cuente quién es, cómo nos conocimos y por qué me quedo embobado mirando sus fotos.

—Parezco gilipollas, ¿verdad?

—Bastante. Pero, si yo hubiera conocido a semejante diosa, tampoco pararía de cotillearla. Todavía no comprendo por qué no le diste tu número.

No dejará de recordarme lo tonto que fui al no dárselo, aunque, si lo hubiera hecho, tampoco me aseguraba que me fuera a escribir. Quizá se habría sentido violenta ante ese gesto; quizá ni siquiera le caigo bien, por mucho que yo tuviera la sensación contraria. No lo puedo saber porque no se lo di y ahora estoy aquí, esperando cualquier cosa, por pequeña que sea, que me permita conocerla mejor.

—Yo tampoco lo sé.

Pongo el móvil en modo descanso y lo dejo en la mesita que hay al lado del sofá. Necesito olvidarme unas horas de él. De todo, en realidad.

Cuando empezamos a bostezar, damos por finalizada nuestra noche familiar y cada uno se mete en su habitación. Olvido el móvil en la planta de abajo, en el mismo sitio donde lo he dejado antes, para evitar la tentación de pasarme un buen rato mirando su cuenta. Necesito dormir.

Estoy tan cansado que me quedo dormido en cuanto me tumbo en la cama. Me despierto a media mañana, cuando los rayos del sol empiezan a darme en la cara. Doy unas cuantas vueltas antes de animarme a bajar a desayunar. Mike ya está despierto, con un café en la mano.

—Estaba preocupado, nunca duermes tantas horas —me dice.

—Estaba agotado. Creo que mi cuerpo se ha relajado al estar en casa, ya sabes. —Abro la nevera para coger el agua fría—. ¿Y mamá?

—Ha salido un momento a llevarle no sé qué a la vecina. Tienes tortitas recién hechas. —Señala un planto hondo tapado que hay al lado de los fogones—. Mamá se ha superado esta vez.

Me preparo un plato y me siento a su lado. Cuando lo tengo a medio comer, el sonido de mi teléfono me recuerda que sigue abandonado en la mesita al lado del sofá. Me levanto a por él y veo varios mensajes de Finn.

Finn
Buenos días, muermo.
Ayer fue increíble, tendríais que haberos venido.
¿Vamos a jugar esta tarde un rato a las canchas?
¿Estás vivo?
Colega, es rarísimo que a estas horas no des señales de vida.
¿Tengo que llamar a emergencias?

Aiden
Lo siento, tío, ayer dejé el móvil abandonado

y se me ha ido la pinza.
Necesitaba descansar.
¿Quedamos a las cuatro en las canchas?

Finn
Joder, menos mal.
Estaba pensando en llamar a tu hermano
y preguntar si había pasado algo.
A las cuatro me parece guay.
¿Viene tu hermano? Por decírselo al mío.

—Mike, Finn pregunta si te vienes a jugar a las canchas esta tarde.

—Claro, hace mogollón que no juego al baloncesto.

Aiden
Dice que se apunta.

Finn
Genial, mi hermano también.
¡Nos vemos luego!

Finn es mi amigo desde que nacimos. Nuestros padres son íntimos y nuestra relación fue inevitable. Somos inseparables desde muy pequeños y nuestra amistad ha ido creciendo con los años hasta hacerse cada vez más fuerte. Podría haber ocurrido lo mismo con nosotros que con Mike y Henry, el hermano mayor de Finn, que con el tiempo se distanciaron y ahora solo se ven cuando las familias o nosotros nos juntamos. Se llevan bien, pero eso es todo.

Finn es el único, además de mis hermanos, al que le he hablado sobre Arizona. Él tampoco me perdona que fuera tan tonto como para no darle mi teléfono, mi Instagram o lo que fuera para poder seguir en contacto con ella de alguna manera.



Pasamos la mañana ayudando a nuestros padres a ordenar el garaje, que tiene trastos acumulados desde que gateábamos. Nos han esperado porque no iban a ser capaces de ordenarlo sin ayuda y porque así no se comían todo ese desastre ellos solos.

Después de comer, nos vamos andando hasta las canchas. Finn y Henry llegan tarde, como siempre. Nosotros aprovechamos para hacer algunos tiros libres. El baloncesto fue mi obsesión durante toda la infancia y adolescencia. Soñaba con ser jugador profesional, como Michael Jordan. Sigue encantándome, aunque hace tiempo que entendí que era solo una afición por la que me había dado fuerte y que quería dedicarme a otra cosa.

—¿Preparados para perder? —Me giro hacia Finn, le devuelvo la sonrisa y lanzo la pelota a la canasta sin mirar.

—Espero que vaya por vosotros —lo digo en el momento en que la pelota entra por el aro. Su risa resuena por toda la cancha.

Nos pasamos horas jugando, hasta que el sol se esconde y la única luz es la de las farolas. Hemos mezclado las parejas para compensar los equipos, aunque gano en todas las ocasiones. Se me da bien, muy bien; por eso durante mucho tiempo quise dedicarme a ello. Cuando comprendí que jugar al baloncesto me equilibraba la mente y me ayudaba a desconectar, entendí que nunca lo convertiría en mi profesión. Era mi vía de escape. Cuando juego, me lo paso tan bien que se me olvida que fuera la vida sigue funcionando como un reloj engrasado.

Decidimos ir a tomar algo antes de volver a nuestras casas, con la ropa sudada y el balón bajo el brazo. Nos liamos más de la cuenta y es medianoche cuando llegamos, más borrachos de lo que pretendíamos.

—Deberías escribirle —me dice Finn de camino, mientras intenta aguantar el equilibrio.

He intentado desconectar del móvil y no sacarlo del bolsillo. Aun así, cada vez que me vibraba lo miraba para ver si era una notificación de su cuenta. En algunos momentos, hasta espero que ella me encuentre, le dé a seguir y me escriba, pero no, nunca ocurre.

—¿Para qué? Mi conversación se va a perder en las miles que tendrá. No creo que se acuerde ni de quién soy.

—Te subestimas, Aiden. No creo que sea tan fácil olvidarte.

—¿Estás intentando ligar conmigo?

—No, Dios me libre. Es solo que tú a ella la ves como inalcanzable, la modelo que tiene miles de seguidores —«millones», pienso— y, sin embargo, es una persona normal, como tú y como yo, a la que su carrera le ha dado mucha visibilidad.

Me quedo pensando en unas palabras similares que ella me dijo, sobre que solo éramos dos personas normales teniendo una conversación mundana.

—Ya, sí, supongo que tienes razón. Aunque no es por eso por lo que la veo inalcanzable, y tampoco quiero alcanzarla en el sentido que estás imaginando. Es solo que la vi perdida, ¿sabes?

—¿Y quieres rescatarla? —dice entre risas.

—Eres idiota. —Le lanzo la pelota que sigue debajo de mi brazo. La coge a tiempo para que no le haga demasiado daño en el estómago.

—Joder, es que… yo también querría rescatarla y otras muchas cosas más.

—No lo entiendes, Finn. No viste su mirada, cómo reaccionaba ante ciertas situaciones ni cómo actuaba con Gala, como si fuera otra persona.

—Tal vez porque con Gala es otra persona.

—¿Y cómo de loco estoy si quiero que sea conmigo como con ella?

—Un diez. Ni siquiera sabes si la vas a volver a ver. Y conseguir la confianza que tienen cuesta años, los mismos que hace que se conocen, me temo.

—Ya… Supongo que estoy loco, pero es que sentí que podríamos ser amigos, que empezaba a abrirse y que conmigo tampoco era igual que con el resto del equipo.

—Colega, es posible, pero también puede que te estés montando películas.

—No sé, Finn. Tampoco voy a conseguir nada mirando su Instagram cada cinco minutos.

—Háblale. No pierdes nada por intentarlo.

Seguimos caminando hasta nuestras casas, con la idea de escribirle cada vez más fuerte en mi interior. Es improbable que me responda o que la vea entre todas las que tendrá. Pero, si no lo hago, no podré saberlo. Aunque, si lo hago y no me responde, me frustraré, porque no pararé de comprobar que ignora mi conversación. Si lo pienso con detenimiento, es posible que las redes no las lleve ni siquiera ella y tenga a una persona contratada para que se las gestione. Tal vez

hasta sea su madre.

Nos despedimos cuando llegamos a la intersección que divide nuestras calles; ellos tienen que girar hacia la izquierda y nosotros, hacia la derecha.

Mike y yo nos pasamos el camino discutiendo por quién se va a duchar primero. Gana él y yo me siento en la barra de la cocina mirando el teléfono. No voy a conseguir nada así. Todo va a seguir igual si no hago algo distinto. Lo bloqueo y lo vuelvo a dejar allí, abandonado, hasta el día siguiente.

Esa noche, cuando me tumbo a dormir, sueño con Arizona, no tengo claro el qué, pero de que ella es la protagonista estoy seguro. Me despierto con la decisión de dejar de cotillear sus redes y también de no hablarle. No va a verlo y tengo miedo de que su madre sí lo vea y sospeche algo. Es casi imposible que lo haga, pero todo puede pasar. Y, si algo me quedó claro en los ensayos, es que su madre no puede enterarse de que ha participado en el vídeo. Intento convencerme con eso, porque no quiero sentirme decepcionado si no me responde.

Aun así, sigo pensando que seríamos buenos amigos, sigo con las ganas de conocerla de verdad. Ojalá la vida nos haga reencontrarnos en algún momento. Quién sabe.

7

ARIZONA



Cuando abro los ojos, apenas un poco de luz asoma por las cortinas. Por unos segundos me siento desconcertada; no suelo dormir con ellas cerradas. Entonces, noto movimiento en la cama y recuerdo que mi hermano me acogió anoche cuando aparecí con la cara descompuesta y los ojos llorosos.

Me giro para mirar a Jay, que sigue dormido. Siempre duerme como si nada malo ocurriera en el mundo, en calma, tan tranquilo que, a veces, asusta. Todo lo contrario a mí. No suelo dormir bien en general. Desde pequeña, tengo pesadillas y sueños extraños que me desvelan por la noche. Parece que, en estos últimos años, están remitiendo y no son tan constantes. Sigo durmiendo regular, pero al menos no me despierto en medio de la noche asustada.

Hasta anoche.

Me desperté sobresaltada, me faltaba el aire y tenía las pulsaciones aceleradas. Me levanté antes de que me diera un ataque de ansiedad y busqué a Jay. Cuando vivíamos en Wilmington, las noches que pasaba en casa de mi padre, solía dormir con él, tuviera o no pesadillas, porque me siento segura a su lado. Harper siempre bromeaba con que lo quería más que a ella, pero no era eso. Para nada. Ambos son dos de los tres pilares en los que sostengo la poca cordura que me queda y sin ellos, probablemente, no me quedaría ni ese poco. Los quiero por igual y al mismo tiempo de forma distinta.

Con Jay solo me llevo dos años; eso influye mucho en nuestra relación porque hemos vivido en paralelo las etapas de la vida. Ahora no se nota tanto, pero cuando éramos pequeños sí. No sé si es por eso o porque con él me siento protegida y en calma, pero siempre que no podía dormir acudía a él. También porque se preocupa menos que Harper, o lo disimula mucho mejor. Ella me saca nueve años, al fin y al cabo. En muchas ocasiones, actúa más como una madre que como una hermana. Se preocupa más por mí, sufre con cada cosa que me pasa y es más sentida que Jay. No quiere decir que él no sufra, sino que lo gestiona de otra manera. A Jay es a quien llamaría si necesito que alguien me rescate de una situación embarazosa. A Harper, para que me abrazara y me dejara llorar hasta secarme porque con ella me sentiría en tierra firme, en casa.

Me levanto lo más cuidadosa que puedo y salgo de la habitación. No sé para qué me molesto en ser silenciosa si ni un huracán despertaría a Jay.

Me voy a mi cuarto para darme una ducha rápida y cambiarme. Antes de bajar a desayunar, me paro delante de las flores pintadas en el enchufe, más claras que cuando Harper las pintó pero igual de bonitas. Las acaricio y el recuerdo de cuando lo hizo me hace suspirar. Echo de menos aquellos días.

Mientras bajo las escaleras, noto una corriente de aire que viene de la parte de atrás. Cuando

empieza el buen tiempo, desayunan en el porche. Me asomo a la cocina. Encuentro el desayuno preparado. Me pongo un plato y salgo a buscar a mi familia. Solo encuentro a Harper, apoyada en la barandilla con una taza en la mano con la mirada perdida en el mar. Ni siquiera se gira cuando apoyo el plato en la mesa. Me acerco a ella.

—¿Cómo estás? —me pregunta cuando me apoyo a su lado. Aunque parece distraída y no vuelve la mirada hacia mí, tiene un don para ser consciente de todo lo que ocurre en su entorno.

—Un poco cansada pero bien. ¿Y tú? —Se gira para mirarme. Sus ojos, tan expresivos como los de Jay y Kaylee, su madre, me dejan claro que no se cree mi respuesta.

—Has dormido con Jay, ¿verdad? —Afirmo con la cabeza y quito la mirada de la suya. No me apetece hablar de lo que he soñado y, si la miro, no podré esconderle nada—. ¿Pesadillas? —Doy un trago al café y asiento de nuevo—. ¿Quieres contármelo?

—Quiero, pero no quiero. Lele, es…

—Complicado, lo sé —me interrumpe.

—Más bien, duele.

—¿Y si duele no deberías sacarlo? Verbalizarlo ayuda.

—Y también hace reales las cosas.

—Un día todo reventará, Ari, y no habrá nadie que se salve de esa explosión.

—Tal vez no sea necesario.

—Ari…

—Lele, por favor. —Mi mirada le ruega que no siga.

—Vamos a desayunar, anda. —Me da un apretón en el brazo.

—¿No has desayunado?

—No, solo lo he preparado. Voy a por un plato para mí.

—Vale.

Me quedo apoyada en la barandilla de costado mientras la veo perderse dentro de la casa. Vuelvo la cabeza hacia el mar, doy otro trago al café, cierro los ojos y respiro hondo. El olor a salitre es mi favorito. Querría poder embotellarlo, ese y el que se me queda en la piel después de bañarme en verano, una mezcla de sal y crema solar, junto con la sensación del sol calentándome hasta que las gotas de agua se secan y la del pelo enredado, salvaje.

Harper no tarda más de dos minutos en volver a aparecer. Nos sentamos la una al lado de la otra.

—Oye, ¿y los papás? —pregunto. Aunque Kaylee no es mi madre biológica, la siento mucho más mi madre de lo que en realidad lo es la mía.

—Tenían un compromiso.

—¿Clientes de papá?

Mi padre es abogado. Tiene un bufete con otros tres socios y, junto a los abogados adjuntos, lleva diferentes ramas del derecho, aunque mi padre está especializado en Derecho Empresarial. Muchos de sus clientes son familias adineradas que tienen empresas importantes por la zona. Suele tener comidas de trabajo más a menudo de lo que a Kaylee le gustaría. Kaylee odia ese tipo de compromisos, sobre todo si son de los clientes que te miran como si fueras un escarabajo a su lado.

—Afirmativo. Han ido al club a desayunar, ya sabes.

—Todo lo que le encanta a tu madre.

—Está contentísima. Cuando se han marchado, la sonrisa le deslumbraba la cara. —Me río con el comentario.

—Estoy deseando que vuelva y nos cuente.

—Yo también. —Nos sonreímos—. ¿Jay duerme todavía?

—Supongo, lo he dejado durmiendo antes de bajar, pero quizá se haya despertado y esté entretenido con el móvil. Ya lo conoces.

—¿No sientes que está más feliz? Le noto otra cara.

—Sí, yo también lo he notado. Le sienta bien vivir en Nueva York y el equipo. Estoy deseando ir a verlo a algún partido.

—No sé cómo no has ido todavía.

—No he tenido mucho tiempo y, cada vez que Jay me invita, mi madre me encuentra cualquier evento o trabajo que me obliga a rechazarlo.

—¿Sigue con la misma actitud? —Me quedo con el tenedor a medio camino de la boca y la miro con las cejas levantadas.

—¿Alguna vez ha tenido otra?

—Tienes razón, he hecho una pregunta estúpida. No entiendo por qué no la mandas a tomar viento, te mudas y te alejas de ella.

—Porque no deja de ser mi madre, supongo.

—¿Supones? —Ahora la que me mira con las cejas levantadas y el ceño más serio es ella.

—Es complicado, ¿vale?

«Complicado» parece ser mi palabra favorita. Empiezo a recoger para alejarme de esa conversación una vez más y me dirijo a la cocina. Harper no deja que me escape tan fácilmente y me sigue.

—No hemos terminado la conversación.

—Sí que lo hemos hecho, no tengo nada más que decir.

—No es verdad.

—Lele, déjalo.

—Arizona, puedes huir las veces que quieras, pero mañana el problema seguirá estando ahí y cada vez se hará más grande.

—¿Has hablado con Gala?

—Suelo hablar con ella, sí.

—Ya sabes a qué me refiero, si habéis hablado de mí.

—No, no lo he hecho y, aunque lo hubiéramos hecho, no sé qué importancia tiene.

—Ella me dijo algo parecido.

—Porque es la verdad. ¿No crees que si dos personas a las que les importas te lo dicen es por algo?

Y sí, claro que tiene importancia. De ellas todo lo tiene. Cada palabra, cada gesto, cada mirada… Solo es que me cuesta aceptar ciertos aspectos. Entender que es posible que esté llegando al límite, que tenga que empezar a tomar decisiones que me rasgarán por dentro de una manera en la que no sé si sabré regenerarme después, es duro. Es complicado. Da miedo, atroz y paralizante.

Me apoyo en la encimera de la cocina y le doy la espada a Harper. Me agarro fuerte al borde y respiro varias veces hasta que me tranquilizo. No quiero llorar, no pienso hacerlo. No quiero que me vea así porque la preocuparé más y porque, quizá, no sea capaz de ver su mirada y no romperme de verdad. Cuando consigo controlarme, me giro para que podamos vernos las caras.

—Me he propuesto tomar decisiones antes de final de año, no quiero alargarlo más o llegará el día de renovarlo y seguiré en la misma situación. Pero aún tengo tiempo y lo necesito. Necesito pensar bien, decidir qué quiero hacer.

—¿Hasta cuando tienes para comunicárselo? —Se refiere a cuándo termina el contrato

profesional que tengo con mi madre y su agencia.

—Acaba en agosto del año que viene. Tengo que avisar con dos meses de antelación si quiero ponerle fin, así que tengo hasta junio para hacerlo.

—Tienes tiempo, entonces. Piensa las cosas bien o, mejor dicho, ejecútalas. Creo que hace tiempo que tienes claro lo que quieres hacer.

Sin decir nada más, se marcha de la cocina y oigo sus pasos mientras sube las escaleras. Me quedo un rato apoyada, pensando una vez más en todo y en que no tengo ni idea de hacia dónde quiero dirigir mi vida. Llevo sintiéndome así casi toda mi vida.

Sé que Harper tiene razón y que debo dejar de huir de la única decisión que tengo clara desde poco después de cumplir los dieciocho años, desde poco después de firmar ese maldito contrato. No quiero seguir atada a mi madre. Quiero dejar de sentir que mi vida le pertenece.

Respiro una última vez; no es el momento de ponerme a pensar en estas cosas. No me va a ayudar en nada vivir en este bucle. Tengo que empezar a tomar decisiones, aunque duelan, aunque todavía haya tiempo para tomarlas.

Me vuelvo para fregar las cosas que he dejado en la pila y termino de recoger los restos del desayuno. Paso la mañana sentada en el balancín del porche leyendo. Jay aparece casi a mediodía, con la marca de las sábanas en la cara y los ojos llenos de legañas.

—¿Cuándo te has despertado? —Se sienta a mi lado, se revuelve el pelo y me empuja con el hombro en un gesto cariñoso. Cierro el libro que tengo entre las manos.

—Hace como tres horas.

—¿Qué hora es?

—¿Ni siquiera sabes qué hora es?

—No, he abierto los ojos, he visto que no estabas y he ido a buscarte. ¿Estás bien?

—Sí, tranquilo. Al final, he dormido bastante mejor de lo que esperaba.

—Porque estabas a mi lado. —Se acerca más a mí, alarga su brazo para agarrarme del hombro y atraerme hacia él.

—No me gusta engrosar tu ego, pero es verdad.

—Engrosar mi ego es decir lo bueno que estoy. Esto es más bien una manera bonita de decirme que me quieres.

—Como si no lo supieras…

—A veces no está mal recordarlo.

No soy una persona excesivamente cariñosa, cada día menos. Me cuesta decir «te quiero», pedir un abrazo o, incluso, tocar a alguien porque necesito un punto de apoyo. Antes no era así, pero el tiempo nos transforma. Es increíble la capacidad que tiene para darle la vuelta a lo que somos, para hacernos ser otras personas. En realidad, el tiempo no es tan culpable como lo que nos ocurre mientras pasa. Ojalá hubiera sido capaz de pararlo de algún modo, o de volver hacia atrás. O hacia delante. No lo sé. Dicen que el tiempo lo cura todo, pero en mi caso solo ha agrandado la herida.

—Oye, ¿quieres venirte hoy a dormir a casa?

Tenemos un vuelo esta tarde de vuelta a Nueva York, en el que conseguimos asientos juntos. La idea de dormir con él me sabe mucho mejor que volver a casa con mi madre. Sé que se molestará cuando se lo diga, pero me da igual. Hoy me da igual. Mañana, tal vez, me arrepienta cuando sus palabras sean como cristales que se clavan.

—Claro que quiero. —Le sonrío y me atrae aún más hacia él. Me acurruco a su lado como hace mucho que no lo hago. Quiero quedarme aquí, con el mar enfrente, su olor, un libro en las rodillas y Jay a mi lado. Siempre a mi lado.

8

AIDEN

Suena de fondo *As It Was*, de Harry Styles. No tengo nada en contra de esa canción; de hecho, me gusta, pero cuando escuchas un tema tantas veces como he escuchado yo este, acabas por aborrecerlo. Doy un trago a la copa de vino; preferiría una cerveza, pero en este tipo de eventos no suelen servirlas. Miro a mi alrededor. Llevo casi una hora en esta fiesta y aún no he encontrado nada interesante que me haga quedarme un minuto más. Cuando te proponen venir a la premier de una película y a la fiesta posterior, no esperas que sea tan aburrido. Ni tampoco que tu agente te abandone a los cinco minutos de estar allí.

Tenía esperanzas de hacer algunos contactos con su ayuda, pero lo único que ha hecho ha sido dejarme tirado en cuanto se ha cruzado con personas más interesantes. Esta era la última oportunidad que tenía para demostrarme que quiere ayudarme y que no soy uno más de sus representados, uno por el que no va a mover un dedo ahora que tiene otros que le dan más dinero. Nunca podré ganar más si no me ayuda a conseguirlo.

Me acerco a la barra para dejar la copa y marcharme cuando el movimiento de una persona me hace girarme. Sonrío. ¿Cómo no la he visto antes? Está sentada con las piernas cruzadas en uno de los taburetes negros que hay junto a una de las mesas altas que están distribuidas a lo largo de la sala. Gira la copa de lo que parece vino blanco, o tal vez sea champán, en un movimiento hipnótico del que no aparta la mirada. Está sola y parece tan aburrida como yo. Entonces, veo que se acerca una mujer con otro hombre y un chico joven, más o menos de nuestra edad. Arizona levanta la mirada al ver que la llaman y yo no puedo apartarla de la escena. No parece muy contenta al ver quién se ha acercado. La mujer y el hombre no tardan en marcharse y dejarla a solas con el chico joven. Él se sienta en el otro taburete, deja el vaso de lo que parece *whisky* encima de la mesa y apoya los codos para estar más cerca de Arizona. Se tensa y su espalda se yergue. En un movimiento casi imperceptible y disimulado, mueve su cuerpo para añadir algo de distancia y agarra más fuerte la copa. En un impulso, pido otra copa y me acerco a ellos.

No he sabido nada de ella desde que grabamos el videoclip. No le escribí y ya casi no miro sus redes, que cada vez parecen más silenciosas, o es que ya no les presto tanta atención y me pierdo las cosas interesantes. Sea como sea, tengo delante de mí la oportunidad de hablar con ella y no pienso perderla.

Ninguno de los dos se da cuenta de que me acerco. Noto como Arizona se tensa cada vez más. ¿Habrá pasado algo entre ellos? Cuando estoy a su lado, carraspeo y los ojos azules grisáceos se posan en mí. Al principio, me topo con una mirada casi glacial que no tengo claro si

dirige a mí o a la persona que tiene enfrente. Noto que cambia su expresión a una de sorpresa cuando se da cuenta de quién soy. La sensación de frialdad se esfuma.

—Buenas noches. —El chico se fija en ese momento en mí—. ¿Interrumpo algo? —pregunto con la certeza de que para él sí lo estoy haciendo por cómo me observa.

—No, para nada. Solo nos poníamos al día. Es un viejo amigo, ¿verdad, Lewis? —La respuesta de Arizona es rápida. Sabe que la respuesta de él no va a ser tan amable.

—Sí, lo soy. ¿Y tú eres…? —Me mira de arriba abajo como si fuera a intimidarme o a hacerme sentir de menos. No es el caso.

—Aiden, encantado. —Le ofrezco la mano y veo que Arizona se muerde el labio para aguantarse la risa. Él me la estrecha sin demasiado entusiasmo. Tiene pinta de ser de los que dan más importancia a las apariencias y prefiere simular educación a contestarme lo que en realidad está deseando decirme.

—¿Y de qué os conocéis? No me suena haberte visto por aquí antes.

—Es la primera vez que vengo a un evento como este. He venido con mi agente por trabajo.

—¿También eres modelo? —Su ceja enarcada y el repaso que me da de nuevo me hace entender que no le parece que tenga pinta de modelo. ¿A este gilipollas qué le pasa?

—A veces, pero en realidad soy actor. Aunque, si sale alguna campaña interesante como modelo, no digo que no.

—Claro, entiendo. —La sonrisa de suficiencia que pone me da ganas de arrancársela. Tiene pinta de ser de los que piensa que aceptar trabajos que no son lo tuyo es rebajarse, una pérdida de tiempo. De verdad, no sé quién se creerá que es—. ¿Os conocisteis en alguna campaña, entonces?

—Nos conocemos por una amiga en común —responde Arizona sin entrar en detalles. Verdad no le falta; nos conocimos de ese modo, aunque no fuera ese el motivo principal.

—¿Por quién?

—¿Eres mi padre y no me he enterado, Lewis? —Su tono cortante hace que él enderece la espalda y frunza el ceño. No parece de los que escuchan a menudo respuestas como esa. Pero a Arizona se le nota que se le está acabando la paciencia; ya ni siquiera disimula la incomodidad que le produce su presencia.

—No me hables así —le dice entre dientes.

—Entonces, deja de hacer preguntas como si fueras mi padre. Aiden y yo nos conocimos por una amiga en un evento similar a este. No hay más que contar.

—Perdona, no quería parecer entrometido, es solo que no eres una persona con muchos amigos; no conoces a demasiada gente. —La noto tensarse más de lo que ya estaba. La espalda más recta, tanto que parece que se le vaya a partir; la mano con la que sujeta la copa está tan blanca que no me extrañaría que la acabará rompiendo. Su mirada vuelve a transmitir esa frialdad con la que me topé al principio. Antes de que Lewis vuelva a abrir la boca y decir algo que pueda dañarla, me animo a darle una salida.

—Iba a salir al jardín a tomar un poco el aire cuando te he visto y he pensado en acercarme a saludarte. ¿Te apetece acompañarme y así nos ponemos al día también? —La última parte la digo con toda la intención del mundo por el comentario que ha dicho antes sobre Lewis.

—Me encantaría. —Se levanta de un salto, se alisa el vestido y se dirige hacia una de las puertas que dan al jardín—. Nos vemos, Lewis. —Ni siquiera se gira al pronunciar esas palabras.

Le digo adiós con la mano y la sigo con una sonrisa de oreja a oreja al ver la cara de idiota que se le ha quedado al verla marcharse.

Me fijo en Arizona con más detenimiento. Lleva un vestido verde oscuro, casi negro, de

satén, largo hasta los pies. Por la raja lateral del vestido, con el movimiento, asoman unas sandalias plateadas con un tacón de infarto. Con ellas es casi de mi altura. La espalda la lleva al aire; el blanco de su piel hace que se noten más las pequeñas pecas que parece tener por todo el cuerpo. Ya me fijé en la cantidad que tenía en la cara y en los brazos. Son de un marrón suave, casi imperceptibles si no te fijas mucho. Lleva, además, el pelo recogido en una trenza que la hace parecer aún más alta de lo que es. No se da cuenta del efecto que tiene cuando pasa al lado de cualquiera. Todos se quedan mirándola. No me extraña. Está increíble; es increíble.

Acelero el paso y me pongo a su lado.

—Gracias —me dice muy bajito.

—De nada. Parecías tensa.

—Lo estaba.

—¿Quién es? —Me giro para ver si sigue en la mesa donde lo hemos dejado. No hay ni rastro.

Arizona sigue avanzando por la terraza hasta unas escaleras. Creo que no tiene ni idea de hacia dónde va; solo quiere alejarse de allí.

—Lewis es un viejo conocido con el que no me gusta pasar demasiado tiempo. Es modelo también, pero se cree mejor que nadie y, bueno, también con derechos que no tiene.

—¿Qué quieres decir? —No me gusta lo que intuyo en esas palabras.

—Lo has entendido a la perfección, pero estate tranquilo, nunca se ha pasado más de la cuenta. Al menos, entiende lo que es un no. Se molesta y se hace el indignado, pero no insiste.

—Odio a ese tipo de personas.

—Yo también. —Ralentiza el paso y se queda mirándome más detenidamente—. ¿Qué haces aquí?

No lo pregunta del mismo modo en que lo ha hecho Lewis, sino por curiosidad.

—Se supone que venía a que mi agente me presentara a personas relacionadas con el mundo de la interpretación, a hacer contactos, ya sabes. Pero me ha abandonado a los cinco minutos de estar aquí. —Miro hacia atrás, no sea que aparezca de la nada—. Me iba a ir cuando te he visto.

—¿Aburrido? —Una media sonrisa le asoma en la comisura de los labios.

—No pinto nada aquí, para ser sinceros.

—Como la mitad de los que hemos venido.

—Tú no pareces fuera de lugar. —Enarca las cejas.

—¿En serio? Me has encontrado sentada hablando con alguien con el que no quería hablar y con ganas de levantarme y huir. ¿De verdad crees que encajo aquí?

—Sí. A pesar de todo eso, encajas. Otra cosa es que no te sientas cómoda.

—No entiendo.

—Mírate. —La señalo de arriba abajo y noto que se sonroja—. Encajas aquí y en cualquier lugar.

—Nada es lo que parece, Aiden.

—¿No?

—Las apariencias engañan. —Desvía su mirada hacia el cielo para romper el contacto con la mía. Lo que haya visto no le ha gustado. Se pierde por unos segundos en lo que sea que le ronda la cabeza.

—¿En qué piensas? —lo pregunto en un impulso. Porque soy así. Curioso. De los que se aventura y luego ya piensa si estuvo bien que hiciera o dijera eso. Vuelve su mirada hacia mí de nuevo. Hace un rato que hemos parado de andar, cuando hemos llegado adonde se acaba el cemento y empieza el césped.

—¿Sigues aburrido?

—Tu presencia y la conversación con Lewis ha mejorado considerablemente la noche.

—Me alegra oírlo. —Sonríe, esta vez de verdad—. ¿Tenías algún plan más interesante esperando en casa?

—Mi hermano y la Play. No es el plan más divertido, pero mejor que este, sí. —Se muerde el labio y se me queda mirando.

—¿Te apetece ir a una fiesta de verdad? Ya sabes, de esas en las que se bebe cerveza y no hay copas elegantes.

—¿Qué me propones? —Una sonrisa que ya no puedo ocultar asoma a mis labios. La noche comienza a ponerse interesante.

—Mmm, ¿cómo llevas eso de dejarte llevar y las sorpresas?

—Me gustan bastante.

—Genial. Vamos, creo que te encantará el plan.

Comienza a andar de nuevo hacia dentro del salón. La veo sacar el móvil, escribe algo y lo vuelve a guardar. La sigo sin hacer preguntas. Sería interesante que me despidiera de mi agente, aunque, después de que me haya dejado tirado y no se haya preocupado de mí desde que hemos llegado, no se lo merece. Me sorprende que Arizona no se dirija a la puerta de salida. Se mete por un pasillo, el mismo que lleva a los baños y, si no me equivoco, a la zona de servicio, donde se encuentra la cocina. Empuja las puertas y se mete en ella. No entiendo nada.

—¿No es más fácil por la puerta principal?

—Está llena de periodistas a los que quiero evitar. ¿O te apetece que mañana esté una foto nuestra por toda la red?

No he pensado en ello. Es una cara pública, al fin y al cabo. Por lo que pude ver cuando me puse a cotillear, a los periodistas les encanta sacar fotos cuando tienen la oportunidad, insinuar que cualquier persona con la que la vean es su pareja y se dedican a escribir titulares sensacionalistas que no parecen tener mucho que ver con lo poco que me ha dejado ver de ella. Casi nunca la sacan con chicos; solo encontré una noticia en la que salía con Jayden Scott, el base de los New York Knicks, y la información era muy vaga.

—Se me olvida que eres famosa.

Sin pararse, se gira para mirarme, pone los ojos en blanco y devuelve la mirada al frente de nuevo.

—No soy famosa.

—No estoy muy seguro de que el mundo piense lo mismo. —Se gira de nuevo con cara de no entender a qué me refiero—. Tienes muchísimos de seguidores en Instagram, Arizona. Sales en revistas, la prensa te fotografía por la calle, quieren saber qué haces, qué comes y con quién te juntas. Yo diría que eres famosa.

Se para cuando llegamos a la puerta por la que parece que vamos a salir, aunque en realidad parece que estemos huyendo. Apoya las manos en la manilla y, antes de abrirla, me dice:

—El mundo y yo no siempre pensamos de la misma forma. Ellos me consideran famosa y yo solo me considero una persona que se dedica a la moda, nada más.

Salgo detrás de ella. Quiero replicarle y explicarle los motivos por los que el mundo la define así, pero no quiero hablar de más o sin saber. Arizona no deja de ser una persona normal, cuya profesión la ha etiquetado como una cara conocida y eso implica que la prensa se interese, que quiera saber todo lo posible, que se crean con derecho a hablar de ella y de su vida privada sin tener en cuenta las implicaciones que tienen sus palabras. Como si tuvieran derecho a decir y opinar sobre su vida. La fama y los medios siempre han sido así. Y es obvio que, cuanto menos

cuentas y enseñas, más motivos parece que tienes para ocultarlas.

Veo un coche negro que espera en la calzada. Arizona abre la puerta y con un gesto me indica que pase primero.

—Hola, señorita —dice el conductor—. ¿A la dirección que tengo marcada?

—Buenas noches. Sí, por favor.

—Enseguida. Si quieren agua, tienen en los laterales. —Miro hacia donde indica y veo varias botellas y paquetes de pañuelos—. También puedo poner la temperatura que deseen y cualquier tipo de música.

—Todo está bien, gracias.

—¿Tienes chófer? —Me acerco a ella todo lo que puedo para que no me pueda oír el conductor.

—No, he pedido un Uber —comenta en un tono también muy bajo—. Ya te he dicho que no soy tan famosa.

—Te estas aguantando la risa.

—Un poco. —Entonces, explota en una carcajada.

—Eres idiota. —Aunque me río con ella.

—No te has visto la cara cuando has mirado hacia las botellas y cuando me has preguntado. Si no, también te haría gracia.

—En realidad, me estoy riendo.

—Pero porque te lo he contagiado.

—¿A dónde vamos? —cambio de tema.

—Es sorpresa, ya te lo he dicho.

—¿Ni siquiera hacia dónde nos dirigimos?

—Hacia Brooklyn.

—Vale, eso pueden ser muchos lugares.

—Lo sé.

Al menos no ha dejado de sonreír desde que nos hemos subido al coche. Noto que está más relajada, más cómoda. Quiero pensar que es por mi compañía, pero en realidad estoy seguro de que tiene más que ver con haber salido de esa fiesta y con el lugar hacia el que vamos.

El coche pasa por el puente de Manhattan; por la dirección que toma, creo que vamos a la zona de Dumbo. Diez minutos después, gracias a que no encontramos apenas tráfico, el coche estaciona enfrente de una casa de tres plantas con las paredes de ladrillo rojo típicas de esta zona.

Damos las gracias por el trayecto y bajamos. Desde fuera, se pueden oír música y risas dentro de la casa. Se intuye alguna silueta en las ventanas de la primera planta. Arizona sube las escaleras y abre la puerta.

—¿Vives aquí?

—No.

—¿Quién vive aquí, entonces?

Ignora mi pregunta y entra. La sigo. No hay demasiada gente. Arizona se asoma al comedor. Su sonrisa se amplía cuando da con la persona que busca y yo sigo su mirada. No puede ser. Jayden Scott está en medio del salón. Arizona se acerca y a él se le ilumina la cara al verla; la estrecha entre sus brazos. Joder, ¿tendrá razón la prensa y son pareja?

—Pensaba que no podías venir, renacuaja —oigo que le dice.

—Cambio de último momento.

—¿Te ha dejado venir tu madre?

—No, ni siquiera sabe que estoy aquí. No creo que me eche de menos. Al menos hasta que

decida irse, pero para entonces le habré mandado un mensaje para decirle que me he ido a casa.

—Chica lista.

—He aprendido del mejor.

Me quedo un poco apartado para no molestar, pero lo suficientemente cerca como para observar su interacción. Jayden se da cuenta de mi presencia y me mira. Ari, que sigue abrazada a él, gira un poco la cabeza para ver qué está mirando. Se suelta y se acerca a mí.

—Jay, este es Aiden, un amigo. Aiden, este es mi hermano Jayden.

Su hermano. Jayden Scott es su hermano. ¿Cómo es posible que no supiera que son hermanos? Soy fan de los Knicks y he seguido su carrera desde antes de que llegara al equipo. ¿Cómo es posible que ningún medio haya hablado de esto y, por el contrario, los hayan emparejado?

9

ARIZONA

—Bienvenido a mi casa.

Mi hermano le ofrece la mano y Aiden se la coge con fuerza. Se miran con detenimiento. Jay intenta descubrir quién es y por qué vengo con él; no suelo venir acompañada, ya que, como ha dicho Lewis, no conozco a mucha gente. Aiden lo mira como si Jay fuera un fantasma y no una persona de carne y hueso.

—Encantado —consigue decir Aiden—. La casa es preciosa.

Me aguanto la risa. Creo que alguien se ha quedado más impresionado que cuando me vio a mí. No es para menos. Mi hermano sí es famoso, él sí que es una estrella. Desde que empezó a jugar en los Knicks, ha ganado muchísima popularidad.

—Gracias. ¿Me devuelves la mano? La necesito para seguir disfrutando de la noche —bromea mi hermano. Aiden lo suelta de golpe.

—Sí, sí, lo siento, es que… —Se lleva las manos al pelo y se lo revuelve—. Joder, perdón, parezco idiota, pero no me esperaba acabar la noche en casa de Jayden Scott.

—¿Fan de los Knicks? —A mi hermano le asoma una sonrisa ladeada.

—Fan del baloncesto en general y de los Knicks en especial.

—Presiento que nos vamos a llevar bien. —Pongo los ojos en blanco. Cuando se trata de baloncesto, Jayden pierde el sentido común. Ya puede tener delante a un asesino en serie que, si le gusta en baloncesto, le da igual—. ¿De qué os conocéis?

—¿Recuerdas el favor que le hice a Gala, el del videoclip? —Asiente—. Pues él era el otro protagonista.

—Así que él es…

—Sí —lo corto antes de que diga cualquier tontería. Le hablé un poco de Aiden, no mucho, pero sí lo justo para que se diera cuenta de que trabajar con él había sido diferente—. Bueno, hechas las presentaciones, voy a subir a cambiarme de zapatos, ¿vale?

—Tienes las cosas en el vestidor. —Mi hermano por fin desvía la vista hacia mí—. También puedes cambiarte de ropa si quieres.

—Con ponerme las Converse me vale. No soporto estos tacones ni un minuto más. ¿Vienes? —le pregunto a Aiden.

—Eh…

—Lo digo por si quieres ponerte algo más cómodo. No pareces muy a gusto con la corbata y la chaqueta. Seguro que a Jay no le importa dejarte algo.

—Coge lo que quieres, parece que usamos más o menos la misma talla.

Aiden apenas es unos pocos centímetros más bajo que mi hermano.

—Eh, sí, claro.

Subimos las escaleras hasta el último piso de la casa. Solo hay dos habitaciones en esta parte, la de mi hermano y una habitación de invitados que es donde suelo quedarme cuando vengo.

Aiden me sigue dentro de la habitación. Se queda cerca de la puerta, con las manos en los bolsillos y su mirada fija en mí, aunque parece algo perdido en sus pensamientos.

No sé por qué lo he invitado. No nos conocemos tanto como para que lo meta en casa de mi hermano y le abra una parte de mi intimidad, una que ambos mantenemos muy resguardada para que los medios no puedan usarla de ninguna manera contra nosotros. Aunque parezca imposible, tienen la capacidad de enturbiar cualquier cosa, incluso una relación tan sana como la que tengo con Jay. Y, sin embargo, lo he traído sin pensarlo, sin remordimientos. Ha sido cruzarme con su mirada y sentir una calma interna que no lograba alcanzar desde hace días. Cuando me ha dicho que saliéramos a tomar el aire, he sabido que, fuera como fuera, esta noche no me iba a separar de él. Aunque mañana no volvamos a saber nada el uno del otro; aunque no tenga ni idea de dónde ha nacido ese impulso.

—¿Estás bien? —le pregunto.

—Sí, sí. Solo intento entender cómo es que Jayden Scott es tu hermano. Ni siquiera tenéis el mismo apellido.

—Eso es porque en realidad somos hermanastros, pero odiamos esa palabra y no la usamos nunca. Además, nos consideramos hermanos de verdad.

—Tu madre y su padre…

Me pierdo en el vestidor buscando las Converse y también una camiseta para que Aiden se pueda cambiar.

—No, mi padre y su madre son pareja.

—¿Tienes más hermanos?

—Una hermana.

—¿Y también es famosa? —Rompo a reír.

—No, Harper es artista.

—¿Artista? Eso suena a que puede llegar a ser famosa.

Vuelvo a la habitación con mis Converse y una camiseta blanca básica de manga corta. Se la tiro y la coge al vuelo.

—No es ese tipo de artista. Ella dibuja, pinta, ilustra, fotografía… No pretende ser famosa. Ni siquiera trabaja de eso; es librera.

Comienzo a cambiarme los zapatos sentada en el borde de la cama. Aiden se quita la chaqueta, la corbata y la camisa. Me quedo mirando su abdomen. No está muy musculado, pero se le marcan los abdominales y una pequeña uve. Vuelvo a concentrarme en atarme las zapatillas antes de que me pille mirándolo.

—¿Por qué no se puede ir a estos eventos en vaqueros y camisetas?

—Porque siguen existiendo muchos prejuicios y a la gente le gusta lucir sus mejores galas. Presumir, ya sabes.

—No parece que a ti te guste presumir.

—Lo cierto es que me da bastante igual. —Me encojo de hombros—. ¿Quieres cambiarte los pantalones o los zapatos?

—No, tranquila, estoy bien así.

—Entonces, volvamos. Te invito a una cerveza.

Se ríe y me sigue escaleras abajo. Lo guío hasta la cocina, cojo dos cervezas y le ofrezco una. Les damos un trago con los ojos fijos el uno en el otro y una sonrisa de medio lado.

Mi hermano aparece al poco tiempo con un compañero del equipo y se ponen a hablar con nosotros. A Aiden parece que le han dado cuerda; no para de comentar cosas de baloncesto. Por la actitud de mi hermano, sé que le ha caído bien y no tiene nada que ver que le guste el baloncesto. Quizá no es tan irracional como he dado a entender.

Participo en la conversación todo lo que puedo. No veo todos los partidos, pero intento mantenerme al tanto. Me gusta el baloncesto, me gusta jugar con Jay cuando sacamos un rato y me gusta verlo jugar.

Algunos de los colegas de mi hermano lo llaman para que se una a una partida de billar. Me arrastra con él y Aiden nos sigue. Jay no solo me enseñó a jugar al baloncesto, sino también a las cartas, al billar y a los bolos.

Después de ganar la partida, lo dejo jugando y me acerco a Aiden. Le robo la cerveza que tiene en la mano y le doy un trago. Me hago daño al tragar cuando me doy cuenta de lo que acabo de hacer.

—Perdón —le digo mientras se la devuelvo.

—Solo es un trago.

No, no es solo un trago. Lo sería si la cerveza fuera de mi hermano, pero no cuando es de un chico al que conozco de apenas dos ratos.

—Así que te gusta el baloncesto y sabes jugar al billar. —En sus ojos veo diversión.

—¿Sorprendido?

—Un poco, aunque creo que cualquier cosa que me digas me sorprendería.

—¿Por? —Me muerdo el labio por dentro. Me siento desconcertada conmigo misma esta noche.

—Porque no sé nada de ti, así que todo lo que conozca será nuevo. ¿No tienes la sensación de que, al principio, cuando estás conociendo a alguien, todo es sorprendente?

—Mmm, supongo. —Se ríe con mi respuesta.

—¿Supones?

—Nunca me he parado a pensarlo. —No es del todo mentira, aunque tampoco es verdad.

No he conocido a muchas personas en mi vida. La mayoría llevan tanto tiempo en ella que no recuerdo cómo fueron las primeras cosas que conocí de ellas, ni si me sorprendí. Era muy pequeña para pararme a pensar en ello. Las conversaciones más personales que he tenido en mucho tiempo, excepto las que he tenido con mis personas de confianza, han sido con él.

Aiden se distrae un momento con el móvil y, al desbloquear la pantalla, veo la hora que es. Las tres de la mañana. No creo que mi madre haya vuelto aún a casa; le he mandado un mensaje antes por si me buscaba o decidía irse pronto. Nunca se sabe con ella. Miro mi móvil por si tengo algún mensaje suyo. Nada, como siempre. Aun así, debería volver ya a casa.

Aiden me empuja por el hombro y me devuelve a la realidad. Llevo unos meses en que mi mente se va constantemente a otra parte.

—¿Pasa algo? Te ha cambiado la cara.

—No, no. Es solo que debería irme a casa. Ya es tarde y mi madre no sabe que estoy aquí. Piensa que estoy durmiendo en mi cama.

Mira el teléfono de nuevo y abre los ojos.

—Hostia, no me he dado cuenta de que el tiempo pasaba tan deprisa.

—Eso significa que estás pasándotelo bien.

—Demasiado. Tu hermano es genial y, joder, estamos rodeados de jugadores de baloncesto

profesionales. ¿Sabes qué es eso para un forofo del deporte?

—Sí, Jay es genial. Sabía que te lo pasarías bien.

Busco a mi hermano con la mirada. Sigue jugando al billar, despreocupado y sin parar de reír. Por el rabillo del ojo, veo a Aiden apurar la cerveza.

—Voy a despedirme de mi hermano y me voy, ¿vale?

—Te acompaño.

—No hace falta, Aiden, te puedes quedar.

—Ya, pero quiero acompañarte.

—¿Seguro?

—Segurísimo. Es hora de tirarme en la cama a descansar.

Interrumpimos la partida un momento para despedirnos de Jay. Me lleva quince minutos convencerlo de que no pasa nada por que me vaya sola en Uber, y solo acepta porque Aiden se ofrece a acompañarme y luego continuar hasta su casa. Aun así, me pide que le mande la ubicación en tiempo real por si nos pasa algo. Quiero mandarlo un poco a la mierda, porque se esté poniendo demasiado pesado y protector, aunque me conmueve que se preocupe tanto por mí. Lo abrazo fuerte antes de marcharme. En el fondo, su manera de cuidarme me mantiene cuerda.

Pido el Uber mientras subimos a por las cosas que hemos dejado en la habitación de mi hermano.

Hacemos casi todo el viaje en silencio. Solo el sonido bajo de la radio y el de los intermitentes se oyen durante el trayecto. Cada uno mira por una ventana, perdidos en nuestros pensamientos. Los míos están en mi madre y el que se supone que es mi hogar, en el miedo que se me agarra al estómago por si estuviera en casa y se hubiera dado cuenta de que no estoy. En la bronca que se podría desencadenar. Por una vez, no quiero que la noche se acabe, no quiero salir de este coche y tener que despedirme. He estado tan relajada con él y con mi hermano esta noche que no quiero perder la sensación de paz que empieza a alejarse conforme nos acercamos a mi casa. Echo un vistazo rápido a Aiden, que sigue con la mirada perdida en el poco tráfico que hay a estas horas en la ciudad. Quiero volver a verlo, quiero sentirme de la manera en que lo hago cuando está cerca.

Aiden se vuelve y nuestras miradas se encuentran. ¿Qué pensará cuando me mira? En estos momentos, yo solo puedo pensar en que quiero tener la oportunidad de conocerlo, de experimentar la sensación de sorpresa con cada cosa que descubra, y que él lo haga conmigo.

—Estamos llegando —nos comunica el conductor. Me sobresalto un poco; por un momento he olvidado dónde estamos.

—¿Podría continuar después para llevarlo a él a la dirección que le diga? —le pregunto.

—Sin problemas.

—Gracias, cóbrelo en la misma tarjeta.

—No hace falta —dice Aiden.

—Sí hace falta. No estarías aquí si Jay no se hubiera puesto tan pesado y te hubiera obligado a prometérselo.

—Podríamos haber hecho trampas. —Parece darse cuenta de que no entiendo a qué se refiere porque continúa—. Nos podríamos haber montado cada uno en un taxi y no se habría enterado.

—No puedo incumplir una promesa hecha a mi hermano.

—¿Por qué?

—Porque si me ocurriera algo… no se lo perdonaría. Así que no le haría eso nunca, no a una de las pocas personas que se preocupan por mí.

Es tarde cuando me doy cuenta de lo que he dicho. De repente, una inseguridad me recorre por dentro. Me siento tan cómoda con él que lo he dicho de manera inconsciente. No quiero que sienta pena por mis palabras; no es lo que busco. Sin embargo, me mira de la misma manera que antes, con la sonrisa de medio lado que lleva poniendo toda la noche.

—Dame tu móvil —me dice.

—¿Qué? —Me sorprenden sus palabras.

—Que me des tu móvil. —Alarga su mano para que se lo dé; lo llevo en el regazo desde que hemos subido.

—¿Para qué?

—Desbloquéalo y te lo cuento. —Se lo doy. Lo veo escribir y me lo devuelve—. Te he guardado mi número y te he escrito por Instagram. —Me señala una conversación en la que solo me ha puesto un icono—. Solo te he puesto eso porque no sé si tu madre tiene acceso a esto. —Me da una especie de escalofrío ese comentario. ¿Cómo es posible que pueda intuir ese tipo de cosas con lo poco que me conoce?—. Escríbeme, llámame o no lo hagas. Pero, si alguna vez te apetece hablar, reírte o insultar a alguien, soy tu hombre. También si necesitas huir.

Trago saliva. No sé qué decirle. No sé cómo alguien puede hacerme sentir tan bien en tan poco tiempo. No sé qué ve en mí para querer seguir conociéndome.

En ese momento, el coche ralentiza la velocidad hasta que se para. No quiero bajarme, pero tengo que hacerlo. Cojo la manilla de la puerta.

—Gracias, Aiden. Por esta noche y por acompañarme. No tenías por qué hacerlo.

—No tiene importancia.

Quiero decirle que sí la tiene, pero tampoco me apetece tener esa conversación. Una cosa derivaría en otra y en otra, y no estoy preparada para una conversación larga. Bastante es que se me haya escapado que Jay es de los pocos que se preocupa por mí. No necesito mostrar más debilidad por hoy.

—Buenas noches, Aiden. —Abro la puerta; no puedo alargar más este momento. Su tacto me hace volverme.

—No tienes por qué escribirme, aunque me encantaría que lo hicieras. Buenas noches a ti también, Ari.

Aparta la mano. Me quedo unos segundos parada con la puerta a medio abrir, mirando el lugar donde antes estaba su mano. Reacciono y bajo del coche después de decirle de nuevo buenas noches. Observo como el coche se aleja con la sensación de que ha vuelto a encontrar la grieta de la otra vez y se ha hecho un pequeño hueco.

Al entrar en casa, compruebo que mi madre no ha llegado. Es posible que no vuelva hasta mañana. Suspiro. Podríamos habernos quedado un rato más. Incluso podría haber dormido en casa de Jay. Antes de cambiarme, le escribo un mensaje para que sepa que ya estoy en casa sana y salva. Me responde de inmediato.

Jay
Perfecto, hermanita.
Me debes unas cuantas explicaciones.

Arizona
¿Explicaciones de qué?

Jay
No te hagas la tonta.

Arizona
Juro solemnemente que no tengo ni idea de qué estás hablando.

Jay
Su nombre empieza por A y acaba como el mío.

Arizona
Jajajajajaja.
Eres tontísimo.
No hay nada que contar.

Jay
No te creo.

Arizona
De verdad.

Jay
Eso decimos todos.
Te voy a dejar, que me reclaman,
pero continuaremos con esta conversación.
Buenas noches, hermanita.

Arizona
Buenas noches, Jay.

No sé qué espera que le cuente. No le he mentido cuando le he dicho que no hay nada que contar. Aún me pregunto por qué lo he invitado a venir conmigo, a pesar de que no me arrepiento de haberlo hecho.

Con el pijama ya puesto, me arropo en la cama y me quedo dormida sin apenas tener tiempo de darle vueltas de más a la cabeza. No suele ocurrir a menudo. Hoy ha sido una buena noche. Una noche bonita, tranquila, llena de carcajadas de esas que me salen poco si no es con las personas adecuadas.

No sueño, no pienso, solo duermo. Hasta que me despierto sobresaltada a la mañana siguiente, con presión en el pecho y con las pulsaciones aceleradas.

Tal vez sí haya soñado algo, al fin y al cabo. Algo que mi cabeza ni siquiera quiere recordar.

10

ARIZONA



Me gusta imaginar la vida de los demás. Sentarme en cualquier lugar con un café en la mano mientras veo a gente desconocida pasar e imaginarme sus vidas. Creo historias que no tienen por qué parecerse a la realidad; me guío por lo me transmiten, por lo que en mi mente se forma cuando los observo.

Empecé a hacerlo con Harper cuando era pequeña. No había café ni estaba sola con la música a un volumen perjudicial para la audición; solo estábamos ella y yo. Jugábamos a imaginarnos la vida de desconocidos. A veces eran tan inverosímiles que nos pasábamos un buen rato riéndonos.

Al principio de mudarme a Nueva York, cuando me sentía sola, llamaba a Harper y jugábamos a hacer lo mismo. A veces se iba a una cafetería o al paseo para contarme lo que veía. Cerraba los ojos y me imaginaba a su lado, contemplando lo mismo. Por aquel entonces era solo una niña; lo máximo que podía hacer era asomarme a la ventana y observar a la gente que pasaba por la calle a demasiada distancia como para que pudiera ver los detalles.

Cuando cumplí los dieciséis, empecé a correr. En parte, fue culpa de Gala. A pesar de que lo había odiado toda su vida, no paraba de repetirme lo mucho que la estaba ayudando y lo bien que la hacía sentir. Un día, agobiada y con ganas de salir de casa con cualquier excusa, probé y desde entonces no he podido parar. Es lo único a lo que mi madre no se ha opuesto, a pesar de que no está dentro de la rutina que me ha marcado toda mi vida.

Una de las veces en las que salí sola a correr, pasé delante de esta cafetería y me paré. El cartel de la puerta decía que su especialidad eran las magdalenas de calabaza y no pude resistirme. Me senté en una mesa cerca del ventanal, con mi magdalena y un café de caramelo enorme, y sin darme cuenta comencé a inventarme las vidas de los demás de nuevo. Recordé lo mucho que me gustaba, lo mucho que me ayudaba a evadirme.

Todas las historias eran diferentes. A veces eran felices, otras melancólicas, otras románticas. A veces les regalaba la vida que me habría gustado vivir. Fuera como fuera, imaginarme sus vidas daba paz a la mía.

Sin embargo, hoy, mientras observo el mundo pasar por delante de mí, me doy cuenta de lo poco que me identifico con la mía. No es una mala vida. Muchas personas pagarían por tener lo que yo tengo, pero siento que no me pertenece, que las riendas las lleva otra persona y las maneja a su antojo sin pensar nunca en mí. Llega un momento en que pesa demasiado darme cuenta de que la única culpable soy yo, por seguir permitiendo que lo haga.

Me llevo el café a los labios. Apenas está caliente y, aun así, lo agarro entre las manos por si

queda un resquicio que pueda calentarme por dentro. No sé cuánto rato llevo aquí, sentada en mi mesa de siempre, con el sofá más mullido de todo el local. Me gusta porque desde aquí se ve la intersección donde se unen dos calles y, un poco más allá, una de las esquinas de Central Park.

Los últimos días han sido malos. No recuerdo qué soñé la noche de la fiesta, pero, desde ese día, no ha desaparecido la sensación de angustia y malestar. Me siento extraña, como si mi cabeza no funcionara bien. Está llena de ruido, mucho ruido. Lo he intentado acallar de todas las formas que sé. Por eso, esta mañana, después de haber dormido poco y mal, me he puesto unas mallas, las zapatillas, y he salido a correr hasta esta cafetería. Anoche, cuando me metí en la cama, escribí en un arrebato a Aiden y le propuse que nos viéramos aquí y, aunque todavía no me ha respondido y no sé si aparecerá, necesitaba venir. Sentí que era la única persona que podía ayudarme en este momento. Porque, aunque me gusta pasar tiempo sola, esta semana me pesa como nunca. Estoy cansada de que todas mis conversaciones sean por escrito y no tengan voz ni gestos.

Esta semana no he tenido ninguna campaña y mi madre no ha pasado ni un minuto conmigo ni me ha preguntado ni una vez si estaba bien. Y, aunque nunca hemos estado demasiado unidas, en momentos como este, en el que me siento débil, en que mi cabeza no para de funcionar de manera errónea, es cuando más me duele que le importe tan poco. Me cuesta mucho aceptar que, por mucho que espere que las cosas cambien, no lo harán.

Sigo con la música a un volumen indecente, porque a pesar de la carrera mi cabeza no se calla. Me siento frustrada y tampoco tengo el valor de escribir a las personas que sé que lo acallan. No quiero preocuparlos cuando ninguno está en este momento cerca como para venir a abrazarme.

Hoy inventarme vidas imaginarias ni siquiera me ayuda.

Cierro los ojos y respiro. Siento que me paso la vida respirando, controlando mis emociones, evitando llorar. Tal vez porque siento que, si lo hago, no podré parar. Como cuando mi madre me comunicó que nos marchábamos a Nueva York, me encerré en el armario y Gala me encontró, que lloré en sus brazos hasta que me quedé vacía. Tanto que, a pesar del tiempo que ha pasado, no sé si he conseguido llenarme de nuevo.

De repente, alguien deja en la mesa un café para llevar. Tiene escrito mi nombre. Levanto la cabeza y esos ojos entre grises y azules, con algún tono verde, me miran. ¿Cómo es posible que esté aquí si cuando he mirado hace un rato el mensaje seguía apareciéndome como no leído?

Esperaba pasar otro día más sola, con la cabeza casi a punto de explotar y las ganas de llorar agarradas a mi pecho. Y, sin embargo, aquí está Aiden, mirándome mientras bebe su café, como si no acabara de cambiar el rumbo de mi día. Como si la vida me recompensara un poco por la semana de mierda que llevo al ponerme delante a la única persona que en este momento quería que me escribiera.

Paro la música y me quito los cascos.

—¿Qué haces aquí? —le pregunto.

—He leído tu mensaje. —Señala el otro sofá y me pide permiso para sentarse; asiento con la cabeza.

—No has respondido.

—Lo siento, cuando lo he visto estábamos montando en el metro de camino a Central Park. —Bebe de su café—. Me he arriesgado a venir, tenía la esperanza de que siguieras aquí.

—¿Por qué? —Se encoge de hombros.

—Llamémoslo… un pálpito. —Vuelve a darle un trago y se inclina para acercarse más a mí —. Pensaba que no escribirías.

—Yo también.

—¿Por qué lo has hecho?

—¿Tiene que haber un motivo?

—No, pero sé que lo hay.

—Necesitaba salir de casa. —«Necesitaba huir, Aiden», quiero decir en realidad.

—Casi no veo tu mensaje. ¿Cece?

—Es mi otra cuenta, la personal de verdad. Me puse otro nombre para que nadie la pudiera encontrar si yo no quería.

—¿Por eso tienes la foto de un gatito de perfil? —Lo dice con sorna.

—Sí, no iba a poner una mía.

—¿Por qué Cece?

—Mi hermana me llama así desde pequeña. Según ella, es un juego de palabras con mi nombre, algo así como una mezcla entre «ri» y «zo». —Me mira extrañado—. Sí, lo sé, no tiene sentido, pero para ella sí y, como es la única que me llama de esa manera, nadie iba a saber que esa cuenta era mía.

—Así que eres de esas que tiene cuenta privada. ¿Tienes algo que ocultar, pequeña Cece? —bromea.

—Demasiado —lo digo en un tono muy bajo; aun así, lo escucha.

—¿Y quiero descubrirlo?

Mi corazón cambia el ritmo de las pulsaciones. No sé si me está regañando o animando a seguir. La mayoría del tiempo siento que una especie de oscuridad rodea cada uno de mis órganos vitales, de mis huesos, de todo lo que soy. Otras veces, solo me digo a mí misma que es mi cerebro, que me manda falsos pensamientos para hacerme creer cosas que no son.

—No lo sé. ¿Quieres?

Se queda con el café apoyado en los labios. Me escruta con esa mirada y esos ojos que hoy parecen más verdes que azules, aunque sigo sin tener claro cómo describirlos.

—¿Tienes algo que hacer hoy? —Niego con la cabeza—. ¿Te apetece venirte conmigo y con mi hermano? —Señala a un chico que está fuera y que intenta disimular que hace unos segundos nos estaba mirando—. Vamos a jugar al béisbol con unos amigos, o a intentarlo, y luego iremos a comer algo.

—Me encantaría. —No dudo. Cojo el café que ha dejado delante de mí. Está caliente y doy un pequeño sorbo. Sabe a caramelo. No puede ser coincidencia—. ¿Cómo sabes cómo me gusta el café?

—Se lo oí pedir a Gala un día que fuimos a por el desayuno en el rodaje. —Su sonrisa de suficiencia me hace poner los ojos en blanco. Empuja la puerta para salir a la calle. No hace frío, pero para las fechas que son aún no hace el calor habitual—. Arizona, este es mi hermano Mike.

Me sale una sonrisa cuando alarga la mano. Se nota que no tiene ni idea de qué hacer. Entiendo que ese es el hermano del que me habló, el que dijo que estaba enamorado de mí. Al menos, *enamorado* de la persona pública que «conoce».

—Encantada, Mike. —No me suelta la mano ni aparta la mirada de la mía.

—Mike, estaría bien que soltaras su mano. Es posible que la necesite. —Está aguantándose la risa.

—¿Qué? —Mira a su hermano y nuestras manos—. Ah, sí, claro. Perdón. —La suelta. Se gira y comienza a andar en dirección a Central Park.

—Te juro que es normal la mayor parte del tiempo, solo está cortado. Creo que seguía pensando que era un farol que te conocía.

—Bueno, a ti te pasó lo mismo con mi hermano. —Se sonroja y yo le sonrío—. Tampoco sé por qué ibas a mentirle sobre algo así.

—Eso le dije, pero, como nos gusta putearnos de vez en cuando, se pensó que podía ser una broma.

Seguimos los pasos de Mike. Parece haber pisado el acelerador y no tiene pinta de parar. Continúa hasta que llega a la zona donde están los campos de béisbol y se acerca a un grupo que está hablando. Me fijo en ellos: son cuatro chicas y seis chicos, además de los dos hermanos. Me pongo nerviosa cuando asimilo la cantidad de gente que es. Me cuesta interactuar con gente desconocida a pesar de que trabajo con grupos grandes todo el rato.

Aiden coge mi mano y me da un apretón. Su gesto me obliga a soltar la manga que estaba estirando. Me presenta al resto. Algunos se me quedan mirando más de la cuenta, supongo que intentando deducir de qué les suena mi cara o justamente porque saben quién soy. Me siento un poco incómoda. No quiero que piensen que soy una estúpida que se cree mejor que ellos o algo por el estilo. Si supieran que no soy una creída que mira por encima del hombro, sino que los que me intimidan son ellos a mí…

Tiro de nuevo de las mangas de la sudadera en un acto de protección, Aiden se da cuenta y se acerca de nuevo a mí, aunque no me coge la mano.

—¿Sabes jugar al béisbol? —me pregunta una de las chicas.

—No mucho. —Mi voz suena más seria de lo que pretendía.

—Bueno, la mayoría de nosotros tampoco tiene mucha idea, solo queremos divertirnos.

—Habla por ti, Lucy, a mí se me da genial el béisbol —le dice Mike.

—Oh, disculpe, rey de todos los deportes del mundo, se me había olvidado que hemos quedado con una estrella mundial.

—Que te den. —Mike le saca el dedo y se aleja hacia el campo.

Todos se ríen y yo los acompaño con una pequeña sonrisa.

—No le hagas caso. Aquí la mayoría de nosotros venimos a pasar el rato mientras Mike se cabrea porque el resto no estamos a su altura.

—Es muy apasionado —intenta justificar Aiden.

—Es insoportable cuando se trata de competir y lo sabes —le dice Lucy.

—Está mal que yo lo diga, pero sí, se porta como un capullo.

—¡¿Venís o qué?! —nos grita Mike.

—Vamos, antes de que Shrek el ogro haga acto de presencia.

Aiden me retiene donde estamos, en lugar de seguirlos.

—No tienes por qué participar si no te apetece o si te sientes incómoda. Si te quieres ir en cualquier momento, solo tienes que decírmelo y nos iremos.

—No quiero irme. Creo. —Se ríe con mi comentario—. Aunque prefiero mantenerme al margen de momento.

—Nos sentaremos en esos bancos de ahí, así te puedo explicar cómo se juega.

—¿No vas a jugar? —Lo sigo hasta donde ha señalado.

—Sí, pero es un juego lento. Puedo pasar un rato sentado contigo aquí. Cuando me toque batear, me acercaré.

Antes de sentarse, coge el café vacío que aún llevo en la mano y se acerca a una papelera a tirarlo. Lo observo. Tiene algo que me hace querer mirarlo con detenimiento, analizarlo. No sé qué es. Trabajo con muchos chicos atractivos y debería estar acostumbrada, pero con él siento que es distinto. No lo miro solo porque sea guapo, sino por lo que me transmite.

Anda de una manera despreocupada; da la sensación de que le importa poco lo que el resto

piensen de él. Me pilla mirándolo y me sonríe. Yo también lo hago.

Después de una hora de juego, empiezo a entender las reglas gracias a la paciencia de Aiden. Aunque alguna vez he visto jugar a Jay con sus amigos en la adolescencia, no solía prestar mucha atención porque me acababa aburriendo. Soy mucho más de baloncesto. Me gusta la rapidez del juego, como a Jay.

Le pido a Aiden que me enseñe a golpear; me apetece probar. Además, parece desestresante eso de golpear una pelota. Quizás hasta descargue un poco el malestar mental que tengo.

Me lleva primero a un sitio apartado para explicarme cómo lanzar sin molestar al resto. No tengo claro que vaya a aprender a golpear a la primera y no quiero interrumpir el ritmo del partido.

—Oye, no está nada mal para ser la primera vez —me dice después de varios intentos.

—Puede que le coja el gusto a esto de golpear una pelota.

—¿Relajante, eh? Mi padre nos llevaba a veces cuando éramos pequeños solo para pegar a la pelota. Era divertido. Salía de allí con menos peso en los hombros, aunque el problema siguiera siendo el mismo.

—¿Muchos problemas?

—De pequeño tenía mucha frustración acumulada. La gestionaba fatal. Me metía en peleas, me enfadaba con facilidad…

—No pareces ese tipo de persona.

—Porque ya no lo soy. Mis padres me ayudaron para que las cosas dejaran de afectarme de esa manera. Ahora sé gestionar la frustración. Puede que haya días mejores y otros peores, pero al menos no me comporto como un energúmeno.

—No creo que fuera para tanto.

—Bueno, quizás no, pero lo cierto es que me hacía mucho daño y a veces hacía daño a los demás con mi actitud.

Se ha acercado a mí y lo tengo a unos centímetros de distancia. Sigo con el bate en la mano y él, con el guante y la pelota. Intento imaginarme a un Aiden más pequeño, enfadado con el mundo y a veces violento, pero me cuesta encajarlo con la persona que me ha explicado todo con tanta paciencia y que me trató con amabilidad en los ensayos.

—¿Quieres probar en el campo? —me dice.

—No quiero molestar —comento. Los miro y los veo concentrados.

—No lo harás.

—¿Cómo lo sabes?

—Porque estoy seguro de que toda esa rabia que llevas dentro te hará golpear la pelota bien lejos y porque hemos venido a divertirnos

Trago saliva antes de seguirlo. Necesito que deje de decir y hacer esas cosas, que deje de comprenderme sin necesidad de que hable, cuando nos conocemos desde hace un milisegundo. Porque, cada vez que lo hace, mi corazón cambia de ritmo y mis pulsaciones se aceleran.

Nadie dice nada cuando Aiden les pide que me dejen tirar. Mike me mira con intensidad. Voy a tirar como si fuera en su equipo, que va ganando, aunque por poco. Espero no fallarle.

Me preparo como me ha indicado Aiden, que me levanta el dedo en un gesto de aprobación. Está apoyado en la valla que separa los bancos del campo. Retiro la mirada y me concentro en la persona a la que tengo enfrente, en la pelota que tiene en la mano. Me imagino que es mi madre y saco toda la rabia cuando la pelota se acerca a mí. Sale volando, de milagro, y se aleja mucho más de lo que nadie esperaba.

—Joder… —oigo murmurar a algunos del equipo contrario.

Mike empieza a chillarme que corra, ya que por la sorpresa me he quedado parada. Lo hago. Corro lo más rápido que puedo. El equipo contrario no esperaba que la pelota se alejara tanto y tardan más de lo que habrían tardado en otras circunstancias, así que nos da tiempo a terminar la vuelta, tanto a Mike como a mí. De la emoción, me lanzo a los brazos de Aiden, que me agarra y me envuelve en sus brazos. He dado tal salto que las piernas se me enrollan en sus caderas.

—Le he dado.

—Ya te lo he dicho.

Nuestras narices se quedan a centímetros. Estamos demasiado cerca, demasiado agarrados. Suelto las piernas y pongo los pies en el suelo de nuevo. Él también afloja un poco el agarre de mi cintura, pero no aparta las manos de mí. Mike se acerca a nosotros.

—Ha sido increíble. —Levanta la mano para que se la choque—. Vamos a acabar con ellos.

Me quedo el resto del partido sentada con Aiden. Comentamos cada jugada y nos reímos de la competitividad de Mike. Al final, gana su equipo.

—Prepárate para ver a un Mike más sobrado que cuando hemos empezado.

Nos juntamos todos de nuevo y Mike no para de restregarles por la cara la victoria con mucha efusividad, tanta que hace que tenga que contenerme la risa y que no pueda mirar a Aiden porque también se está aguantando y explotaríamos los dos. Y me parece una falta de respeto hacia el resto de los compañeros.

Varios de ellos se marchan después del partido. Los que quedamos decidimos ir a comer algo. Se deciden por una hamburguesería a la que suelen ir, que no está muy lejos. Me siento en una de las sillas, cerca de la ventana, mientras el resto van al servicio. Me gusta ver la calle siempre que puedo para no sentirme tan encerrada. Aiden es el primero en volver y se sienta a mi lado.

—Llevas un rato callada.

—¿Sí? —Afirma con la cabeza—. No me he dado cuenta.

—¿Estás bien? ¿No te gustan las hamburguesas?

—Estoy bien y me encantan las hamburguesas.

—¿Entonces?

—No sé, será que estoy acostumbrada a pasar mucho tiempo callada.

—Conmigo puedes hablar todo lo que te apetezca. —Le sonrío de medio lado. Me acerca la carta para que le eche un vistazo. Se me hace la boca agua con todas las opciones.

—Tienen una pinta increíble.

—Te van a encantar. Están buenísimas y las patatas también.

Poco a poco, vuelven el resto y aprovecho para ir yo al baño. Cuando llega la comida, el silencio se instala entre nosotros. Estaba claro que teníamos hambre. Una vez terminamos, nos pasamos un buen rato hablando. Sobre todo entre ellos; yo participo poco, por mucho que intentan integrarme todo el rato en la conversación. Me gusta escuchar.

Aiden está relajado y ha puesto su brazo hace un rato por encima del respaldo de mi silla, como si quisiera estar más cerca de mí, tocarme, pero al mismo tiempo respetar todo lo posible mi espacio. En ciertos gestos, me recuerda a Jay y su manera de cuidarme.

Empieza a darme sueño después de comer y Aiden se da cuenta.

—¿Estás cansada? —me dice cerca del oído.

—Un poco. No he dormido bien hoy.

—¿Quieres irte?

—No, estoy a gusto aquí. Aunque tampoco puedo volver muy tarde.

—¿Sabes qué podemos hacer?

—¿Qué?

—Nos cogemos un café para llevar y te acompaño hasta casa dando un paseo. Podemos parar por el camino si te apetece o ir directos. —Su mirada es clara, no hay ninguna intención detrás de esa propuesta. Parece ilusionado con el plan y a mí me apetece más que quedarnos aquí.

—¿No se enfadarán el resto? —Señalo con disimulo a los que nos acompañan en la mesa. Se han perdido en una conversación que parece muy interesante, pero de la que no me he enterado de nada.

—Lo dudo.

—¿Ni Mike?

—Mike, el que menos. Cuando se levante, se irá a casa a dormir hasta que se canse.

Me muerdo el labio por dentro. Estoy nerviosa. Quiero ese rato extra antes de llegar a casa. Las últimas horas han sido un *break* mental. Uno que necesitaba desde hace días y que espero que me permita dormir mejor hoy. Vuelvo a bostezar.

—No diré que no a ese café.

Me sonríe y se levanta de inmediato, como si tuviera miedo a que pueda cambiar de opinión. Hace bien, porque podría ocurrir. Mi cabeza se encuentra siempre en el debate entre hacer lo que me apetece y lo que se espera de mí. Y lo que se espera de mí no es que pasee por la ciudad con un chico al que conozco desde hace cinco minutos, como si en realidad nos conociéramos desde pequeños. Cualquiera podría vernos, sacarnos una foto y colgarla en la red. No estoy haciendo nada malo, por lo que no debería sentirme culpable, pero una parte de mí no deja de pensar en ello.

A nadie parece molestarle que nos vayamos. Mike le echa una mirada a Aiden que le hace soltar una carcajada. Supongo que será algo de hermanos. Diez minutos después, salimos con nuestros cafés.

11

AIDEN

Dejo que me guíe de nuevo por dentro de Central Park. Sigo intentando dilucidar si es todo un sueño o si es real que Arizona me escribió anoche y la tengo ahora a mi lado. Después de casi una semana, había perdido la esperanza de que me escribiera. No habría pasado nada. Lo habría entendido.

Estaba montado en el metro de camino a la quedada con nuestros amigos, revisando las notificaciones del móvil, cuando he visto su mensaje. Lo he tenido que leer cuatro veces seguidas. Se lo he enseñado a Mike para que me confirmara que no estaba loco y lo que estaba leyendo era un mensaje suyo. Me ha mirado con los ojos como platos y no he necesitado más para saber que lo que había leído era real y era de ella. No he necesitado decirle que íbamos a pasarnos para ver si estaba allí todavía; me conoce demasiado como para saber que quería hacerlo, aunque las probabilidades fueran escasas. Para nuestra sorpresa, estaba sentada en una de las mesas que dan a la calle. No discuto que haya podido ser atrevida mi entrada, pero estaba tan nervioso que tampoco sabía qué hacer, así que he seguido mi instinto. Menos mal que no ha fallado.

Seguimos andando un rato sin decir nada, solo bebemos de nuestro café.

—¿Dónde vives? —pregunto. Me mira extrañada—. O sea, sé que es en el Upper East Side por el otro día, pero no me fijé a qué altura.

Estaba distraído y más pendiente de que no me pillará mirándola.

—En Park Avenue, cerca de la 90.

—Joder… —se me escapa. Ella sonríe.

—Estuvimos una temporada viviendo por Tribeca, pero mi madre siempre quiso vivir aquí. Ya sabes, las apariencias… Así que, un año después, nos mudamos a esta casa.

—¿No eres de Nueva York?

—No, soy de Wilmington, Carolina del Norte. Aunque llevo casi el mismo tiempo viviendo aquí del que estuve allí.

—¿Por qué os mudasteis?

Noto un cambio casi imperceptible en su mirada y su postura. Tal vez no debería haber hecho esa pregunta. Suelo pecar de curioso y todo en ella me produce un interés que no sé ni describir. Quiero saber todo eso que esconde, el motivo por el que no descansa bien, por qué cada vez que nombra a su madre la mirada se le ensombrece, por qué necesitaba huir, aunque lo haya camuflado como un «Necesitaba salir de casa». Todo. Hacía mucho que nadie me provocaba tanta curiosidad como ella.

—Por trabajo. A mi madre le surgió aquí una buena oportunidad.

—¿Y tu padre?

—Él sigue viviendo en Wilmington. Nos vemos siempre que se puede; tanto por su trabajo como por el mío es difícil que nos veamos mucho. A veces viene él, pero normalmente voy yo allí.

—¿Tenéis buena relación?

—Sí, nos llevamos bien.

Vuelve a perder su mirada en el frente. Doy un trago, por si me ayuda a que desaparezcan el resto de preguntas que quiero hacer, pero no sirve de nada.

—¿Por qué necesitabas huir hoy?

Se para en medio del camino y yo lo hago con ella. Unas chicas que van andando detrás de nosotros tienen que esquivarnos para no chocarse. Su mirada se mezcla con la mía en un intento de ver más allá. No ha usado esas palabras en ningún momento; no se atreve a decirlo en voz alta, aunque su cuerpo y sus ojos hablen por ella. Aparta la mirada, suspira y continúa andando.

—Ha sido una mala semana, eso es todo.

—Nunca nada se reduce a eso. Si has tenido una mala semana, habrá algún motivo, ¿no crees?

—¿Y si no quiero decirlo? ¿Y si es posible que hacerlo duela más que no hacerlo?

Mi corazón se aprieta por unos segundos con el dolor que desprenden sus palabras. Un dolor que me hiere a mí, que me hace sentir impotente. Un dolor del que quiero que se desprenda, pero entiendo que no es ni el momento ni el lugar, ni mucho menos está preparada para ello.

—Perdón, no quería decir eso. Olvídalo, *porfa*.

—No creo que pueda hacerlo. No estás obligada a contarme nada —aunque me muera por saberlo—, pero quiero que sepas que puedes hablar conmigo de todo lo que quieras o necesites.

De nuevo, se para y busca mi mirada. Esta vez no la aparta cuando habla.

—¿Por qué has venido, Aiden? —pregunta tímida.

—¿Tiene importancia?

—Para mí, sí.

—Porque me apetecía. Porque, cuando he visto el mensaje, lo primero que he pensado ha sido que llegaba tarde y que no estarías allí, pero esperaba que estuvieras. —No puedo evitar ser sincero.

—No esperaba que aparecieras.

—Siento no haber leído el mensaje ni haberte respondido antes.

—No importa. Al final estamos aquí, ¿no?

—Así es.

Reanudo la marcha porque, si seguimos parados, alargaré la mano y acariciaré su cara, o la atraeré hacia mí y la abrazaré. Es lo que llevo queriendo hacer desde que la he visto sentada en esa mesa con la mirada perdida. Es lo que me apetece hacer todo el rato cuando la tengo a mi lado. Cuando ha bateado la pelota y se ha lanzado a mis brazos, he aprovechado para hacerlo sin que se notara.

Seguimos hablando de otras cosas. Me pregunta por mi trabajo y le cuento que soy actor, aunque me está costando hacerme un hueco. Ella me habla de su profesión, de que sobre todo se dedica al modelaje más comercial, al de fotografía, anuncios de televisión… Después pasamos a hablar de mis hermanos y mis padres. Le cuento que somos una familia tan normal como aburrida, que Maddy vive en Seattle desde hace cinco años, que se casó y tiene dos niñas. Me

pide que le enseñe una foto. También hablamos de Mike y, sin darme cuenta, le cuento mi preocupación por él, lo raro y cansado que lo veo últimamente. Ella me habla de Jayden y Harper, de lo mucho que echa de menos Wilmington, aun llevando tantos años en Nueva York, de su relación con Gala. No nombra a su madre ni a su padre y eso solo acrecienta las ganas que tengo de saber más. Las preguntas se me agolpan, como una montaña de arena en la que cada vez hay más granos. ¿Qué es todo lo que esconde la Arizona que está frente a mí en relación a la que el mundo conoce?

—¿Te importa que entremos un momento? —me pregunta mientras señala la floristería que tenemos enfrente. No me he dado cuenta de cuándo hemos dejado atrás el parque para caminar por las calles.

Le abro la puerta para que pase. Se pierde dentro de la tienda. La veo acariciar levemente algunas de las flores y olerlas. Le pide a la dependienta que le haga un ramo con varias flores que escoge ella misma, todas muy coloridas. No tengo ni idea de flores; no sabría diferenciar más allá de las rosas, las margaritas y los tulipanes. Si me apuras, los claveles.

Cuando salimos, tiene la cara iluminada, nada que ver con cómo estaba esta mañana.

—¿Qué flores son?

—Son gerberas, una variedad de las margaritas, y paniculata.

—Son preciosas.

—Sí que lo son.

—¿Son tus favoritas?

—No, esas son las peonías. Pero amo todas las flores, todas guardan una belleza especial. —Su sonrisa se ensancha conforme habla. No quiero que desaparezca—. Mi casa es esa de ahí.

Señala el edificio que tenemos a poco más de diez pasos. Es el típico edificio de la zona, con portero y una pequeña marquesina en la puerta. No sé cómo no me fijé el otro día. Su sonrisa va desapareciendo conforme nos acercamos.

—Supongo que hasta aquí llega nuestro camino.

—Supongo que sí. —Se muerde el labio y estira una de sus mangas hasta envolver la mano izquierda. Otra vez—. ¿Cómo vas a volverte? Puedo pedirte un coche si quieres.

—No hace falta, me volveré en metro. O, si me apetece, puedo darme un paseo.

—Un paseo bastante largo.

—No sabes dónde vivo.

—Estoy segura de que en Brooklyn.

—¿Por qué?

—Llamémoslo intuición. —Me río.

—Tu intuición está en lo cierto.

—Pues eso, un paseo bastante largo.

—Ya, lo más seguro es que me vuelva en metro.

—¿De verdad no quieres que pida un coche?

No sé si su intención es alargar la conversación o de verdad le importa cómo volveré. Quizá sea una mezcla de las dos. Yo tampoco quiero que acabe. Tengo miedo a que, cuando me marche, esto se quede en algo anecdótico y nunca más volvamos a saber del otro. Pero no puedo alargar algo eternamente.

—De verdad.

—Está bien. Será mejor que suba.

—Claro. Nos vemos, ¿vale?

Me aguanto las ganas de acercarme, darle un beso en la mejilla y abrazarla. Por mucho que

sienta que ambos lo necesitamos, no es el momento. Aún no.

Nos quedamos parados unos segundos, mirándonos.

—Nos vemos —repite mis palabras.

Al final, es ella la que se mueve primero y se mete dentro del portal. Yo comienzo a andar hacia la estación de metro más cercana.

—¡Aiden! —Su grito me hace girarme como un resorte—. Escríbeme.

—¡Lo haré!

Con la imagen de su sonrisa, retomo mi camino. Algo se ha relajado cuando ha dejado en mis manos el siguiente paso. No tengo dudas de cuál va a ser. Saco el móvil en cuanto me subo al vagón. Quizá es demasiado pronto, pero me da igual. La paciencia no es tampoco una de mis grandes cualidades.

@Aidenbarker
¿Es muy pronto para escribirte?

@Cececo
No, justo a tiempo.

Hay palabras que decimos sin querer, una manera de expresarnos sin ninguna otra intención. Lo que no sabemos es que, a veces, son las que definen nuestra vida, nuestras relaciones. No las dijimos con esa intención la primera vez. En aquel momento, solo eran palabras. En el fondo era nuestro subconsciente hablando por nosotros. Esas palabras lo estaban diciendo todo sin que lo supiéramos. «Justo a tiempo».

12

ARIZONA

Cambio de un canal a otro intentando encontrar algo que me distraiga. Nunca lo consigo y los anuncios me aburren, pero es mejor esto que estar encerrada en mi habitación. Hoy no lo soporto.

Después de una semana bastante agotadora de trabajo, y de tener a mi madre encima día y noche como si fuera una extensión de mí, este es el primer rato tranquilo que tengo. Sin responsabilidades. Quiero pasar el día en el sofá con algo de fondo que no me haga pensar, como *Selling Sunset* o *Jersey Shore: Family Vacation* y tener una conversación de más de cuatro frases seguidas. Llevo toda la semana respondiendo a saltos. Mis hermanos y Gala están acostumbrados, pero Aiden no. No he conseguido sacar más de cinco minutos seguidos para hablar con él.

@Aidenbarker
Necesito llegar a casa y tumbarme en el sofá,
la semana ha sido larga y mi hermano me acaba de arrastrar de compras.
SOS.

@Cececo
Jajajajaja, no creo que más que la mía.
Ir de compras siempre es terapéutico.

@Aidenbarker
No lo es si vas con mi hermano.
Qué coño, nunca lo es.

@Cececo
Qué pena, yo que pensaba invitarte mañana…

@Aidenbarker
¿En serio?

@Cececo
Jajajajaja. NO.
Te invito a un café.
Si quieres.

@Aidenbarker
Creo que somos adictos al café,
pero no pienso rechazar esa invitación.

Pero…

No me gustan los *peros*, los odio. Aunque resuman la mitad de la vida, los *peros* son una manera de darles la vuelta a las cosas o de joder algo bueno. Pocas veces lo arreglan.

@Aidenbarker
¿Por qué no hoy?
Después de comer.

@Cececo
Me parece bien.
¿Dónde quedamos?

@Aidenbarker
Donde te apetezca.

@Cececo
¿Quedamos por Dumbo?

@Aidenbaker
Hecho, ¿a las 4:30?

@Cececo
¿Tantas ganas tienes de verme? Jajaja.
Esa hora me parece bien.
¡Nos vemos allí!

Dejo el móvil antes de que responda. Con él, me sale ser más atrevida que con la mayoría, aunque suelo arrepentirme a los cinco segundos de haber mandado el mensaje. En las pocas conversaciones que hemos tenido, siempre le digo algo del estilo y él siempre me sigue el juego. Le quita relevancia a todo y bromea. Eso me hace coger mayor confianza, pero no evita que dude y me pregunte si no estarán fuera de lugar mis comentarios.

El móvil vibra de nuevo y mis ojos se van a la pantalla por mucho que le haya dado instrucciones claras a mi cabeza de no mirarla para no llevarse desilusiones.

@Aidenbaker
Me has pillado.

Sonrío y vuelvo a coger el mando para poner *Selling Sunset* una vez más. El repiqueteo de los tacones de mi madre suena en el pasillo; me vuelvo parar mirarla. Va tan perfecta como siempre. Ni un solo pelo se mueve de su media melena rubia. Lleva una maleta de mano a cuestas. No viajamos a Londres hasta el lunes; no creo que la tenga ya preparada y, mucho menos, que se lleve una tan pequeña. Sigo observándola sin decir nada.

—Me voy a pasar lo que queda de fin de semana a un balneario. Vuelvo mañana por la noche —dice mientras coge las llaves de casa de encima del mueble que tenemos en la entrada.

—¿A un balneario?

—Sí, necesito relajarme. Esta semana ha sido muy estresante y la que viene también va a serlo. Los viajes a Londres siempre lo son.

—Podría irme contigo.

—Por supuesto que no. Necesito tranquilidad.

Chasqueo la lengua por no levantarme y gritarle que, si tanto estorbo, por qué no me dejó

con papá, que era donde quería quedarme. Últimamente, las ganas de gritarle son constantes. Todo lo que dice y hace me molesta más de lo normal. Aun así, no me muevo de donde estoy. Me he quedado paralizada, con el mando enfocado hacia la tele.

—Cuídate este finde, la semana que viene tienes una sesión muy importante y no quiero tonterías.

No me mira cuando dice eso último. Agarra las gafas de sol que se encuentran en el mismo mueble, se las pone y se dirige hacia la puerta.

El sonido que hace al cerrarse resuena en mi cabeza minutos después. El sonido de la puerta y sus últimas palabras, su manera de decirme que le estorbo y que la pongo nerviosa, cuando fue ella la que decidió que viviéramos en esta situación. Es su forma de hacerme sentir mal, con sus palabras como dardos disparados con tranquilidad pero certeros en el centro de la diana, donde más duelen. Si ella supiera que no sigo sus pautas todo el tiempo porque, si fuera por ella, tendría un trastorno de alimentación y acabaría necesitando ayuda psicológica… Si ella supiera tantas cosas… Pero ni las quiere saber ni le importan.

Echo la cabeza hacia atrás y relajo el cuerpo. No controlo la tensión cuando entra en escena mi madre, es una reacción automática e instintiva. Nunca sé qué puede ser lo que vaya a hacer o decir. ¿Cómo puedo seguir viviendo así? Y lo que es peor: ¿por qué sigo permitiéndolo?

Agradezco haber quedado con Aiden en unas horas porque, si no, los pensamientos autodestructivos me acompañarían toda la tarde. Después de las últimas semanas, quedarme en casa encerrada con mis pensamientos como única compañía podría volverme loca. La ansiedad, el trabajo, mi madre, las pesadillas que no me dejan dormir bien… Es un cóctel demasiado fuerte como para que no me afecte.



Llego con media hora de antelación; no aguantaba más tiempo en casa. Cada ruido que hacía sonaba como si la casa estuviera vacía. Ni siquiera las voces de la televisión han conseguido quitarme esa sensación. Y, cuando la he apagado, ha sido peor, mucho peor, porque el único ruido que escuchaba era el de mi cabeza.

Entro en la cafetería; hoy está bastante tranquila. Busco una mesa apartada cerca de los ventanales.

Ojeo la carta por tener algo que hacer mientras espero. No quiero coger el móvil. Me da miedo que Aiden me haya escrito para decirme que al final no puede quedar. Un golpe en la ventana me sobresalta. Aiden me sonríe desde el otro lado y, aunque le devuelvo la sonrisa, me pongo nerviosa. No había pensado en el momento incómodo de saludarnos; todo es mucho más fácil a través de la pantalla. No tengo ni idea de cómo actuar. Nunca me he visto en esta situación y eso me encoge el estómago. Los nervios pasan a ser pánico. No debería estar aquí, no sé en qué momento me ha parecido buena idea intentar entablar una amistad con Aiden. En cuanto me conozca, se dará cuenta de que no merece la pena, se alejará y llegará la decepción. Una más.

Cierro los ojos unos segundos e intento controlar la respiración. Este flujo de pensamientos me está haciendo daño y no tienen sentido. He tenido tan pocas relaciones de cualquier tipo en mi vida que no he lidiado con ese tipo de sentimientos. En mi cabeza solo ha habido espacio para creer que nadie se quiere quedar a mi lado, pero tal vez yo tampoco haya hecho nada por mostrarme ante los demás. He dedicado mi vida a esconderme, a ser espectadora. No he tenido muchas oportunidades de crear vínculos, pero tampoco me he esforzado por hacerlo. He preferido mantener las distancias, porque cuando dejas que las personas se acerquen pueden hacerte daño, y mis emociones llevan alteradas tanto tiempo que no soy capaz de ver nada más allá. No quiero sentir más. La decepción es uno de los sentimientos que más miedo me dan.

Aiden se acerca a mí con una sonrisa que me ayuda a calmarme un poco. Está aquí. Ahora. Eso es lo que importa. Me da un beso en la mejilla que estoy segura de que me hace sonrojarme y se sienta enfrente de mí.

—No me había fijado nunca en esta cafetería y mira que vengo muchas veces por esta zona. ¿No has pedido?

—Te estaba esperando.

—Lo de siempre, ¿no? —Hace amago de levantarse, pero lo hago antes que él.

—Invito yo, ¿recuerdas?

—No pensaba que fuera tan literal.

—La otra vez invitaste tú. Me toca a mí esta vez.

—¿Esto siempre va a funcionar así?

—¿Así cómo?

—Ya sabes —nos señala—, una especie de reciprocidad. ¿Nunca podré invitarte porque sí, sin esperar que tengas que invitarme a la próxima?

—Puedes invitarme a lo que quieras, del mismo modo que puedo hacerlo yo. Y hoy quiero hacerlo. ¿Te gusta más eso?

—Mucho más.

Me acerco al mostrador. Noto su mirada divertida fija en mí. Pido nuestras bebidas y vuelvo a la mesa. He pedido también un trozo de bizcocho de chocolate con pepitas de chocolate blanco.

—No te he dicho cómo quería el café.

—Mucho café y poca leche. Sin azúcar. —Su cara de sorpresa me hace sonreír—. No eres el único que escucha y observa.

—Ya veo… —Le da un trago al café—. ¿Cómo ha ido la semana? Por nuestra conversación tipo telegrama, he deducido que intensa.

—Bastante. No he tenido mucho tiempo para respirar durante el día y por la noche estaba tan cansada que me quedaba dormida enseguida. —Omito que me despierto de madrugada por culpa de las pesadillas y que no consigo dormirme después—. ¿Y tú?

—Bien, un poco aburrido. Salvo por el curso de teatro que estoy haciendo, son semanas tranquilas.

—¿Tu agente sigue sin conseguirte ningún *casting*?

Esa ha sido la única conversación fluida que conseguí que tuviéramos esta semana. Está tan frustrado que creo que necesitaba desahogarse con alguien que entendiera un poco más del mundillo. No tengo tanta idea del mundo del cine, pero sí sé cómo funcionan las agencias. En mi caso, nunca he tenido el problema de que me faltara trabajo, justo al contrario; mi madre me ha llenado de tanto trabajo que he llegado a caer enferma. Y, aun así, a ella le ha dado igual y ha seguido llenándome la agenda mes tras mes. Entiendo su frustración: aunque en sentidos opuestos, a ninguno de los dos nos escuchan. A él porque su agente no está cumpliendo su labor

de representación y a mí, porque necesito que mi madre pare, porque necesito que por una vez me trate como a su hija. Me alegro de que al menos él haya dado el paso de renunciar a esa representación y esté buscando a alguien más competente.

—Nada de nada. Esta semana no ha respondido ni a mis llamadas. Estoy harto.

Seguimos hablando sobre eso, sobre trabajo, sobre su preocupación por su hermano. Casi todo el rato hablamos de él. Cuando intenta desviar la conversación hacia mí, la reconduzco para contar lo mínimo posible. Si se da cuenta, no dice nada.

—¿Tienes planes después? —me pregunta.

—Quería ver el atardecer. Es precioso desde esta zona.

—¿Puedo acompañarte?

Analizo sus gestos. No veo nada más que sinceridad en él. Quiere pasar más rato conmigo y, aunque todavía me cuesta entender que quiera hacerlo, los pensamientos de antes se han esfumado y solo siento calma. Estoy tan a gusto que ahora entiendo por qué le escribí, por qué desde el principio me he sentido de esa manera.

—Me encantaría.

—Vamos, entonces.

—Aún queda mucho.

—Podemos dar un paseo, así buscamos el mejor sitio para verlo.

Me guiña un ojo y se levanta antes de que pueda decir nada, coge la sudadera que ha dejado en el respaldo del sofá y alarga su mano para que la coja. La miro. Sus gestos son tan distendidos, tan espontáneos… No creo que piense en lo que supone para mí el contacto. No creo que piense las cosas del mismo modo que lo hago yo. No creo que ni siquiera piense. Para él esto es actuar con normalidad; para mí, salir de mi zona de confort. Le agarro la mano, es lo que me apetece hacer.

Una vez fuera, me suelta. Paseamos en silencio, cerca el uno del otro, pero sin volver a tocarnos. Miro mi mano con disimulo; la sensación de calidez que me ha transmitido su agarre se esfuma. Quizás el contacto no sea el problema, sino de quién venga, y parece que de él es todo lo contrario. Lo guío hasta donde considero que es el mejor lugar para ver atardecer. Nos sentamos en el césped, igual de cerca que hemos paseado, pero con la distancia suficiente para no tocarnos.

—De pequeño odiaba los atardeceres —confiesa.

—¿Por qué?

—Solo los veía cuando íbamos de vacaciones y, cada vez que veíamos uno, significaba que el día acababa y estábamos más cerca de volver a la rutina. No me gustaban. Prefería el amanecer.

—¿Y ahora?

—Dejé de asociarlo a ese momento, aprendí a verlos de otra manera. Ahora me transmiten calma, serenidad.

—A mí también. Aunque también lo hace el amanecer. Es como si ambos me dijeran que, pase lo que pase, durante ese momento, hay esperanza.

—¿Esperanza?

—De acabar o de empezar bien el día. O de ambas cosas. Ahora que me oigo, quizás no tenga sentido.

—Sí, sí lo tiene. El atardecer pone fin a un mal día y el amanecer solo es una nueva oportunidad.

—Eso es.

Lo miro de reojo. Desde que nos hemos sentado, ambos miramos al frente, con las miradas

perdidas en el río, los rascacielos y el cielo. Hoy está especialmente despejado, será un buen atardecer.

Conforme va oscureciendo, el lugar se llena de más gente. La mayoría con las cámaras o el móvil en la mano para fotografiarlo. Inmortalizar momentos solo es una manera de encapsular recuerdos, como si pudiéramos volver a ellos cuando miramos las fotos, pero lo cierto es que, mientras nos dedicamos a verlo a través de la pantalla, se nos olvida disfrutar del momento, de las sensaciones, del resto de aspectos que nos rodean. El atardecer no es solo el cielo que cambia de color, que se oscurece; es la temperatura, el viento, el sonido de los pájaros y cómo se cruzan volando por el cielo. Es con quien lo veas. Una imagen es solo un resquicio pequeño que, si no disfrutamos en el momento, no tendrá más valor que el de una visión estática. No seremos capaces de evocar la experiencia y eso es lo que al final se queda en nosotros.

—Sé que voy a sonar repetitivo, pero ¿tienes planes?

Hace un rato que he doblado las piernas para poder rodeármelas con los brazos y apoyar la cabeza en las rodillas. Giro muy levemente la cabeza para mirarlo. Pensaba ir a casa de mi hermano a pasar la noche; no quiero volver a casa y que el silencio me asfixie. Mi hermano tampoco está, pero al menos allí me siento más a gusto. Supongo que es porque representa mi refugio en esta ciudad.

—No, mi madre no está en casa este finde y Jay tampoco.

—Mmm, ¿cómo de atrevido es que te invite a ver una peli en mi casa?

En otro momento y con otra persona, diría que mucho y me alejaría de inmediato. Pero, cuando miro a Aiden, solo veo transparencia, buenas intenciones. Siento que sabe que no tengo ganas de volver a rodearme por esas cuatro paredes que se llaman casa pero que no siento así. Es como si supiera que necesito que me den la mano y tiren fuerte de ella. Es como si supiera que necesito huir una vez más. Y ahora mismo tengo tan pocas ganas de estar sola y tan pocas de alejarme de él que la idea de que no nos conocemos tanto como para que vaya a su casa me da igual.

—Te juro que es sin segundas intenciones —se apresura a añadir. Le sonrío.

—Eres un poco atrevido, eso no voy a negártelo, pero acepto tu invitación.

Un chispazo de sorpresa muy leve le pasa por los ojos y la sonrisa se ensancha en sus labios.

—No te vas a arrepentir.

13



El ruido de unas teclas y el tarareo de una canción nos da la bienvenida cuando entramos en casa de Aiden. No viven muy lejos de Jay. Aiden me mira y nos da la risa. Me llevo la mano a la boca para evitar que se oiga.

—¿Aiden? ¿Ya has vuelto? —Mike grita desde alguna parte de la casa.

—Hola, sí. He venido acompañado.

Asoma la cabeza por el arco que da al salón y abre mucho los ojos.

—Oh, hola. —Noto que se sonroja, a pesar de que ya nos hemos visto antes.

—Vamos a ver una película, ¿te apuntas? —le dice Aiden.

—Claro, termino una cosa del curro y me siento con vosotros.

Desaparece por donde ha venido. Observo a mi alrededor. La casa no parece muy grande. Aiden me guía hacia el salón. Un sofá azul oscuro gigante ocupa casi toda la estancia. Pensaba que el que había comprado mi madre era grande, pero este no se queda atrás. No hay mucha decoración: unos cojines en tonos grises y una manta beis en el brazo del sofá, una mesa baja y un mueble para la televisión con varias videoconsolas, juegos y películas desperdigadas.

A la derecha, unas puertas blancas con cristaleras abiertas de par en par dejan ver el comedor y la cocina. Mike trabaja sobre la mesa del comedor, concentrado en la pantalla del ordenador y rodeado de papeles. Casi no se ve que debajo hay una mesa.

—¿En qué trabaja? —le pregunto a Aiden mientras señalo a Mike. Nos hemos sentado en el sofá.

—Es publicista.

—¿Y trabaja un sábado? —Parece mentira que yo haga esa pregunta cuando en mi profesión se puede trabajar cualquier día de la semana.

—A veces. Últimamente, trabaja mucho.

—Parece cansado.

—Sí, sigo pensando que está raro, pero él insiste en que no le ocurre nada, que solo es por la carga de trabajo.

—Quizás no está preparado para hablar todavía. —Como yo—. Hay personas que necesitan su tiempo antes de contar algo.

—Espero que sea antes de que no pueda más o no haya marcha atrás. —Se deja caer en el respaldo del sofá.

—Seguro que sí, ya lo verás.

Me siento a su lado. Contengo las ganas de alargar la mano y darle un apretón en la pierna

de ánimo y comprensión.

—¿Te importa si me cambio? —me pregunta.

—No, claro que no. Estás en tu casa.

—Vuelvo enseguida.

Me acomodo en el sofá, que es muy cómodo. Dan ganas de tumbarse y dormir un rato. Un largo rato. Estoy tan cansada que hasta bostezo al pensarlo. Las pocas horas que he podido dormir empiezan a pasarme factura. Me siento más cansada de lo normal y no es por el trabajo de esta semana. Las pesadillas me están dejando tan mal psicológicamente que no soy capaz de olvidar la sensación durante el día y cada vez es peor.

Aiden vuelve enseguida, como ha dicho, se sienta a mi lado con el mando en la mano y empieza a trastear con él.

—¿Qué te apetece ver? ¿Serie o peli?

—Mejor peli, ¿no?

—¿Segura? Antes has dicho que eras más de series.

—Ya, bueno, pero… —Me muerdo el labio para no continuar.

—¿Pero qué?

—Una película dura una hora y media o dos, como mucho tres. Una serie, no. ¿Entiendes lo que te quiero decir?

—Sí, aunque no pasaría nada, podríamos seguir viéndola luego cada uno en nuestras casas.

—Supongo que sí, pero no le veo sentido.

—¿Por qué?

—¿Por qué empezar una serie que no seguiremos viendo juntos? Para eso es mejor ver una película.

—Podríamos seguir viéndola juntos.

Trago saliva. Me encantaría que eso pasara, pero es muy complicado.

—Una serie son muchas horas y no creo que pasemos tanto tiempo juntos como para verla de principio a fin.

—¿Ya te has cansado de mí? —lo dice en tono de broma, pero yo me tenso.

—No quería decir eso —digo seria.

—Estaba bromeando, Ari.

—Ya, pero dicen que detrás de una broma la verdad asoma, y no quiero que pienses eso.

—No lo pienso.

—Es solo que es complicado. Mi madre es la que organiza mi agenda y no siempre tengo tiempo para estar con los demás —continúo de carrerilla.

—Ari, no lo he pensado ni por un momento, en serio.

—¿De verdad? —Mis hombros se relajan. Me encantaría decirle que pasar tiempo con él es de las mejores cosas que me han ocurrido últimamente y que incluso nuestras conversaciones estilo telegrama mejoran mis días.

—De verdad. No creo que hubieras aceptado mi invitación para venir aquí si no quisieras o si estuvieras cansada de pasar tiempo conmigo.

—No, no lo haría. Yo… —Cierro los ojos, trago saliva y los vuelvo a abrir. Tengo que decirlo—. Necesitaba esto.

—¿El qué?

—No me hagas decirlo.

—¿Tan malo es?

—No, pero cuesta.

—¿Sabes? Cuando te miro, siento que tienes tanto que decir y, sin embargo, lo callas todo. Como si tuvieras miedo a que algo malo pasara si lo dices en alto.

Su sinceridad es como un choque contra un cristal demasiado limpio que no has visto a pesar de que lleva ahí todo el rato. Tengo el impulso de subir las piernas al sofá y agarrarme a ellas; me siento más segura de ese modo, pero me da vergüenza quitarme las zapatillas. No estoy en mi casa. Aiden se da cuenta de mi intención.

—Quítatelas, no tienes por qué estar incómoda. Aquí no.

Una vez más, es capaz de ver más allá. No sé cómo lo hace.

Me quito las zapatillas y subo las piernas al sofá. Se me ha pasado la necesidad de abrazármelas. Aiden no hace más preguntas y vuelve a buscar algo que ver en la tele. Agradezco que no lo haga. Algún día podré abrirme a él, estoy segura, pero ese día aún no ha llegado.

—Venga, ayúdame a elegir, se me da fatal decidirme. —Me da un pequeño toque con el codo.

—A buena has ido a pedirle ayuda, a ver… —Echo un vistazo rápido y veo que tiene Disney—. ¿Te gusta Marvel?

—Me encanta, aunque el verdadero fan es Mike.

—Podríamos ver alguna. Tengo ganas de ver las de Spiderman.

—¿He oído Spiderman? —La cabeza de Mike se asoma por el lado del ordenador.

—Es increíble que hayas oído eso y que si te gritara en la cara cualquier otra cosa no me harías ni caso.

—Es que habéis pronunciado las palabras mágicas: Marvel y Spiderman.

En menos de un segundo, ha cerrado el ordenador, recogido la mesa y está sentado en el sofá al lado de su hermano.

—Vale, necesito hacer esta pregunta. Arizona, ¿cuánto sabes o has visto de Marvel?

—No sé, no mucho. Alguna suelta.

—Vale, empezamos mal. —Le quita el mando a su hermano—. Dada la situación, hay que empezar por el principio. No puedes ver las últimas de Spiderman sin haber visto todas las anteriores, vas a hacerte *spoilers* grandes.

—¿Y eso importa porque…?

—¿Cómo que por qué? ¿Un arquitecto empieza la casa por el tejado? —No espera a que ninguno le respondamos—. No, pues esto es igual. Vamos a empezar por el principio.

—¿Qué he hecho? —le pregunto en un tono bajo y un poco asustado a Aiden, aunque en realidad me hace gracia. Suelta una carcajada.

—Has despertado al monstruo. —Se levanta de un salto—. Voy a por algo de beber y a por palomitas. ¿Quieres algo especial?

—No, me vale cualquier cosa que no lleve alcohol.

—Yo quiero una cerveza —pide Mike.

—Claro, majestad. ¿Desea algo más?

Me río con la broma. Su relación, aunque muy alejada de la mía con mis hermanos, me recuerda a ellos; a nuestras dinámicas cuando pasamos tiempo juntos.

Una vez están hechas las palomitas, Mike pone *Iron Man*, la primera película que, según un orden que desconocía por completo, hay que ver para entender todo el universo de Marvel.

14

AIDEN

Nunca en mi vida he visto a nadie tan concentrado viendo una película. Y mira que mi hermana es de las que se meten en el papel, pero lo de Ari es otro nivel. Creo que paso más tiempo observando sus reacciones que la película, pero tampoco importa porque la he visto varias veces.

—¿Puedo saber por qué me miras tanto? —Doy un respingo. Ni siquiera me ha mirado al decirlo.

—¿Alguna vez te has visto viendo una película?

—Como es lógico, no. —Vuelve la cabeza hacia mí—. Sería un poco extraño.

—Cierto. —Dejo el botellín de cerveza en la mesita—. Es muy divertido. Gesticulas con cada cosa que pasa. Lo vives, ¡eh!

—Sería muy aburrido si no lo hiciera. También me gusta comentarlas mientras las veo, pero eso no suele gustarle al resto. Solo Harper y Gala disfrutan tanto como yo.

—Sí, eso suena a algo que le encantaría a Gala, sin duda.

—¿Os conocéis mucho?

—Lo suficiente. —Doy otro trago y pienso en la primera vez que nos conocimos. Tiene una personalidad que te hace querer quedarte a su lado—. Aunque creo que Gala te mira y te hace una especie de radiografía en la que no se le escapa nada. Si la pasas, automáticamente sabes que tendrás una amiga para todo; y, si no, ese halo de indiferencia que tanto la caracteriza te acompañará para siempre.

—Tú también pareces hacer eso.

—¿El qué?

—La radiografía. Es como si, cuando miras a alguien, supieras ver qué hay dentro de ella. Al menos, yo me he sentido así en cada ocasión que hemos estado juntos.

—¿Y eso es malo?

—No, para nada. Si lo fuera, no estaría aquí ni te lo diría. Si algo me diferencia de Gala, es que no me gusta demasiado la gente y yo no le gusto a ella.

—Eso es imposible.

—No lo es.

—Ari, te siguen millones de personas, eso quiere decir que algo les gustas, por no decir mucho.

—No lo entiendes…

—Explícamelo.

—Ahora mismo no, ya he hablado demasiado.

—Ari…

Noto en su mirada una súplica que me hace entender que no quiere seguir con esa conversación y que por favor no continúe. Vuelve la mirada hacia la película de nuevo; suspiro y hago lo mismo, aunque no consigo concentrarme. En mi cabeza, solo ronda la necesidad de saber qué esconde, qué es lo que tiene dentro que tanto daño parece hacerle, en esa inseguridad que me acaba de demostrar.

—La gente piensa que me conoce, pero no es verdad. No es lo mismo tener miles de seguidores porque les interesa tu trabajo, porque quieren saber de tu vida, que conocer a alguien. La gente no tiene ni idea de quién soy, solo siguen a la imagen que ven y que está muy distorsionada. Si conocieran la realidad, quizá nadie querría seguirme.

Sus palabras son casi un susurro. Las oigo a duras penas, como si no quisiera que lo hiciera, pero al mismo tiempo necesitara hacerlo. Eso solo confirma dos cosas que llevo pensando desde el día que nos reencontramos: le cuesta mucho hablar de ella misma y cada vez que lo hace es un esfuerzo, aunque parece que conmigo le va costando menos. El aura de tristeza que noto no es una percepción, es real. Con ese comentario, me lo ha acabado de confirmar.

Hago como si no lo hubiera oído, aunque sus palabras se quedan grabadas en mi mente y sé que no van a desaparecer hasta que comprenda qué hay dentro de la suya. Necesito entender por qué alguien que parece tener una vida de ensueño y que tendrá dinero en el banco como para vivir varias vidas parece triste, perdida, ausente, como si su vida no le perteneciera del todo. Y no creo que todo sea por la relación que tiene con su madre y que dejó entrever en varias conversaciones con Gala.

Puede que desde la primera vez que la vi sintiera la necesidad de conocerla, de saber quién es la chica que se esconde detrás de la imagen de la Arizona Cooper que hasta ese momento conocía, pero después de hoy… Después de hoy no pienso apartarme, aunque ella me aleje. Pienso hacerle ver que dentro de ella hay mil cosas increíbles que no ve por motivos que desconozco.

15

ARIZONA

He hablado mucho. Demasiado. Es como si cada vez que estoy con él olvidara que esas cosas son personales, mías; como si tuviera un poder desconocido que me impulsa a abrirme y a decir cómo me siento, qué me ocurre, quién soy. Es capaz de hacerse hueco a través del muro que he construido, poco a poco y sin esfuerzo, y yo lo dejo hacer. No puedo evitarlo. O no quiero. Y no sé qué pensar sobre ello.

No estoy preparada para contarle ciertas cosas, sobre todo esas que dan vueltas en mi mente como espíritus malignos que no me dejan pensar ni sentir con racionalidad. Se apoderan de mí en ciertas ocasiones y no hay espacio para nada más. Hay otras que me encantaría decirle, confesarle. Me encantaría que alguien me conozca y descubra que dentro de mí habitan muchas Arizonas y cada una de ellas es especial y única, y son humanas, reales, tienen sentimientos y a veces lloran, otras ríen. Me encantaría que alguien que no sea de mi familia quisiera formar parte de mi vida porque ha conocido quién soy y me quiere a su lado.

Aiden no dice nada más y yo tampoco.

—¿Qué te ha parecido? —me pregunta Mike cuando acaba la película.

—Me ha gustado bastante más de lo que pensaba.

—Normal, es *Iron Man*. ¿Vemos la siguiente? De hecho, deberías quedarte a dormir y hacemos maratón de Marvel.

Aiden se remueve incómodo al oír a su hermano. Miro el reloj que tienen encima de la tele y veo que es tarde. Debería volver a casa, cenar y descansar un buen rato. Pero no quiero hacerlo. Puedo alargar esto.

—Venga, dale al *play*.

Los ojos de Aiden me preguntan en silencio si estoy segura. Asiento con la cabeza y le sonrío.

—Guay. ¿Queréis que pidamos unas pizzas antes? —dice Aiden.

—Uff, sí, me muero de hambre —comenta Mike.

—¿Has comido algo desde mediodía? —le pregunta Aiden.

—No, se me ha pasado el tiempo volando.

Mira mal a su hermano, pero no dice nada más. Pide las pizzas y se vuelve a sentar a mi lado en el sofá.

—¿Te has asegurado de pedir extra de queso?

—Sí.

—¿Seguro?

—A la próxima lo pides tú.

Me hacen gracia sus interacciones. Se parecen tanto a las mías con Jay y Harper… A nosotros también nos encanta chincharnos.

Media hora más tarde, llaman al timbre.

—Mike, ¿abres? Mientras, yo pongo la mesa —dice Aiden.

—Te acompaño.

Lo sigo hasta la cocina.

—Coge lo que te apetezca de la nevera. Mike seguro que quiere una cerveza.

Cojo una Coca-Cola para mí y dos cervezas para ellos. Me quedo mirando los movimientos de Aiden. Cómo se le sube la camiseta al coger los platos que están en uno de los armarios de arriba, los músculos de su espalda.

La idea de Mike de que me quede a dormir la he dejado ahí. En mi casa no me espera nadie. No quiero irme a mi casa y notar el silencio, el vacío. Ser consciente del motivo por el que lo está, pensar en ella, en mí, en todo lo que empieza a sobrepasarme.

Sin pensarlo mucho más, lo digo.

—Oye, Aiden…

—¿Sí? —Sigue rebuscando en los cajones.

—Lo de quedarme a dormir que ha comentado Mike… ¿Lo decía de verdad? —Vuelve la cabeza hacia mí y me estudia.

—Ha sido la emoción. Le gusta tanto Marvel que no puede evitarlo. —Mi expresión cambia y se da cuenta—. Quiero decir… que, si quieres, puedes quedarte, pero solo si quieres tú, no porque Mike esté emocionado y todo eso.

—No, no pasa nada. Entiendo que nos acabamos de conocer, no pinto nada quedándome a dormir aquí. Ni siquiera sé por qué lo he pensado. Olvídalo, ha sido una tontería… —No puedo parar la verborrea ni la vergüenza que ahora mismo siento.

—Oye, oye, Arizona, mírame. —Lo hago—. Solo lo he dicho porque no quería que el comentario de Mike te hiciera sentir incómoda. No tienes obligación de quedarte, pero, si te apetece, estás más que invitada.

—¿De verdad? —lo pregunto muy bajo.

—De verdad.

—Gracias.

—Estoy seguro de que Mike va a estar encantado con ello.

—¿Porque puede adoctrinarme en el mundo de Marvel?

—Por eso también.

Vuelve a rebuscar en los cajones y, una vez más, dejo salir de mi boca una pregunta que con otra persona no se me ocurriría decir.

—¿Y tú?

Se queda parado. No se gira para mirarme. No pregunta a qué me refiero. Me ha entendido.

—Yo, el que más.

No hago más preguntas. Lo dejo en la cocina y vuelvo al salón con las bebidas. Mike ha cortado las pizzas y nos espera con la película en pausa.

La noche me recuerda a las sesiones de cine con mis hermanos, en las que Jay se queja porque Harper y yo comentamos cada detalle y no lo dejamos oír, aunque en el fondo adora que hablemos y, de vez en cuando, se une a nuestros comentarios.

—Si llego a saber que vas a comer tanta pizza, habríamos pedido una para cada uno. —

Mike me mira con una sonrisa y yo me quedo con el trozo a medio camino de la boca.

—Perdón. —Lo devuelvo a la caja.

—Ignóralo. —Aiden lo vuelve a coger y me lo pone en la mano.

—¿Estoy comiendo mucho? —le pregunto con cara de culpabilidad.

—Repito: ignóralo.

La carcajada que suelta Mike me hace darme cuenta de que estaba bromeando. Hago una bola con una servilleta sucia y se la lanzo, lo que hace que le dé un ataque de risa.

—Eres idiota.

—Lo soy, pero, ahora en serio, ¿dónde metes todo lo que comes?

—No suelo comer así —lo digo más seria de lo que pretendía.

—Ah, claro, entiendo. Supongo que tienes que llevar una dieta, ¿no?

—Algo así. Es un asunto peliagudo por el que he discutido mucho con mi madre.

—Pero hoy no, así que comete la pizza que te dé la gana —insiste Aiden para intentar eliminar la tensión que ha notado en mi voz.

—Come lo que quieras, en serio. Iba de broma. Solo me ha sorprendido.

—Supongo que la imagen que todo el mundo tiene de una modelo o de una persona delgada es que no come, y mucho menos este tipo de comida.

—Total.

—A veces es así, pero no siempre. Me gusta comer. Amo la pizza, la comida basura y me encanta el dulce. ¿Lo como siempre? No, pero no porque sea modelo, sino por salud.

No quiero entrar en detalles. Si por mi madre fuera, me alimentaría a base de lechuga y manzana. La mayoría de las cosas que como, lo hago a escondidas y sin que se entere. He tenido años terribles por ese motivo; menos mal que ahora que soy mayor he aprendido a gestionarlo. Solo Harper y Gala saben que estuve al borde de tener graves problemas, nadie más. No fui capaz de contárselo ni a mi padre ni a Jay. No puedo evitar sentir vergüenza cuando recuerdo el punto al que llegué.

—Ari, come lo que te dé la gana, por favor —me dice Aiden en un tono de voz tan suave que se esfuma la tensión del momento. Me llevo a la boca el trozo que aún tengo en la mano y sigo comiendo.

Cuando acaba la película, Mike pone la siguiente, pero se duerme al poco de empezar. Aiden me da una manta para que me tape. No me he dado cuenta de que estaba encogida; empezaba a tener frío. Le doy las gracias en silencio y extiendo la manta para que también pueda taparse. Se acerca, pero sigue manteniendo el espacio suficiente para que no nos toquemos.

—Ari. —Nos quedamos mirándonos—. Mike estaba bromeando, no le hagas caso. A veces se toma demasiadas confianzas, pero no iba con mala intención.

—Lo sé, no te preocupes, en serio. Solo me he quedado un poco cortada.

—¿Estás bien? —Alarga su mano para apartarme de la cara el flequillo y me lo coloca detrás de la oreja.

—Sí, gracias por dejar que me quede.

—No las tienes que dar.

—Sí tengo que hacerlo.

—¿Por qué? No tiene importancia.

—Sí, la tiene, Aiden. Aunque no lo parezca, la tiene.

«Por saber que necesitaba esto, aunque no me conozcas más que de dos ratos y yo no me esfuerce demasiado en comunicarme», por eso importa el gesto. Este y cada uno de los que ha tenido hoy.

Su mirada profundiza en la mía y sé que el hueco del muro cada vez es más grande. Con él sale una Arizona que llevaba mucho tiempo dormida. Esa parte de mí que soñaba con otra vida y que tenía esperanza.

—Ven aquí, anda.

Mueve el brazo para que me apoye en él. Lo hago y me dejo abrazar. Lo hace con excesivo cuidado y yo me acurruco un poco más para que entienda que le doy permiso para apretujarme si es lo que quiere. Porque es posible que, aunque nunca los pida, necesite uno. Hoy y muchos otros días. Al final, rodea mis hombros y me aprieta contra su pecho. Nos quedamos así, sin movernos ni unos centímetros, el resto de película. Mike tampoco se mueve.

—¿Estás cansada? —me pregunta Aiden cuando salen los créditos.

—Un poco. —Me separo de él para estirarme.

—Vamos, te enseño tu cama.

—¿Mi cama?

—Donde vas a dormir hoy.

Se desprende de la manta con la que estábamos tapados y la deja doblada en un lado del sofá. Lo sigo por el pasillo. La puerta de en medio es el baño y las otras dos he imaginado que serían las habitaciones de cada uno. Abre la última. Las paredes son blancas, pero están cubiertas de cosas de baloncesto, carteles de películas y fotos que no consigo distinguir. La cama es grande, con un nórdico azul oscuro y una alfombra gris. Todos los muebles son de madera oscura, como el resto de la casa. ¿La habitación de Mike será también así?

—Es tu habitación.

No dice nada. Entro para verla más de cerca, sobre todo quiero ver las fotos que cubren las paredes. La mayoría son de él junto a Mike y otra chica que imagino que será su hermana, y de una pareja que deben de ser sus padres. Se parece mucho a su padre, excepto en los ojos, que son como los de su madre. Solo otra cara se repite, la de un chico que aparece desde pequeño hasta ahora. El resto son un conjunto de fotos de lugares y de momentos sin relación aparente.

—Es tu habitación. —Lo repito mientras me vuelvo hacia él.

—Eso ya lo has dicho. —Está apoyado en el quicio de la puerta—. Las sábanas están limpias —continúa—. Las cambié ayer, aunque si lo prefieres puedo cambiarlas en un momento.

—No hace falta. No voy a dormir aquí.

—¿Quieres irte? ¿Te llamo un taxi? —pregunta apresurado. No me ha entendido bien.

—No, no, lo que quiero decir es que no pienso robarte la cama si puedo dormir en el sofá, que además es muy cómodo.

—Ni de coña.

—Ni de coña duermes tú en el sofá. Encima de que es tu casa…

—Mi madre me mataría si se enterara de que he dejado que duermas en el sofá.

—Qué suerte, entonces, que tu madre no esté aquí ni vaya a enterarse.

—Ari…

—Aiden…

Suspira fuerte. Sabe que ha perdido esta batalla.

—Está bien. Vamos a despertar a Mike y a prepararte el sofá.

—No hace falta que lo despiertes.

—Claro que hace falta. Además, va a levantarse tan *zombie* que no va a darse ni cuenta.

Me da una pena tremenda despertar a Mike, que se ha quedado muerto en el sofá. Debía de estar muy cansado porque ni el volumen del televisor, que a ratos subía mucho, lo ha despertado.

Se levanta *zombie*, como ha dicho Aiden; tanto que tiene que acompañarlo a la cama para

que no se mate por el camino. Sonrío. Si no supiera que son hermanos, no lo habría imaginado. No se parecen en nada. Mike es rubio, mucho más ancho y grande que Aiden pero más bajito. Tiene unas facciones más redondas, marcadas por la barba de varios días y los ojos marrones. Solo si los ves interactuar te das cuenta de que lo son. En los gestos, a la hora de comunicarse, en expresiones. En todos esos pequeños detalles que nacen de haberse criado juntos.

Vuelve poco después con una almohada y un nórdico. A pesar de que es finales de mayo, por las noches refresca y se agradece. Me doy cuenta de que también lleva algo de ropa en la mano.

—Te he traído esto. —Señala un pantalón azul oscuro de pijama y una camiseta blanca básica de manga corta—. Por si quieres cambiarte para dormir. Puedes ducharte si quieres también.

—Gracias, creo que voy a aceptar esa ducha y ese pijama. Dormir en vaqueros no es demasiado cómodo.

—Apuesto a que no. —Deja las cosas en el brazo del sofá—. Te quedará un poco grande, pero te valdrá.

—Me gusta dormir cómoda. Y no creo que me venga mucho más grande que la ropa de Jay.

—Es verdad. Se me olvida que eres alta. —Lo miro con las cejas enarcadas—. Quiero decir que estoy acostumbrado a estar con chicas más bajas, no que midan…

—1,77.

—Aun así, te saco más de diez centímetros. Un poco grande te quedará.

—Sí, y más a gusto dormiré.

—Voy a sacarte una toalla para que te duches. —Lo sigo al baño, me da la toalla y se queda mirándome—. Me voy a ir a la cama, ¿vale? Solo tienes que llamar a la puerta si necesitas algo. El agua caliente está encendida; derecha fría, izquierda caliente. Tienes gel y todas esas cosas.

—Creo que podré apañármelas. —Me muerdo el labio para aguantarme la risa, ¿no funcionan todos los grifos igual? No sé por qué se ha puesto nervioso de pronto. Su habitación está pegada al baño, como la de su hermano, que da al otro lado. Me asomo al pasillo—. Aiden. —Se gira antes de entrar en la habitación.

—Dime.

—Gracias.

—Ya me las has dado varias veces.

—No me parecen suficientes.

—No hay por qué darlas, de verdad.

Se pierde en su habitación y yo cierro la puerta del baño. No pongo el pestillo, a pesar de que cualquiera de los dos podría entrar. No me gusta cerrar las puertas; si me pasa algo, no podrán ayudarme sin tirar la puerta abajo.

Me meto debajo del chorro de agua caliente, muy caliente, tanto que me duele la piel. Me encanta esa sensación.

Cuando me dejo caer en el sofá y me cubro con el nórdico, me siento a gusto, un poco más en calma que estos últimos días, y mi cabeza parece que se ha relajado. Tardo poco en dormirme y, aunque son menos, vuelven a aparecer las pesadillas y me provocan un sueño intranquilo.

Pesadillas (o recuerdos) de



Me miro al espejo. Tengo barriga y casi ha desaparecido la cintura. Tengo las caderas anchas y mi cara parece un bollo. Han desaparecido mis pómulos marcados.

—¿Ves lo que hace comer pizza, hamburguesas y bollería? —me dice mi madre mientras agarra una de las mollas de mi tripa—. Tendrías que hacerme caso. Ahora nadie va a querer trabajar contigo. Gorda no le gustas a nadie.

—Mamá, te prometo que no he comido nada de eso. —Las lágrimas caen por mis mejillas.

—¿Seguro? El peso y tu ropa no dicen lo mismo.

Tiene razón, antes he intentado ponerme varios pantalones y ninguno me cierra.

—¿Y qué puedo hacer? —Cada vez lloro más.

—Dejar de comer. Verás qué bien te ves en unos meses.

De repente, la imagen del espejo ha cambiado. Vuelven a marcárseme la cintura y los pómulos. Pero, cuando me miro, tampoco me reconozco. Solo soy piel y huesos. Los pantalones se me caen al suelo y yo voy detrás.

Me despierto sobresaltada. Todo era un sueño. Otra vez ese maldito sueño.

16



El olor a café y el ruido de armarios que se abren y se cierran me despiertan. Tardo unos segundos en darme cuenta de que no estoy en mi habitación; ni siquiera en mi casa. Últimamente, me despierto desconcertada cada mañana, como si el sueño me transportara demasiado lejos y no terminara de ubicarme. Giro la cabeza un poco para ver de dónde viene el ruido. La silueta que intuyo es la de Mike, que se mueve de lado a lado en la cocina. Alargo la mano para ver la hora en el teléfono. Solo son las 9:11 de la mañana. Me acurruco un poco más. Se está tan a gusto aquí… Cuando salga, tendré que volver a casa y no tengo ganas.

De nuevo, el sonido de pasos, teclas y el olor a café me despiertan. He debido de quedarme dormida al acurrucarme. En este ratito, he dormido mejor que en toda la noche y en casi toda la semana.

Miro de nuevo hacia la cocina. Mike se ha sentado de nuevo delante del ordenador, con una taza de café a su lado. Veo otra silueta en la cocina. Aiden ha debido de despertarse ya.

Saludo a Mike con la mano de camino a la cocina. Tiene los cascos puestos y no va a escucharme, aunque está tan abstraído que no se da cuenta de mi presencia. Aiden está cocinando algo. Sigue en pijama. Con el movimiento, se le marcan los brazos. Me muerdo el labio. Es muy atractivo.

A pesar de que me encanta observar, nunca me he parado a analizar tanto a un chico. Puede que se deba a que en la mayoría de los casos estoy trabajando o son gente con la que me cruzo por la calle. Y nunca nadie me ha interesado tanto como lo hace Aiden.

He tenido relaciones sexuales con otros chicos, pero ninguna sentimental. No he tenido ganas ni tiempo, y con mi madre tan pendiente no podría haberlas tenido ni aunque quisiera.

En el colegio me enfoqué en los estudios porque mi madre tampoco me permitía pasar demasiado tiempo con mis compañeros. Tenía demasiadas actividades fuera como para «perder el tiempo en cosas superfluas como relacionarte con esos niños». Palabras de mi madre, no mías. Llegado a un punto, me resigné. Claro que miraba a los chicos de clase, pero no de la forma en que lo hago ahora con Aiden ni con el detalle que la cercanía y la privacidad me permiten en este momento. En realidad, excepto con mi hermano, nunca he compartido tanta intimidad como con él.

El sexo siempre ha sido algo físico, instinto, desahogo. Nada que ver con la intimidad. No lo he sentido en ningún momento como algo más profundo. Para mí, la intimidad es una cosa muy distinta a compartir cama. Y es posible que con Aiden quiera compartir tiempo, dudas, miedos. No hablo de amor; hablo de vínculos de confianza, de todo eso que hace que dos

personas conecten y compartan la vida. Hace mucho que no me siento así, que no tengo ganas de conocer a otra persona que quiera quedarse.

—Buenos días —saludo a Aiden. Sigue enfrascado en lo que sea que está cocinando y solo gira la cabeza.

—Buenos días, ¿has descansado? —Sonríe de medio lado.

—Sí, bastante. ¿Y tú?

—También. —Deja un momento la sartén en la que está haciendo huevos y saca del armario un exprimidor—. ¿Te apetece zumo de naranja? Hay café hecho. —Señala a Mike—. Hoy ha madrugado.

—¿Está trabajando otra vez?

—Eso parece. —Se encoge de hombros y vuelve a la sartén—. ¿Puedes hacer el zumo? Las naranjas están en el cajón de la nevera.

—Claro. —Saco las naranjas y me pongo manos a la obra.

—Iba a hacer tortitas, pero no tenemos ingredientes. Otra vez será.

No digo nada. ¿Habrá sido un comentario de esos que se sueltan sin ninguna intención o será una excusa para que volvamos a vernos? No pienso preguntar. Quiero volver a verlo, pero los planes de futuro me ponen nerviosa. Nunca los he tenido, en realidad. Mis planes se han limitado a mi agenda laboral y a hacer malabares para pasar tiempo con mi familia. La perspectiva de pasar tiempo con Aiden me hace feliz, pero también me inquieta. No hay quien me entienda estos días.

Terminamos de preparar el desayuno y nos sentamos con Mike, que se sobresalta cuando dejamos las cosas en la mesa. Aiden se ríe.

—No tiene gracia. —Le lanza un boli que Aiden esquiva.

—Eh, que me puedes sacar un ojo.

—Así estarás feo y dejarás de quitarme a las tías. —En ese momento me mira, creo que se había olvidado de que también estoy aquí—. ¿Tú nunca estás fea?

—Depende de los ojos que me miren.

—Apuesto a que nunca lo estás, te mire quien te mire.

—Lo dudo. La belleza es relativa, Mike, tú puedes verme guapa y otra persona verme horrible.

—Imposible.

—No lo es.

—Vais a entrar en bucle —dice Aiden.

—Me gusta entrar en bucle.

—¿Cómo puede gustarte entrar en bucle? —pregunto.

—Porque al final aburro tanto a la gente que me da la razón.

—Eso es trampa.

—No, es ser listo.

—Esta conversación no tiene demasiado sentido —añade Aiden.

—Sí lo tiene —decimos a la vez Mike y yo.

—Lo que digáis. —Aiden niega con la cabeza, aunque la sonrisa no desaparece.

—¿En qué trabajas exactamente?

—Estamos con una campaña para una marca nueva de agua.

—¿De agua? —Afirma con la cabeza—. Qué divertido.

—Súper.

Terminamos de desayunar en silencio. Mike se ha puesto de nuevo los cascos y vuelve a

estar ausente. Aiden parece perdido en sus pensamientos también y yo aprovecho para mirar las notificaciones del móvil. Además de las muchas notificaciones que tengo de Instagram y que ignoro casi todo el rato, veo tres conversaciones. Ninguna es de mi madre.

Jay
Estoy de vuelta esta tarde.
¿Paso mañana a recogerte y merendamos juntos?

Harper
Ha llegado este libro nuevo, creo que puede gustarte.
¿Te gusta esta falda más que la azul del otro día?
Cece, ¿estás bien? Estás muy callada estos días.

Gala
Llevas casi dos semanas sin apenas hablarme.
No huele bien y dudo que me equivoque.
Háblame y dime que estás bien al menos,
aunque no quieras hablar del tema.
Podemos hablar de otras cosas, pero háblame.
Este silencio empieza a preocuparme,
y ya no puedo ir a sacarte de casa y hacerte hablar.

Cierro los ojos para aguantarme las lágrimas. Odio preocupar a la gente. Ni siquiera soy consciente la mayor parte del tiempo de mis silencios, de que dejo a la gente fuera. No lo hago adrede. Cuando tengo malos días, solo me aíslo en mí misma. Muchas veces suelo culpar al trabajo y a lo muy ocupada que estoy. Pero los tres saben que la mayoría de las veces, cuando no les escribo, no tiene nada que ver con lo ocupada que esté, sino con cómo me siento por dentro.

Contesto solo a Jay; la respuesta es fácil. Mañana me voy a Londres y, por desgracia, no puedo merendar con él. Me anoto mentalmente hablar con ellas más tarde, cuando esté en casa, con tranquilidad. También me prometo contarles cómo me siento últimamente; me ayudará a sentirme mejor, o eso espero.

—¿Arizona? —Es Aiden.

—¿Qué? —Tengo que dejar de abstraerme y olvidar que hay gente a mi alrededor. No estoy demasiado acostumbrada a que la haya y, con la presencia de mi madre, aprendí a desconectar.

—Te preguntaba si tienes algún plan para hoy.

—No, aunque tengo que volver pronto a casa. Tengo que preparar la maleta para el viaje de mañana.

—¿Tienes campaña?

—Sí, y varias reuniones con marcas.

—¿Cuándo vuelves?

—El sábado, creo.

—Ostras, una semana fuera.

—Casi, sí. Cuando vamos a Europa, solemos pasar más tiempo. Mi madre intenta juntar todo lo que puede para que no tengamos que viajar más a menudo. Odia volar.

—¿En serio?

—Sí, todo lo contrario a mí. A mí me encanta. En general, viajar me relaja.

—A mí también. Aunque los viajes en coche son mis favoritos.

—Los míos también, pero es lo que menos hago.

—Imagino que la mayoría serán en avión, ¿no?

—Casi todos. Suelen ser distancias más largas y no merece la pena otro tipo de transporte.

Recojo la mesa y lo llevo a la cocina. Aiden me sigue, se coloca a mi lado y se pone a secar lo que voy fregando.

—Entonces…, ¿te apetece que hagamos algo?

—Podríamos seguir viendo películas de Marvel —comento mientras le voy pasando los platos.

—Me parece un plan perfecto, y a Mike estoy seguro de que también.

—¿Crees que dejará de trabajar y se unirá?

—Eso espero. Creo que en esta ocasión le puede más su necesidad de adoctrinarte en el mundo de Marvel que el trabajo. Voy a preguntarle.

Aiden habla con su hermano. No oigo lo que dicen, pero Mike asiente. Termino de recoger y me siento en el sofá. Sigo con el pijama que me dejó anoche; debería cambiarme, pero no tengo ropa limpia. La ropa de ayer no está sucia, solo me la puse un rato, pero no me gusta ponerme la misma camiseta dos días seguidos. Aiden se ha perdido en su habitación, así que me acerco para pedirle una y poder cambiarme. Tiene la puerta entornada, así que llamo.

—Pasa.

Va sin camiseta. Se ha cambiado el pantalón del pijama por uno de chándal, muy parecido al que llevaba el día del partido de béisbol.

—Perdona, no quería molestar.

—No molestas. ¿Pasa algo?

—Venía a pedirte prestada una camiseta para cambiarme.

—Claro, te busco una. —Rebusca en el armario y me saca una camiseta blanca lisa. Está claro que le encantan las de ese color—. Creo que esta te irá mejor, es de las más pequeñas que tengo.

—Gracias, voy a cambiarme al baño.

Desaparezco por la puerta de al lado y le robo desodorante a uno de los dos. Creo que es de Aiden, por el olor. Como me duché anoche, no hace falta que lo haga de nuevo. Esta tarde, cuando llegue a casa, me daré un baño largo y relajante.

Cuando vuelvo al comedor, Mike aún está perdido en la pantalla de su ordenador y a Aiden no lo encuentro. Ha dejado la tele preparada para que sigamos viendo las películas, pero no sé dónde está. Oigo la puerta de entrada y lo veo llegar con una bolsa llena de patatas y chuches.

—He bajado a por provisiones, nos quedamos anoche bajo mínimos.

—Estás en todo.

—Siempre. —Me guiña el ojo.

—Luego os invito a comer lo que os apetezca.

—No hace falta.

—Sí hace. Estoy aquí como si fuera un hotel.

—Has recogido la mesa.

—Eres tonto.

—Venga, dale a la película.

—Por mucho que cambies de tema, no voy a olvidarme de invitaros.

Se tira a mi lado en el sofá. Ha dejado la bolsa con todas las guarrerías del mundo encima de la mesa baja. Llevamos unos minutos cuando Mike aparece por el comedor con los brazos en jarras.

—¿Estáis viendo Marvel sin mí, cabrones?

—Te he avisado. Y Arizona se moría por empezar. Ha insistido tanto que no he podido decirle que no —dice Aiden.

—Oye, eso es mentira.

—Dadme cinco minutos y me uno a vosotros.

—No puede resistirse a una película de Marvel, por mucho trabajo que tenga.

Se ha acercado a mí para que solo yo lo oiga. Su cercanía no me molesta; además, suele guardar la distancia justa para que no me sienta invadida. Mike tarda exactamente lo que nos ha dicho.

Pasamos la mañana viendo películas de Marvel, comiendo patatas y toda clase de guarradas. Después de unas cuantas peleas, consigo invitarlos a comer. El día va pasando y una especie de reloj empieza a sonar en mi cabeza. Tengo que marcharme y no quiero. Me noto de nuevo intranquila y todo el ruido que he acallado vuelve a mi mente.

—¿Estás bien? —pregunta Aiden.

—Sí, ¿por?

—No paras de moverte.

—Perdón, no me he dado cuenta. —Cuando estoy intranquila, no sé estarme quieta—. Debería marcharme cuando acabe la película.

—¿Qué hora es? —Echa un vistazo a su móvil y abre los ojos—. Qué rápido pasa el tiempo cuando uno está entretenido.

—Le gusta jugar en nuestra contra.

—La película está acabando, no le quedarán más de quince minutos.

—Guay. Cuando acabe, pido un Uber.

—¿Quieres que te acompañe?

—No hace falta.

—¿De verdad?

Afirmo con la cabeza. No lo miro en ningún momento. Tal vez sea capaz de ver en mis ojos ese halo de tristeza que seguro que los recubre y no quiero que lo haga. Es el sentimiento que me genera volver a mi «hogar», el que debería ser mi sitio seguro, mi cobijo, y es de todo menos eso. Es lo más alejado a eso. Es el saber que, una vez la pise, la presencia de mi madre no me abandonará hasta que volvamos del viaje.

Los viajes son la peor parte. Es difícil que me desprenda de ella mientras estamos fuera de casa. Se encarga de controlar cada cosa que hago y solo me deja sola para dormir. Si no fuera porque no soporta compartir habitación, dormiríamos también juntas. Así es Sharon Hall. Hace que los viajes, la parte que más suele gustarle a todo el mundo, se conviertan en mi momento más odiado.

Cuando la película acaba, me despido lo más rápido posible de ambos. Mike se ha quedado dormido otra vez. Aiden lo despierta para avisarlo de que me marcho. No hacía falta. De la misma manera que no hace falta que Aiden baje a acompañarme. El Uber me está esperando en la puerta cuando salimos a la calle.

—¿Vas a estar bien, Ari? —me pregunta cuando abro la puerta del coche. Vuelvo la cabeza hacia él y veo la preocupación en sus ojos.

—Siempre lo estoy.

—No estoy muy seguro de eso.

—Estaré bien. Estoy bien.

Repetírmelo ayuda a convencerme. Me acerco a él, le doy un beso rápido en la mejilla y

cierro la puerta del coche antes de que diga o haga algo más. Antes de que descubra que no tengo ni idea de si estaré bien porque la mayor parte del tiempo no sé ni cómo estoy.

Al llegar a casa, mi madre todavía no ha llegado. Me voy directa a preparar la maleta para el viaje; así mantendré la cabeza ocupada. No quiero pensar.

Me meto en el baño cuando termino. Abro el grifo para llenar la bañera, añado una bola aromática y enciendo unas velas. Mi cuerpo agradece el agua tan caliente.

Cojo el teléfono. Es el momento de enfrentarme a las dos personas a las que he evitado esta semana.

Arizona
No ha sido una buena semana,
pero no quería preocuparte.

Harper
¿Pesadillas otra vez?

Arizona
Sí, no sé por qué han vuelto.
La semana pasada tuve mucho tiempo libre
y mi madre pasó de mí como de la mierda.
Esta no he parado y la he tenido pegada como una lapa.

Harper
No debería sorprenderme nada de tu madre a estas alturas,
pero sigue haciéndolo.
Ojalá vivieras aquí, Ari.
Creo que Gala tiene razón
y deberías tomar una decisión sobre Sharon.
No te hace bien.

Arizona
Lo sé…
Y cada día duele más.

Harper
Me rompe verte así, Cece…
No sabes cuánto.

Arizona
Por eso no quería decirte nada,
pero tampoco quiero mentirte.

Harper
Nunca me mientas.
Prefiero saber que estás mal a pensar cualquier cosa rara.
Sabes que mi cabeza es infinita.

Arizona
Prometo no mentirte.
Oye, háblame de ese libro,
no quiero seguir regodeándome en la mierda.
Y esa falda te queda genial, espero que la compraras.

Seguimos hablando un rato sobre libros. Me confirma que se compró la falda. También hablamos de lo que he hecho esta semana y de mis planes para la que entra. Harper adora Europa, sobre

todo Londres y París. Cuando termino de hablar con ella, respondo a Gala, que tarda segundos en llamarme.

—Hola, Lala.

—Hola, pequeña. No me voy a molestar en preguntarte cómo estás; ya sé que no estás bien.

—Están siendo malas semanas.

—Cuéntame.

Me paso media hora contándole todo. Mis pesadillas, mis semanas, mi madre. Ella analiza mi situación y me repite lo mismo que todo el mundo me dice y que yo sé. Necesito alejarme de mi madre, de esta manera de vivir, de que controle cada aspecto como si mi vida fuera suya y le perteneciera. Lo sé, pero duele, cuesta, me ahoga. No lloro, pero poco me falta. El día que reviente a llorar el mundo se ahogará.

—¿Y qué has hecho este finde?

—Te voy a sorprender.

—Estoy segura. —El tono de su voz es risueño.

—Tú sabes algo.

—Es posible. Se me da bien deducir. —Mi cerebro intenta entender a qué se refiere. Pienso como si fuera ella para ver cómo ha podido averiguar con quién he estado, pero se me adelanta —. Ayer subiste una foto de una pizza mientras veías una película de Marvel en un comedor y una casa que no me sonaban de nada. Ni era la tuya ni la de Jay ni la de tu padre. Y Aiden ha subido otra foto viendo una película de Marvel; distinta, pero el mueble de fondo es el mismo. No se veía con quién estaba ni nada, solo parte del salón y una imagen de la película en la tele. —Me tranquiliza. Esa foto la subí a mi cuenta personal y privada, donde solo me siguen mis amigos más cercanos, pero la cuenta de Aiden la puede ver cualquiera.

—No se te escapa nada, eh. ¿Te acuerdas de que me dio su Instagram cuando me lo encontré en la fiesta?

—Me acuerdo.

—Pues la semana pasada estaba muy agobiada y le escribí. Era la única persona que tenía cerca y no quería preocuparos a ninguno de vosotros. Le escribí por Insta porque con el teléfono me parecía demasiado personal. Ya me conoces. —Me responde escuetos síes para darme a entender que me escucha, pero no quiere interrumpirme—. ¿Sabes esa cafetería cerca de Central Park a la que suelo ir cuando corro? Le propuse que nos viéramos allí, pero no respondió. Aun así, salí a correr y fui. Estaba tan agobiada, Lala… Necesitaba despejarme. Me encontró allí sentada a una mesa, perdida en mi mierda. Acabé jugando al béisbol con él, su hermano y unos amigos suyos.

—Hostia, a Jay le das un disgusto.

—Tranquila, sigue gustándome más el baloncesto.

—Menos mal. Lo que no acabo de encajar es cómo has acabado hoy en su casa viendo películas de Marvel.

—Empezamos a hablar por Instagram desde ese momento. Aiden es… —No quiero que malinterprete mis palabras—. Me siento cómoda con él, así que ayer quedamos a tomar un café y me invitó a ver una película. Estaba también su hermano.

—Mike es genial.

—Lo es. El caso es que no quería volver a casa, Lala. De pensarlo, me iba a explotar la cabeza y me pareció buen plan quedarme a dormir. Estaba a gusto. Era como volver a esos días en los que hacíamos sesión de cine Jay, Harper y yo. —Suspiro y me cambio el teléfono de oreja —. Con Aiden me siento bien. Es raro, supongo, porque yo no me siento bien con casi nadie.

—Conmigo te sientes bien.

—Tú eres tú.

—Lo sé. —Oigo como trastea a través del teléfono—. Aiden es increíble, Ari. No es raro que te sientas cómoda con él.

—¿Lo planeaste? —Tengo esa duda desde ayer.

—¿El qué?

—Ya sabes a qué me refiero.

—No, no lo planeé. Te necesitaba, él ya estaba trabajando conmigo y, cuando os vi juntos…, las cosas encajaron. No sé explicarlo, sabes que soy muy de sensaciones… Pensé que tal vez no era mala idea que conocieras a Aiden. Vive en Nueva York, es un tío increíble, divertido y quizá podríais ser amigos. Parece que no me equivoqué.

No lo hizo. Sigo dentro de la bañera; el agua empieza a enfriarse.

—No sé por qué, con él me siento diferente, como si pudiera verme. —A Gala puedo contarle todo lo que pienso o siento, sea lo que sea, porque ella no solo me comprende, sino que me ayuda y me acepta.

—Las conexiones, pequeña, las conexiones. Son inesperadas, imparables e inevitables.

17

AIDEN



@Aidenbarker
Esperaba que tus secretos fueran mucho más… cómo te diría:
misteriosos, oscuros.
Como que te comes los mocos, no que no odias el rosa.

Me encanta bromear con este tema. Su cuenta personal es mucho más divertida que la pública. No solo porque cuenta cosas de ella, sino porque expresa todo lo que es. Aunque ese mensaje es una excusa para hablar con ella sin parecer desesperado.

@Cececo
Jajajajajajaja.
No me gusta, que es distinto.
Y qué asco comerse los mocos.

@Aidenbarker
Jajajajajaja.
Estoy seguro de que hay gente que está en su casa pensando:
seguro que se come los mocos,
seguro que se ha hecho caca encima alguna vez.

@Cececo
Jajajajajaja.
Si solo quisieran saber eso…

@Aidenbarker
Podría contarles cómo te gusta el café.
Ha enviado un mensaje de voz
¿Cuál es la bebida favorita de Arizona Cooper?
El *Caramel coffee latte*.
Con voz de periodista

@Cececo
Jajajajajajajajaja.
Dios, ¡¡eres tontísimo!!

@Aidenbarker
Jajajajaja, ¡pero te ha hecho gracia!
¿Cómo va por Londres?

@Cececo
Bien, de momento tranquilo.
Lo intenso empieza mañana.
Oye, ¿por qué seguimos hablando por aquí?

@Aidenbarker
Sigo sin tener tu número…
Este es el único lado por el que puedo hablarte.

@Cececo
Jajajajajajajaja.

@Aidenbarker
¿Te ríes?

Número desconocido
Ahora ya me tienes.

Aiden
Qué honor.
Tengo el teléfono de Arizona Cooper.

Cece
Eres un privilegiado.

Aiden
Cuando me pregunten en futuras entrevistas diré:
«Sí, me dio su número, aunque costó».

Cece
Jajajajajaja.
Eres un payaso.
Nadie te va a preguntar en una entrevista por mí.

Aiden
¿Eso cómo lo sabes?

Cece
Porque nadie sabe de mi vida privada.

Aiden
Pero les encantaría.
Como cuando te sacaron fotos con Jay
e insinuaron que podía ser tu novio.

Cece
Uff… no me acordaba de eso.
Jay se rio muchísimo, yo no tanto.

Aiden
¿Por?

Cece
Odio que hablen de mi vida privada,
y mucho más de mi familia.

Aiden
Ya…, pero ya sabes cómo es la sociedad.

El morbo llama…

Cece
Lo sé.
Sobre todo cuando descubrieron
que éramos hermanastros.

Aiden
En su cabeza todo ocurría como
en una película de estas malas de sobremesa, ¿no?

Cece
Tal cual así.

Aiden
¿Qué haces hoy?

Quise escribirle en cuanto la vi alejarse. Me quedé un buen rato parado enfrente del portal, mirando hacia el final de la calle, como si fuera a aparecer de nuevo. Cogí el móvil, escribí un mensaje que acabé borrando y me subí a casa. No tenía claro qué decirle y lo último que quería era agobiarla ahora que empezábamos a acercarnos.

La mirada de tristeza que cambió su expresión cuando se dio cuenta de qué hora era, unida al cambio en su postura y a su inquietud, fueron los primeros síntomas de que algo no estaba bien. A pesar de que me lo negó, volví a insistir otra vez antes de que se fuera, y su respuesta solo me provocó ganas de agarrarla de la mano y obligarla a subir de nuevo a casa. Porque ese «siempre lo estoy» sonaba más a un «lo intentaré» y yo quería que sonara a «estoy bien» de verdad. Aun así, y aunque me costó mucho no escribirle, decidí darle un poco de tiempo. Hasta hoy.

Miro de nuevo la pantalla. No parece que vaya a responderme pronto. Ni siquiera he pensado en la diferencia horaria. ¿Cuántas horas son? ¿Cinco? Creo que sí.

Tiro el vaso de café a la papelera. Seguir esperando una respuesta es absurdo; ya responderá cuando pueda o quiera. Entro en el gimnasio. No me apetece nada, pero me vendrá bien para desconectar después de cinco horas de *masterclass*.

El teatro es, para mí, la parte más complicada de la actuación. No hay opción a fallo, no se puede repetir la escena hasta que quede bien. Es mucha presión y es mi punto débil. Por eso, en los últimos meses, me he puesto a trabajar en ello y gracias a eso tengo dos *casting*s este mes. El teatro no es mi pasión, pero es trabajo y me gustaría ser un actor versátil, que puede desenvolverse en diferentes escenarios y papeles. Al final, en una profesión como esta, cuantas más puertas te abras, cuanto más hagas y cuantos más contactos tengas, mucho más fácil es conseguir buenos trabajos. Además, todo aprendizaje suma.

La pantalla vuelve a iluminarse cuando salgo de la ducha del gimnasio y me llegan varias notificaciones suyas.

Cece
Me he quedado dormida.
La diferencia horaria…
Mañana te cuento.
Descansa, Aiden.

Aiden
Buenas noches, Arizona.

Busco el reloj mundial en el móvil y añado Londres para tener controlado el horario y no escribir a horas que no corresponden. Cuando le he escrito, no he pensado que sería tan tarde allí. Guardo el móvil en la mochila. Termino de cambiarme y vuelvo a casa. Antes de abrir la puerta, un olor a quemado me inunda las fosas nasales.

El humo llega hasta el salón; en el comedor aún se puede respirar, pero en la cocina es insoportable la cantidad de humo que hay. Entreveo a Mike haciendo aspavientos delante del horno.

—¿Qué ha pasado?

—La he liado…

—Eso lo puedo ver.

—Pues quería hacer costillas al horno con patatas, con su miel y esas cosas, como las hace mamá, pero… —Me mira con la misma cara que le ponía a ella cuando era pequeño y se distraía de la tarea que le habían puesto. Desde pequeño, ha sido muy disperso, aunque nunca le han diagnosticado nada, solo que es un niño que se distrae con facilidad, y eso que mi madre lo llevó a varios médicos y psicólogos.

—Se te ha olvidado, ¿no?

—Sí, me he puesto a trabajar y no me he dado cuenta de que llevaba tanto tiempo hasta que ya era tarde.

—Son cosas que pasan. —Me dirijo al comedor para empezar a abrir todas las ventanas y que podamos dormir esta noche en nuestras habitaciones sin peligro de asfixia—. Abre la ventana de la cocina.

—¿No vas a enfadarte? —A pesar de que Mike es cuatro años mayor que yo, siempre ha sido el más irresponsable de los dos. Una cabra loca, de esos que actúan y luego piensan en las consecuencias. Por ese motivo se ha roto medio cuerpo y le han puesto puntos en el otro medio.

—No, son cosas que pasan. Si hubieras quemado la casa, es posible que sí, pero solo ha sido un accidente. Y todos sabemos que la cocina no es lo tuyo. —Vuelvo a la cocina y me pongo a rebuscar—. Eso sí, cuando quieras hablar, espero que sepas que puedes contar conmigo.

—Lo sé. —Tira todo a la basura y mete la bandeja en el fregadero—. El problema es que no sé qué contar. ¿Que estoy estresado? ¿Que mi jefe es un tirano? ¿Que amo mi trabajo pero odio el lugar en el que estoy? ¿En qué me va a ayudar decirlo?

—Las cosas que uno dice ocupan menos espacio y duelen menos.

—Yo siento que solo me hacen más desgraciado.

—¿Por qué dices eso?

—Porque decirlo solo me hace ser consciente de que tengo veintiocho años y sigo cobrando una mierda, aunque trabaje de lo mío, que no me valoran nada y que, a pesar de eso, no hago nada por cambiarlo. Me siento estancado, Aiden. Y al mismo tiempo pienso que soy un desagradecido porque la gente mataría por tener mi puesto de trabajo.

Saco de la nevera varios ingredientes para preparar la cena. El humo empieza a abandonar la casa y puedo ver mejor el rostro de mi hermano. Lleva varios meses decaído, con la mirada más apagada, pero ahora parece derrotado. Como si quemar la cena hubiera hecho que se encendieran otras alarmas que estaba escondiendo.

—No eres un desagradecido, Mike. Trabajar de lo tuyo no implica que seas feliz, no es una obligación serlo. Influyen muchos factores para que ames lo que haces y te sientas a gusto donde lo haces. No te sientas culpable. —Me acerco a él—. Lo que más me preocupa es que te sientas estancado.

—No sé qué hacer, Aiden.

Me acercó a él y lo abrazo. Él se deja abrazar.

—Todo va a estar bien, Mike.

—Lo sé, pero tengo que hacer algo. No tengo claro el qué, pero algo.

—Encontrarás la solución, estoy seguro. —Me despego de él—. ¿Hacemos la cena?

Lo noto más animado conforme pasamos tiempo juntos. Hacer la cena, charlar mientras comemos sentados en el sofá y vemos una serie lo ayudan a desconectar. O eso quiero pensar.

Al día siguiente, me lo cruzo cuando se va al trabajo. Va tan dormido que solo interactúa con esa especie de gruñidos matutinos. Lleva fatal madrugar. Cuando miro el reloj después de tomarme el café, me doy cuenta de que se me han pegado las sábanas más de lo que creía. Me ducho corriendo y me voy a clase. Reviso las notificaciones de camino.

Cece
¡Buenos días bien prontito!

El mensaje lo acompaña una foto suya donde apenas se le ve la cara con la capucha de la chaqueta. La hora de envío ha sido a las 5:15 de la madrugada de Londres.

Aiden
¿Poniendo las calles?
Espero que el día vaya genial.

Guardo el móvil en la mochila y me sumerjo en cinco horas de clase de teatro. El día de hoy es más ameno que ayer. Ayuda el hecho de que las clases de hoy son todas seguidas, en lugar de tenerlas repartidas en mañana y tarde. Siento que, de esa manera, tengo más tiempo para aprovechar el día. El profesor me pregunta al final de la clase cómo llevo la prueba del jueves. Hablamos un rato sobre ella, me da unos consejos y me comenta que, si mañana quiero, después de las clases, puede ayudarme a prepararla.

Desde que lo conocí hace dos meses, me ha ayudado muchísimo. Me siento muy apoyado por él, igual que el resto de mis compañeros. No nos llena la cabeza de pájaros, nos dice las cosas de una manera realista, pero nos motiva mucho a construir nuestro propio camino.

En las primeras clases, nos dejó claro que, para llegar a vivir de esto, había que trabajar mucho, pasar por fases menos agradables y, poco a poco, crearse un nombre que empezara a abrirnos puertas. Y lo más importante: no podíamos dejar de intentarlo. Son palabras se me han grabado y espero no olvidarlas nunca, porque a veces quiero tirar la toalla, lanzarme con otra cosa; dedicarme a mis estudios y dejar este sueño que a veces pienso que no va a ningún sitio. Después de sus palabras, quiero esforzarme todo lo posible hasta que lo consiga.

De momento, con los pequeños trabajos que he hecho y lo que me sale como modelo, puedo vivir perfectamente, sin lujos pero feliz. Además, viendo cómo está mi hermano, no siempre el trabajo corriente, o el que la sociedad considera «normal», es fácil y cómodo, ni te da todos los frutos que un día imaginaste. Nada en esta vida se consigue sin trabajar mucho. Ni siquiera para aquellos que nos parece que triunfan. Solo hace falta mirar a Arizona para saber que ha tenido que trabajar mucho y vivir cosas que nadie conoce para llegar a donde ha llegado. Porque lo que se muestra siempre es un porcentaje muy pequeño de lo que hay detrás y yo no paro de pensar que quiero conocer todo de ella. Todo.



Después de pasarme el resto del día preparando la prueba, Mike y yo nos vamos con unos amigos a jugar al baloncesto. Jugamos en una liguilla de barrio; todos somos aficionados que lo hacemos más por divertirnos y pasar un buen rato que por otra cosa.

No me da tiempo a mirar el móvil de nuevo hasta que estoy tumbado en el sofá, pero no hay ninguna notificación pendiente. Busco en la tele cualquier programa que no me haga pensar mucho para descansar un rato antes de irme a la cama. Mike se ha ido más pronto de lo normal a dormir, con la excusa de que está cansado y que mañana tiene una reunión importante a primera hora.

De golpe, me entran varios mensajes de Arizona. No me hago de rogar.

Cece
Voy a ser un desastre estos días.
He llegado casi a las once al hotel
después de una sesión de fotos muy larga.
Mañana también pongo las calles (como tú dices)
y mi madre no me quita ojo.
Pero puedes escribirme lo que te apetezca,
que cuando pueda te responderé.

Aiden
No tienes por qué justificarte.
Estás trabajando
y, sea como sea, tenemos derecho a responder
y escribir a los otros cuando nos apetezca.
Eso sí, espero que me cuentes todo a la vuelta.

Me quedo dormido en el sofá en algún momento. Son las dos de la madrugada cuando me despierto por culpa de la televisión, que sigue encendida. La apago. Cojo el teléfono en un gesto automático y veo que me ha respondido hace casi una hora. Pero ¿qué hora es allí? Reviso el reloj mundial y confirmo que ya son las siete de la mañana.

Cece
Espero que no pienses que no quiero hablar contigo.
No olvides que eres de los privilegiados
que pueden ver mis secretos más oscuros.
Pasa un buen día, Aiden,
yo estoy de camino a otra sesión
que no creo que acabe mucho antes que la de ayer.

Aiden
Es verdad, se me olvidaba que ahora puedo filtrar
a la prensa todo eso que se muere por conocer.
Como que te encanta poner las calles
y que bebes cerveza a morro.

Cece
Me encantaría poder tomarme una cerveza ahora.
¿Qué haces despierto? ¡¡Son las dos por allí!!

Aiden
Me he quedado dormido en el sofá
y la tele me ha despertado.
Estoy ya metido en la cama para volver a dormirme.

Cece
Yo estoy en maquillaje.
Adjunta una foto suya enfrente de un espejo, mientras varias personas revolotean por detrás, a medio maquillar y peinar
Y mi madre me ha dejado tranquila un rato,
tendrá a alguien con quien ligar por aquí.

Aiden
Jajajajajaja.
¿Para quién es la campaña?

Cece
Chanel.
Y es de las gordas.

A**iden**
No quiero hacer preguntas,
pero quiero hacer preguntas.

Cece
Jajajajajaja.
Tú siempre quieres hacer preguntas,
aunque te contengas.
¿Qué te parece si a mi vuelta quedamos para tomarnos algo y me las haces?

Aiden
Creo que no esperaba para nada esta respuesta.

Cece
¿Sorprendido?

Aiden
Bastante.

Cece
Tengo que dejar el móvil,
pero espero con ansia que argumentes tu respuesta.

Aiden
No te lo tomes a mal,
pero no pareces el tipo de persona
a quien le guste que le hagan preguntas
o que se metan donde no lo llaman.

Más bien parece que cuidas mucho tu privacidad.

Escribo varias veces ese último mensaje. No sé cómo explicarle que el primer día sentí que era inalcanzable, que una muralla de miles de metros la cubría entera y que llegar hasta ella era complicado. Me sorprendió hasta que se dejara llevar en la última escena de esa manera. Lo achaqué a su profesionalidad. Tenía que estar acostumbrada a trabajar en muchos tipos de situaciones.

La segunda vez que la vi, al darme cuenta de cómo me miraba, sentí algo distinto. Seguía teniendo un muro, un muro muy grueso y ancho, por el que, tal vez con mucho esfuerzo, fuera capaz de hacerme hueco. Pero también existía algún tipo de conexión que no solo yo era capaz de ver.

Tal vez por eso, la última vez, sentada en la mesa de la cafetería, cuando levantó la mirada, ya no tuve esa sensación de que fuera inalcanzable, sino más bien como si me pidiera que la alcanzara, como si necesitara que alguien lo hiciera.

Sé que leer a la gente es una tarea complicada, pero siempre se me ha dado bien. Sobre todo, con aquellos que, por algún motivo, me transmiten una vibración diferente, como me pasó con Arizona desde el primer momento. Aun así, hacer demasiadas preguntas no estaba dentro de la ecuación de nuestra relación hasta el momento.

Dejo el móvil. Sé que no me va a responder hasta que pueda hacerlo y me caigo de sueño. Mañana el día va a ser largo. Quizá mañana, cuando me despierte, me sorprenda de nuevo. Estoy seguro de que no va a dejar de hacerlo.

18

ARIZONA

Son las once de la noche cuando toco la cama. Otro día más.

Tengo que ducharme, comer algo y descansar. Menos mal que mañana solo quedan dos reuniones. Estoy agotada. Mi mente no ha tenido ni un segundo para pensar en otra cosa que no fuera trabajo. Pero mi cuerpo, después de cuatro días madrugando, trabajando más de doce horas y comiendo poco y mal, se resiente.

Hoy tengo más tiempo para darme un baño largo y relajarme. Lleno la bañera, añado un poco de gel para que haga espuma y pongo música de fondo. Noto como los músculos se destensan un poco al sumergirme en el agua caliente.

Alargo la mano para coger el móvil, que he dejado apoyado en un taburete. Tengo muchos mensajes pendientes, aunque sobre todo tengo ganas de hablar con Aiden y responderle al último mensaje, que me mandó hace días. No he encontrado ningún hueco para responder con tranquilidad. El trabajo no me ha dado tregua y mi madre tampoco. No sé por qué motivo se ha pasado todo el viaje pegada a mí, más de lo normal. Está enfadada, mucho, no sé qué habrá pasado, pero lo ha pagado conmigo y todo lo que ha salido de su boca ha sido bastante cruel. Se me da bien hacer lo que hago, me gusta, llevo mucho tiempo en esta profesión y empiezo a comprender que para ella nada es suficiente. Sus palabras me duelen como cristales pequeños que se me clavan por todas partes, pero esta semana he sido capaz de compartimentarlos la mayor parte del tiempo.

Empieza a darme sueño y decido terminar de ducharme antes de quedarme dormida. Tengo ganas de responder a Aiden y decirle que no es que no me guste que me hagan preguntas, es que a veces no quiero responder. En realidad, la mayor parte del tiempo. Me cuesta hablar de todo lo que me hace daño, porque me da miedo que, cuando sepan todo lo que escondo, no quieran seguir conociéndome. Y no puedo evitar sentirme frágil ante esa posibilidad. Es una de mis mayores debilidades.

Con Aiden me cuesta menos abrirme, pero me sigue costando. Porque tiene un lienzo en blanco para rellenar con cada una de las cosas que conozca de mí hasta cubrirlo entero y no quiero que empiece llenándose de cosas negativas, de mis miedos. Quiero que vea a la Arizona de verdad, a Cece, y no a la Arizona Cooper que todo el mundo cree conocer.

Con esos pensamientos, me dejo caer en la cama, no me quito ni el albornoz, y me quedo dormida. Mañana responderé.



Unos golpes fuertes me despiertan. Alguien está llamando con insistencia a la puerta de mi habitación.

—Arizona, abre. Me estoy cansando de este juego.

Es mi madre. Miro el reloj, son las nueve. Todavía es pronto. Hasta las doce no tenemos la primera reunión, por lo que no llego tarde. ¿Por qué parece tan nerviosa?

Abro la puerta y la cara de mi madre me deja claro que, si los días anteriores ha estado insoportable, hoy va a ser peor.

—Hola, mamá. —Intento ser simpática—. ¿Qué pasa?

—¿No me has oído la primera vez? Llevo un buen rato llamándote.

—No te he oído. Estaba dormida.

—¿A estas horas?

—Son las nueve de la mañana y hoy no tenemos nada hasta las doce.

—¿Y por eso puedes vaguear hasta la hora que te apetezca?

Sí, definitivamente va a estar insoportable.

—Después de una semana descansando de media tres o cuatro horas, sí, creo que me lo merezco. —Odio que me hable como si fuera una niña de cinco años que no sabe gestionar su vida.

—No se consigue triunfar en la cama.

—Supongo que por eso ya triunfo.

Me alejo de la puerta de entrada y me meto en el baño. Cojo el cepillo para tener algo que hacer. El pelo sigue un poco húmedo de anoche; me dormí sin secármelo. Focalizarme en otras tareas me ayuda a no gritarle, mandarla la mierda o incluso pegarle. A veces me gustaría hacerlo, descargar toda la rabia que llevo conteniendo por su culpa y soltar parte del lastre.

—No me hables así, Arizona.

—¿Qué querías? Si has venido tan alterada, supongo que ha pasado algo.

—Han adelantado la reunión a las once.

—Tenemos tiempo de sobra.

—Eso no justifica que estés vagueando.

Salgo del baño y la señalo con el cepillo. Estoy cabreada.

—Mamá, basta. He trabajado muchas horas, estaba cansada y quería aprovechar para descansar lo máximo. No solo me has despertado, sino que lo has hecho de muy malas formas. Ahora, vete. Si no quieres que lleguemos tarde, tengo que cambiarme.

Se dirige a la puerta y mira el reloj.

—Tienes quince minutos para estar abajo.

—Lo que tú digas, mamá.

Le cierro la puerta en las narices. Me alejo y me dejo caer en la cama. Definitivamente, las

cosas tienen que cambiar. No puedo seguir así.

Tardo cinco minutos más de los que me ha dado. Salgo del hotel para dirigirme a por un café con caramelo. Si tengo que aguantarla con ese humor, necesito mucha cafeína y azúcar.

Cuando vuelvo, sigue en el *hall*, esperándome sentada en el mismo sitio de antes, sin parar de mover la pierna derecha. Está más enfadada que antes. Se levanta como un resorte en cuanto me ve. Doy gracias al empleado del hotel que en ese momento nos informa de que el coche que hemos pedido está en la puerta. Por un momento, pensaba que mi madre iba a ser capaz de cruzarme la cara allí en medio. Antes de montarnos, me echa una mirada en la que deja claro que esto no se va a quedar así.

El camino es tan tenso que el silencio parece hacer ruido. Mi madre tiene tan apretada la mandíbula que no me extrañaría que sus dientes rechinaran. Como no hablamos, aprovecho para responder algunas conversaciones.

Arizona
Mi madre está cabreada
y hoy me parece hasta divertido.

Gala
Jajajajajaja.
¿Qué mosca le ha picado?

Arizona
Han cambiado la reunión de hora,
ha venido a despertarme (a las 9) como una posesa y esas cosas.
La reunión es a las 11, por cierto.

Gala
Con todo lo que supuestamente
folla, debería tener otro tipo de humor.

Arizona
No deben darle suficientemente bien.

Gala
Jajajajajaja.
Esta es la Arizona que me gusta.
Me alegra que estés de humor.
¿Algo que contarme?

Arizona
Que estoy harta
de aguantar su mal humor, Gala, de todo.
He trabajado muchísimo esta semana
para que me trate de esa manera.

Gala
Haces bien. Tienes que ponerle límites.
Menos mal que arreglaste todo el tema económico.

Arizona
Se supone que sí,
ya te contaré cómo acaba el tema este mes.

En otra conversación…

Arizona

Espero que sigas queriendo hablar conmigo.
Siento muchísimo haber hecho bomba de humo,
no he tenido ni un minuto libre.
Parece que no quisiera contestar a lo último
que te dije, pero no es así. Es justo lo contrario.
Quería hacerlo cuando estuviera tranquila.

En Nueva York, ahora mismo son alrededor de las cinco de la mañana; espero no despertarlo, pero necesitaba escribirle antes de entrar en la reunión. Después tenemos otra. Nos ocuparán toda la mañana y tendremos que salir corriendo hacia el hotel para coger las maletas e irnos al aeropuerto. El avión de vuelta sale a las cuatro.

No suelo tener ganas de volver, pero esta vez sí.



Volvemos con el tiempo justo para cerrar las maletas y montarnos en un taxi que nos lleve al aeropuerto. Una vez pasado el control, nos sentamos cerca de la puerta de embarque. No hemos comido casi nada hoy y mi estómago ruge.

—Voy a por algo de comer, ¿quieres algo?

—Espero que sea una ensalada.

—¿Quieres algo? —Ignoro su comentario.

—Un café grande, solo y sin azúcar.

Me pierdo por el aeropuerto y compro un sándwich y unas patatas fritas. Me lo como lo más rápido que puedo. Si tardo mucho, mi madre se cabreará más de lo que ya está. Cojo también el café para mi madre y otro con leche para mí. Cuando vuelvo, están a punto de abrir la puerta de embarque.

—¿Por qué has tardado tanto?

—He ido al servicio también y había cola.

Me mira, intenta analizar mi expresión, y yo le aguanto la mirada. Estoy esperando a que explote el enfado que tiene desde esta mañana. No lo va a hacer aquí, en un sitio público. Pero lo hará. Se esperará al momento perfecto para soltar algo que me duela, como siempre hace.

Agradezco que estemos en asientos separados. Será un viaje tranquilo. Como el avión tiene wifi, aprovecho para responder a Aiden. Llevo queriendo hacerlo desde que hemos salido de la primera reunión y he visto que me había escrito.

Aiden

Deja de pedir perdón.
Has estado trabajando y, si no lo hubieras estado, da igual.

Ya te dije que no tenías obligación de responder.

Arizona
No, no la tengo, pero quiero.
Tienes razón, no soy la persona más abierta del mundo.
Me cuesta expresarme, contarle a la gente lo que me pasa
y no me gusta la gente que no conozco.
Pero, contra todo pronóstico, no me importa
que tú me hagas preguntas.

Aiden
Al final, voy a tener razón en eso de que soy un privilegiado.

Arizona
Es que lo eres…

Aiden
Tengo muchas preguntas…
Muchísimas.

Arizona
Jajajajaja.
No sé si podré responderlas todas.

Aiden
¿No?

Arizona
Por ejemplo, no tengo ni idea sobre el universo o la relatividad.

Aiden
Jajajajajajajaja.
Qué pena, esperaba que me aclararas
unas dudas sobre los agujeros negros.
¿Cómo ha ido el viaje?

Arizona
Más o menos bien.
Mucho trabajo y pocas horas dormidas.

Aiden
Estás ya de vuelta, ¿no?

Arizona
En estos momentos sobrevolamos el Atlántico.

Aiden
Aprovecha estas horas y duerme.

Arizona
Si duermo ahora, cuando llegue no podré hacerlo
y mañana tendré *jet lag*.

Aiden
No lo había pensado.

Arizona
Yo tampoco lo pensé las primeras veces
y los siguientes días fueron horrorosos.
Encima, el lunes tengo una reunión importante.

Aiden
¿Tu trabajo siempre es así?

Arizona
No, ahora vienen unas semanas fuertes
y a partir de mediados de julio tendré mucho tiempo hasta septiembre.

Aiden
¿Te gusta lo que haces?

Arizona
A ratos.

Aiden
Explícate.

Arizona
Es una conversación larga que es mejor tener en persona.

Aiden
¿Me estás proponiendo quedar?
Guau, estás que te sales.
Me dejas hacer preguntas, quieres quedar…

Arizona
Jajajajajaja.
Eres muy idiota.
Pero acepto esa quedada.

Aiden
¿Aceptas?
Pensaba que eras tú la que lo había propuesto.

Arizona
En realidad, no.
Solo he dicho que era una conversación para tener en persona.

Aiden
Vale, me has pillado.
¿Nos vemos el domingo?

Arizona
Hecho.
¿Dónde quieres que quedemos?

Aiden
Te recojo en tu portal y te llevo a un sitio.

Arizona
¿Te acuerdas de dónde vivo?
No serás tú una especie de acosador, ¿no?

Aiden
No creo que a un acosador le enseñes dónde vives.

Arizona
Es verdad.
Quedamos dos portales más allá, ¿vale?
No quiero que nos vea nadie y se chive a mi madre,
bastante enfadada está.

Aiden

¿Qué le pasa?

Arizona

Lo cierto es que no tengo ni idea.
Ni tampoco quiero saberlo.

Hablamos hasta que Aiden se marcha a jugar al baloncesto con su hermano y unos amigos. Sigue preocupado por la cantidad de horas que trabaja Mike y lo desanimado que sigue. Aprovecho el resto del vuelo para leer. Entre unas cosas y otras, se me pasa rápido y, cuando me doy cuenta, estamos aterrizando.

Mi madre no me dirige la palabra de camino a casa y, en cuanto entramos, se va directa a su habitación. Estoy tan cansada que lo agradezco; no tengo ganas de discutir ahora mismo. Solo quiero tumbarme en mi cama y descansar.

19

ARIZONA

Espero a Aiden apoyada en la fachada de unos edificios colindantes al mío. Me ha avisado de que estaba llegando y prefiero esperarlo; él siempre sabe cómo actuar cuando nos encontramos. Espero que, con el tiempo, se me pase esta inseguridad y no dedique una hora a pensar en cómo saludarlo. Además, llevo desde que me he levantado nerviosa. El silencio por parte de mi madre desde que llegamos no augura nada bueno.

Apenas nos hemos cruzado estos días. Ayer me desperté tarde; después de las pesadillas, me costó mucho volver a dormirme. Encontré la casa vacía cuando salí a por algo de comer. Busqué alguna nota, pero no había ninguna. Pasé el día encerrada en mi habitación, leyendo, viendo series y hablando con mi hermana. No sé cuándo volvió porque no la oí; estaría ya dormida. Hoy solo la he visto salir para coger una taza de café y ha desaparecido en su despacho. Sé que su enfado saldrá por algún lado. No me gusta pensar de qué manera será; qué se inventará para pagarlo conmigo. Mi madre no me ha puesto nunca la mano encima, ni siquiera cuando era pequeña y hacía alguna travesura, pero no es necesario hacerlo para provocar dolor. Las palabras pueden ser tan afiladas como lo son los golpes. Los actos también.

El teléfono vibra con una llamada entrante de Aiden.

—¿Pasa algo?

—Gírate. —Lo hago—. Hacia ese lado no; al otro.

—¿Dónde estás?

—Justo donde estás mirando.

Entonces, lo veo. Está dentro de un coche y me saluda con la mano a través de la ventanilla bajada. Me doy prisa en subirme porque en estas calles es imposible parar sin que te piten o te denuncien.

—¿Por qué has venido en coche?

—Te dije que te iba a llevar a un sitio. —Me pongo el cinturón y arranca.

—Pero pensaba que iríamos andando… Imagino que no me vas a decir a dónde vamos.

—No, pero vas perfecta para la ocasión. —Me mira y me sonríe. Levanto las cejas—. La ropa.

Llevo unos *leggings* negros de ciclista, un top de tirantes del mismo color y una camisa blanca grande.

—¿Vamos a montar en bici?

Afirma con la cabeza. Madre mía, hace mucho que no monto en bici… Puede que viviera aún en Wilmington. Siempre dicen que nunca se olvida, pero no estoy muy segura de eso.

Se gira para mirarme de nuevo y su sonrisa desaparece.

—Te sangra el labio.

Tiene la intención de alargar el brazo, pero se controla en el último momento. Me paso la lengua por el labio; he debido de morderme mientras esperaba.

—Deja de mirarme y concéntrate en la carretera. No es una ciudad como para distraerse.

—Es que te sigue sangrando.

Busco un papel del bolso y me lo pongo en el labio.

—¿Así mejor? ¿Puedes ya mirar a la carretera?

Se instala un silencio agradable durante el resto del trayecto. Ninguno hace amago de encender la radio. Solo el ruido del aire que entra por el trocito de ventana bajada rompe el silencio. Aiden me mira de reojo de vez en cuando y yo lo observo la mayor parte del tiempo. Es verdad eso que dicen en los libros de que ver a un tío conducir es sexi.

No tardamos más de media hora en parar en un aparcamiento. Miro a mi alrededor para intuir dónde estamos. Solo veo árboles desde aquí.

—¿Dónde estamos?

—En el Flushing Meadow Corona Park.

—¿Donde está la fuente de la esfera del mundo?

—Justo ese.

—¿Y dónde vamos a conseguir aquí bicis?

Le da un ataque de risa.

—Era broma. No hay bici. Solo vamos a pasear, comer tirados en el césped y disfrutar de algo de tranquilidad.

Bajamos del coche y lo sigo. Está todo lleno de turistas que se hacen fotos delante de la bola del mundo. Pasamos de largo y seguimos paseando. Aiden intenta ir por las zonas donde hay menos gente. Hace un poco de viento, así que me recojo el pelo en una trenza para no comerme mi propio pelo. A pesar del aire, hace muy buen día. De hecho, las temperaturas han subido bastante estas dos últimas semanas. Cuando nos cansamos, nos sentamos en el césped. Aiden se sienta en la parte en la que da la sombra y yo me tumbo al sol.

—¿Tienes hambre? —Giro la cabeza en su dirección y me pongo la mano en forma de visera para verlo. Está sentado con las piernas estiradas.

—Mucha.

—Ahora vengo.

—¿A dónde vas?

—Al coche. Tengo una cesta con comida.

Se aleja sin que me dé tiempo a preguntarle nada más y vuelve diez minutos después con la cesta en la mano. Pensaba que era una manera de hablar, pero no, realmente es una cesta. Empieza a sacar cosas: patatas fritas, bolsas de frutos secos, chuches, ensalada, varios bocadillos.

—¿Cuántos íbamos a ser?

—¿Qué?

—Hay comida para siete personas por lo menos.

—No sabía qué te gustaba, así que he traído un poco de todo. —Se sonroja un poco.

—Cualquier cosa está bien.

Cojo el primer bocadillo que pillo. Es de atún, huevo, tomate, pepinillos y mayonesa.

—Está rico. ¿Lo has hecho tú?

—No, he bajado a un sitio cerca de casa en el que los hacen bastante ricos. Si no te gusta, el otro es de albóndigas. He cogido dos de cada.

—Buf, no me gusta nada el bocadillo de albóndigas.

—¿En serio? —Le hago un gesto de asco—. Me acabas de romper el corazón.

—¿Cómo te puede gustar? Es incomodísimo de comer.

—Porque están buenísimas.

—¿Pero es necesario en bocadillo? Puedes comértelas en un plato con cuchillo y tenedor y mojar pan en la salsa. Eso sí que está buenísimo.

—Bueno, mi corazón no está tan roto si te gustan las albóndigas.

Le lanzo una patata y sigo comiendo. Él también se pone a comer y se lo acaba mucho antes que yo. Se tumba en el césped de lado, apoyado en el codo. Mira distraído al frente. Me tumbo a su lado cuando termino, con los ojos cerrados, disfrutando del sol y de la calma que se respira en esta parte del parque.

De repente, recuerdo que el jueves tuvo un *casting* y me incorporo de golpe.

—Aiden, soy una amiga horrible. No te he preguntado cómo te fue el *casting* del otro día. —Con el cambio horario, el trabajo y el cansancio, se me había olvidado.

—No lo eres. Fue bastante bien, pero no creo que me llamen.

—¿Por qué?

—Es una obra bastante clásica, por decirlo de alguna manera. No están buscando un perfil como el mío. Pero creo que hice bien la prueba. Estoy contento en ese aspecto.

—Entiendo. Esta semana tienes otro, ¿verdad?

—Sí, el martes.

—Esta vez prometo acordarme.

—¿Y tú? ¿Tienes mucho trabajo esta semana?

—Un poco, pero no tanto como las dos anteriores. —Me aclaro la garganta para continuar —. Quería comentarte algo sobre eso.

—¿Sobre tu trabajo?

—Más o menos. Sé que haces de vez en cuando trabajos de modelo y, bueno, quizá no te interese, pero mañana hacen un *casting* para una campaña de una marca importante y están buscando un perfil masculino parecido al tuyo. He pensado que tal vez te apetezca probar.

—Hostia, sí, claro que me interesa. No es mi trabajo ideal, ya sabes, pero es trabajo.

—Lo es. Creo que tienes muchas posibilidades.

—¿Y eso?

—Llamémoslo corazonada.

—No sé por qué siento que tramas algo. —Se incorpora un poco para poder verme la cara y entrecierra los ojos.

—Prometido que no. —Levanto la mano para darle mi palabra. En realidad, sí, pero eso no tiene por qué saberlo hasta mañana. Para evitar que se dé cuenta de que estoy mintiendo, le mando un mensaje con los datos—. Ya tienes toda la información.

Me vuelvo a tumbar. Aiden sigue incorporado y no aparta la mirada de mí. Aunque me avergüenza que me mire, no me incomoda.

—No he olvidado que me diste permiso para hacer preguntas.

—No esperaba que lo hicieras.

—¿Por qué te gusta a ratos tu trabajo?

—Me encanta lo que hago. Mi profesión me apasiona. Ponerme delante de una cámara, la moda, trabajar con otros compañeros, con fotógrafos profesionales… Lo disfruto muchísimo. Hay días malos y otros mejores, pero eso ocurre en todos los trabajos. Mi problema es que… — A pesar de que él sigue con su mirada fija en mí, no lo miro. Tengo la vista clavada en el cielo.

Hoy el azul está manchado por algunas nubes blancas—. Mi madre es mi agente y nuestra relación no es buena. Hace que cada proyecto que me ilusiona sea amargo. Por eso me gusta mi trabajo a ratos.

Reconocer algo como esto a alguien de fuera de mi familia es un paso enorme. Me atrevo a mirarlo. No veo pena por mí ni desilusión. Su mirada es la misma de siempre. Se tumba de lado, con la cabeza apoyada en la mano y el codo en el césped. Hago lo mismo para que podamos estar de frente.

—Ahora tengo muchas más preguntas.

—Puedes hacerlas, aunque, como te dije, no prometo responderlas todas. Al menos de momento.

—¿No puedes buscarte otro agente?

—Estoy en el mismo punto que tú. Hasta que se termine el contrato que tengo con ella y su agencia, no puedo.

—¿Cuándo se acaba?

—En agosto del año que viene.

—No es tanto.

—No lo es. —Aunque a mí me parezca una eternidad—. Tengo que comunicar que no quiero renovar con dos meses de antelación.

—¿Tienes claro que no quieres hacerlo?

—No.

—¿Por qué? Si es tu madre la que hace que no disfrutes al cien por cien de tu trabajo, no sé cuáles son las dudas.

—Es complicado. Y no, aún no puedo responderte a esa pregunta. —Ni siquiera soy capaz de respondérmela a mí misma.

—¿Se lo has dicho alguna vez a alguien, al menos?

—Con mis hermanos y Gala he hablado del tema. —«Aunque no les he contado todo lo que siento y el miedo que tengo a romper el contrato porque cuando lo haga se esfumará lo único que me une a mi madre».

—¿Por qué?

—Porque tengo miedo de que al decirlo ya no haya marcha atrás.

—Las palabras son solo palabras. No son más que lo que nosotros queramos interpretar.

—No siempre. Cuando dices algo, algo como eso, no hay vuelta atrás, Aiden. Todo el mundo descubrirá mi mayor miedo y es algo para lo que no estoy preparada. —Me aterra reconocer que siento que mi madre no me quiere nada más que por el beneficio que saca de mí. Sin la parte profesional, no hay ningún motivo para que quiera continuar en mi vida.

—¿Y no crees que, tal vez, ellos ya lo sepan?

—Puede ser, pero mientras yo no lo diga sigue siendo solo mío.

—Espero que, si alguna vez necesitas hablar de ello, gritarlo, sepas que estaré ahí para escucharlo.

Trago saliva y vuelvo a tumbarme con la vista hacia el cielo. Noto como su mano me aparta el pelo de la cara, a pesar de que no se ha movido de su sitio. Es su manera de acercarse a mí sin invadir demasiado mi espacio, de mostrarme su apoyo.

—¿Quieres que demos otro paseo? —me pregunta.

—Vamos.

Me levanto y alargo la mano para ofrecerle ayuda para levantarse, aunque no le haga falta. Es mi gesto para decirle que agradezco sus palabras y también que no debe tener miedo a

tocarme porque, sin darse cuenta, se ha hecho un hueco en mí y su presencia me calma. Es como un analgésico que me ayuda a canalizar parte de las cosas que me duelen. No me molesta que me toque ni que invada mi espacio. No sé cuándo ha pasado ni por qué me ocurre con él y no con las otras miles de personas que se han cruzado en mi vida. No sé cómo funcionan las conexiones, pero imagino que hay emociones que son difíciles de explicar. No nos soltamos hasta que estamos de nuevo en el coche.

Disfruto de la calma que siento durante el viaje de vuelta, por si mañana se esfuma.

20

AIDEN



No me puedo creer lo que está pasando. He girado la cabeza más de cincuenta veces para asegurarme de que esto es real. Que la que está a mi lado es Arizona, que nos están maquillando y peinando a los dos para hacer un anuncio juntos. Un anuncio para Nike.

—Necesito que estés quieto —me ruega la chica que se encarga de prepararme.

—Perdón, estoy nervioso.

—Ya veo, ya.

Cuando Arizona me habló del *casting*, no me imaginaba que sería para esto. De hecho, cuando llegué al lugar del *casting*, estuve dando vueltas diez minutos convencido de que me había equivocado. Por mucho que lo hiciera, todo indicaba que era allí. Ante la duda, escribí a Arizona por si estaba soñando o alucinando.

Aiden
Creo que me diste mal la dirección.

Arizona
Acabo de revisarla y está bien.

Aiden
Entonces, creo que se te olvidó darme
el dato más importante.

Arizona
Estoy segura de que te copié toda la información.

Aiden
Estoy seguro de que no dijiste
en ningún momento que era para Nike.

Arizona
Ahh, te refieres a eso.

Aiden
Sabía que tramabas algo.

Arizona
Jajajajaja.
Ya me darás las gracias después.

Aiden
No voy a entrar.

No tengo nada que hacer.

Arizona
Deja de comportarte como un niño pequeño y entra.

Aiden
Voy a hacer el ridículo.

Arizona
Te están esperando, Aiden,
no me dejes mal.

Aiden
¿Qué? ¿Cómo que me están esperando?

Arizona
¡¡Que entres!!

Aiden
Cero presión, eh.

La conversación me dejó con ganas de matarla, pero le hice caso y entré. Tenía razón en que me esperaban. Sin que me diera cuenta, estaba entre los tres seleccionados que mejor encajaban con el perfil que buscaban. Necesitaban ver unos últimos detalles y al día siguiente nos dirían cuál de los tres era el seleccionado al final.

No miento si digo que me sorprendió, y al mismo tiempo no, cuando me llamaron para confirmar que querían contar conmigo. Arizona me prometió cuando hablé con ella después que no había tenido nada que ver, aunque yo no las tenía todas conmigo. Estoy seguro de que su recomendación ayudó bastante.

Sea como sea, aquí estamos los dos, preparándonos para una sesión de fotos con Nike. Hoy tocan las fotos en interior y mañana serán las de exterior.

Estoy tan nervioso que no puedo parar de mover las piernas, las manos, todo. No me extraña que la maquilladora me llame la atención varias veces más. No solo es una campaña importantísima; además, es con Arizona. Trabajar con ella es un lujo, pero también conlleva muchísima presión. No quiero cagarla o que se arrepienta de recomendarme.

Parece que esté como pez en el agua, y yo que me hayan devuelto al mar después de mucho tiempo en una pecera.

—Voy a cambiarme, vuelvo enseguida.

Acaban de maquillarme y me llevan para que me cambie también. Están terminando cuando se asoma y nuestras miradas se cruzan; esta vez es ella la que sonríe sin parar.

—Aún quiero matarte —le digo.

—¿Por qué? —Se muerde el labio y a mí me dan ganas de mordérselo también. Está guapísima. No ayuda a que mis nervios disminuyan.

—Porque voy a hacer el ridículo, y todo será por tu culpa.

—No vas a hacer el ridículo. Confía en mí. Vamos. —Extiende la mano, se la cojo y me da un apretón fuerte en un intento de transmitirme seguridad. Tira de mí—. ¿Recuerdas lo que hiciste por mí en el videoclip? —Asiento con la cabeza—. Pues piensa en ello. Solo somos dos amigos a los que les hacen unas fotos. Nada más.

—Para Nike.

—Para Nike, sí.

Nos hemos quedado muy cerca. Nuestras respiraciones se tocan y, aunque debería ponerme más nervioso, el efecto es el contrario.

—Vamos.

—Vamos. —Parecemos dos tontos repitiendo las palabras del uno y el otro.

La sesión fluye de una manera espectacular y sin contratiempos. Trabajar con Arizona es de las cosas más fáciles que he hecho en mucho tiempo. Mucho más que actuar. Está tranquila y segura. Nunca la he visto así.

En las últimas fotos, estoy sentado en el suelo con Arizona encima de mí y me cuesta horrores controlarme. Cada rato que paso con ella, me cuesta más hacerlo. Con ese top de deporte, los pantalones grises de chándal y sus ojos fijos en los míos, me cuesta mucho no besarla. Intento controlar estos sentimientos, pero cada rato que paso con ella, me gusta más. Lo disfruto más. Cada vez que sonríe, que la noto relajada o que su mirada vuelve a tener luz, me dan ganas de abrazarla y no soltarla. Sé que la estoy cagando, que solo somos amigos y que eso es lo que quiero ser para ella, por encima de todo. Pero, en el fondo, me encantaría que Arizona tuviera las mismas ganas de besarme que tengo yo de besarla a ella.

21

ARIZONA



Tengo a Aiden muy cerca, tanto que nuestras respiraciones se acarician. Mis pulsaciones se aceleran. Hago un esfuerzo por no mirarle los labios, aunque mirarlo a los ojos tampoco hace que sea más fácil lo que empiezo a sentir. Su mirada me transmite tantas cosas que es difícil ignorarlas. Ahora mismo tengo ganas de alargar la mano y acariciarle la cara, el cuello, el pecho, notar sus músculos bajo mis palmas. Tengo ganas de besarlo como lo hicimos en el videoclip, pero esta vez por puro placer.

Alguien nos comunica que por hoy hemos acabado, pero nosotros no nos movemos de donde estamos. Como si no quisiéramos romper la magia que sentimos en este momento.

—Deberíamos movernos —dice en un tono muy bajo.

—Deberíamos.

Mueve sus manos solo unos centímetros y me acerca un poco más a él. Nuestras miradas siguen enredadas. Muevo las manos muy lentamente por sus brazos hasta que las apoyo en sus hombros. Noto como tiembla y cierra los ojos unos segundos.

La magia del momento se rompe cuando un estruendo nos sobresalta. A alguien del equipo se le ha caído algo que no consigo ver desde aquí. En parte lo agradezco. No quiero que los sentimientos que empiezan a nacer enturbien mi amistad con Aiden. Nos incorporamos y, sin decir nada, nos perdemos en nuestros camerinos.

Cuando salgo, me espera apoyado en la pared de enfrente del mío.

—¿Qué te parece si te invito a comer algo?

—Me parece muy buena idea.

El resto de día pasa sin contratiempos. Ambos hacemos como si la tensión que ha surgido en la sesión no existiera y actuamos como los amigos que somos. Comemos, reímos, lo llevo a una de mis cafeterías favoritas y nos damos un buen paseo de vuelta a casa. En su empeño, acaba acompañándome. Esa noche, me despierto de madrugada sobresaltada, y en esa ocasión no ha sido por una pesadilla, sino por lo que me han hecho sentir en sueños esos ojos azules-verdosos-grisáceos y sus manos al acariciarme.

22

ARIZONA

La agencia está a poco más de quince minutos andando de nuestra casa. He quedado allí con mi madre para hablar sobre el próximo viaje, así que aprovecho para poner música a un volumen indecente y darme un paseo. No me gusta demasiado el transporte público y pedir un coche para ese trayecto me parece hasta vergonzoso.

Llevo mucho tiempo sin pisar la agencia. Cuando era más pequeña, pasaba horas allí dentro, haciendo los deberes o leyendo en una sala de reuniones, sola, mientras mi madre trabajaba en su despacho unas puertas más allá. Conforme me hice mayor, dejé de pasar tanto tiempo allí y a mi madre no le importó. En todo caso, lo agradeció.

No me trae buenos recuerdos el lugar; no fueron mis mejores días ni mis mejores años. La agencia era la representación física del cambio que nunca pedí y que tampoco quise. Si no fuera por ella, no nos habríamos mudado. O quién sabe. Tengo la sensación de que mi madre lo habría intentado de la manera que fuera. Odiaba Wilmington y todo lo relacionado con la ciudad y con mi padre.

Abro la puerta y siento un escalofrío. La temperatura ha bajado varios grados de golpe. ¿Tienen el aire muy fuerte o es como me hace sentir este sitio? Saludo en recepción. Ya no están las mismas chicas que estaban hace unos años. No me extraña. Mi madre y su socio no son de los que mantienen demasiado tiempo en plantilla a nadie porque acaban encontrándoles pegas a todos.

Nina, la secretaria de mi madre, me indica dónde puedo esperarla. Es en esa misma sala donde tantas horas pasé. Una de las paredes tiene una ventana enorme por donde se puede ver la calle, aunque desde fuera no nos ven. Me quedo de pie mirando.

Desde el viaje a Londres, mi madre ha estado demasiado tranquila. No debería preocuparme, pero lo hago. Ella no deja nada al azar, todo lo controla al milímetro. Estoy esperando a que diga o haga cualquier cosa para recordarme que ella sigue teniendo el poder sobre mi vida y mi carrera. Aunque, dentro de mí, espero que esto sea un indicativo de que está cambiando y esta vez lo va a pasar de largo. Al menos estoy tranquila porque en la agencia no va a montar ningún espectáculo. Tampoco sé por qué ha querido reunirse conmigo aquí cuando vivimos en la misma casa.

Mi madre tarda más de quince minutos en aparecer.

—Disculpa, me han entretenido por teléfono.

—No pasa nada, mamá.

A pesar de lo imperturbable que es mi madre, noto una pequeña mueca de incomodidad

cuando digo «mamá». Hago como si no me diera cuenta, tal vez incluso lo haya imaginado. Con un gesto, me invita a que me siente enfrente de ella.

—Quería comentar unas cosas contigo sobre la campaña que tenemos programada la semana que viene.

—¿Ha pasado algo? —pregunto insegura. Mi voz siempre suena así cuando hablo con ella.

—No, todo está organizado, pero no podré acompañarte esta vez.

—¿Por qué? —No lo pregunto porque necesite que venga ni porque me dé pena. Lo hago porque es la primera vez que me deja ir a una campaña importante fuera de la ciudad sola. Nunca me ha dado opción.

—Han surgido otros compromisos en la agencia y tendré que acompañar en esas mismas fechas a otras chicas. Tú eres veterana, tienes bagaje y sabes desenvolverte sin problemas. Ellas están comenzando y hemos decidido que lo mejor es que las acompañe para ayudarlas. Espero que no te importe.

—No, claro, lo comprendo. —No quiero parecer demasiado ilusionada; sería capaz de cancelar los planes y venirse conmigo solo por no verme feliz.

—Perfecto. Tenemos que hablar de todos los detalles del viaje y de la campaña, entonces. Voy un momento a por la documentación y ahora vuelvo.

Sale de la sala antes de que pueda decirle que hemos hablado muchas veces de esto y que conozco todos los detalles. Vuelve poco después con una carpeta con los datos de los vuelos y la reserva de hotel, así como la planificación de los cinco días que estaré en Los Ángeles. La única información que no conocía es el horario de los vuelos.

—Nina hará el *check in* del vuelo.

—No hace falta, puedo hacerlo yo. —Tengo un plan. No estoy segura de que vaya a salir bien, pero para intentarlo necesito hacer los trámites en persona.

—¿Estás segura?

—Sí, claro. No hace falta que Nina esté pendiente.

—Perfecto, entonces. —Me da la carpeta con toda la información necesaria—. Yo volaré el día anterior, así que espero que estés segura de que puedes hacer esto sola, porque no podré ayudarte en nada.

—No te preocupes, mamá. —Otra vez esa expresión en su cara… Intento eliminarla de mi cabeza, como si no la hubiera visto—. Soy capaz de controlarlo todo.

—Eso espero. Es una campaña muy importante.

—Lo sé. ¿Algo más que necesite saber?

—No, eso es todo. Puedes marcharte si quieres.

—¿No vienes? Es tarde. —En el reloj del teléfono marcan las siete. Esperaba que nos volviéramos a casa juntas. Pero, como siempre, el verbo «esperar» es el único que tiene sentido en esa frase. Siempre espero y espero, y nunca ocurre.

—No, tengo aún trabajo pendiente.

Se levanta para salir de la sala y la sigo.

—Vale, ¿te espero para cenar?

—No hace falta.

—*Okey*.

Si nota la desilusión en mi voz, no lo parece. El teléfono suena, lo coge, se despide de mí con un gesto de la mano y se encierra en el despacho. Me quedo allí parada y miro hacia la puerta. Algún día aceptaré que con mi madre las cosas son así. Algún día dejará de dolerme que cierre la puerta como si fuera solo una clienta más de su agencia y no la hija que tuvo durante

nueve meses dentro de ella.

La ilusión que me ha provocado saber que esta vez podré viajar sin supervisión y que podré disfrutar de un viaje se esfuma rápido.

Me despido de Nina, que hace como si trabajara, pero intenta disimular que no se ha dado cuenta de que me he quedado como una tonta mirando la puerta. Salgo de nuevo a la calle.

El buen tiempo hace semanas que llegó, así que decido dar un paseo más largo hasta casa y cogerme un café frío para llevar. Me siento en un banco de Central Park con el sol de cara. Cierro los ojos. Hay pocas cosas que me gusten tanto como el sol.

Cojo el móvil. Sigo teniendo en mente un plan.

Arizona
No os lo vais a creer.

Gala
Seguro que sí.
Harper
¿El qué?

Tengo un grupo con Gala y mi hermana desde hace años. Solemos hablar sobre todo de tonterías o dramatizar por cosas sin importancia, pero a veces lo usamos para contarnos algo en grupo, si no queremos repetir la misma historia por separado.

Arizona
Mi madre no me va a acompañar
a la campaña de la semana que viene.

Harper
¿Se ha golpeado la cabeza?
Gala
¿La de Los Ángeles?

Arizona
Esa misma.
Y no, es que tiene que ir con otras chicas
de la agencia a otros compromisos.
Dice que soy capaz de ir sola.

Gala
Está bien que se haya dado cuenta de una vez.
Porque su necesidad de controlarte se le va de las manos…
Harper
¿Seguro que no es una broma?
Hoy no será el día de los inocentes, ¿no?

Arizona
Harper, no seas gafe, ¿quieres?
Estoy nerviosa…
E ilusionada.

Gala
Normal, pequeña, vas a poder disfrutar de verdad por una vez.

Por otra conversación…

Arizona
Lele…

Harper
Dime…
Ahora es cuando me confiesas
que es una broma todo.

Arizona
No lo es.
Quería proponerte algo.

Harper
Cuando Gala o tú decís eso tengo miedo.

Arizona
Pero si nunca te propongo nada.

Harper
Por eso mismo.
Cuando lo haces, no suele gustarme.

Arizona
En fin…
Ignoraré esto y seguiré con mi propuesta.
Como el plan era que viniera mi madre, se reservaron dos billetes.
Han intentado cancelar el de mi madre, pero es imposible.
Lo que sí se puede hacer es cambiar el nombre
y que otra persona venga conmigo.
He pensado que quizá te apetezca venirte…

Harper
Joder…
Me sabe fatal, pero no puedo ir.
He cogido todas las vacaciones en agosto
para estar con Jay y contigo.
Y estoy sola estas semanas, porque mi compañero se pidió julio.
Encima, la semana que viene tenemos la firma de un autor importante.

Arizona
Lloro.
¿No puedes pedirle a tu compi que te haga esos días?

Harper
Ni de coña le pido nada a Liam.
Lo siento, Cece, de verdad
Me encantaría irme contigo, lo sabes,
pero es imposible.

Arizona
Lo sé…
No pasa nada.

Harper
Puedes pedírselo a otra persona.

Arizona
Gala está en España y a tope con la academia,

y Jay es imposible que tenga libres esas fechas.

Harper
Se lo puedes pedir a Aiden…

Arizona
¿Qué?

Harper
No te hagas la tonta, hermanita.

Arizona
No te habrás golpeado tú la cabeza, ¿no?

Harper
No, sé perfectamente lo que digo.
Estoy segura de que te dirá que sí.

¿Invitar a Aiden? No sé si es buena idea, aunque no voy a engañarme y decir que no se me ha pasado por la cabeza la posibilidad si Harper decía que no. Solo hay que cambiar el nombre del billete y de eso me encargo yo. La estancia ya está pagada. No tienen por qué enterarse de nada.

Arizona
Quizá se lo proponga.

Harper
Hazlo.

Arizona
Me da un poco de vergüenza.

Harper
¿Por qué?

Arizona
Sabes que me cuesta relacionarme con otras personas.
Aún me cuesta aceptar que tengo un amigo más allá de vosotros.

Harper
Con más motivo vas a escribirle entonces.
Necesitas salir de esa burbuja en la que te ha metido Sharon.

Arizona
Tengo miedo de que explote,
no sepa respirar fuera de ella y me ahogue.

Harper
A veces, que explote a la fuerza es la única manera
de obligarnos a aprender a respirar sin ella.
Salir de nuestra zona de confort es difícil,
pero es la única manera de que las cosas cambien.

Arizona
No sé si estoy preparada.

Harper
Nunca se está, Ce, pero es la única manera de aprender.

Cierro de nuevo los ojos. He cruzado las piernas encima del banco mientras hablaba con ellas. No sé si hay otra forma de reventar una burbuja. Espero que sí, porque no estoy nada preparada para la manera tradicional. Pincharla me da tanto vértigo que tengo ganas de vomitar.

Alargo el café todo lo que puedo, hasta que el cielo empieza a oscurecerse y el sol ya no se ve. Vuelvo a casa pensando en lo que me ha dicho mi hermana. En cada una de las palabras. Sobre todo, en proponerle a Aiden que se venga conmigo. No sé si es una locura. Tendríamos que convivir una semana. Tampoco quiero ponerlo en un compromiso, que sienta que no puede decir que no porque le sabe mal que vaya sola. Quizás no puede, seguro que tiene trabajo. Por mucho que lo piense, si no le pregunto, no lo voy a descubrir y voy a seguir dándole vueltas sin llegar a nada.

Arizona
Oye, ¿haces algo la semana que viene?

Aiden
¿La semana que viene?
No, ¿por?

Arizona
¿Te gustaría hacer un viaje a Los Ángeles?

Aiden
¿Qué me estás proponiendo?

No es raro que nos propongamos planes. Lo hacemos continuamente y buscamos todos los huecos posibles para pasar tiempo juntos. Pero ¿un viaje? Eso nunca lo hemos hecho. Tal vez no tengamos la suficiente confianza para ello.

Arizona
Pues… la semana que viene tengo una campaña allí.
Mi madre, por primera vez, no va a venir conmigo,
su billete no se puede cancelar,
pero sí cambiarlo de nombre.
Había pensado que a lo mejor te apetecía hacer un viaje.

Aiden
Por supuesto que me apetece.

Arizona
¿De verdad?

Aiden
¿Tú, yo y un viaje a Los Ángeles?

Madre mía, ¿dónde me estoy metiendo?

Arizona
Eso suena raro.

Aiden
Jajajajajaja, todo lo raro que lo quieras interpretar.
¿Cuándo nos vamos?

Arizona
Salimos el domingo por la mañana.

Aiden
¿Este domingo?

Arizona

Sí…
Si no puedes, no pasa nada, eh.

Aiden
Jajajajaja, no te vas a librar de mí tan fácilmente.
Puedo sin problemas. Es solo que eso es ya.

Arizona
Yes, es en cuatro días.
¿Has estado en Los Ángeles?

Aiden
Fui de pequeño de vacaciones, pero no recuerdo mucho.

Arizona
Mejor, así podemos descubrirla juntos.

Aiden
¿No has estado?

Arizona
Solo por trabajo.

Aiden
¿Y nunca la has visto?

Arizona
Muy poco.
Con mi madre es complicado visitar las ciudades.

Aiden
Entiendo.
Entonces, tendremos que hacernos una lista de las cosas que queremos ver.

Arizona
Hay que organizarlo de manera que
no se solape con el trabajo.

Aiden
Hecho.
¿Me dejas organizarlo, entonces?

Arizona
Jajajajaja, venga.

En otra conversación…

Arizona
Aiden ha dicho que sí.

Harper
¡¡Lo sabía!!

Arizona
Tú siempre lo sabes todo…

Harper
En estas cosas, nunca me equivoco.

Conversar con ellos hace más ameno el hecho de llegar a casa y encontrarla vacía. Ceno sola en el sofá. Ya que no está mi madre, aprovecho. No llega hasta la una. Estoy metida en la cama desde hace un rato, leyendo para ver si me entra el sueño pronto. El sonido de sus tacones se va apagando hasta que la casa se queda en silencio. Suspiro. En lugar de silencio, parece que

algo retumba en mi cabeza.

No consigo dormirme hasta bien entrada la madrugada.

La caja de recuerdos de



Cuando el curso terminaba, pasaba el mes de julio en la agencia, encerrada en una sala de reuniones. El único motivo por el que me llevaba era porque no quería dejarme sola en casa; era todavía pequeña y se negaba a contratar a ninguna niñera después de Gala. No quería que me encariñara. Así que su única opción era tenerme allí, a pesar de que se quejaba de que la molestaba y la interrumpía todo el rato. No era así; apenas me acercaba a ella mientras trabajaba, solo cuando estaba cansada y necesitaba irme a casa o salir de allí. De todos modos, hiciera lo que hiciera, a ella siempre la molestaba de alguna manera.

Era verano y hacía calor. Quería estar en la playa con Harper y Jay, que nos bañáramos hasta que el sol se escondiera que tomáramos limonada de Kaylee y que viéramos las estrellas tumbados en el colchón viejo de Jay.

Salí al pasillo y me acerqué a Nina, la secretaria de mamá. Ella me miró.

—¿Ha terminado mi madre?

—No, lo siento, sigue reunida.

—Me aburro.

—Lo siento, Ari. En cuanto salga de la reunión le digo que vaya a verte, ¿vale?

—Vale. ¿Me puedes dar la *tablet*?

La sacó de algún cajón de su escritorio y me la dio. Volví a la sala y me puse otra vez la película *Monstruos S. A*. Después, vi otra película. Ya no me aburría, pero estaba cansada de estar encerrada. Quería estirar las piernas y que el sol me diera en la cara.

Estaba acabando la tercera película cuando mi madre entró en la sala.

—Nos vamos.

Cuando salimos, el sol ya se había escondido en el horizonte. Mi madre levantó la mano para parar un taxi.

—¿No podemos ir andando? —le pregunté.

—Es tarde y estoy cansada.

—Por favor, son solo quince minutos y hemos estado encerradas todo el día.

—No, súbete.

Le hice caso; no quería discutir. O hacía lo que ella quería o acabaríamos discutiendo y lo odiaba. Después, me pasaba días triste, con ganas de llorar y sintiéndome una hija horrible.

El día siguiente fue igual.

Y el siguiente.

Y todo julio fue así.
Y también el julio del año siguiente.
Y el siguiente.

23

AIDEN



—Tiene que ser una equivocación —vuelve a repetir Arizona.

Lleva un buen rato discutiendo con la recepcionista. Parece ser que, de las dos habitaciones que tenían reservadas, al final una sí la cancelaron y no la informaron. Le he dicho dos veces que no me importa pagar por una habitación y ella solo me ha mirado mal. Por eso me he sentado en uno de los sofás del *hall* a esperar a que solucione el problema.

—Lo siento, señorita Cooper, pero, por mucho que lo reviso, me sale lo mismo. La otra reserva ha sido cancelada.

—¿Y hay alguna manera de recuperar esa reserva?

—No, lo siento, de verdad.

Ha cerrado los ojos y tiene las manos en las sienes. Se las masajea e intenta pensar. Me aguanto la risa porque sé que, para ella, no tiene gracia esta situación. Me acerco y le doy un apretón en el hombro.

—Ari, no pasa nada. Podemos pedir otra habitación y ya está. —La cara de angustia de la recepcionista me hace dudar de mi afirmación—. ¿Sería posible?

—De verdad que lo siento muchísimo, pero en este momento tenemos el hotel completo. Hasta dentro de unos días no queda libre ninguna habitación que os pueda asignar.

La tensión en el cuerpo de Arizona es palpable. La recepcionista la mira con respeto, como si pensara que va a saltar por encima del mostrador y arañarle la cara. Parece enfadada, pero en realidad solo está frustrada. Lleva tensa desde que hemos llegado al aeropuerto. Le he preguntado varias veces si estaba segura de que hiciéramos este viaje juntos y ha respondido con rotundos síes. Aun así, me ha pedido que entráramos en el hotel separados, por si acaso había prensa en la puerta o escondida; dicen que Los Ángeles es la ciudad donde hay más *paparazzi* de todo el país. No quiere que le lleguen a su madre imágenes de nosotros ni que salgan en ningún medio. Nadie, a excepción de Harper, sabe que está conmigo.

—¿Cómo de horrible es que tengamos que compartir habitación? —me pregunta.

—A mí me da igual tener que compartir, pero no quiero que te sientas incómoda. Por eso no lo he propuesto antes.

—No voy a sentirme incómoda. No suelo compartir habitación porque siempre viajo con mi madre, y menos mal que no quiere hacerlo; me volvería loca definitivamente. Me estoy yendo de la conversación… Es que no veo otra opción. Ha sido mi culpa no confirmarlo antes; di por hecho que tampoco se podía cancelar.

—No pasa nada, Ari. Compartimos habitación y ya está.

—Entonces, ¿os hago el *check in*? —Arizona me mira en busca de confirmación. Hago un leve asentimiento y aprieto de nuevo su hombro.

—Sí, por favor —le responde.

—Perfecto, tardo solo unos minutos. Necesitaré vuestros carnets de conducir. ¿Uso la tarjeta que viene en la reserva?

—Sí, se cargará todo en esa.

—Perfecto.

Poco más de quince minutos después, estamos en la habitación. Todo es enorme. La cama, la ducha, el armario, las ventanas. Todo. Tiene hasta comedor; nunca había estado en una habitación con comedor.

—Es una *suite*.

—Sí, ¿por?

—Nada. Es solo que esperaba una habitación normalita.

—Mi madre nunca hace reservas «normalitas».

Se encoge de hombros y arrastra su maleta hasta la habitación. Una maleta que también es enorme. Cuando la he visto aparecer con ella, no he podido evitar hacer un chiste al respecto. Me ha sacado el dedo corazón y ha seguido andando.

—¿Te vas a pasar toda la noche ahí parado? —Sigo en la entrada, mirando como un pasmarote.

—No estoy seguro.

—Dormir de pie no parece cómodo —se burla de mí. Le sacó la lengua y me dirijo al dormitorio, donde dejo las cosas.

Encuentro a Arizona apoyada en la barandilla de la terraza, lo único pequeño de la habitación, que mira a la ciudad. Me apoyo a su lado y la miro a ella.

—¿Pedimos algo de cenar al servicio de habitaciones? Se me han quitado las ganas de bajar y mañana tengo que madrugar para estar pronto en el lugar de la sesión —me dice sin retirar la vista de la ciudad.

—Además, han dicho que nos invitaban, ¿no?

—Cierto. Vamos a pedir todo lo que haya en la carta.

Me río. En parte sé que lo dice por decir. Mañana tiene sesión y debe cuidarse los días anteriores. Lo ha comentado alguna vez, aunque muy de pasada. Se nota que hay temas de los que prefiere no hablar. No parece tener ningún problema con la alimentación o, a simple vista, no me ha dado esa sensación, pero no sé si ha pasado algo antes. Sé que el mundo de la moda, en muchas ocasiones, es cruel con el aspecto físico. La belleza y el peso tienen gran relevancia. Cuando te has establecido dentro de unos cánones, cuesta salir de ellos. También pasa con la imagen pública que tengas: no todas las marcas quieren trabajar con un modelo, depende del perfil que muestres. Y, cuanto más los encasillan, más les cuesta salir de esa imagen.

—Odio que me miren comer —dice con el tenedor a medio camino y su mirada fija en la mía. No me he dado cuenta de que estaba haciéndolo—. ¿Tengo algo entre los dientes?

Niego con la cabeza.

—Pensaba en el mundo de la moda y en su canon de belleza. En el peso y todas esas cosas.

—Yo pienso en ello a menudo y siempre llego a la misma conclusión: hay mucho prejuicio y queda mucho trabajo por delante.

—¿A qué te refieres?

—Bueno, hasta hace poco, para mí esas exigencias eran normales, ¿sabes? Siempre ha sido así. Mi contrato incluye una cláusula sobre el peso y estaba convencida de que era una condición

de este trabajo. Y que aceptar esas condiciones era mi decisión. Yo siempre las había aceptado, pero llegó un momento en que mi relación con la comida empezó a ser mala. Me daba miedo comer cualquier cosa de más o algo fuera de la dieta que me marcaban. Llegué a ver como enemigos a ciertos alimentos y empezaron a encenderse alarmas en mi cabeza. Pedí ayuda y empecé a ir al psicólogo. Me di cuenta de que, en realidad, aceptaba eso porque mi madre y también la industria me habían hecho creer que era lo normal y lo necesario para ser modelo, pero no es así. Aceptamos muchas cosas por rutina o porque socialmente se consideran las correctas, pero ¿qué hay del daño que pueden hacerte?

—Ojalá todo el mundo llegara a esa reflexión.

—Ojalá, pero es complicado. Muchas agencias siguen exigiendo ciertos estándares, las marcas, las pasarelas, y creo que también la sociedad. Es difícil cambiar algo que lleva tanto tiempo siendo así. Algunas modelos han empezado a establecer límites que no quieren rebasar, yo lo intento.

—Pero tú sigues cuidando lo que comes, ¿no?

—Sí, es una exigencia de la agencia, pero ahora no tengo aversión hacia ciertos alimentos ni me siento culpable si un día como algo que «no debo».

—¿Una exigencia de la agencia o de tu madre?

—Ambas son lo mismo.

—No lo son.

—Sí lo son, ese es el problema. —Le cambia la expresión. Aparta la ensalada que estaba comiendo.

No es la primera vez que le ocurre. Cuando sale su nombre en la conversación, su gesto e incluso su postura cambian. Sus ojos se llenan de tristeza y angustia; hasta su respiración se altera. Y, si pudiera medirle las pulsaciones, estarían alteradas. Suelo aguantarme las ganas de preguntarle. Me da miedo que se cierre en banda y se aleje, pero también me preocupa lo que pueda contarme. A veces es mejor no abrir ciertas heridas, y la relación con su madre parece una muy grande.

—No sé si puedo seguir preguntando —confieso.

24

ARIZONA

—Puedes preguntar lo que quieras.

—¿Qué relación tienes con tu madre?

Cierro los ojos ante el impacto de la pregunta. Le he dado permiso, esperaba una pregunta similar y, aun así, sigue siendo un gran golpe. Llegados a este punto, no quiero seguir ignorando el tema. Quiero confiar en él, pero no sé por dónde empezar; hasta a mí me cuesta entenderla. Y eso es lo peor de todo, que no soy capaz de comprender por qué nuestra relación es así, si he hecho algo mal, si no merezco que me quiera.

—No sé definir bien qué relación tenemos. En general, somos Arizona y su agente, pero a diferencia de otras modelos también es mi madre y eso lo complica todo.

—¿Por qué?

—Porque no actúa como una madre, solo como agente. No se preocupa por cómo estoy, no me pregunta qué hago por ahí cuando no estoy en casa ni me llama cuando paso una semana entera en Wilmington.

—¿En serio?

—Y tan en serio. Solo cuando discutimos, y no todas las veces, siento que es mi madre la que habla. Pero en el resto…

—Entiendo.

—¿De verdad?

—Sí, más o menos. Me cuesta entender ese tipo de relación, pero porque no estoy acostumbrado a verla. La mía con mi madre es muy distinta y en general las que conozco. —Aiden bebe de su bebida sin apartar su mirada de la mía—. Entonces, ¿por qué no te buscas otro agente? Pareces muy infeliz con ella a tu lado. Quizá eso ayude a que vuestra relación sea de madre e hija. Es complicado mezclar trabajo y familia; no suele salir bien.

Es una pregunta que me han hecho infinidad de veces. Yo también me la hago continuamente. Una y otra y otra vez, como un círculo vicioso del que no sé salir y en el que acabo en el mismo punto en cada ocasión. Si termino ese contrato, habrá otras cosas que se romperán y no estoy preparada para soltar ese último gramo de esperanza que me queda.

—Antes de final de año tomaré una decisión.

—Creo que lo tienes claro, pero por algún motivo no te atreves a dar el paso.

Odio que me conozca tanto en tan poco tiempo. Y, a la vez, tengo ganas de darle las gracias porque ha sido capaz de entenderme desde que nos conocimos. Con Aiden a mi lado, cada día estoy más convencida de que no tengo nada malo, sino que el resto de la gente no ha sabido ver

más allá y no han querido quedarse.

—Puede que tengas razón. Aun así, quiero pensar bien las cosas y tener una estrategia clara. Si decidiera no renovar, tendría que encontrar una agencia nueva que quiera representarme antes de que acabe el contrato.

—Estoy seguro de que se pegarán por ti.

—Tienes demasiada fe en mí.

—No lo creo. Solo hace falta ver tu carrera para darse cuenta.

—Puede ser, no lo sé. Valoraré todo bien y tomaré una decisión.

—Espero que, en esa lista de pros y contras, incluyas que la vida que llevas ahora no te hace feliz.

—Eres demasiado observador, ¿lo sabías?

—Sí. Es un defecto y una virtud; depende del caso y el momento.

—No creo que sea un defecto.

—En alguna ocasión, ha sido una mierda.

—¿Por ejemplo?

—Como cuando empecé a sospechar que mi novia me ponía los cuernos. Me rayé un montón porque hacía muchas cosas raras y no me encajaban la mitad de las historias que me contaba. Y, bueno, resultó que era verdad. Llevaba tres meses jugando conmigo y con otro tío.

—Ostras… ¿Y qué hiciste?

—La dejé y ya está. Nunca he vuelto a saber nada de ella.

—¿Has tenido muchas novias?

—Solo dos. ¿Y tú?

—No he tenido nunca novio. Tampoco creo que hubiera funcionado.

—¿Por qué?

—¿De verdad necesitas que te responda?

—Tu madre, entiendo. —Asiento con la cabeza—. ¿Puedo hacerte una pregunta un poco más íntima?

—Sí, aunque estoy segura de que puedo adivinarla

—A ver… ¿Cuál?

—Si soy virgen.

—Al final tú también vas a ser observadora.

—No tanto como tú. Y esa era bastante obvia. —Me levanto de la silla; no voy a comer más y el sofá parece mucho más cómodo—. Para saciar tu curiosidad: no soy virgen, he estado con varios chicos.

Él también se levanta de la silla y se sienta en el sofá, en el lado contrario, de manera que nuestras caras quedan de frente.

—¿Y por qué sexo sí, pero una relación no?

—El sexo es sexo. No necesito intimidad para tenerlo. Puedo acostarme con alguien que me atraiga si me apetece, pero para tener una relación hay que construir un vínculo. Es algo totalmente diferente. Con el control que mi madre ejerce sobre mí, sería muy difícil que surgiera ese vínculo. No me da tiempo a conocer a nadie porque no puedo pasar tiempo con esa persona.

—Conmigo pasas mucho tiempo.

—Eres el único con quien paso tiempo, en realidad.

—¿Por qué?

—Porque nadie se ha quedado el tiempo suficiente como para conocerme o para que yo lo conozca. Nadie quiere quedarse a conocer a alguien como yo, Aiden. Ni siquiera sé por qué

sigues aquí y no has salido corriendo.

Se mueve, se coloca de rodillas enfrente de mí y me agarra las manos

—Ari, me quedo porque quiero.

—Eso es lo que me sorprende.

—No lo entiendes. Me quedo porque quiero saber más de ti, conocerte, descubrir qué esconde ese muro que le haces creer al mundo que es indestructible. Porque eres divertida, se puede hablar contigo de cualquier cosa y porque a tu lado me siento a gusto. No quiero que vuelvas a pensar eso nunca más, por favor.

—Me cuesta no hacerme esa pregunta todo el rato.

—Pues deja de hacerlo. Si alguien no quiere quedarse, es su problema, no el tuyo. Quizá los que no son suficiente son ellos. Sé que piensas que no eres suficiente como para que pierdan el tiempo en conocerte. Y no es así. Lo eres y pienso demostrártelo hasta que se te meta en esta cabecita.

Golpea con el dedo mi sien y me saca una sonrisa. Por una vez, sigo un impulso y me lanzo a abrazarlo. Con él sentado en el suelo y yo en el sofá, la postura es tan rara que acabo cayéndome encima de él. Me aprieta más y me siento en sus piernas.

—¿Quieres que veamos algo o prefieres que nos vayamos a dormir? —me pregunta sin soltarme.

—Estoy cansada y mañana madrugo.

—Entonces, a dormir.

Nos levantamos del suelo, me dirijo al baño para lavarme los dientes y ponerme el pijama. Cuando salgo, Aiden está tumbado en el sofá tapado con una sábana que no sé de dónde ha sacado.

—¿Qué haces? —Me apoyo en el respaldo del sofá.

—Prepararme para dormir.

—No vas a dormir en el sofá.

—Claro que sí.

—Aiden, la cama es bastante grande para que durmamos juntos, no vas a dormir aquí incómodo.

—El que no quiere que duermas incómoda soy yo.

—No te lo ofrecería si no quisiera, ¿o no me conoces?

—Vale, pero si te molesta en algún momento, me avisas.

—Tranquilo.

Sé que eso no va a pasar. Solo pensar que vamos a dormir juntos me da una tranquilidad que hace mucho que no tengo.

Aiden se tumba en el lado derecho. Apago la luz y me tumbo mirando hacia él con el espacio suficiente para que no nos toquemos.

—¿Sabes de qué me estoy acordando? —me pregunta.

—¿De qué?

—De la primera noche que dormiste en casa. Tuvimos también una discusión por si dormías en el sofá o no. Te negaste a dormir en mi cama.

—Acabábamos de conocernos, no iba a echarte de tu habitación.

—No me hubiera importado.

—Ese día me salvaste de ahogarme en mis pensamientos.

—Al día siguiente, cuando te vi marchar en el Uber, estuve a punto de salir detrás de ti y pedirte que te quedaras. Parecías muy triste cuando te despediste.

—Mi madre me acababa de decir que se marchaba a un balneario y que no quería que fuera porque la molestaba. Estaba dolida.

—Siempre es así con ella, ¿verdad? —Asiento—. Que sepas que a mí no me molestas nunca.

—Tú a mí tampoco.

No decimos nada más, solo nos miramos en la penumbra de la habitación. Aiden se queda dormido antes que yo. Me acerco, le susurro un «gracias» y le doy un beso en la frente. Me quedo dormida poco después.

25

ARIZONA

Aiden
Te espero fuera.

Después de tres días sin parar de trabajar, soy libre. Hemos terminado antes del tiempo previsto y eso me da casi dos días enteros para disfrutar de la ciudad. Salvo una reunión que tengo el viernes, no me queda ningún compromiso. Salgo a buscar a Aiden, cansada pero contenta por el buen trabajo, porque podré pasar tiempo con él y por tener la oportunidad de ver Los Ángeles como una turista. Lleva muy misterioso desde anoche y no ha parado de mensajearme para preguntarme cuándo acababa.

Lo encuentro apoyado en un coche 4x4. No estoy segura de si viene en él o se ha apoyado ahí porque estaba enfrente de la puerta por la que salgo. Ha venido todos los días a recogerme caminando.

El martes estuvo un rato en la sesión para observar cómo trabajaba. Al principio, verlo al otro lado me dio vergüenza, y eso que hemos trabajado juntos, pero ambos estábamos delante de la cámara. Solo vino por curiosidad. Observó a lo lejos y, por la noche, me dijo que era una maravilla verme trabajar con esa soltura, que estaba claro que ese trabajo estaba hecho para mí. Estoy tan acostumbrada a la presencia y a las palabras de mi madre que fue raro escuchar algo que no sean defectos.

No creo que Aiden en ese momento supiera el efecto que tuvieron sus palabras en mí, pero fueron como una especie de luz brillante directa a mi corazón, que se quedó ahí para recordarme que las cosas muchas veces dependen de los ojos con los que te miran. Las palabras de mi madre no me definen, del mismo modo que no lo hacen las de Aiden. La diferencia está en que las primeras destruyen y las segundas me calientan por dentro. Y, aunque en esta vida hay que aceptar que no hacemos todo bien, también hay que entender que, cuando para alguien nada es suficiente, tal vez sea un reflejo de ellos y no de ti.

—¿Qué estás tramando? —le pregunto.

Le doy un beso en la mejilla. Desde la conversación del domingo, he dejado de medir cada uno de mis gestos y acciones, y he empezado a hacer las cosas como las siento. Ya no me pongo nerviosa pensando en cómo actuar cuando me encuentro con él.

—Nada que no te vaya a encantar.

Abre la puerta del copiloto y confirma mis sospechas. Ha venido en ese coche.

—¿Has alquilado un coche?

—Afirmativo.

—¿Para qué lo necesitamos? —Se le ensancha la sonrisa cuando pronuncio ese «necesitamos» en plural.

—Tenemos casi dos días para visitar la ciudad, así que me ha parecido buena idea. Además, quiero llevarte a un sitio.

—¿A dónde?

—Ahora lo verás.

—¿Ahora?

—Si no estás cansada…

—No, no. O sea, estoy cansada, pero quiero ir a donde vayas a llevarme. Para una vez que puedo disfrutar de Los Ángeles, habrá que aprovechar, ¿no?

—Entonces, adelante, señorita. —Señala el interior del coche para que entre.

—¿Vas a ser mi chófer?

—Puedo serlo si quieres.

—Me gusta más la idea de que solo seamos nosotros. Arizona y Aiden, dos amigos que van a disfrutar de una ciudad que ninguno conoce.

—A mí también me gusta más esa idea.

Comenzamos el camino y no hago preguntas. Por una vez, no me importa saberlo. Lo único que quiero es sentir esa libertad de poder hacer lo que quiera.

A mitad de camino, bajo la ventanilla y él me imita. Son casi las ocho de la tarde, aún es de día y la temperatura sigue siendo alta. La humedad no ayuda a que la sensación de calor disminuya y, aun así, no tengo calor. Aiden conduce por una carretera muy cerca del mar y la brisa se cuela por la ventana y me revuelve el pelo. Saco la mano por la ventanilla en un gesto que he visto millones de veces, pero que nunca me he atrevido a hacer. Cierro los ojos y sonrío como una idiota. Vuelvo a abrirlos cuando siento la mirada de Aiden. Sus ojos desprenden algo nuevo, algo que no he visto antes, una especie de brillo al mirarme. Me sonríe y devuelve la mirada a la carretera.

Sigue conduciendo un rato más hasta que llegamos a un desvío y empieza a reducir la velocidad hasta que para del todo el coche. No tengo ni idea de dónde estamos, pero me bajo. Me asomo al acantilado en el que ha parado. No es muy alto, pero las vistas son increíbles. Una playa casi desierta nos espera abajo. Sin preguntar me dirijo a unas escaleras por las que se puede bajar y Aiden me sigue. Me quito las sandalias al llegar al final del camino y salgo corriendo hacia el agua para mojarme los pies. Bañarme en el mar es algo que hago solo cuando paso unas semanas con mi familia en Wilmington. Ni cuando hemos ido de viaje por trabajo a lugares con playas preciosas he tenido tiempo para bañarme y disfrutar del vaivén de las olas. Mi madre se ocupa de llenarme tanto la agenda que no consigo sacar un hueco para hacerlo.

—¿Crees que es inapropiado que me bañe en ropa interior? —le pregunto a Aiden, que sé que está cerca de mí. Noto su presencia.

—No lo es. De todos modos, te he traído un bikini.

—¿En serio?

—He preparado todo lo necesario para venir, también un bikini para ti y un bañador para mí. —Señala una bolsa que lleva colgada del hombro y que no he visto cuando me he montado en el coche.

—¿Has rebuscado entre mis cosas como un pervertido?

—No me escondo, lo he hecho. Aunque sin un ápice de perversión. —Apoya la bolsa en el suelo y extiende una toalla enorme y nuestra ropa de baño.

—¿Has ido de compras también?

—No me parecía oportuno robar las toallas del hotel, así que mientras lo organizaba y esperaba a que salieras he aprovechado el tiempo.

Como llevo vestido, no me cuesta mucho cambiarme sin hacer malabares. Aiden lo hace rodeado con otra toalla. Estamos prácticamente solos, pero no queremos incomodar a nadie y no tenemos todavía el nivel de intimidad como para desnudarnos delante del otro, a pesar de que cada día que pasamos juntos me siento más cerca de él. Hemos dejado de ser tan comedidos y ambos buscamos el contacto, a veces de forma inconsciente. Nos acurrucamos en el sofá por las noches mientras vemos una película hasta que el cansancio nos puede y nos vamos a la cama. Dormimos cada uno en nuestro lado, sin apenas rozarnos, pero, si lo hiciéramos, no creo que ninguno se sintiera incómodo. Si no lo abrazo para dormir es porque me parece demasiado íntimo y porque hace calor.

Con una mirada de complicidad corremos hacia el agua y nos zambullimos. No salgo hasta que tenemos los dedos arrugados y empiezo a tiritar. El sol cada vez está más bajo y empieza a hacerse de noche. Me enrollo en una toalla y me siento en la arena. Aiden hace lo mismo poco después y se deja caer a mi lado. El sol se esconde a su ritmo, despacio, y nosotros no pronunciamos palabra. Apoyo la cabeza en su hombro; él alarga el brazo y me rodea.

—¿Cómo has descubierto este lugar? —le pregunto.

—He pedido ayuda a un amigo.

—Pues dale las gracias. Es increíble.

—¿Mi amigo o el sitio? —Lo golpeo con el codo sin que nos soltemos ni nos alejemos. Él suelta una carcajada.

—El sitio, tonto.

—Lo es. —Nos quedamos un rato más en silencio, hasta que el sol desaparece. Parece como si el tiempo funcionara de manera diferente en este lugar—. ¿Vamos a por unas hamburguesas gigantes y muchas patatas?

—Y aritos de cebolla.

Llegamos al hotel y esparcimos la comida por la mesita baja que hay enfrente del sofá. Seguimos con la sal en la piel y yo tengo el pelo húmedo todavía, pero no nos importa. Nos hemos cambiado la ropa mojada antes de subirnos al coche, por lo que al menos estamos secos.

Aiden va un momento al baño y, cuando vuelve, ve lo que he dejado en la tele. Cuando la he encendido acababa de empezar *El diario de Noah.* No es mi película favorita basada en un libro de Sparks, pero me hace sentir muchísimas emociones.

—¿No hay nada más?

—No he mirado. ¿No te gusta?

—Sí, solo que es triste.

—O sea que has visto *El diario de Noah*.

—Gala fue muy insistente en que lo hiciera.

—Es una de sus películas favoritas.

—Lo sé, no sabes la murga que me dio. Se puso tan pesada que claudiqué. Cuando la acabé, le escribí para darle mi opinión.

—¿Y cuál fue?

—Que es preciosa, pero nunca en mi vida quiero vivir un amor así.

—¿Por qué?

—Siento que la vida es mucho más fácil que eso. No podría esperar a que el amor de mi vida volviera. La vida sigue y creo que puedes querer mucho a una persona, pero el tiempo pasa

y uno no puede quedarse estancado en lo que fue. Los sentimientos cambian.

—Gala y Hugo sí supieron quererse toda la vida, y de muchas maneras.

—Sí, pero, como tú has dicho, de muchas maneras. ¿Crees que ahora se quieren como se quisieron hace años? Lo dudo.

—No creo, pero eso no significa que no hayan sabido enamorarse en cada etapa.

—No digo que no pueda ocurrir, pero yo el amor lo veo de otra manera. Quizá un día me tenga que comer todas mis palabras y me enamore tanto que esperaría por esa persona todo el tiempo del mundo.

—¿Te has enamorado alguna vez? —le pregunto. Sé que ha tenido dos parejas, pero nada más. Por un breve instante, me arrepiento de la pregunta. Tengo el hábito tan interiorizado que me cuesta unos segundos darme cuenta de que es Aiden y que tenemos confianza.

—Sí.

—¿Y ya no?

—No, hace tiempo que acabó esa relación.

—¿Qué pasó?

—Dejamos de querernos como al principio, sobre todo ella a mí. Al mudarme a Nueva York, nos distanciamos y la relación se enfrió.

—¿Y te arrepientes de haberte mudado?

—No, lo más probable es que hubiera pasado igual, antes o después.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque, cuando quieres lo suficiente a alguien, la distancia, más la nuestra, que no era demasiada, no importa.

—Y, si no os queríais lo suficiente como para superar eso, ¿cómo sabes que estuviste enamorado?

—Es difícil poner palabras a ciertos sentimientos. Solo pueden vivirse y sentirse. Sé que lo estuve por cómo la quise, por el vínculo que sentía con ella cuando estábamos juntos y cuando no, también. A veces incluso puedes enamorarte de alguien y no estar nunca con esa persona. —Aiden le da un último bocado a su hamburguesa antes de continuar—. ¿Y tú nunca te has enamorado?

—No, qué va. Ya te comenté que nunca he tenido una relación.

—No necesitas tener una relación para enamorarte de alguien.

—Aun así, nunca me he enamorado, no he tenido ese tipo de conexión que tú dices.

Me mira de una manera tan intensa que aparto la vista hacia la comida y cojo una patata para disimular lo que me hace sentir.

—¿Por qué me da la sensación de que esta conversación te pone triste, como si te hubieran roto el corazón alguna vez? —me dice.

—Porque es así como me siento. No existe solo el amor romántico, hay muchos tipos de amor y en todos pueden romperte el corazón.

—Hablas de tu madre, ¿verdad? —Asiento, no soy capaz de decirlo con palabras—. Ojalá no fuera así. Ojalá nunca tuvieran que rompernos el corazón.

—Ojalá —lo digo en un tono muy bajito. La conversación se está poniendo demasiado intensa y necesito hablar de otra cosa—. ¿Qué te apetece ver?

Es una manera brusca de hacerlo, pero, una vez más, veo comprensión en sus ojos.

—Me da igual. ¿Alguna comedia?

—Guay.

No sé cuánto tiempo pasamos buscando una película. La vida es eso que pasa mientras

decides qué ver entre toda la oferta que hay. Al final, elegimos una de Adam Sandler.

Me quedo dormida en algún momento porque lo siguiente que recuerdo es despertarme por el movimiento y rodeada de unos brazos que me cargan. Apenas abro los ojos; estoy a gusto así. Noto que me apoyan con suavidad en algo mullido que imagino que es la cama. Echo de menos el calor y la seguridad que me transmitían esos brazos. Alguien se tumba a mi lado. Me giro hacia Aiden y me acerco. Él se mueve de manera que pueda acurrucarme a su lado.

—Descansa, Cece.

Es la primera vez que me llama así. No creo que sepa que lo oigo. No he abierto los ojos y en parte sigo muy dormida. Aunque, en esa especie de inconsciencia, sé lo que estoy haciendo. Sé que es la primera vez que me acurruco con un chico que no es mi hermano y con el que me siento… En realidad, siento demasiadas cosas. Algunas no tengo ni idea de cómo definirlas.

26

AIDEN



Bostezo por tercera vez en una hora. Necesito otro café, y eso que hemos desayunado hace poco. No he dormido nada esta noche. Es curioso porque estaba muy a gusto, pero al mismo tiempo no podía dejar de observar a Arizona apoyada en mi pecho con sus brazos agarrándome fuerte, como si tuviera miedo de que me fuera y la dejara allí sola. Ojalá supiera que cada día se me cuela más bajo la piel y que alejarme de ella empieza a ser imposible. Siento que ella es como un imán que me atrae sin que pueda hacer nada. Y cada día que pasa esa atracción es más fuerte y sólida.

Cuando nos hemos despertado y ha levantado su mirada hacia mí, apoyando la barbilla en el pecho, esperaba ver arrepentimiento, dudas; no la paz y el brillo que he visto en sus ojos.

—¿Hemos dormido así toda la noche?

—Sí. Anoche te agarraste a mí como una garrapata y no has querido soltarme. —Ha sonreído de medio lado y se ha despegado.

—Eres tonto.

Después de eso, hemos seguido nuestra rutina de todas las mañanas. Ella se ducha primero, después yo y, cuando ya lo hemos hecho los dos, compartimos el baño. Es gracioso verla con una toalla en la cabeza tan natural o lavándose los dientes. Le encanta tararear canciones mientras se arregla, como si no se diera cuenta de que estoy a su lado. Esta mañana nos la hemos tomado con mucha más calma que las anteriores. Cuando hemos conseguido salir del hotel, me ha arrastrado a una cafetería que lleva queriendo probar desde la primera vez que la vio, y ahora estamos paseando por Venice Beach.

—Con tanto bostezo, parece que no hayas dormido nada.

—Creo que ha llegado el momento de tomar el segundo café de la mañana.

—Creo que tienes un problema de adicción a la cafeína.

—Bueno, al menos no es a las drogas.

Entre risas, buscamos una cafetería donde tomarnos un café. Ella, con hielo; yo, normal, aunque con la leche fría. Nos sentamos en un hueco que encontramos cerca de las pistas de *skate*.

—¿Dónde te apetece comer? —le pregunto.

—Me da igual.

—Mi amigo me recomendó un sitio, aunque hay que ir en coche, no está cerca de aquí.

—Mejor, esto está abarrotado de gente.

—¿Esta noche quieres que vayamos a Santa Mónica?

—Sí, estará también abarrotado, pero no quiero irme sin verlo.

—Yo tampoco. Podemos pasar la tarde cerca de donde vamos a comer, hay una playa por allí. Mi amigo me dijo que muchas veces hay gente haciendo surf. Y luego nos vamos para el muelle.

—Me parece genial. Somos dos verdaderos turistas.

—Por supuesto.

Damos otro paseo por Venice y nos hacemos unas cuantas fotos juntos; Arizona se empeña. He visto que ha compartido alguna foto en su cuenta privada, aunque en ninguna se intuye que está pasando estos días conmigo. Aun en esa cuenta, tiene cuidado de lo que publica. De vez en cuando observa su entorno en busca de algún fotógrafo, pero ya no veo ese miedo del primer día a que nos vieran juntos. Siento que lo hace como un gesto inconsciente y que, si los viera, tampoco haría nada por evitarlos.

La han reconocido en varias ocasiones y se han parado a saludarla. Una de las veces me ha dado un ataque de risa nervioso, porque he sido consciente de con quién estoy pasando estos días. Para mí solo es Cece.

Nos montamos de nuevo en el coche y vuelve a bajar la ventanilla. Lo hace cada vez. Ahora apoya la mano en el borde de la puerta y su mejilla en el cristal. Se la ve feliz. Esa aura de tristeza que vi las primeras veces se ha esfumado estos días. Ha desaparecido el gesto de angustia que suele acompañarla. Parece ligera.

El sitio que me ha recomendado Finn está especializado en pescado y marisco. Da la sensación de ser un sitio elegante, pero la gente va con ropa de playa. Nos sientan en una mesa en la terraza; un techado lleno de plantas le da sombra y la refresca.

—¿Van a querer vino? —nos pregunta el camarero. Nos miramos. Solo la he visto beber cerveza y solo una vez.

—¿Te apetece? —le digo.

—¿Por qué no?

Nos guiamos por las sugerencias tanto en la comida como en el vino, porque ninguno tenemos mucha idea.

—Casi nunca bebo —dice Ari cuando estamos terminando de comer. Estaba todo riquísimo.

—Yo tampoco. Alguna cerveza de vez en cuanto si salgo con Finn, pero poco más.

—¿Quién es Finn?

—Un buen amigo. El que me ha recomendado este sitio.

—¿Es de Los Ángeles?

—No, es de Jersey, como yo, pero tiene familia aquí y viene mucho.

—Finn tiene buen gusto.

—Lo sé, por eso es mi amigo. —Suelta una carcajada que hace que algunos clientes se giren; se sonroja al darse cuenta de que nos están mirando y entonces soy yo el que se ríe.

—Eres tonto.

—Puedo serlo.

—Creo que alguien ha visto más de lo que parece *El diario de Noah*, a pesar de que no cree en ese tipo de amor.

—La ponen demasiadas veces en la tele.

—Claro, será eso.

—¿Quieres algo de postre o pedimos la cuenta y nos vamos a bañarnos?

—Pide la cuenta. Estoy llena ahora mismo, pero he visto una heladería cerca. Podríamos pasarnos luego.

Una vez pagamos, buscamos un hueco en la arena algo apartado. No hay tanta gente como

en Venice, pero aun así hay bastante. Arizona se quita el vestido rapidísimo y sale corriendo hacia el agua. La sigo entre risas.

—Mi madre diría que no hemos hecho la digestión —le digo.

—La mía, que correr así es vergonzoso y que puede verme cualquiera.

—Creo que tu madre me cae mal.

—No eres el único.

Me acerco a ella. Es ese magnetismo que tira de mí. Ha acortado mucho la distancia conmigo, física y emocionalmente. Ya no veo esa duda del principio en su mirada cada vez que decía o preguntaba algo más personal. Ahora noto seguridad y sensación de calma. Tiene gestos espontáneos que me sorprenden, como ahora, cuando me he acercado tanto que alarga la mano y me aparta el flequillo mojado de la cara.

—Te ha crecido mucho el pelo.

—Sí, debería ir a cortármelo.

—Pero no demasiado, te queda bien el pelo así.

Sin que me lo espere, me echa agua en la cara con la mano.

—¿Conque esas tenemos, eh?

Le sigo el juego y acabamos haciéndonos ahogadillas. Nuestros cuerpos se acercan y acaba enrollando las piernas en mi espalda como un koala. Le acaricio las piernas de arriba abajo, muy suave. Es un roce casi imperceptible, pero noto como se estremece detrás de mí. Menos mal que, al estar de espaldas a ella, no puede ver mi cara ni como mi cuerpo reacciona ni yo puedo ver sus gestos. A la mínima señal, sé que acabaré besándola y quizá eso joda nuestra amistad. Cada día se me hace más difícil fingir que mis sentimientos son solo de amigo.

Me da un beso en la mejilla y se suelta.

—Voy a secarme, me apetece tostarme al sol.

—Vale. Yo me quedo un rato más aquí.

Sobre todo, porque no quiero que note la erección que tengo. La sigo con la mirada hasta que llega a donde hemos dejado las cosas y hundo la cabeza en el mar. Observarla no ha ayudado; al revés.

Salgo cuando mi cuerpo se relaja y la encuentro dormida encima de la toalla. Busco el móvil en la mochila y le escribo a Mike. Se va a reír de mí, pero no me importa. Lleva toda la semana haciéndolo, desde que le dije que compartía habitación y cama con ella.

Aiden
Creo que la he cagado.

Mike
¿Ya te la has tirado?

Aiden
Eres gilipollas.
No, claro que no.

Mike
¿Entonces…?

Aiden
No significa que no quiera hacerlo.

Mike
Jajajajajajajajajaja.
LO SABÍA.
Y tú: «Noooo, solo somos amigos».

¡JA!

Aiden
Aunque no es por eso por lo que la he cagado.

Mike
Ahora mismo estoy perdido.

Aiden
Quiero acostarme con ella, pero también quiero más.

Mike
No jodas, Aiden.
¿Te has pillado?

Aiden
Eso creo…

Mike
¿Eso crees?
Tío, tú nunca dudas.

Aiden
Es que es la primera vez que no quiero sentir esto, ¿sabes?

Mike
¿Por qué?

Aiden
Porque me importa demasiado para joderla.
Y no creo que ella sienta lo mismo.
Para ella solo somos amigos.

Mike
Eso no lo sabes.

Aiden
Lo sé.

Mike
No, no lo sabes.
Mira, olvidaremos que las siguientes palabras han salido de mí,
como las gafas de *Misión imposible*, que se autodestruyen.

Aiden
¿Qué?

Mike
Las gafas que llevan un mensaje secreto
y se autodestruyen, ¿sabes lo que te digo?
Bueno, da igual, a lo que iba:
Aiden, solo está hablando tu miedo
y la necesidad que tienes de protegerla.
Y lo entiendo, eh. Pero tampoco seas idiota,
hay las mismas posibilidades de que ella
también sienta algo que de que no.
Deja fluir las cosas.

Aiden
No quiero cagarla.
Por encima de todo,

tenerla en mi vida me importa más
que lo que sienta por ella.

Mike
Lo sé…
Por eso te digo: deja fluir.
Si le gustas, todo acabará saliendo.
Dos personas que sienten más que amistad
no pueden ocultarlo demasiado tiempo.

Arizona se revuelve a mi lado. Por el rabillo del ojo veo como me mira adormilada todavía. Se ha dormido de espaldas, con la mejilla apoyada en las manos.

—¿Vamos a por un helado? —pregunta.

La miro. Ese brillo en los ojos otra vez. No sé si Mike tendrá razón, si cuando dos personas sienten más acaba saliendo a la superficie, pero es a lo único que puedo agarrarme cuando su sonrisa tímida me provoca otro vuelco. Mi estómago empieza a sentir esas mariposas de las que todo el mundo habla y no sé si empezaré a escupirlas por la boca. Tengo miedo de llegar a un punto en el que no sepa disimularlo.

27

ARIZONA

Arizona
Acabo de llegar

Aiden
Qué suerte, nosotros seguimos atrapados en el aeropuerto.
Adjunta foto de él y Mike

Desde que volvimos del viaje, hemos pasado cada rato libre que hemos tenido juntos. Hemos aprovechado que él ha acabado el curso de teatro y que yo no tenía apenas trabajo, como siempre por estas fechas.

Mi madre ha pasado más tiempo fuera de casa de lo normal y no ha estado muy pendiente de mí. Es raro, pero no voy a quejarme cuando me ha permitido hacer lo que me diera la gana sin tener que dar explicaciones. He intentado estar en casa si sabía que iba a estar ella, pero el resto lo he pasado en las casas de Jay y de Aiden. Y la mayor parte del tiempo que he pasado en casa de Jay, ha sido también con Aiden. Hemos dormido varias noches más juntos; intento mantener la distancia, pero acabo buscando acurrucarme a su lado, ya que es la única manera de no tener pesadillas, igual que me pasa cuando estoy con Jay.

Hoy ambos cogíamos un vuelo a nuestros respectivos destinos de vacaciones: él se va a Seattle con su familia a ver a su hermana y sus hijas, y yo a Wilmington con la mía. Hemos quedado para desayunar antes de montarnos en el avión. Mi vuelo salía antes que el suyo y me he despedido cuando no me ha quedado otra opción.

Cuando estaba a punto de despegar, me ha avisado de que les han retrasado el vuelo y, por lo visto, siguen allí, esperando.

Arizona
Espero que se solucione pronto.
Te dejo, que ya veo a Harper.

Harper me espera apoyada en la zona de llegadas. Su sonrisa ilumina la mía. Ambas corremos hacia la otra. Desde el fin de semana que pasé a finales de abril, no nos hemos visto. La echaba tanto de menos…

—Podrías encoger —me dice. Le saco una cabeza.

—O tú crecer.

—Con veintinueve años, sería un milagro que creciera, la verdad.

—Aún no los has cumplido.

—Me quedan diez días. Estoy más cerca de los veintinueve que de los veintiocho.

—¿Qué has planeado para ese día?

—Adivina. —Su sonrisa se amplía más si es posible.

—Mañana en la playa, lasaña de tu madre para comer, tarde de cine con palomitas de colores y, por la noche, barbacoa y ver las estrellas.

—¡¡Efectivamente!! Pero este año estaremos solo los cinco.

—¿Y Chloe?

—No está esos días, así que bueno…

—¿Y tus amigas de la universidad? —Se encoge de hombros.

—¿Ha pasado algo?

—Nada nuevo, ya sabes que en el último año nos hemos distanciado. Todas estamos muy ocupadas con otras cosas.

No me mira. Y que no lo haga quiere decir que me está ocultando algo. Ambas tenemos la capacidad de leernos la una a la otra con solo ver nuestros ojos, los gestos… Son muchos años juntas.

—¿Seguro, Lele?

—De verdad. Además, prefiero celebrar este año juntos. Os he visto muy poco a ti y a Jay. Desde que se mudó, no tiene casi nada de tiempo para venir.

—No tiene tiempo ni para verme a mí… Imagínate.

—¿Has ido a verlo a jugar? Bueno, no sé para qué pregunto. Si hubieras ido, me lo habríais contado ambos. —Abre el maletero para meter mis dos maletas—. ¿No sabes viajar con equipaje ligero?

—Le dijo la graja al cuervo…

—Oye, que yo viajo ligera. —Me da un ataque de risa.

—¿Te has planteado ser cómica? A lo mejor triunfas.

—Eres idiota. Retiro lo dicho: no te he echado nada de menos.

La acerco hacia mí y la vuelvo a abrazar.

—Mentirosa —le susurro.

Cuando me bajo del coche, ya en casa, el olor a mar y las olas a lo lejos me recuerdan que estoy en uno de esos sitios que me hacen feliz.

28

AIDEN

—No sé cuánto tiempo tendré antes de colgar. Sue es muy lista y pronto me encontrará. —La risa de Arizona me llega desde el otro lado del teléfono.

—Qué envidia me da.

—¿Por? —miro a mi alrededor. Adoro a Sue, pero me moría de ganas de hablar con Arizona.

—Porque ella puede pasar tiempo contigo y yo no.

—Madre mía. Arizona, ¿tienes celos de una niña de tres años?

—He dicho envidia, no celos.

—Yo creo que son celos.

—Eres tonto.

—Me encanta que, cuando no sabes qué decir, acabes así la conversación.

—No es por eso. No son celos, pero tú vas a interpretar lo que quieras.

—Eso no es verdad. ¿Cómo estás?

—Bien. Mañana llega Jay, aunque solo estará cuatro días. Tiene que volver a Nueva York.

—Yo también.

—¿Cómo? Si volvías el veintiocho, como yo… ¿Ha pasado algo? —Su preocupación me produce ternura.

—Me han llamado del último *casting* que hice.

—¡Nooo! —grita.

—¡Síííí!

—Madre mía, Aiden, eso es genial. Es la obra que me contaste que está basada en un libro de Agatha Christie, ¿no?

—Esa. Estoy muy feliz.

—Y yo por ti. Me alegro tanto… Te lo mereces. —Puedo notar su sonrisa a través del teléfono.

—Gracias. Ha sido toda una sorpresa y estoy un poco cagado, pero me hace ilusión.

—Normal. En serio, te va a ir fenomenal. —Hace una pausa—. Entonces, ¿el veinticuatro estás ya en Nueva York?

—El veinticinco a primera hora. Por la tarde, empezamos los ensayos, aunque imagino que el primer día será conocer al equipo, el reparto de papeles y eso.

—Qué emoción, ¿no?

—Mucha. —La voz de Sue cada vez me llega desde más cerca—. Te voy a tener que dejar.

Oigo como se acerca.

—¡Tío! ¿Qué haces aquí escondido?

Se acabó la tranquilidad. Cuelgo antes de que me vea con el teléfono. Si me pilla escondido hablando con Arizona, saldrá corriendo a contárselo al resto y bastantes preguntas me han hecho estos días.

—Jugaba al escondite, peque.

—Pero no puedo jugar contigo si no me dices que te vas a esconder —me dice con los brazos en jarras.

—Tienes razón. Vas a tener que explicarme cómo se juega.

—Ven, te lo explico.

Me coge de la mano y me arrastra con el resto de la familia. Cuando voy al baño, consigo mandarle un mensaje rápido a Arizona disculpándome por colgarle sin avisar. Parece que guarde un secreto con tanto misterio. Tal vez sí lo hago.

29

ARIZONA



Una silueta me tapa el sol. No me da tiempo a abrir los ojos antes de estar colgada como un saco de patatas del hombro de Jay. A los segundos, me lanza dentro del agua. Se me corta la respiración con el cambio de temperatura. Oigo su risa. Me giro y comienzo a tirarle agua con toda mi fuerza. Él solo se ríe más.

—¿Cuándo has llegado? —le pregunto cuando nos cansamos de lanzarnos agua.

—Hace nada. Harper se ha ido a comprar con mamá y me han dicho que estabas aquí. He pensado en darme un chapuzón con mi hermanita.

—¿Y era necesario que me tiraras sin piedad?

—Así es más divertido. —Le lanzo un poco más de agua—. Oye, ¿cómo es eso de que te vienes a Nueva York conmigo? ¿No te ibas el veintiocho?

—Cambio de planes. —Me muerdo el labio y se da cuenta.

—¿Ha pasado algo con Sharon?

—No, no. No hemos hablado mucho estos días, pero tengo la agenda cerrada hasta final de año desde hace meses. Hasta principios de septiembre no vuelvo a la carga.

—¿Entonces?

—Prométeme que no te vas a reír y tampoco vale regañarme.

—Me estás dando miedo.

—Aiden ha adelantado su vuelta. Lo han llamado para formar parte de una obra de teatro y el veinticinco tiene que estar en Nueva York. —El calor me sube por las mejillas y no tiene la culpa el sol. Debo de estar roja como un tomate.

—Eso es genial, ¿no?

—¿De verdad lo crees?

—Me refiero a que lo hayan cogido para la obra, pero tampoco me parece mal lo otro. Llevas aquí todo el mes; no te culpo por tener ganas de verlo.

—No es lo que piensas.

—No pienso nada. Aiden me cae genial y, desde que está en tu vida, te ha cambiado la mirada de tristeza. —Me da con el dedo índice en el entrecejo—. Me parece bien que quieras pasar tiempo con él.

—¿No crees que soy boba por cambiar mis planes por él?

—No. ¿Te ha dicho Harper que lo eres? —Niego con la cabeza—. ¿Entonces?

—No sé. Parece la típica decisión que la gente comenta que hiciste por un chico.

—Bueno, menos mal que esa gente no somos nosotros. Además, ¿no decías que no era lo

que pensaba?

—Y no lo es —le grito mientras me alejo de él para irme a la toalla. Se ríe y se pierde nadando un buen rato.



Estoy sentada en la terraza cuando mi hermana aparece con el colchón viejo que usamos para tirarlo en la arena y tumbarnos a ver las estrellas. Hoy el cielo está despejado, aunque no se ven demasiadas estrellas.

—¿Me ayudas?

Lo ponemos en el mismo sitio de siempre y nos dejamos caer.

—¿Y Jay? —le pregunto.

—Viene ahora con unas mantas y algo de comida.

Nos quedamos calladas un buen rato. Jay sigue sin aparecer.

—Mañana te vas —me dice.

—¿Estás bien?

—Sí. —Se pone de lado y me mira. Hago lo mismo—. Es solo que, cada vez que te vas, me pregunto si estarás bien.

—Siempre lo estoy.

—Pero no siempre lo estás.

—¿Qué te preocupa, Lele?

—No me gusta que seas infeliz por su culpa.

—Las cosas van a cambiar.

—¿Vas a acabar con ese contrato?

—Probablemente.

—Eso no es una respuesta, Ce.

—Es la que puedo dar en estos momentos. Pero voy a estar bien. Estoy mejor, de verdad. Las cosas no son tan horribles como hace unos meses.

—Gracias a Aiden, ¿verdad?

—Sí, él hace que las cosas sean un poco más fáciles. —Me tumbo mirando el cielo y sonrío —. ¿Sabes que, cuando duermo con él, no tengo pesadillas tampoco?

Ella también se tumba hacia arriba, alarga su mano y coge la mía. Volvemos la mirada un momento para vernos.

—¿Te gusta?

—Quizás sí, pero me gusta lo que tenemos ahora, no quiero estropearlo.

—Yo creo que a él también le gustas.

No me da tiempo a responderle. Mi hermano nos deja caer las mantas encima y nos sobresaltamos.

—Han llegado los refuerzos.

30

AIDEN



Desde que me he levantado a las cuatro de la madrugada, no he parado. Han vuelto a retrasar el vuelo y, a pesar de que iba con margen de tiempo, casi no llego el primer día a tiempo. Odio ser impuntual; no me gusta que piensen que no me comprometo con mi trabajo.

He tenido que ir con la maleta a cuestas, porque no me daba tiempo a pasar por casa. Nadie ha dicho nada cuando he aparecido con ella. Lo cierto es que ha sido una buena primera toma de contacto. Soy el único que no ha trabajado en teatro antes. Voy a tener que esforzarme mucho para estar a la altura.

Necesito llegar a casa. No sé si tengo más sueño o hambre; solo he comido un bocadillo en el taxi de camino al teatro.

Me quedo paralizado a dos metros del portal de casa. No puede ser. Debe de ser que el cansancio me está haciendo sufrir alucinaciones.

—¿Cece?

Levanta la mirada del móvil y la sonrisa le ilumina el rostro. Se acerca rápidamente a mí y me abraza. Suelto la maleta para corresponderla. Su olor a algún perfume de flores me inunda las fosas nasales. Y todas las sensaciones que he intentado controlar estos días vuelven de golpe, como una ráfaga de viento.

—¿Qué haces aquí?

—Tenía ganas de verte.

—Yo a ti también. —Me separo con mucho esfuerzo y le doy un beso en la frente—. ¿Te quedas a cenar?

—Y a dormir, si me dejas. —Ahora al que se le amplía la sonrisa es a mí.

—Vamos, anda. ¿Te apetece pizza?

—Con extra de queso —bromea.

—Hecho. Luego le mandamos una foto a Mike para que vea que, hasta cuando no está, pensamos en él.

—¿Qué tal ha ido hoy? ¿Contento?

—Sí, aunque casi llego tarde por el maldito retraso.

—Me lo he imaginado cuando he visto tu mensaje y que no has respondido en todo el día.

—No me ha dado tiempo a nada. Solo tengo ganas de comer y descansar.

—Puedo irme si quieres dormir, eh, no pasa nada. Nos vemos mañana.

—Ni de coña.

Cojo su mano y tiro de ella hacia dentro del ascensor. Me fijo en que solo lleva un bolso

enorme.

—Oye, ¿y tus maletas?

—En casa de Jay. Volvimos ayer juntos y me voy a quedar allí hasta el domingo.

—Tu madre no sabe que estás aquí, ¿verdad?

—Lleva sin hablar conmigo una semana. —Sus facciones se tensan y el brillo se apaga un poco—. Me ha parecido que le importaría poco si me volvía antes. Tampoco es que vayamos a pasar tiempo juntas como madre e hija, así que…

Aprieto su mano. A pesar de que ya no parece tan triste, de que sonríe más, cuando sale su madre en cualquier conversación el cambio en su expresión es automático. Y ojalá pudiera hacer algo por que eso cambiara, pero hay cosas que solo puede solucionar la misma persona que causa esa angustia.

Cuando llega la pizza, nos acomodamos en el sofá con una película de Marvel. Aún nos quedan bastantes para que Arizona se ponga al día. Hoy toca la segunda de *Los vengadores.* Le mandamos una foto a Mike por fastidiar. Su respuesta nos hace reír a carcajadas a los dos.

—Entiendo por qué le gusta tanto Marvel a tu hermano. —La miro extrañado—. Es fácil cogerles cariño. Son tantas películas y lo entrelaza todo de tal manera que quieres seguir viéndolas y que nunca acaben. Joder, si hasta quiero ser amiga de Iron Man.

—El mundo es genial. ¿Y quién no quiere ser amigo de Tony? Es el mejor.

—La viuda negra también me gusta bastante.

—Verás cuando conozcas a Wanda.

—¿En cuál sale?

—En esta aparece por primera vez.

—¿Voy a hacer palomitas y seguimos viéndola?

—Voy yo.

—No, no, de eso nada. Quiero hacerlas yo.

—Ni siquiera sé si hay.

—Tranquilo, me he encargado de comprar antes de venir.

Se pierde en la cocina. Desde aquí puedo ver que se mueve como si llevara viviendo toda la vida en esta casa. ¿Cuándo hemos creado esta confianza? ¿Cuándo dejé que se colara de esta manera en mi casa, en mi corazón y en mi vida? Se me encoge el estómago y cierro un momento los ojos. No sé si seré capaz de pasear por la cocina y no verla a ella en cada rincón. Su presencia lo inunda todo allá donde va. No se da cuenta del efecto que tiene en los demás, de lo especial que es.

Se sienta de nuevo a mi lado y se acurruca más cerca.

—Dale al *play* —me pide mientras se mete un puñado de palomitas en la boca. La atraigo hacia mí.

Le doy un beso en la cabeza. Empieza a ser duro no poder besarla en la boca y explicarle con ese lenguaje todo lo que me hace sentir. Puede que, al mismo tiempo que derrumbaba su muro, haya dejado sin defensas mi corazón.

31

ARIZONA

A las 10 necesito que estés en la agencia.

Me sirvo un café y leo otra vez la nota. Por mucho que le dé la vuelta o mire por la casa, no hay nada más que eso. El regreso ha sido complicado. Mi madre ha estado más fría y distante de lo normal, y eso es mucho decir. Lo único bueno es que está menos pendiente de mi trabajo y me da más libertad. Ya no aparece por las sesiones y solo hemos estado juntas en un evento. Aun así, su distancia me duele. Pensaba que volvería de agosto más fuerte, pero lo cierto es que no. Sigue doliéndome todo de la misma manera, solo que ahora tengo otras cosas que me hacen feliz y me distraen.

Me ducho y me visto rápido. No sé por qué querrá verme mi madre; no hay nada de trabajo que tengamos que hablar. Y eso solo hace que vaya con miedo.

Entro y, como siempre, en recepción nadie me pregunta quién soy y a quién vengo a ver. Saludo y continúo hasta el despacho de mi madre.

—Te está esperando —me dice Nina con cara de consternación.

Mi madre está de espaldas; mira por la ventana. En su escritorio está sentado su abogado, que también es el de la agencia. ¿Qué hará aquí?

—Hola. —Es todo lo que me sale. Leve e indeciso.

—Siéntate. —Mi madre se gira para mirarme; parece enfadada. Ambas nos sentamos.

—¿Por qué necesitabas que estuviera aquí?

Acerca unas fotos hacia mí. Me tiembla el pulso cuando las cojo. Puedo hacerme una idea de qué voy a ver. Somos Aiden y yo paseando juntos, cogidos de la mano, abrazados. Algunas están hechas desde un ángulo que puede llevar a malentendidos. Por la ropa, no todas son del mismo día. Algunas son de los días en los que mi madre pensaba que seguía en Wilmington.

—Me has mentido.

—No te he mentido; solo no te he hablado sobre él.

—¿Es tu novio?

—Solo somos amigos.

—En las imágenes no es lo que parecéis.

—Muchas están sacadas de manera que parezcan lo que no son. Ya sabes cómo es la prensa.

—Parece que tú lo has olvidado. —Trago saliva—. ¿Quién es?

—Ya te lo he dicho, es un amigo.

—¿Quién es? —Me niego a decírselo. Me da miedo que pueda hacer algo raro. No tengo ni idea de qué; parece muy improbable, pero no quiero arriesgarme—. No me lo vas a decir, está bien. Te he reunido aquí para que entiendas unas cosas. Anthony, ¿puedes continuar?

—Arizona, espero que comprendas la gravedad de esta situación. —Desvío la mirada hacia él—. En tu contrato hay una cláusula en la que se especifica que, en caso de que tengas pareja, debes comunicarlo a la agencia para que el equipo de comunicación gestione la situación. En caso contrario, puede haber consecuencias.

—No es mi novio. ¿Cuántas veces lo tengo que repetir?

—Las imágenes no dan a entender a eso —dice Anthony.

—Y dale con lo mismo… Son periodistas, sacan todo de contexto. Cuando me sacaron con Jay, no hubo este drama, y entiendo que la cláusula ya estaba, ¿no? —Mi voz ya no suena insegura; empieza a cabrearme esta situación.

—No entiendes las consecuencias que podría tener que esto se filtre, ¿verdad? Si sale a la luz que sales con ese don nadie, la prensa se volverá loca y solo hablarán de ello. Puede que algunas marcas no quieran volver a trabajar contigo después de este escándalo. —El tono de mi madre va subiendo de volumen poco a poco con cada palabra.

—Ese es el problema, ¿no? Que es un don nadie. Con Jay no me dijisteis nada porque es jugador de baloncesto.

—Y porque sabíamos que era mentira. Es tu hermano.

—Hermanastro. No tenemos sangre en común. Si queremos estar juntos, podríamos.

—No digas tonterías. Tenéis una relación de hermanos, es imposible que eso vaya a ocurrir.

—Ya… ¿Y qué tiene de malo Aiden?

—Así que se llama Aiden… —«Mierda, se me ha escapado». La sonrisa de satisfacción de mi madre me hierve por dentro—. Mira, Arizona, no tengo tiempo para discutir. Por suerte, hay mucho trabajo que sacar adelante. O dejas de ver a ese chico o tendremos que tomar medidas.

—¿Tomar medidas? ¿Es una amenaza?

—Tómatelo como quieras —añade mi madre.

—Comprenderás, Arizona, que la agencia debe tener las espaldas cubiertas si esto sale a la luz —remarca Anthony.

—Tienes suerte de que el director de la revista a la que le llegaron estas fotos sea amigo mío. Me ha prometido que no saldrán de aquí, pero quería que fuera consciente de la situación.

—No entiendo qué tiene de malo que publiquen esto. La prensa siempre intenta sacar cosas de este tipo y no soy tan importante como para que todos los medios se hagan eco.

—¿Eso crees? Qué ignorante eres, Arizona.

Sus palabras son como una patada en medio del pecho. Siempre consigue hacerme pequeñita. Me hace dudar de cada una de las cosas que hago, como si hubiera algo de malo en que Aiden y yo seamos amigos. Sabía que podía ocurrir, tarde o temprano iba a pasar, pero no estaba preparada para que fuera tan pronto. He sido descuidada. Me he dejado llevar por lo bien que me hace sentir y lo feliz que soy cuando paso tiempo con él, y hemos paseado por la ciudad como si yo fuera alguien anónimo. Todo es culpa mía y ahora mi madre va a volver a estar pendiente de mí. Estoy segura.

—¿Me has oído?

—¿Qué?

—Veo que también tienes problemas de audición. He dicho que, si ha quedado todo claro, nos vemos luego en casa, donde espero que estés cuando llegue.

No me despido. Salgo de allí lo más rápido que puedo, me monto en un taxi y le doy la dirección de Jay. Hasta dentro de una hora no estará en casa, pero necesito hablar con él.

Me encuentra sentada en el suelo del comedor, abrazada a las rodillas. No puedo parar de pensar. Nada tiene sentido.

—Ari, ¿qué pasa? —Se arrodilla delante de mí. Lleva la ropa de los Knicks, así que deduzco que viene de entrenar.

—Mi madre se ha enterado de mi amistad con Aiden.

—¿Cómo?

—Por unas fotos que le ha mandado un periodista.

—¿Y qué tiene de malo?

—Está enfadadísima. Hasta me ha amenazado.

—¿Cómo que te ha amenazado?

—Me ha dicho que, si vuelve a recibir fotos de ese tipo o si salen en algún medio, habrá consecuencias.

—¿Consecuencias de qué? Olvídate. Solo lo hace para meterte miedo.

—¿Y si es verdad? También me han dicho no sé qué de una cláusula del contrato.

—Ari, no le hagas caso. No hay nada malo en que salgan unas fotos tuyas con Aiden. Esquivar a la prensa es imposible y sabíamos que esto podía pasar.

—Lo sé, pero pensaba que tendría más tiempo. No sé…

—¿Y qué habrías hecho de forma diferente?

—No lo sé, he sido descuidada. Nos hemos paseado por ahí como si nada. Joder, hay algunas fotos en las que parecemos una pareja.

—¿No lo sois?

—Sabes que somos amigos, Jay —le respondo más borde de lo que quería.

—Vale, vale. Solo preguntaba. Voy a traerte una tila y me cuentas eso del contrato.

Cuando me tranquilizo, le explico lo que me han dicho. Jay me asegura que es bastante improbable que el contrato incluya una cláusula similar, pero que no es imposible. Me recuerda que mi padre es abogado y que desde el bufete pueden revisarlo.

Hace un año les pedí ayuda para arreglar mi situación económica. Por contrato, mis honorarios los cobraba la agencia y esta tenía que pagarme a mí, pero el dinero nunca llegaba a mi cuenta. No le había prestado atención hasta que un día me cabreé tanto con ella que fui consciente del poder que tenía sobre mí. Si decidía romper ese contrato —por aquel entonces la idea ya me rondaba la cabeza— me quedaba sin nada porque en mi cuenta apenas había ahorros. Cuando le reclamamos a la agencia el dinero que me correspondía, mi madre montó en cólera. Fue la primera vez que tuve miedo de mi madre de verdad. Me gritó y me agarró del brazo de una manera que pensaba que me lo iba a arrancar. Esperé que me cruzara la cara, pero no lo hizo. Las semanas siguientes fueron un machaque constante de comentarios sobre lo desagradecida que era, que sin ella mi carrera no existiría y otras muchas cosas. Fue doloroso, pero por una vez sentí que había tomado una buena decisión.

Llamo a mi padre para contarle la situación, Me dice que Alfred, que es quien me ayudó la otra vez, se pone a ello y que en cuanto pueda me dicen algo. Antes de colgarme, me hace prometerle que le contaré quién es ese misterioso chico.

—Me voy a marchar, Jay.

—¿Ya? ¿No quieres que hagamos algo esta tarde?

—Es mejor que esté pronto de vuelta en casa. No quiero más problemas con mi madre por hoy.

—Está bien, pero, si necesitas que vaya a rescatarte, me llamas. Estaré allí enseguida.

—Tranquilo, estaré bien.

—Siempre dices eso.

—Porque es la verdad.

—No, no lo es.

—Jay… —le suplico.

—Está bien. —Me abraza—. Oye, acabo de caer, ¿qué vas a hacer mañana?

—Mañana es el estreno de la obra de teatro de Aiden. —Con todo esto casi se me olvida—. Tengo que ir, no puedo faltar.

—¿Y cómo lo vas a hacer?

—Te usaré como coartada. No suele poner pegas nunca. Si lo hace, la ignoraré.

—Repito: si necesitas algo, me llamas. Ten cuidado, ¿vale?

Nos volvemos a abrazar y me subo en otro taxi. Cuando llego, la casa sigue tan vacía como estaba cuando me he ido y otra vez ese silencio que hace ruido me da la bienvenida.

32

AIDEN



Arizona está rara desde ayer. Sus respuestas han sido muy escuetas y se excusó con que le dolía la cabeza. Ahora, ha llamado a mi hermano y le ha pedido que la ayude a entrar por la puerta de atrás, por donde accede el equipo, porque delante hay mucha prensa y no quiere que la fotografíen. Al principio, me ha parecido normal, pero cuando la he visto entrar en el camerino su cara me ha dicho que no. Ha vuelto la tristeza y, sobre todo, la angustia. Está tensa, como al principio. Solo la noto relajarse cuando nos abrazamos.

—¿Todo bien? —le pregunto.

—Eso debería preguntártelo yo. ¿Estás nervioso?

—Un poco. —Me mira con las cejas levantadas—. Bueno, vale, bastante.

—Lo vas a hacer genial.

—Eso espero. Si me equivoco, no sé dónde me meteré. Oye, ¿y Mike?

—Ha ido a buscar a tu madre, me ha dicho que ahora volvía.

—¿Estás preparada para conocer a mi madre?

—Lo dices como si fuera la encarnación de Maléfica.

Ambos nos giramos. Mi madre me sonríe desde la puerta, Mike está detrás. Mi madre me apretuja y me da un beso en la mejilla.

—Lo vas a avergonzar, mamá —bromea Mike.

—Me da igual, es mi pequeño.

—No importa, mamá. Te dejo que me abraces, a ver si así se me van un poco los nervios.

—¿Nervios? Si lo vas a hacer genial… —Me apretuja un poco más y me suelta. Se gira hacia Arizona, que la mira con una sonrisa que no le llega a los ojos—. Tú debes de ser Arizona.

—Y tú, Rose.

—¿Mi hijo te ha hablado de mí? —Me mira sorprendida y yo pongo los ojos en blanco. Le da un beso y un apretón en el brazo.

—Aiden, en veinte minutos empezamos —una compañera de producción nos interrumpe.

—¿Solo veinte? —Asiente. Ahora sí que estoy nervioso—. ¿Podrías acompañarlos a sus sitios, *porfa*?

—Claro. Si son tan amables de seguirme…

—Nos vemos luego.

—¡Mucha mierda! —me grita Mike.

Cierro la puerta. Intento olvidar cómo ha mirado Arizona a mi madre, con mucha nostalgia. Respiro hondo varias veces y me concentro. Ya me preocuparé después de lo que le pasa, porque

es obvio que algo ha pasado.

33

ARIZONA



Estamos en la fiesta que han organizado los de producción y quiero marcharme. Me da rabia, porque sé que Aiden se ha dado cuenta de que me ocurre algo y hoy es un día especial para él. Ha estado espectacular sobre el escenario, los pelos se me ponían de punta cada vez que escuchaba su voz. Y, aun así, no puedo evitar estar tensa por si la prensa que hay invitada pueda hacer una foto comprometida aunque ni siquiera se dediquen a la moda. No quiero más problemas con mi madre. Tengo que hablar con Aiden con tranquilidad de esto, para que entienda por qué estoy así, pero no quería hacerlo a un día del estreno. Es un momento muy importante como para fastidiárselo, aunque al final voy a acabar haciéndolo igual. Mi actitud es una mierda esta noche.

—Bueno, niños, os voy a dejar.

—¿Ya, mamá? Si la noche es joven… —le dice Mike.

—La noche es posible, pero yo no.

—Ni que tuvieras ochenta años y andador.

—Ay, cariño, ya hablaremos cuando tengas mi edad. ¿Voy a buscar a tu hermano y me ayudas a buscar un taxi?

—Claro, vamos. —Me quedo quieta donde estoy. Aiden está en el centro de la sala, con sus compañeros—. ¿Vienes?

—Eh, sí, claro.

Avanzo detrás de ellos, pendiente de cada cara con la que me cruzo. Nadie parece reconocerme ni fijarse en mí. No puedo con esta paranoia. Me siento ridícula y tengo ganas de llorar. Oigo a Rose llamar la atención de su hijo, que se acerca de inmediato. Sigo un poco rezagada, pero su mirada se dirige a la mía. Como un imán. No consigo oír lo que dicen, aunque estoy cada vez más cerca. Aiden se aleja de su madre, se acerca a mí y me pone la mano en la cintura con mucha suavidad.

—¿Quieres que nos marchemos? —me susurra.

—Por favor.

Estira la mano para que se la agarre. Dudo, pero lo acabo haciendo. Salimos los cuatro y nos montamos en dos taxis distintos. Rose se hospeda en un hotel, a pesar de que sus hijos insistieron mucho en que se quedara en casa con ellos.

—¿Te quedas a dormir? —me pregunta Aiden de camino.

—Debería irme a casa de Jay.

—Lo que tú quieras.

—Pero puedes venir también. Sabes que a él no le importa.

—¿Segura? —Asiento.

El taxi nos deja en la puerta y continúa el trayecto para dejar a Mike. Son las dos de la madrugada y la casa está en silencio. Mi hermano sale de viaje a las seis. Ha dejado la luz pequeña de la entrada encendida para cuando llegara. Sigilosos, subimos hasta mi habitación.

Nos cambiamos por turnos en el baño. Mientras está dentro, me tumbo en la cama boca arriba y me tapo con la sábana. Aiden, en lugar de tumbarse, se sienta a mi lado.

—¿Qué te pasa?

No puedo seguir ocultándolo. Me incorporo y eso hace que estemos más cerca.

—Mi madre recibió hace dos días unas fotos nuestras. —Le cambia la cara—. No se lo ha tomado nada bien…

—Joder, lo siento. Se me olvida siempre cuando estoy contigo que pueden pasar estas cosas.

—No es tu culpa. Es mía. Sabía que esto iba a ocurrir tarde o temprano, pero no he tenido ningún cuidado. Hasta ahora me daba igual porque soy feliz cuando estoy contigo.

—¿Por eso estabas tan rara en la fiesta?

—Lo siento, Aiden, he intentado estar bien, no quería fastidiarte un día tan especial como hoy, pero tenía miedo de que alguien nos volviera a fotografiar. He tenido que decirle a mi madre que había quedado con Jay. No le ha hecho gracia, pero me ha dejado.

—No pasa nada, Ari, de verdad. Me jode más que estés así que el resto.

—De verdad que lo siento. Has estado increíble ahí arriba, no sabes lo orgullosa que estoy de ti.

—Gracias, es muy importante para mí tu opinión.

—Pues de verdad lo has hecho increíble…

Se acerca más y me acaricia la mejilla, yo apoyo la cara en su mano.

—Tendremos más cuidado, Cece, estate tranquila que no volverá a ocurrir.

—Estoy tan cansada, Aiden…

—Ven aquí.

Me siento en su regazo y me dejo abrazar. Sus caricias en la espalda y en la cabeza me relajan tanto que estoy a punto de dormirme.

—Vamos a meternos en la cama antes de que te duermas.

Me aparto un poco, pero no me suelto del abrazo. Apoyo mi frente en la suya y su respiración se acelera. Subo la mano hasta su mejilla. Quiero besarlo, pero no debo. Es una locura. No quiero que mi madre joda esto también y, si lo beso, no habrá vuelta atrás.

—Ce…, necesito que te apartes tú, porque yo no voy a ser capaz de hacerlo. —Acerco más nuestros labios. Se rozan—. Hablo en serio.

No me aparto. Mi cabeza no para de repetirme que es una malísima idea y que me voy a arrepentir, pero es el corazón quien me guía. Aiden no soporta más la distancia y me besa, con tanta suavidad que no es muy distinto al roce de antes. Le devuelvo el beso, igual de suave. Ninguno de los dos acelera. Nos besamos con parsimonia, como si ambos fuéramos de puntillas, pero no dejamos de hacerlo. Me arrastra con él hasta que nos tumbamos de lado en la cama y enredo mis piernas en las suyas. No quiero que deje de besarme, no quiero separarme de él, pero sé que esto no puede volver a ocurrir. Ni siquiera debería haber ocurrido ya. Paro cuando mi cabeza le envía la orden a mi corazón.

—Aiden, yo…

No sé qué ve en mi cara, en mis gestos, pero me da un beso en la cabeza y pone distancia

entre nosotros dos sin soltarme.

—Lo entiendo.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

—Lo siento, no debería haber dejado que ocurriera.

—No, eso sí que no. No te arrepientas, por favor. Puedo entender que no quieras que vuelva a pasar, pero no te arrepientas. —No lo hago. Si de algo me voy a arrepentir es de no repetirlo—. ¿Quieres que me vaya?

—No, no. No quiero que las cosas cambien entre nosotros. ¿Puedes abrazarme?

Soy una egoísta por pedirlo, lo sé. No debería hacerle esto. No debería hacernos esto a ninguno. Pero no quiero separarme de él ahora.

Me abraza y no decimos nada más. En algún momento nos dormimos y, cuando me despierto, estoy sola en la cama. Aiden no está por ningún lado.

Aiden
No quería despertarte,
pero tengo cosas que hacer.
¿Nos vemos mañana, como habíamos quedado?

No me lo merezco.

34

ARIZONA

Han pasado casi dos meses del beso y nada ha cambiado. Solo yo. Mi corazón no se ha recuperado aún. Intento hacer como si no hubiera pasado, porque, cada vez que lo pienso, de lo único que me arrepiento es de haber pedido que no se volviera a repetir. Cada vez que estoy con Aiden, me cuesta horrores no acercar mi boca a la suya. Quiero besarlo de nuevo, quiero besarlo con ganas, sin miedos. Sé que es mejor que las cosas se queden así, pero cada vez me cuesta más convencerme. Los argumentos que me parecían sólidos en un principio, se difuminan cada vez que hablo con Harper. Es la única a la que me he atrevido a contárselo y no está muy contenta con mis decisiones. No con la del beso, sino con la de hacer como si no hubiera ocurrido.

Estoy volviendo de merendar con él. Se va a pasar Acción de Gracias a Jersey con sus padres. Para mi desgracia, a mí me toca pasarlo con mi madre. Solemos cenar juntas la comida que encarga en un *catering* y, después, cada una se va a hacer sus cosas. Mi madre suele meterse en el despacho a trabajar, o eso creo que hace. Yo me conecto por videollamada con mi padre y mis hermanos, y acabo viendo una película tumbada en la cama. Al menos, Navidad y Año Nuevo los paso en Wilmington.

Abro la puerta y me sorprende ver una maleta en la puerta. Debe de haberla sacado para bajarla al trastero.

—¿Mamá? —No me responde—. ¿Mamá?

—¿Qué pasa? Estaba terminando de arreglarme. —Lleva el abrigo y el bolso en la mano. Tengo un mal presentimiento.

—¿Para qué? ¿A dónde vas?

—Me ha invitado un buen amigo a pasar unos días en los Hamptons.

—¿Cómo?

—¿También tienes problemas de comprensión?

No puedo estar entendiendo lo que creo. No. Imposible.

—¿Estás diciendo que vas a pasar Acción de Gracias en los Hamptons? ¿Y qué pasa conmigo?

—¿Contigo? No entiendo.

—A ver si la que va a tener problemas de comprensión eres tú…

—No te pases ni un pelo, Arizona.

—Mamá, me he quedado aquí para pasar contigo ese día. Podría haberme ido a Wilmington.

—Ay, no sé por qué te pones así, es un día más. Solo comemos cosas que no deberíamos y

luego hacemos lo mismo de siempre.

—No puedes decirlo en serio.

—Aún estás a tiempo de irte con tu papaíto y tus hermanos —dice con retintín.

Coge la maleta y me pide con la mano que me aparte. Lo hago, aunque mi cuerpo se mueve por instinto. Oigo que la puerta se cierra detrás de mí.

Otra vez ese maldito silencio. Y tanto ruido en mi cabeza.

35

AIDEN



Jay
Me estoy metiendo donde no me llaman,
pero me la suda bastante.
Sé que mi hermana no te va a contar nada
y no quiero que pase estos días sola porque su madre es una asquerosa.

Aiden
¿Qué ha pasado?

Jay
La ha dejado tirada a última hora y está sola en casa.
Hemos intentado buscar un vuelo para hoy
o mañana, hasta en vuelos privados, pero es imposible.
No se puede venir.
Tampoco es una opción que se venga en coche porque no tiene carnet.
Así que mi única opción es que vayas a rescatarla.

Aiden
Me cago en todo…
¿Cómo puede ser alguien así?
Tranqui, yo me ocupo.

Me termino el zumo de un trago y no pierdo tiempo ni en cambiarme. Con el mismo chándal que me he puesto al levantarme, cojo las llaves del coche. Mi hermano me observa extrañado sin decir nada. Ayer, cuando salió del trabajo, nos vinimos a casa de nuestros padres para pasar Acción de Gracias. Mi hermana llega esta noche. Este año hemos conseguido juntarnos todos después de dos años sin poder hacerlo.

—Mamá, mañana seremos uno más para cenar. Y hoy también.

Asoma la cabeza por la puerta que da a la despensa. Lleva un rato organizándola y repasando que esté todo lo que necesita para la cena de mañana. Si le hace falta algo, nos mandará a comprarlo. Aunque va a tener que ser Mike, porque no sé cuánto tardaré en volver.

—¿Qué ha pasado?

Mi madre conoce cada uno de mis gestos. Desde pequeño, soy un libro abierto para ella. Y para cualquiera que me conozca. Ahora mismo estoy enfadado y preocupado. Mucho. Imagino a Arizona tumbada en su cama, conteniéndose las ganas de llorar. Por algún motivo que desconozco, evita hacerlo.

—No tengo tiempo ahora, mamá, cuando vuelva te lo explico.

—¿Es Arizona? —pregunta mi hermano. Asiento—. ¿Quieres que te acompañe?

—No, prefiero ir solo. Será más fácil convencerla.

—Ten cuidado, hijo.

Me acerco a mi madre y le doy un beso en la mejilla.

—No te preocupes. En dos horas estoy de vuelta.

—¡No corras, eh!

Ya estoy saliendo por la puerta cuando me llega el grito de mi madre. Aviso a Jay de que estoy de camino y le digo que lo avisaré cuando esté con ella.

No hago caso a mi madre y corro más de lo que debería. Espero que no me llegue ninguna multa, aunque me da igual. Necesito llegar a su casa cuanto antes y ver con mis ojos cómo está. Ahora entiendo que no respondiera a mis mensajes de esta mañana. Nunca pensé que podría odiar a nadie en esta vida, pero con Sharon tengo ese sentimiento multiplicado por tres. No entiendo cómo puede ser tan egoísta con su hija. Le da igual hacerle daño y, encima, tiene el valor de mirarla cada mañana como si en realidad todo fuera por su bien.

El tráfico se vuelve insoportable una vez estoy dentro de Manhattan y me cuesta más de lo que esperaba llegar a casa de Arizona. Dejo el coche en un *parking*; no quiero perder más tiempo buscando sitio para aparcar. Además, por esta zona es casi imposible.

Llamo al telefonillo y los segundos que tarda en responder se me hacen eternos. Estoy tan nervioso que me sudan las manos.

—¿Quién es? —Arizona habla en un tono muy bajo.

—Soy Aiden, abre.

—¿Aiden? ¿Qué haces aquí?

—Abre.

No quiero hablar en medio de la calle. A nadie le interesa. El portero me mira extrañado cuando llamo desesperado al ascensor. Va al mismo ritmo de siempre, supongo, pero me parece va muy lento.

Arizona me espera apoyada en el quicio de la puerta, con la cabeza gacha y los brazos alrededor del cuerpo. No sé si ha llorado, pero sus ojos me dicen que ganas no le faltan. La abrazo sin decir ni una palabra; ella entierra la cabeza en mi pecho y se agarra a mi sudadera como si necesitara comprobar que soy real.

Consigo que entremos en casa. Cerramos la puerta y nos sentamos en el sofá sin soltarnos del abrazo. La siento en mis piernas y se acurruca contra mí.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a por ti.

—¿Cómo lo has sabido? —No respondo. Se incorpora para poder mirarme a los ojos—. Jay.

—Da igual quién haya sido. —Alargo la mano y le aparto el pelo de la cara mientras le acaricio la mejilla de forma muy sutil.

—No deberías estar aquí.

—Estoy donde tengo que estar.

—Pero os fuisteis ayer y has tenido que volver a hacer el viaje.

—No importa. Ya estoy aquí.

—Pero…

—Ari, para. Deja de pensar, ¿vale? Vamos a hacer una maleta, montarnos en el coche e irnos de vuelta a casa de mis padres.

Sus ojos siguen llorosos, pero no suelta ni una lágrima.

—Está bien. Dame cinco minutos.

—Los que necesites.

Aparece poco después con una maleta de mano y vestida con otra ropa. Ni siquiera me he dado cuenta de que seguía en pijama.

—Podemos irnos.

—¿Lo llevas todo?

—Creo que sí. Si se me olvida algo, mala suerte.

—Vamos, entonces.

Salir de la ciudad es otro reto, pero, con los nervios calmados, se ve todo de una manera distinta. Quiero alargar todo el rato la mano hacia Arizona para transmitirle que no está sola. Se ha dejado caer en el asiento cuando se ha montado y no quita la mirada del frente.

—¿Puedo poner algo de música? —me pregunta.

—Claro, pon lo que quieras.

—Me molesta el silencio en estos momentos —me confiesa. Habla todo el rato con un tono muy bajo de voz.

—¿Por qué?

—Hay veces que siento que el silencio suena muy fuerte en mi cabeza.

—Lo entiendo.

—¿De verdad?

—Sí, a veces el peor ruido no es el que suena fuera, sino el de dentro.

No soy capaz de mirarla mientras lo digo. Y no es porque deba mirar a la carretera, sino porque no estoy seguro de aguantar las ganas de llorar que tengo desde que la he visto. Sé que mis sentimientos hacia Arizona son más fuertes de lo que lo han sido por nadie nunca. Es posible que nunca me corresponda, pero no me importa. Arizona se ha colado en mi vida y quiero que la compartamos de la manera que sea.

—¿Cuándo te ha dicho que se iba?

—Anoche. Cuando llegué de pasar la tarde contigo, en la puerta había una maleta. Salió arreglada, con el bolso en la mano, y me dijo que un amigo la había invitado a pasar unos días a los Hamptons. Ni siquiera vi un poco de pena en su cara, Aiden. Solo esa inexpresión de siempre. —Lo cuenta como si pudiera reproducir imagen a imagen lo que pasó—. Encima, tuvo el valor de decirme que es un día como otro cualquiera. Cuando conseguí reaccionar, llamé a Jay y a Harper. Nos hemos vuelto locos intentando encontrar un vuelo, pero no hay nada. Me he sentido tan sola, Aiden…

—No lo estás. —Ahora sí alargo la mano y aprieto su pierna con suavidad. Ella me agarra con fuerza.

—Ya no.

—No, Ari, no lo estás nunca. Están tus hermanos, tu padre, está Gala y estoy yo. Nunca estás ni estarás sola.

—El problema es que a veces sí me siento sola… Muchas, en realidad.

Aparco en el mismo sitio que he dejado libre antes de irme a buscarla, paro el motor y me coloco de lado en el asiento mirando hacia ella.

—Prométeme una cosa.

Ella se pone en la misma posición.

—¿El qué?

—Que, cuando te sientas así, me llamarás. Y no me digas que no quieres molestar a nadie ni

ese tipo de estupideces. Me llamarás, ¿prometido?

—Prometido. —Extiende el dedo meñique en un gesto que me recuerda a mí cuando era adolescente.

Enredamos los dedos y las miradas. Ya no veo la misma tristeza que hace una hora, pero sí un vacío que antes no estaba. Quiero llenarlo. Con sonrisas, recuerdos, palabras y gestos. También con besos y caricias. Con sexo de madrugada y complicidad. Quiero llenarlo con todo lo que me hace sentir para que no se le olvide nunca que es mucho más que suficiente, porque ni siquiera esa palabra se aproxima a lo que es ella.

—Será mejor que entremos. —No quiero romper el momento, pero tampoco podemos quedarnos aquí eternamente—. Mi madre o mi hermano no tardarán en salir. Estoy seguro de que han estado pendientes.

—¿Seguro que no les importa que me quede?

—Seguro. Apuesto a que mi madre está encantada.

—¿Y eso?

—Le encanta tener la casa llena de gente y disfrutar de estas fiestas todos reunidos.

No puedo decirle que mi madre me conoce demasiado como para saber lo importante que es para mí Arizona. Y que le cuento muchas cosas de ella. Menos las que tratan de Sharon, esas prefiero guardármelas, son demasiado personales. Aunque, después de hoy, no podré escondérselo. Merece una explicación de por qué he salido corriendo a buscarla.

—Entonces no los hagamos esperar.

Cogemos la maleta y entramos en casa.

—Aiden, ¿eres tú? —Oigo los pasos de mi madre acercarse.

—Eso parece.

Nos sonríe desde la cocina cuando entramos en el comedor. Se acerca a Arizona y la abraza. Muy fuerte. Mi madre busca mi mirada y, en silencio, me pregunta qué ha pasado. Le hago un gesto con los dedos para indicarle que luego se lo cuento.

—¿Has comido algo, cariño? —le pregunta mi madre. Ella niega con la cabeza—. Ven, aún queda desayuno preparado. O puedo hacerte tortitas o lo que te apetezca. —La obliga a sentarse en uno de los taburetes de la isla de la cocina—. ¿Te gustan los huevos y el beicon?

—Sí, me encantan.

—Puedo hacerte tortitas también, lo que tú prefieras.

—No hace falta, con los huevos y el beicon está bien. No tengo mucha hambre.

—Come lo que te apetezca, ¿vale? Pero necesitas comer algo.

La sensibilidad de mi madre siempre me ha parecido un don. Todavía no le he contado qué es lo que ha pasado y, sin embargo, ella actúa como si lo supiera. Como si, al mirar a los ojos a Arizona, ella le hubiera contado cada uno de sus secretos. Algunos que ni yo mismo conozco.

—¿Te apetece un zumo? —le pregunto.

—¿Puede ser café?

Sonrío y asiento. Le preparo uno con leche y sirope de arce; es lo más parecido al caramelo que tenemos en casa. Preparo otros dos sin sirope para mi madre y para mí.

Me siento al lado de Arizona y mi madre se queda enfrente de nosotros, con su café entre las manos. Observa a Arizona mientras come.

—He preparado la habitación de Maddy para Arizona y la de invitados, que es más grande, para Maddy; así ellos estarán más cómodos con las niñas —me dice. Lo que no dice es que ha preparado la de Maddy porque su habitación y la mía están pegadas.

—Gracias, mamá. Cuando termines de desayunar —me dirijo a Arizona—, te enseño la

casa y tu habitación. Te puedes dar una ducha si quieres.

—Me vendría genial esa ducha. ¿Vamos?

—¿Has terminado? —pregunto.

—Sí, tengo el estómago un poco cerrado —me confiesa con vergüenza.

—No pasa nada, cariño —le dice mi madre mientras recoge el plato—. La ducha seguro que te hace sentir mejor y te vas a cansar de comer estos días.

—Gracias, Rose.

Cojo la maleta que hemos dejado en la entrada y Arizona me sigue al piso de arriba. La habitación de mi hermana no se parece en nada a como era cuando vivía aquí. Mis padres la reformaron cuando Maddy fue madre para que pudieran venir a visitarnos y se sintieran cómodos. La cama individual se convirtió en una de matrimonio, con una supletoria debajo para las niñas. Quitaron los pósteres y todas las cosas que decoraban las paredes y dejaron solo las fotografías. Es mucho más sencilla. Aun así, sigo encontrando a mi hermana en cada uno de sus rincones. Siempre será su sitio, pase el tiempo que pase.

Arizona se acerca a la cama y acaricia la funda que ha puesto mi madre. Ha colocado la de flores lilas y amarillas. No sé si es porque se ha acordado de que a Arizona le encantan las flores; no recuerdo siquiera habérselo contado, pero es posible.

—Me encanta, es preciosa. No hacía falta que se tomara tantas molestias.

—No es molestia. Ya te he dicho que a mi madre le encanta tener gente en casa.

—No me merezco tanto.

Me acerco a ella en dos zancadas y le levanto la barbilla para que me mire.

—¿Qué te he dicho sobre merecer?

—Lo siento, no puedo evitarlo.

—Pues estos días se acabó decirlo. Cada vez que lo digas, me deberás un café.

—Es posible que acabe debiéndote demasiados cafés para tu salud.

—No, porque vas a dejar de decirlo.

—Lo voy a intentar.

—Así me gusta. Ven. —La cojo de la mano y la llevo al baño. Nuestras habitaciones tienen puertas que comunican directamente con él sin necesidad de salir al pasillo—. Mi habitación es justo la que está al otro lado de esta puerta. Si necesitas algo, solo tienes que entrar.

—Vale. ¿Puedo darme un baño? No quiero molestar, pero me vendría genial para quitarme toda esta mierda que me recorre desde anoche.

—Claro que puedes. Ve a la habitación a por las cosas, yo lo preparo.

—No hace falta.

—No, pero quiero.

Abro el grifo, espero a que salga el agua caliente —muy caliente, como a ella le gusta— y pongo el tapón. Voy al baño de mi madre, donde tiene sales y jabones aromáticos, y vuelvo. Cuando está casi listo, Arizona se asoma con la ropa para cambiarse y la bolsa de aseo.

—Te espero abajo. Si quieres algo, me pegas un grito.

—Gracias, Aiden, de verdad que no te haces una idea de lo que esto significa para mí.

Me acerco a ella y le doy un beso en la cabeza antes de irme.

—Iría veinte veces más a por ti si hiciera falta.

Antes de que pueda decir nada, salgo y bajo con paso apresurado las escaleras. Mi madre sigue en la cocina, con la taza de café en la mano, perdida en sus pensamientos. Se le ha debido de quedar frío.

—¿Mamá?

—Dime, hijo.

—¿Estás bien?

—Sí, sí. Solo estaba pensando. ¿Qué ha pasado, Aiden? ¿Por qué parece como si se hubiera muerto alguien?

Tal vez porque una parte de ella lo ha hecho.

—Prométeme que no le dirás nada a nadie. Ni a papá.

—Parece mentira que no me conozcas.

—La madre de Arizona es… No quiero insultarla, pero no es una buena persona. Iba a pasar Acción de Gracias con ella, la Navidad la pasa con su padre. —No sé por qué hago esa aclaración—. Pero, a última hora, su madre le dijo que le habían salido unos planes y que se marchaba. La ha dejado sola.

—¿Qué? Seguro que tiene algún motivo para ese cambio de última hora.

—Lo dudo. Ella actúa así siempre. Al principio, pensaba que tal vez Arizona exageraba y era la percepción que ella tenía de la situación, pero con el tiempo me he dado cuenta de que no. Su madre la ignora y la trata como si no fuera su hija.

—¿Cómo es posible que una madre actúe de esa manera? ¿Cómo puede dejarla sola en un día así? Hay algo que se me escapa.

—No lo sé, mamá. Desde que la conozco, por lo que me ha contado, no comparten la mejor relación, pero no pensaba que podía llegar a estos límites.

—Quizá sea por cómo entiendo la maternidad, pero nunca sería capaz de haceros eso. Incluso aunque estuviéramos enfadados, haría todo por que las cosas se solucionaran y pasáramos estos días juntos. En realidad, dudo que pudiera estar mucho tiempo enfadada con vosotros.

—El sentimiento es mutuo. Odio cuando discutimos.

—¿Desde cuándo su relación es así?

—Le cuesta hablar de ese tema. Lo evita. Cuando lo menciona es porque no puede más. Por lo que me ha contado, creo que desde siempre. De hecho, piensa que se merece que su madre la trate así porque ella no es alguien a quien merezca la pena querer y conocer.

—Joder. Los padres olvidamos el poder que tenemos de herir a nuestros hijos. A veces, de maneras tan profundas que arraigan emociones como esas. No debería sentirse así. Estoy segura de que merece mucho la pena. No creo que hubieras salido corriendo de casa para ir a buscarla si no fuera así.

—Es increíble, mamá. En el sentido más amplio de la palabra. Y no sé qué hacer para que lo vea.

—Ay, cariño, eso es algo que solo ella puede cambiar y es complicado cuando es tu madre la que te hace sentir así.

—Su madre no le hace bien, pero tampoco sé cómo hacerle ver que puede alejarse de ella si rompe el contrato que las ata. Después, será libre.

—¿Contrato? ¿Qué contrato?

—Su madre también es su agente. Tienen un contrato hasta agosto del año que viene. Lleva unos meses planteándose qué hacer con él. Entiendo sus dudas, aunque, después de esto, espero que sea capaz de romperlo sin mirar atrás. Porque su madre no merece nada de ella, ni siquiera la tristeza que la rodea en estos momentos.

—Uff, es complicado, Aiden. Es su agente, pero también es su madre. Puede que ese contrato sea lo único que las une, al mismo tiempo que las ata. Dale tiempo. Necesita tomar sus propias decisiones esta vez.

—Necesita ser feliz, mamá.

—Todos necesitamos eso, cariño, pero para hacerlo también tenemos que ser nosotros los que decidamos y pongamos los límites. Si no es así, nunca conseguiremos avanzar. Creo que lleva demasiado tiempo atada a lo que otros han querido y ahora necesita ser ella quien tome sus propias decisiones.

—Me duele mucho verla así. —Mi madre se acerca a mí y yo me dejo abrazar.

—Lo sé. Pero solo puedes estar a su lado para demostrarle que no está sola y que vas a acompañarla y ayudarla en todo.

No digo nada más. Me quedo acurrucado en mi madre. Su mano me acaricia el pelo y yo aguanto las lágrimas de la rabia contenida. Ostras, se me ha olvidado escribirle a Jay. Tengo que avisarlo de que Arizona ya está conmigo. Me suelto de mi madre y lo hago.

—Oye, ¿y Mike? —Acabo de darme cuenta de que mi hermano no está en casa y que no lo he visto cuando hemos llegado.

—Lo he mandado a comprar mientras os esperaba. No creo que tarde mucho en volver.

—Como sigas comprando comida, vamos a poder hibernar…

—Veremos lo que queda de aquí al domingo, listillo.

En ese momento, las campanitas que siguen en la puerta suenan.

—¿Me ayudáis? —nos grita mi hermano.

El coche va tan lleno que no sé si ha quedado algo en el supermercado para los demás. Dejamos las bolsas en la cocina.

—¿Por qué hay tres tipos de cereales diferentes? Solo te pedí unos.

—A Arizona le gusta mezclarse los de chocolate y los de miel. Los otros son para las peques.

Veo como se sonroja. Esa es la manera en la que Arizona se ha colado en nuestras vidas. Hasta Mike sabe qué cereales le gustan y cómo le gusta comérselos. Es su gesto para animarla. Mi madre no dice nada y sigue colocando las cosas. También ha comprado cacao y caramelo para que pueda hacerse los cafés como le gustan. Mike puede parecer pasota o que no presta atención a las cosas, pero luego tiene gestos cotidianos que demuestran lo mucho que en realidad se fija en todos los detalles e intenta cuidarlos para los demás.

Pasamos un buen rato colocándolo todo. En eso estamos cuando me vibra el móvil en el bolsillo.

Cece
¿Puedes subir un momento, *porfi*?

36

ARIZONA

Me quedo un buen rato dentro del agua. Me encantaría quedarme todo el día y que todo lo que siento se fuera por el desagüe. Al mismo tiempo, quiero bajar y pasar tiempo con Aiden, ayudar a su madre con cualquier tarea y distraer mi mente. Necesito dejar de pensar. Sé que Aiden tiene razón y que los pensamientos que repito en bucle cuando pasa algo así con mi madre no son la realidad. La tristeza es real, pero no es verdad que no merezca la pena, porque la única que no la merece es ella. No tengo la culpa de sus acciones; yo solo puedo responsabilizarme de cómo gestiono lo que me hace sentir con ellas.

Después de lo de anoche, he tomado la decisión de hablar estas Navidades con mi padre. Quiero terminar el contrato que me une a mi madre. Eso conlleva muchas otras decisiones y cambios, pero no puedo seguir así; no quiero, en realidad. Me he cansado de odiar mi casa, de sentirme en una jaula, de estar rota por dentro cada vez que la tengo a mi lado. Como si no sirviera para nada. Y para que todo eso cambie, tengo que empezar por romper todo vínculo con ella. Aunque, solo de pensarlo, me desgarro por dentro.

Me siento más liviana cuando salgo y me envuelvo con la toalla que me ha dejado Aiden. Cuando estoy lista, me doy cuenta de que no tengo ni idea de dónde guardan el secador, así que le escribo a Aiden. Tarda muy poco en aparecer.

—¿Estás bien?

Me sale una pequeña sonrisa al notar la preocupación en su voz.

—Sí. Pasa.

Sigue con el chándal con el que me ha venido a recoger, que seguro que se ha puesto esta mañana después de ducharse para estar cómodo en casa. Saber que ha salido corriendo a por mí me encoge el corazón. Cuando he oído su voz en el telefonillo y lo he visto salir del ascensor, casi rompo a llorar. Ha sido como ese primer rayo que asoma entre las nubes después de una tormenta muy fuerte. Ahora, aquí plantado delante de mí, con su cara de preocupación, tengo ganas de abrazarlo y no soltarlo nunca.

—¿Qué pasa?

—Solo necesito que me dejes un secador.

—Espera, está en el baño de mis padres. —Vuelve con él y con un taburete en la otra mano. Lo pone en medio del baño—. Siéntate.

—¿Para?

—Voy a secarte el pelo.

No rechisto. Sabe que me encanta, y ese gesto es otro más que se suma a la complicidad tan grande que hemos construido el uno con el otro. Me cepilla el pelo antes de secármelo y cierro

los ojos para disfrutar el momento. Es lo último que necesitaba para que este baño sea perfecto. Me relaja tanto que casi me quedo dormida.

—Ya estás. —Veo nuestro reflejo en el espejo. Aiden ya no tiene el ceño fruncido; parece más relajado y yo tengo mucha mejor cara.

—Me asusta lo bien que sabes secar el pelo.

—He cogido práctica en estos últimos meses. —Me guiña un ojo y yo sonrío.

—No sé de quién será la culpa.

—Yo tampoco.

Me ayuda a recoger y bajamos al comedor. Mike aparece con varias cajas. No sé cómo puede andar con ellas; apenas se le ve por encima.

—¿Por qué sacas las cajas de los adornos de Navidad?

—Mamá me lo ha pedido. Dice que, ya que vamos a estar todos juntos y vienen las niñas, podemos ponerlo entre todos.

—Esta mujer cada año lo quiere poner más pronto.

—Es bonito. —Mike se encoge de hombros—. Hace años que no ponemos con mamá la decoración. Además —baja el tono para que solo lo oigamos nosotros—, creo que la presencia de Ari la ha animado a hacer estos días memorables.

Esta familia quiere que rompa a llorar de emoción en algún momento. Me lo van a poner muy difícil. No creo que sepan lo importante que es esto para mí. Desde los diez años no he tenido un Acción de Gracias en familia.

—Solo con pasar estos días con vosotros, ya va a ser memorable.

—Eso seguro. No tienes ni idea de dónde te has metido.

El buen humor de Mike se me contagia. Ayudamos a traer el resto de cajas. Está claro que a Rose le encanta la Navidad. Las dejamos donde nos indica y nos obliga a sentarnos en el sofá mientras ella prepara la comida. Me presto a ayudarla, pero se niega.

Me siento pegada a Aiden; quiero tenerlo cerca. Si algo he tenido claro esta mañana, cuando lo he visto aparecer, es que puedo negar todas las veces que quiera mis sentimientos hacia él, pero eso no hace que cambien. Puedo tener todo el miedo del mundo que él seguirá ahí. Después de todo lo que conoce de mí, creo que es estúpido afirmar que solo lo quiero como amigo. Nuestro vínculo va mucho más allá. No quiero alejarlo de mí; lo quiero lo más cerca posible.

Mike nos lanza una manta que Aiden coge al vuelo y nos tapa con ella. Se coloca de forma que pueda acurrucarme a su lado. Ponen en la tele reposiciones de partidos de baloncesto. Empieza a darme sueño y bostezo.

—¿Has dormido algo esta noche?

—No mucho. Estuvimos buscando vuelos hasta bien entrada la madrugada y, luego, cada vez que cerraba los ojos veía la imagen de mi madre con su cara de indiferencia mientras me decía que se iba. No he conseguido dormirme.

—Duérmete un rato, te despierto cuando vayamos a comer.

—Me sabe mal.

—Duérmete y deja de decir tonterías.

—Estás muy mandón hoy.

—Solo porque me preocupo por ti.

Me acurruco más en su pecho y me quedo dormida. Sus caricias en el pelo me despiertan. Miro el reloj que tenemos enfrente y es casi la hora de comer. He dormido dos horas.

—Te iba a despertar enseguida —me susurra mientras me da un beso en la cabeza—. ¿Has descansado?

—Más que en toda la semana.

—¡Niños, poned la mesa! La comida va a estar enseguida —grita Rose.

—Estos días te darás cuenta de que nuestra madre sigue tratándonos como si aún tuviéramos diez años —dice Mike mientras se estira para incorporarse.

«Eso es bonito», pienso. Mi madre no me ha tratado como a una niña ni cuando lo era. Las únicas veces que ha usado un apelativo cariñoso era porque quería convencerme de algo, distraerme de su intención real y ablandarme. Con cada año que pasaba, nuestra relación se ha ido distanciando más y mi esperanza se deterioraba como una tela vieja y raída.

37

ARIZONA

Paso la tarde ayudando a Rose a hacer galletas y dulces para el día siguiente. Me encanta la repostería. Me relaja medir cantidades exactas, hacer los movimientos envolventes, decorar y que quede todo bonito.

—¿Sacas la bandeja y colocas las galletas ahí, *porfa*? Así preparo estas para meterlas.

—Claro. Huelen tan bien que tengo ganas de darles un bocado.

Suelta una carcajada. La risa de Rose se parece mucho a la de Aiden. En realidad, se parece muchísimo a su madre. Físicamente no, solo en los ojos. Pero, mientras paso tiempo con ella, me doy cuenta de la cantidad de cosas en las que su hijo se asemeja a ella. Sobre todo, en la manera de mirarme, tan transparente y apacible que me hace sentir como si la conociera de toda la vida.

—Luego nos comemos una sin que estos dos se enteren. —Les echa un vistazo. Aiden y Mike llevan toda la tarde jugando a la Play—. No sé cómo les puede gustar tanto esa maquinita.

—Es divertida.

—¿A ti también te gusta?

—No juego mucho, en casa no tengo, pero Jay sí. Me gustaba jugar con él cuando era más pequeña.

—¿Jay es tu hermano?

—Sí. En realidad, es mi hermanastro; es hijo de la pareja de mi padre. Igual que Harper. Solo que ambos para mí son como hermanos.

—Eso es bonito. Al final, los vínculos no tienen tanto que ver con dónde naces, sino con cómo se construyen las relaciones.

—Supongo que sí.

—Estoy segura de ello. Tengo amigas a las que quiero y a las que veo más que a mis hermanas porque, con los años, hemos construido un vínculo especial. No digo que no queramos a nuestra familia, sino que, para quererla, hace falta algo más que la genética.

—Eso es lo que tenemos nosotros. Los quiero por lo que somos juntos, no por quiénes son.

—Eso es, cariño, las relaciones son así. —Mete la última bandeja de galletas al horno—. Aquí ya hemos terminado. Vete a jugar un rato con ellos.

—Te ayudo a recoger.

—No, no. De eso nada. Ya me has ayudado muchísimo. Ahora vete con ellos.

—¿Seguro? No me importa ayudarte.

—De verdad. —Me agarra de los hombros y me empuja hacia el comedor—. Coge una galleta antes, anda, que te la mereces.

Cojo una, parto un trozo y me la meto en la boca. Aún están un poco calientes.

—Dios, están superbuenas.

—Riquísimas. —Le da un bocado a una y me guiña un ojo—. He tenido una buena ayudante.

Los chicos están sentados el uno al lado del otro y se dan órdenes; yo me siento en el suelo, cerca de Aiden.

—¿Ya habéis terminado? —me pregunta.

—¡No te distraigas! —le grita Mike.

—Sé hacer dos cosas a la vez.

En ese instante, los matan y se acaba la partida. Suelto una carcajada. Mike le da una colleja a su hermano y él se la devuelve.

—Vamos a jugar otra —le dice Aiden.

—¿Puedo jugar con vosotros? —Le doy un trozo de galleta para que la pruebe.

—¿Para mí no hay? —Mike me mira con cara de cordero degollado.

—Solo si me dejáis jugar.

—Nos ha salido chantajista la niña… Está bien. Pero, si eres demasiado mala, a la siguiente te quedas sentadita mirando.

—Hecho. Aunque no os decepcionaré.

Jugar con ellos es muy divertido. Me lo paso tan bien que hasta en un momento se me saltan las lágrimas de la risa. Mike es un gritón y un mandón. Le encanta dirigirnos a Aiden y a mí. La mayor parte del tiempo no le hacemos ni caso y vamos a nuestra bola. Llevamos varias partidas cuando oímos las campanitas de la entrada.

—Ese es papá con Maddy —dice Aiden.

—Al final le voy a dar la razón a tu madre y ha sido buena idea poner un carrillón en la puerta de entrada. —Antes me han contado la historia de por qué a su madre le pareció una idea estupenda ponerlo dentro de casa en lugar de fuera.

—Nunca se lo digas, por favor —me ruega.

—Hostia, qué tarde es. —Ambos paran el juego a la vez y miran por encima del hombro en dirección a la puerta de la entrada. Yo me incorporo para ver, pero lo único en lo que me fijo es en el perfil de Aiden. Está muy guapo, relajado. De su cara ha desaparecido la preocupación que tenía esta mañana, cuando ha aparecido por mi casa.

—¡Rose, chicos! Ya estamos aquí.

La voz del que imagino que será el padre de Aiden se mezcla con los gritos de dos niñas pequeñas que llaman a su abuela y entran corriendo como un vendaval. Los chicos se levantan para saludar a su hermana y a las niñas. Aunque los sigo, me quedo rezagada. Si Aiden supiera lo que pienso en estos momentos, mientras los veo abrazarse, me haría invitarlo a un café o a dos. No puedo evitar pensar qué hago aquí, en estos días que son para la familia. No me he sentido fuera de lugar desde que he llegado, pero, aun así, mi mente no para de darle vueltas a ese hecho.

Aiden se vuelve para buscarme. Extiende su mano para que la coja y tira de mí para dejarme pegada a su costado.

—Maddy, te presento a Arizona.

—¡Qué ganas tenía de conocerte! —Me abraza de la misma manera que lo ha hecho esta mañana su madre—. Que sepas que la seguidora fiel de esta familia soy yo, que llevo años viendo tu trabajo.

—¿Y Josh? —pregunta Mike con una de las niñas en brazos.

—Ahora viene, está sacando las cosas del coche. —Maddy coge a la niña—. Mira, Debbie, te presento a Arizona.

—Hola —dice con vergüenza al mismo tiempo que mueve su manita.

—Hola, Debbie.

La otra niña tira del pantalón de su madre para que le haga caso.

—¿Es la novia de Aiden, mamá?

—No, cariño, es solo una amiga. —Maddy pone los ojos en blanco—. Ella es Sue.

—Hola, Sue, yo soy Arizona.

Me agacho para tenerla a mi altura y ella se lanza a mis brazos con tanta fuerza que me desestabiliza y hace que me caiga de culo. En esta familia son muy de abrazarse.

Un chico joven, tan alto como Jay, aparece junto con el que imagino que es el padre de Aiden, que no sé cuándo ha desaparecido, si hace unos momentos estaba aquí. El chico joven se me queda mirando mientras me incorporo con Sue en brazos.

—Maddy, ¿ella no es…? —Ella le da un codazo y le dice algo entre dientes que no consigo oír, pero que me hace gracia.

—Hola, yo soy Arizona.

—¡Perdón, eh! Ha sido el *shock* inicial. Soy Josh, el marido de Maddy. —Extiende su mano como puede. Lleva tantos trastos encima que ni siquiera sé cómo se sostiene.

—Yo soy el padre de estas criaturas. De los mayores, digo. Puedes llamarme Michael. —Alarga también la mano y se la estrecho.

—¿Sabes hacer trenzas? —me pregunta Sue.

—Estás de suerte. Sé y me encanta hacerlas.

—Primero, organizar y ducha. Después, si hay tiempo, te hace trenzas —le dice su madre.

—*Jope*, ya me duché ayer.

—Hay que ducharse todos los días, Sue.

—Ya me encargo yo de la ducha. Id a organizar todos los trastos que traéis. No sé cómo os han dejado montar en el avión con tantas cosas. —Rose le coge de los brazos a Debbie, y Sue me pide que la baje.

—¿No puede bañarnos ella? —Me señala Sue.

—Quizá otro día —responde Maddy.

—Los mayores, cuando decís eso, es que no va a pasar.

—Mañana os ducho yo, ¿vale? —le digo.

—¿De verdad?

—Prometido.

Rose se pierde con las niñas en la planta de arriba. La oímos decirles que a su madre tampoco le gustaba bañarse cuando era pequeña y todos nos reímos. Noto que el móvil me vibra en el bolsillo. El nombre de Harper ilumina la pantalla. Le hago un gesto a Aiden para indicarle que me voy arriba a responder y asiente. Me encierro en la habitación justo a tiempo de coger la llamada antes de que cuelgue.

—Ya pensaba que no lo ibas a coger.

—Perdona, acaba de llegar la hermana de Aiden.

—¿Cómo estás?

—Mejor, más tranquila, la verdad. ¿Y vosotros?

—Ahora mejor, estábamos preocupados. Aunque Aiden ha avisado a Jay, no sabíamos nada de ti. Pensábamos que estabas enfadada.

—Lo siento. No estoy enfadada, solo me sentía frustrada con la situación y lo pagué con vosotros. Es… —Aguanto la respiración para no echarme a llorar.

—Es un asco, lo sé.

—Si solo fuera eso… —Suspiro—. No puedo más, Harper. Necesito dejar de sentirme como si fuera una mierda cada día de mi vida.

—¿Vas a hacerlo?

—Sí, estas Navidades hablaré con papá, tanto del contrato como del futuro. Quiero que revisemos cuentas y un largo etcétera. Hay muchas cosas que he dejado pasar. Primero, porque era menor de edad y, después, porque no pensaba llegar a este punto, pero no puedo más. Tengo que alejarme de ella.

—Sabes que vas a tener nuestro apoyo para todo y que Charles no te va a dejar sola.

—Lo sé. Sé que me vais a ayudar, sé que esto no va a ser como la otra vez.

—Ahora eres mayor de edad. No va a poder contigo. Y, si intenta manipularte, nosotros estaremos ahí para hacértelo ver.

—Lo va a intentar, eso es seguro. Aunque siento que esta vez se ha roto algo dentro de mí, ¿sabes? Como si la última esperanza que me quedaba se hubiera quemado y solo quedaran cenizas y humo.

—Ojalá pudiera abrazarte, Ce. No quiero que te sientas así. Son tantas cosas las que pienso que ojalá hubiéramos hecho todo de otra forma.

—No podíamos hacer nada.

—Hace doce años no, pero quizá hace tres sí.

Hace doce años la mudanza nos pilló de improviso a todos; mi madre se encargó de que nadie supiera nada hasta que estaba todo organizado. Yo era pequeña. Lo lógico era que me fuera con mi madre, aunque lo que quisiera fuera quedarme con mi padre. Harper tampoco podía hacer nada, era una cuestión de custodia. Y hace tres, cuando decidí renovar el contrato, tampoco hubiera podido porque no le conté a nadie lo que iba a hacer. Aunque por mucho que me hubiera dicho, lo habría firmado igual.

—Da igual, Lele, ahora da igual. Lo importante es lo que haga a partir de ahora. El resto ya no podemos solucionarlo. No podemos volver atrás.

De la misma manera que tampoco puedo hacer que mi madre me quiera.

—Tienes razón. Oye, escribe a Gala, está preocupada.

—Ahora la llamo.

—Podríamos hacer una videollamada las tres.

—Venga. Colgamos y la llamamos.

Paso un buen rato hablando con ellas. Jay se une al poco de empezar y me hacen olvidarme de todo. Cuelgo cuando la cabeza de Aiden se asoma por la puerta para avisarme de que vamos a cenar en diez minutos.

—Pareces más contenta.

—Lo estoy. Hablar con ellos me hace feliz. —Me atrae hacia él y me besa la cabeza.

—Me gusta verte así.

Bajamos las escaleras cogidos por los hombros y no nos soltamos. Su familia nos ve llegar y siguen hablando como si no se hubieran dado cuenta de ese gesto tan íntimo. Y no solo porque vamos agarrados, sino por lo que transmitimos el uno al lado del otro.

Con Aiden, en los últimos meses, cuando lo tengo cerca siento la necesidad de ese contacto. Me da seguridad y calma, y otros sentimientos que he dejado guardados hasta ahora. Quiero que florezcan. Quiero que crezcan, se hagan bonitos y me llenen esos huecos que he dejado mucho tiempo vacíos porque me daba pánico que, una vez llenos, se volvieran a vaciar de golpe.

38

AIDEN

Alguien llama a la puerta. No es posible que sea ya la hora de despertarse; acabo de meterme en la cama. Hago como si no lo hubiera oído. Vuelven a insistir.

—¿Qué?

—Aiden, ¿puedo pasar?

Doy un salto cuando la voz susurrada de Arizona suena detrás de la puerta que comunica el baño con nuestras habitaciones. La abro. Lleva un pijama gordito azul oscuro, con dibujos de flores en un azul un poco más claro.

—¿Puedo dormir contigo?

—Claro.

Entra en la habitación y se sienta en una esquina de la cama con las piernas cruzadas. Estira las mangas de la camiseta con las manos, como si quisiera protegerse, y se muerde el labio. Me siento a su lado y le cojo las manos.

—¿Estás bien?

—No. —Noto como le duele reconocerlo. Sus ojos buscan los míos—. Cuando cierro los ojos, las palabras de mi madre resuenan una y otra vez, en bucle. Las de ayer y otras. Es como si se hubieran despertado miles de recuerdos que tenía dormidos y que no paran de aparecer.

—¿Qué recuerdas? —Niega con la cabeza—. En algún momento tendrás que hablar de ello, Ari. Tarde o temprano.

—Son tantas cosas. He recordado la tristeza que he sentido cada Acción de Gracias desde que llegamos a Nueva York, los veranos encerrada en una sala de la agencia mientras ella trabajaba, las veces que se ha ido de viaje sin mí… —Hace una pausa antes de continuar, se nota que está aguantándose las lágrimas—. He pensado en el tiempo que hace que no me pregunta cómo estoy… Llevo tanto tiempo callando que me ha venido todo de golpe.

—Es normal, todo lo que se queda dentro acaba por salir de alguna forma.

—Me duele tanto… —La acerco a mí y la abrazo fuerte—. Sé que debo hablar de todo esto, pero ahora mismo necesito que mi cabeza pare para poder descansar.

—Está bien. —Me separo de ella para coger el mando de la tele. Suelo dormirme en absoluto silencio, pero tengo la sensación de que le irá bien que veamos una película—. ¿Qué te apetece ver?

Me tumbo a su lado. Mientras buscaba el mando, se ha metido dentro de la cama y se ha tapado con el nórdico. Ella siempre duerme en el lado izquierdo y yo en el derecho.

—Me da igual.

—¿Serie o peli?

—Podríamos ver una serie. —Es solo un gesto, pero para mí dice muchas cosas. De la misma manera que, cuando me conoció, pensaba que no nos veríamos mucho, ahora espera lo contrario. Es su forma de decirme que quiere quedarse.

—Venga. ¿Una comedia?

—Por favor.

—También podemos ver un drama adolescente de esos que te gustan.

—Qué gracioso. —Intenta mirarme mal y me da un pequeño golpe con el hombro—. Mejor comedia.

Trasteamos con el mando un buen rato hasta que ponemos *The Middle*. Ambos hemos visto capítulos sueltos en la tele, pero nunca la serie entera. Al principio del quinto capítulo se queda dormida abrazada a mí y poco después caigo rendido también.

Para ninguno de los dos ha sido un día fácil. Para ella, por cuestiones obvias; para mí, por la rabia y la impotencia que siento cada vez que su madre la destroza de esa manera. Ni siquiera es consciente del daño que le hace. En el fondo, estoy seguro de que ella piensa que su hija no vale más que para posar delante de una cámara y llenarle los bolsillos. No le importa que por dentro la haya roto. No parece importarle nada más allá de lo profesional. Y aunque Arizona sabe que lo que opina su madre no es verdad, cuando llevas tanto tiempo sintiéndote de esa manera, es difícil diferenciar entre lo que es real y lo que no. De la misma manera que es difícil aceptar que la persona que te hace tanto daño y de la que tienes que alejarte es tu madre.

39

ARIZONA

Hemos dormido casi diez horas seguidas. Solo los golpes de Mike en la puerta y los chillidos de sus sobrinas consiguen despertarnos.

—¿Por qué no salen, tío? ¿Están haciendo cosas de mayores?

—No estoy seguro, pequeña. ¿Por qué no bajas con mamá y la abuela? Ahora mismo bajamos los tres.

—No creo que vayas a levantarlos, pero vale.

Parpadeo varias veces hasta que me acostumbro a la luz. Me sigue haciendo gracia cómo Aiden se rasca los ojos por la mañana; parece un niño pequeño. Hemos amanecido de la misma manera que nos dormimos: mi cabeza apoyada en su pecho, su brazo alrededor de mí, el mío en su cintura, agarrada a su camiseta, como si pensara que se va a marchar.

—Será mejor que salgamos. Mike es capaz de tirar la puerta abajo.

—¿Cerraste?

—Sí, por si acaso.

—Me ducho corriendo, ¿vale?

—No hay prisa.

—Tu hermano no parece pensar lo mismo.

—Ignóralo.

Me voy a la otra habitación para coger ropa para cambiarme y me meto en la ducha. Escucho la conversación a medias de Mike y Aiden al salir. Parece que han quedado para jugar un rato al baloncesto con su amigo Finn.

—¡Ya puedes ducharte! —le grito mientras vuelvo a la habitación para terminar de arreglarme.

Hago tiempo hasta que cierra el grifo del agua. No me apetece bajar sola después del comentario de su sobrina. Espero que no piensen nada raro. No pasaría nada, pero siguen dándome vergüenza estas situaciones. Aún estoy procesando que no sobro en esta casa, como para que encima cuchicheen sobre lo que puede que hagamos Aiden y yo por las noches, que no puede ser más inocente.

—Buenos días —digo. Toda la familia está sentada alrededor de la barra desayunando. Aiden se acerca a su madre, le da un beso en la mejilla y coge dos tazas para servirnos café.

—Arizonaaa. —Sue corre hacia mí; la atrapo antes de que me golpee y la aúpo.

—Buenos días, pequeña.

—La abu ha hecho tortitas, ¿te gustan?

—Me encantan.

Me siento en uno de los taburetes, con Sue sentada en las piernas. Rose me pone un plato con tortitas, sirope de arce y fresas.

—Aiden me contó que te gustan así.

—Hablando del rey de Roma… —dice su padre—. ¿Qué? ¿Se os han pegado las sábanas?

—Son vacaciones, es momento de descansar.

—Hasta yo me he levantado antes que vosotros. —Nos señala Mike con la boca llena.

—No mientas, te has levantado porque esta pequeñaja de aquí —Maddy se acerca a Sue, que sigue encima de mí, y empieza a hacerle cosquillas— ha ido a despertarte.

—Que te den.

—¡Esa boca! —lo regaña su hermana—. No hables así delante de tus sobrinas.

—Papá también dice palabrotas —dice Debbie.

—Quedamos en que era un secreto —le dice muy bajo Josh, como si el resto no fuéramos a escucharlo.

—Ya hablaremos tú y yo. —Maddy hace un gesto de enfado, pero en realidad se está aguantando la risa.

Después de desayunar, nos vamos todos a las canchas de baloncesto, menos Rose y Maddy, que se quedan preparando las cosas para la cena. Les insisto varias veces en ayudarlas, pero ambas se niegan y me sacan a rastras de casa para que me vaya con los chicos y las niñas. Finn nos espera ya allí lanzando tiros libres.

—Ya era hora, colega —saluda a Aiden con un abrazo y una palmada en la espalda—. ¡Qué ven mis ojos! Arizona Cooper visitando estos lares.

—Eres idiota, Finn —le digo mientras le doy un beso en la mejilla.

—Bueno, con beso y todo. Creo que la siguiente vez que nos veamos te tendré a mis pies.

Solo nos hemos visto una vez. Vino de sorpresa a Nueva York un fin de semana para ver la obra de Aiden y, cuando apareció por su casa, estaba yo con ellos.

—Lo dudo. —Aiden me contagia el ataque de risa que le da al escuchar a su amigo.

—Menos risitas y más jugar.

—¿Y tu hermano? —pregunta Mike.

—No llega hasta esta noche. Tiene que currar. Esperaba que Josh o tu padre se apuntaran.

—Yo juego —dice Josh.

—Perfecto. Jugamos Aiden y yo esta ronda juntos, y luego vamos rotando, ¿os parece? —comenta Finn. Los tres asienten—. ¡A jugar!

Maddy aparece cuando llevan un buen rato jugando y se sienta a mi lado. Sus hijas, a las que he estado haciendo trenzas de raíz, se lanzan a sus brazos.

—¿Cómo van? —me pregunta.

—Van rotando los equipos.

—Y adivina quién gana todas las veces —añade su padre.

—Aiden.

—Exacto.

—Se le da increíble jugar. ¿Nunca pensó en dedicarse a ello? —pregunto. Llevo toda la vida viendo a Jay y sé lo que se necesita para tener talento. Y Aiden te lo tiene.

—Y tanto. Hubo una temporada en que su vida giraba en torno al baloncesto. Un día nos sorprendió a todos al decirnos que no quería dedicarse profesionalmente a eso, sino que le gustaba más la actuación. También llevaba desde muy pequeño en clubes de teatro y eso, pero nunca imaginamos que le gustara tanto —dice Maddy.

—Habría sido bueno.

—Tu hermano es jugador profesional, ¿no? —me pregunta Maddy.

—Sí, lleva dos temporadas en los Knicks.

—Aiden se pondría como loco cuando se enteró.

—Más bien se sorprendió.

Las dos nos reímos. Seguimos mirando el partido. Michael nos abandona un rato después con la excusa de ayudar a Rose, aunque en realidad parece más bien aburrido.

—A mi padre no le gusta mucho el deporte. Solo viene porque son sus niños.

—Al menos viene.

Recuerdos de mis actuaciones en la academia de baile aparecen ante mí. Mi madre nunca fue a ninguna. Ni siquiera me miraba cuando en casa quería enseñarle algo que había aprendido en clase. Durante mucho tiempo, pensé que se me daba tan mal que por eso no quería verme, porque le daba vergüenza. Con el tiempo, y sobre todo gracias a Gala, entendí que no tenía nada que ver con eso. Bailar se me daba muy bien y me encantaba. Me hacía feliz. El problema es que a mi madre no le interesaba nada que no fuera ella misma.

—No puedo más, chicos.

—¿En serio, Josh? Si acabamos de empezar… —le dice Mike.

—Bueno, pues yo acabo de terminar. Es eso o que me llevéis a rastras a casa más tarde.

—¿Y ahora qué? —comenta Finn

—Maddy, ¿juegas? —le pregunta Aiden.

—Ni loca. No quiero acabar en el hospital, como la última vez.

—¿En el hospital?

—Se dislocó un hombro y un dedo —añade Josh, con la voz entrecortada por el esfuerzo, mientras se sienta a nuestro lado.

—¡Fue mala suerte! —grita Mike.

—¿Puedo jugar yo? —les pregunto.

—¿Tú? —Me señala Finn.

—Sí, ¿por qué no? —Me encojo de hombros para quitarle importancia.

—Esto va a ser divertido. Va contigo, colega. Tú la has traído, tú te la quedas.

Aiden sonríe. No me ha visto jugar nunca, pero se puede imaginar que, con el hermano que tengo, sé lo suficiente como para no quedar en ridículo. Lo que no saben es que se me da bastante bien. Muy bien, de hecho. Jay siempre quiere jugar conmigo.

—Sin problemas. —Se acerca a mí y me atrae hacia él por el hombro. Deja un beso en mi cabeza y me susurra—. ¿Cuánto te ha enseñado Jay?

—Lo suficiente.

—Perfecto. Vamos a darles una paliza.

—¿Qué cuchicheáis? —nos dice Mike.

—Nada que te interese, hermanito. ¿Preparados para perder?

—En tus sueños.

Al principio, Aiden y yo nos hacemos un poco los torpes para desviar la atención. Nuestra estrategia funciona y meto la primera canasta. Siguen sin confiar en mis habilidades y no me prestan demasiada atención. Así es como metemos varias canastas más.

—Tú sabes jugar, ¿verdad? —me pregunta Finn.

—Quizás. —Sigo moviendo el balón mientras le respondo—. Para la próxima, aprenderás a no menospreciar a nadie. —Le guiño un ojo y lanzo la pelota a la canasta. Vuelve a entrar.

—Cambiamos equipos.

—De eso nada, Finn. Yo la he traído, yo me la quedo, ¿no? —bromea Aiden.

—Pero nadie dijo que supiera jugar.

—Lo siento, pero no hay cambio. Haberlo pensado antes —le digo mientras encesto otra canasta.

—Esa es mi chica.

Aiden me pone la mano para que se la choque. Ignoro los latidos de mi corazón, que se han acelerado y no porque estemos jugando, sino por su comentario. «Mi chica». A cada rato tengo más ganas de darle un beso y decirle que, si actué así el día del estreno de la obra, fue porque me daba miedo que se fuera de mi vida cuando se diera cuenta de que en realidad no merezco la pena. Ahora sé lo estúpido que es ese pensamiento, pero entonces ocupaba toda mi mente.

A la vuelta, después de darles una buena paliza, Mike y Finn no paran de pedirnos una revancha al día siguiente. No les hacemos caso. Así aprenderán a no subestimar a nadie.

El olor a comida me golpea la nariz cuando entramos en casa. Huele a cebolla asada, a patatas al horno y a tarta de arándanos. No sé cómo puede oler a tantas cosas, pero es eso a lo que me recuerda. Encontramos a Rose y Michael en la cocina.

—¿Y esa cara, hijo? ¿Has vuelto a perder? —le pregunta Rose a Mike.

—A ver si aprenden a mantener la boca callada —comenta Maddy con una sonrisa de oreja a oreja, apoyada en el banco de la cocina. Las niñas se han quedado jugando en el salón.

—¿Cómo dices, hija?

—Aquí, el machote de tu hijo —Josh le da una palmada en la espalda a Mike— y Finn se han burlado de Arizona cuando ha propuesto jugar.

—No nos hemos burlado —se defiende Mike.

—Bueno, solo habéis pensado que iba a ser un lastre y se la habéis endosado a Aiden.

—Oye… —Golpeo en el brazo a Josh.

—¿Qué? Solo estoy explicando lo que ha pasado, no significa que lo piense.

—Después de la paliza que les ha dado, espero que no —añade Maddy al mismo tiempo que se come una de las galletas que hicimos ayer.

—Por supuesto que no. Juega mejor que yo.

—Eso no es difícil, cariño.

—Gracias por lo que me toca.

—Pero tienes otras virtudes maravillosas. —Maddy lo atrae hacia ella y lo besa.

—Basta —dice Mike—. Las muestras de amor en privado.

—Oh, el pequeño Mike se siente molesto —se burla Maddy.

—No estoy molesto.

—Sí lo estás —dice entre risas Aiden.

—No lo estoy.

—No pasa nada, Mike, acéptalo. Has perdido contra una chica.

—Una chica que juega casi mejor que tú al baloncesto.

—No te va a servir ahora el peloteo, Mike. Seguiré yendo en el equipo de Aiden mañana.

—Siempre en mi equipo. —Chocamos las manos. Lo agarro en el proceso y dejamos nuestras manos así. Él acerca su cuerpo al mío.

—¿También juegas al baloncesto? —me pregunta Michael.

—Un poco. Mi hermano me enseñó. Es jugador profesional.

—¿Cómo? —pregunta Josh.

—¿No te lo había contado? Jayden Scott es su hermano —dice Maddy.

—Madre mía, ¿en serio? —Josh me mira con los ojos muy abiertos.

Asiento y alargo la otra mano, la que no tengo unida a Aiden, para coger dos galletas, una

para cada uno.

—Creo que me estoy mareando —suelta de repente Mike.

—No digas tonterías —le riñe su madre.

—No es broma, lo juro.

Su cara pálida nos dice que no es mentira y todos reaccionamos a tiempo antes de que se caiga al suelo.

—Espero que, después de esto, me consigas un autógrafo de los jugadores de los Knicks —bromea Mike, más sereno, sentado en el sofá.

—Veré qué puedo hacer.

—Bueno, ahora que Mike está bien, a ducharse y a poner la mesa. Después de comer, os quiero a todos poniendo la decoración de Navidad y ayudándome con la cena —nos ordena Rose.

—¡La Navidad! —gritan al unísono las niñas.

—No tienes ni idea de lo que has hecho, mamá —le dice Maddy.

—Oh, cariño, claro que lo sé. Y me encanta.

40

ARIZONA

Desde que hemos terminado de comer, una sensación extraña se ha posado en mi estómago. Es la sensación de familiaridad, la de sentirme arropada y formar parte de algo. No puedo evitar mirar a mi alrededor y ver amor, risas, confianza. Y es como un pellizco en mi corazón.

Ayudo en todo lo que puedo con la decoración. Las niñas quieren enseñarme todos los adornos del árbol, uno a uno. Hacer esto es un recordatorio de todo lo que no he tenido durante tantos años.

Las dos primeras Navidades después de mudarnos a Nueva York lo pasé muy mal. No lloraba porque me había prometido no volver a hacerlo, y mucho menos delante de mi madre, pero cuando me tumbaba en la cama cerraba muy fuerte los ojos y me repetía una y otra vez que no pasaba nada, que eran solo unas fiestas y que algún día volvería a disfrutar con mis hermanos de colocar la decoración de Navidad. No ocurrió.

No sé si era coincidencia, pero todos los años, el fin de semana que mi familia ponía el árbol, tenía que trabajar, asistir a un evento o algo que me obligaba a quedarme en Nueva York. Me dolía mucho y mi madre lo sabía. Aun así, entendía que el trabajo era así y tenía que ser responsable. Ahora no estoy tan segura de que no fuera intencionado.

A veces pienso que mi madre quiso desvincularme de mi familia, de todo lo que me hacía feliz. A veces pienso que su odio por mi padre viene de tan lejos que la única manera de hacerle daño fue a través de mí, y que no le importó arrastrarme en el proceso. Quizá porque para ella soy más un bien que su hija.

Estar con la familia de Aiden, decorar el árbol y llenar la casa de luces me recuerda a todo eso que un día tuve y que, sin merecerlo, me quitaron. Hay cosas peores en la vida, lo sé. Pero cada uno somos nosotros y nuestras circunstancias, y las mías siempre son las que mi madre ha querido. Y yo le he dejado hacer sin límites.

—Peques, os la robo un rato, necesito que me ayude con unas cosas fuera. —Aiden, siempre tan perspicaz, hasta cuando no está a mi lado.

—Jo, pero luego nos la devuelves —dice Sue enfurruñada.

—Prometido.

Lo sigo hasta la calle. Su padre, sus hermanos y Josh están poniendo las luces alrededor de la casa.

—¿En qué quieres que te ayude?

—Solo quería sacarte de ahí y que respiraras aire fresco.

—Fresco es, eso seguro. —Se ríe. Hace bastante frío y no he cogido el abrigo.

—Toma, ponte mi cazadora. —Me arrebujo dentro de ella. Huele a él, a su colonia mezclada con suavizante—. Ya que estamos, ¿me ayudas a poner las luces en la parte de atrás?

—Claro.

Aiden coge una escalera y nos alejamos del resto de su familia. Detrás apenas llega el ruido de dentro y de la parte delantera. Comenzamos a desenrollar uno de los muchos manojos de luces que hay. No mentían cuando decían que a Rose le encanta la Navidad.

—Te ha cambiado la cara conforme avanzaba la tarde —me dice Aiden.

—¿Tanto se ha notado?

—No creo que el resto se haya dado cuenta, pero te conozco.

—Quizá me observas demasiado.

—Quizás, pero, sea como sea, ¿qué piensa esa cabecita?

—No quiero que se me malinterprete.

—No lo haré.

—Llevo años sin colocar la decoración de Navidad. Desde que nos mudamos a Nueva York, para ser exactos. Mi madre me prohibió decorar nuestra casa. Cuando era más pequeña, montaba un árbol pequeño escondido en el fondo del armario y me pasaba las noches mirando por la ventana las luces de la calle. Volver a hacerlo, rodeada de todos vosotros, con tus sobrinas enseñándome cada adorno…, me ha provocado nostalgia de todo eso que ya no podré disfrutar porque el tiempo ha pasado y no hay manera de recuperar lo que se quedó atrás.

—Arizona… —Las manos de Aiden me agarran las mejillas y me levantan la mirada. No me he dado cuenta de que se había acercado a mí—. Todo eso no volverá, pero puedes crear nuevos recuerdos, puedes hacer que el tiempo de aquí en adelante esté lleno de todo eso que añoras, de todo eso que no has disfrutado.

—Me aterra el tiempo, Aiden. Me aterra pensar que dentro de cinco años, cuando mire atrás, pueda sentirme como hoy.

—No va a pasar, porque ya no quieres eso, porque tienes la capacidad de cambiar las cosas.

—¿Y si no soy capaz? —Cada día se vuelve más complicado cumplir la promesa que hice de no llorar. Me resulta tan fácil sentirme débil con Aiden que me entran unas ganas increíbles de dejar salir las lágrimas, porque sé que me abrazará y dejará que llore hasta vaciarme.

—Claro que lo eres. Y, si no puedes sola, te ayudaremos con ello. No vamos a dejarte.

Su mirada y la mía se enredan. Estoy segura de que no me queda nada que ocultarle, que lo ve todo a través de mi mirada. Sus manos siguen en mis mejillas y yo en algún momento he dejado caer las luces al suelo y he puesto las mías en su pecho. Es imperceptible lo lento que nos acercamos el uno al otro, del mismo modo que parece que el tiempo se ralentiza. Como si fuéramos a cámara lenta. Su respiración está cada vez más cerca de la mía. Voy a besarlo cuando un grito nos hace girarnos a los dos a la vez.

—Tranquilidad, no ha pasado nada —grita Josh—. Maddy es un poco dramática.

—¿Dramática? Casi me mato.

Nos reímos con las palabras de su hermana. Se ha roto el momento y entre nosotros hay más distancia que hace unos segundos.

—Será mejor que continuemos. Mi madre pronto empezará a requerir nuestra ayuda para la cena. —Me da un beso en la cabeza y se separa.

Ojalá ese beso no fuera en la cabeza. Ojalá ese grito no nos hubiera distraído. Quiero ese beso. Lo quiero todo con Aiden

41

AIDEN



Cuando nos sentamos en la mesa para cenar, todo es perfecto. La mesa está decorada hasta el último detalle, con los cubiertos y las copas para cada uno, las servilletas de tela y el mantel verde oscuro con copos blancos que le regalamos hace tres Navidades. No hay un hueco libre de toda la comida que ha preparado. Mi madre no sabe hacer las cosas a medias.

En eso, me parezco a ella. También en lo viscerales que somos, en cómo sentimos y vivimos la vida. De adolescente, siempre que llegaba llorando o cabreado, me decía: «Cariño, por suerte o por desgracia, somos de los que sentimos todo demasiado. No sabemos poner límites ni controlarnos. Somos como una llama que prende poco a poco, pero cuando lo hacemos… no hay manera de apagarnos. A veces es una mierda, pero también una bendición. Así que acéptate, Aiden, y aprenderás a disfrutarlo como he hecho yo». No fue fácil aceptarlo y aprender a gestionar las emociones negativas. Me he equivocado y muchas veces me he tirado por precipicios en los que no había agua debajo que parara mi caída, pero con el tiempo… sentir es lo que me ha hecho no rendirme nunca.

—Voy a sacar el postre y el champán. —Mi madre arrastra la silla para levantarse a por él.

—Te ayudo —dice mi padre.

—Id preparándoos, ya sabéis qué viene después del postre —susurra mi hermana para que solo podamos oírlo nosotros.

—¿Qué viene después del postre? —Arizona parece asustada.

—Es el día de Acción de Gracias, así que a mi madre le gusta que todos agradezcamos algo —le explico a la vez que le doy un apretoncito en la pierna para que se relaje.

—¿En serio? Podrías haberme avisado, ahora no sé qué voy a decir. —Me golpea con suavidad en el brazo y yo me río.

—Puedes agradecer haberme conocido —bromea mi hermano. Mis padres vuelven con tres tartas. Definitivamente, mi madre no sabe hacer las cosas de otra manera—. Bien, hay tarta de arándanos.

—Y de manzana y de cerezas. Una por cada hijo.

—Eres la mejor, mamá.

—Menos peloteo, Mike, ahora ya las he hecho. En otra vida, espero tener hijos a los que les guste la misma tarta.

—En otra vida, mejor tenemos un solo hijo —dice mi padre mientras le da un beso en la mejilla.

—Tienes razón.

—¿Y perderte estos momentos? No te engañes, mamá, a ti te encanta tener la casa llena de

gente —comenta mi hermana, y comienza a servir las tartas.

—Tu favorita es la de cerezas, ¿verdad? —me susurra Arizona. Asiento.

—Es la mejor tarta. ¿Cómo lo has sabido?

—La manzana no te pega, es muy sosa, y la de arándanos está claro a quién le gusta.

La sonrisa que pone al decirlo le ilumina toda la cara, más aún de lo que lleva haciéndolo toda la noche. No ha dejado de sonreír y de reír a carcajadas.

—Tendré que probarla, entonces. —Levanta su plato y el mío para que mi hermana nos ponga un trozo de la de cerezas. Me quedo mirándola mientras se mete un trozo en la boca. ¿Puede haber algo más sexi? Me parece que escucho hasta un gemido. Me acerco a ella y le susurro cerca de la oreja.

—Te he dicho que era la mejor tarta.

Al levantar la mirada, me encuentro con los ojos de mi madre fijos en nosotros y una sonrisa de medio lado. Sé lo que ve cuando miro a Arizona, sé que sabe cómo me siento y que, por mucho que intento ocultarlo, ya no puedo. Sobre todo, cuando siento que ha sido ella la que ha tirado abajo lo que quedaba del muro y, desde ayer, la noto más cerca que nunca. Me guiña un ojo y vuelve a la conversación. Yo me centro en comerme el trozo y en repetir.

—Bueno, ha llegado el momento.

—¿Es necesario, mamá? —Mike pone una mueca de aburrimiento.

—Lo es.

—Es bonito, Mike —dice mi hermana—. Venga, empiezo yo. —Nos mira uno a uno, haciéndose la interesante, cuando todos sabemos que se esfuerza por no echarse a llorar antes de empezar—. Después de dos años sin poder juntarnos todos, doy gracias por estar aquí, juntos, sanos y felices. Por compartir mi vida con alguien que aguanta mis dramas y los comparte, por tener dos hijas increíbles y unos padres y unos hermanos a los que volver siempre. —Levanta la copa y le da un trago.

—Yo también doy gracias por tus dramas, porque me alegras con tus locuras y me has dado a las dos personas que más voy a querer en la vida. También por esta familia. Sentirse como en casa es difícil y aquí me siento así. —Josh levanta también la copa y besa a mi hermana. Sus hijas se hacen hueco para sentarse encima de cada uno de ellos y abrazarse. Todos oímos los «te quiero» que se dicen.

—Yo seré parco en palabras: gracias por estos momentos. Solo espero poder seguir disfrutando de mi familia como hasta ahora. —Mi padre está abrazado a mi madre desde que ha empezado a hablar mi hermana. La atrae más hacia él y le da un tierno beso en la cabeza. Mi madre cierra los ojos. Es un gesto que he visto tantas veces en ellos…

—A mí me gusta seguir siempre el ejemplo de papá y voy a ser escueto: gracias por soportarme y aceptar mis gilipolleces. Sois la mejor familia del mundo. Os quiero. —Mi hermano vacía de un trago la copa y mi madre se la vuelve a llenar.

—¿Arizona? ¿Aiden? —nos dice mi madre.

—Bueno, venga, alguna vez tiene que ser, ¿no? —empieza diciendo Ari—. Nunca he hecho esto. Ni siquiera recuerdo demasiados días de Acción de Gracias anteriores a este. Es difícil transmitiros con palabras lo agradecida que estoy a cada uno de vosotros por que me hayáis puesto un lugar en la mesa y me hayáis hecho sentir que pertenezco a este lugar, como si siempre hubiera sido mío. Hoy habría pasado la noche sola si no fuera por vosotros, así que gracias. Como ha dicho Josh, sentirse como en casa es difícil y vosotros me habéis hecho sentir así.

La acerco a mí y le doy un beso en la cabeza en un gesto muy parecido al de mi padre. Tengo el corazón encogido al pensar en que esta noche podría estar sola. Lo peor de todo es lo

sola que se habría sentido por dentro. No quiero que eso pase nunca.

—Me toca. —Me aclaro la garganta. Sus palabras me siguen resonando en la cabeza—. Voy a ser un poco repetitivo, en realidad. Gracias a cada uno de los que estáis aquí. A mamá, por hacer una tarta para cada uno; a papá, por su manera de cuidarnos cuando parece que no lo hace; a Mike, por aguantarme cada día; a Maddy, por los consejos; a Josh, por hacer feliz a mi hermana; y a las peques, por hacernos felices a todos. —Me giro hacia Arizona—. Y a ti, por dejar que me quede.

Levanto la copa y bebo. Necesito quitarme el nudo que se me ha puesto en la garganta al ver el brillo en la mirada de Arizona. El mismo que veo en mi hermana cuando mira a Josh o en mi padre cuando mira a mi madre.

—Mamá, eres la última —dice Mike para desviar la atención de nosotros dos.

—Como siempre, yo doy gracias por esto, por todo. Por vosotros, por los nuevos, por los que vendrán. Por vivir rodeada de personas tan maravillosas como vosotros, por ver crecer a mis nietas. Por el presente y el futuro. Estoy segura de que brilla para cada uno de vosotros. Os quiero.

—Te queremos —decimos los tres hermanos al mismo tiempo.

Después de este momento tan intenso, terminamos el postre y ayudamos a recoger. Ha sobrado muchísima comida, que acabaremos mañana. Nada mejor que comer los restos del día anterior.

—¿Jugamos a algo? —propone mi hermano.

Pasamos un buen rato jugando al Pictionary y al Monopoly. Poco a poco, el sueño se apodera de cada uno de nosotros. Mi hermana es la primera en caer. Debbie está dormida en sus brazos desde hace un rato y Sue lleva rascándose los ojos desde que han sacado el postre. Josh las sigue. Mis padres no tardan en irse.

Ponemos una película los tres, porque no tiene sentido seguir jugando, y Mike tarda en dormirse menos de diez minutos.

—¿Quieres que nos vayamos a la cama?

—En parte sí, en parte tengo miedo de cerrar los ojos.

—Puedes dormir conmigo otra vez.

—No quiero molestarte.

—Ya te dije una vez que nunca me molestas, además duermo mejor cuando estoy contigo —le confieso.

42

ARIZONA

Busco su mirada cuando pronuncia esas palabras. Todo lo que veo es la misma sinceridad de siempre. Ese brillo cada vez más fuerte cuando nuestros ojos se cruzan. Estoy segura de que los míos también lo desprenden.

No sé qué decirle. Nunca se me ha dado bien expresarme. Cada vez que lo he intentado, o que he dicho algo, han ignorado mis emociones, como si no existieran. Nunca ha importado cómo me sentía, lo que pensaba. Es difícil tener algo que decir cuando te acallan como si nada de lo que dijeras tuviera valor ni importancia. Pero con Aiden no quiero callarme. Hay algunas palabras que no he querido decir en la mesa porque son solo para él. Para nosotros.

—Ven, te voy a llevar a un sitio —me susurra.

Me arrastra al piso de arriba. Se mete en su habitación, coge unas mantas y una sudadera que insiste en que me ponga y volvemos a bajar las escaleras. Lo sigo a la calle a medio ponerme el abrigo.

—¿A dónde vamos?

—Es aquí al lado.

—Aiden, estás loco, hace muchísimo frío y es tarde.

—Te prometo que merece la pena.

Un poco más adelante, frena sus pasos y se gira. Está nervioso; lo noto en la manera en que me mira y en cómo se muerde el labio de abajo. Me coloco a su lado. Enfrente de nosotros hay una pequeña arboleda. Un árbol destaca entre todos los demás. En las ramas más bajas hay una plataforma de madera.

—De pequeños, Mike y yo pasábamos horas aquí. Intentamos construir un barco pirata en el árbol. Cuando vimos que no éramos capaces, lo intentamos con una cabaña. Ninguna de las dos cosas salió bien. Quedó claro que no teníamos futuro como arquitectos, pero dejamos la plataforma. La hemos ido cuidando con los años, porque el clima no siempre ha sido favorable, y venimos aquí a tumbarnos y ver las estrellas.

No digo nada. Aiden no hace más que traer recuerdos a mi cabeza. Como cuando una tormenta se acerca y los truenos y relámpagos que la preceden empiezan a iluminar el cielo. Así me siento con los recuerdos en estos momentos.

—No te gusta. —Se muerde más el labio y en su expresión veo desilusión.

—No, no. Aiden, me encanta. Es que… no sé, estoy muy revuelta estos días. Es como si mi cuerpo hubiera estado dormido y empezara a sentir el peso de todo lo que ha ido soportando.

—Podemos volver si quieres. Puedo llevarte a casa incluso.

—¿Te refieres a Nueva York? —Hago una mueca de disgusto.

—Sí, claro.

—Esa no es mi casa. —Es la primera vez que se lo reconozco. No sé siquiera si lo he verbalizado alguna vez ante otra persona. Si por mí fuera, no volvería nunca—. Vamos a ver esas estrellas, ¿no?

—Vamos.

Con su ayuda, subo a la plataforma. Está hecha de forma que una parte está cubierta por las ramas del árbol y desde la otra puedes ver el cielo abierto. Extiende una de las mantas y echa por encima de nosotros la otra. Tumbados de espaldas, sin rozarnos, miramos el cielo. Rompo el silencio, no porque me moleste, sino porque tengo tanto que decir que me vibran las palabras en la lengua.

—Mis hermanos y yo todas las Navidades sacamos unos colchones viejos a la playa y nos tumbamos a ver las estrellas. Nos encanta. No tenemos ni idea de constelaciones. Nunca he sabido cuál es la estrella polar siquiera, pero me gusta. Cuando miro al cielo, pienso en la infinitud del universo y que, tal vez, en uno paralelo mi vida será de otra manera.

—Yo tampoco sé nada de constelaciones. Me gusta mirarlas y esperar que pase una estrella fugaz para pedirle un deseo. Me gusta creer que existe una pequeña magia en el universo que nos empuja a conseguir las cosas. Quizá no sea el hecho de pedir el deseo, sino de desearlo.

—Hay una especie de impulso cuando pides un deseo, ¿verdad? Como si te incitara a la acción. Aunque a veces da miedo y, otras, solo dejamos que el tiempo pase.

—Si ahora pasara una estrella fugaz, ¿qué le pedirías? —Noto que se mueve a mi lado para colocarse de lado y poder mirarme.

—Volver en el tiempo, a tres años atrás, y tomar otras decisiones.

—¿Y si, aunque fueras atrás en el tiempo, acabaras en el mismo punto, con la vida que hoy tienes?

Vuelvo un poco la cabeza y poso mi mirada en la suya.

—Entonces, pediría haberte conocido antes.

—A mí me habría encantado hacerlo.

Pongo mi cuerpo también de lado, en la misma posición. No apartamos la mirada. Le acaricio la mejilla y él cierra los ojos de la misma manera que su madre lo ha hecho cuando Michael le ha besado la cabeza.

—Hacía mucho que nadie me miraba como tú, Aiden. Siento que nadie me veía desde que conocí a Gala y, cuando me giré aquel día del videoclip en la puerta del estudio y me miraste…, sentí que me veías. A Arizona, a Cece. Que me veías de verdad. Una mirada e hiciste un agujero en el muro que me puse hace tiempo para que nadie me hiciera más daño. Y tuve miedo, porque quien mira bien acaba descubriendo muchas cosas que no siempre gustan y dentro de mí habita alguien triste, resignado, a veces enfadado. Me he pasado tanto tiempo pensando que el mundo conspiraba contra mí que acabé creyéndomelo. Hasta que me miraste y supe que estaba jodida. Por eso te evitaba la mayor parte del rodaje. Si no te conocía, no te podrías marchar. Pero supongo que la vida tiene esa magia que tú dices, la que nos lleva a los lugares en los que tenemos que estar. Y, sin esperarlo, volvimos a encontrarnos. Y no te iba a escribir, de verdad, pero pensé que por una vez podía hacer algo que quisiera y no siempre lo que se esperaba de mí. —Ninguno de los dos nos movemos. Escondo la mano cerca de mi pecho para que no se me quede helada—. Estaba tan mal esa semana que lo hice. No esperaba que acabaras haciéndote hueco entre las grietas ni que acabaras siendo tan importante para mí. Aún tengo miedo, Aiden, atroz, de que un día cojas y te marches y que vuelva a estar en el mismo sitio de siempre, con mi tristeza y mi conformismo. Porque, desde que estás…, no quiero quedarme donde estoy. Quiero

volver a ser Arizona, la que sentía, hablaba por los codos y le encantaba bailar y cantar a gritos con Gala mientras hacía tortitas. La que soñaba con otra vida.

Pone su mano en mi cuello y me acerca más a él. Nuestras frentes están unidas.

—Nada dentro de ti está mal. Nada. Las personas somos una mezcla de cosas buenas y malas. Todos tenemos una parte oscura, escondida, que nos da miedo mostrar, pero eso no significa que haya algo malo dentro de nosotros.

—Cuando durante mucho tiempo te hacen sentir que algo está mal en ti, es complicado verlo de otra manera.

—Las personas que nos hacen creer que hay algo mal en nosotros es porque dentro de ellos lo hay de verdad. Porque existen miedos y prefieren acobardar al de al lado que aceptar sus imperfecciones, que aceptar que en esta vida cada paso que damos está plagado de dudas, de «y si» y «quizás», pero no nos queda otra que enfrentarnos a ello y seguir. No permitas que ellos plaguen tu vida de sus miedos, porque son suyos, no tuyos. Y tu vida, haya quien haya, digan lo que digan, es tuya.

—Aiden…

No me da tiempo a decir nada más antes de tener sus labios en los míos. Helados y un poco resecos por culpa del frío, pero al mismo tiempo cálidos, como él, como lo que me hace sentir. Pongo mi mano también en su cuello para instarlo a que se acerque a mí. No quiero espacio de ningún tipo entre nosotros. Lo entiende; cuela una mano para agarrar mi cintura y eliminar todo tipo de distancia. Le doy acceso a la lengua y profundizamos el beso. Los recuerdos de los dos besos que nos hemos dado me vienen a la cabeza. Es posible que tengan razón con eso de que los besos hablan por nosotros, que dicen todo eso que muchas veces nos da miedo reconocer porque implica más. Aquella primera vez noté la piel de gallina, el estómago vibrando como si algo se hubiera empezado a mover dentro, el silencio me aisló del resto y me concentró en Aiden. Solo en él. Como ahora. Solo nosotros. Nuestros besos, nuestras respiraciones, su mano en mi nuca, la mía en la suya, su otra mano rodeando mi cintura y la mía agarrando su sudadera por el pecho. Si ahora pasara una estrella, le pediría que esto no acabara nunca.

Seguimos besándonos como si no hubiera manera de que nos saciemos el uno del otro. Él comienza a trazar círculos en mi espalda y yo meto la mano por debajo de su ropa. Necesito acariciarlo, sentirlo en las yemas de los dedos. Da un respingo y para de besarme. Una breve risa sale de sus labios y me hace sonreír.

—Estás fría.

—Perdón, perdón, no lo he pensado. Ha sido la emoción.

—No pasa nada, solo ha sido la impresión. Te dejo tocarme todo lo que quieras.

Mi mano sigue en su estómago y muevo el dedo índice. Su cuerpo se estremece de nuevo y cierra los ojos unos segundos. Vuelve a acercar su boca a la mía, con ganas, con más intensidad. No dejamos de besarnos, pero no llevamos nuestras manos más allá de donde están. Siento tanta intimidad en estos momentos que el resto me da igual. Besarlo es como sentir la paz que no encuentro desde hace mucho tiempo. Se separa de mí cuando le doy un suave mordisco en el labio.

—Quiero seguir. Quiero todo, Arizona, pero no lo quiero ya. Sé que tu cabeza ahora mismo sigue funcionando a un ritmo frenético, y que tenemos mucho que decirnos. Y tampoco quiero que muramos congelados.

—Yo también quiero todo, Aiden, quiero que lo sepas y no dudes. Porque, de todo lo que da vueltas en mi cabeza últimamente, lo único que tengo claro es que, si no te besaba, si no te decía esto, iba a arrepentirme toda la vida. Y es de las pocas decisiones sobre las que no tengo dudas.

—Tenía miedo, ¿sabes? Porque cada día se me hacía más complicado no buscar tu tacto, no acercarte a mí. No era tanto besarte como tenerte cerca a nivel físico y emocional. Pero quería respetar tu espacio. Incluso estaba dispuesto a hacer de tripas corazón si no querías más que eso que ya teníamos. Pero también notaba las cosas, te veía cada día más cerca y… —hace una pausa— tenía miedo de dar un paso hacia delante y que tú acabaras dando dos hacia atrás.

—Lo sé. Y lo siento. Siento lo que pasó la noche del estreno de la obra, de verdad. Quería seguir, quería que me hicieras olvidar mis miedos, pero ellos pudieron más. Pensé que en cualquier momento saldrías corriendo y, bueno…, no quería perderte. Eres muy importante para mí.

—Nada de lo que pueda ver en ti me va a hacer salir corriendo, Ce. La gente que huye es porque en realidad no sabe verte, y yo sí sé hacerlo.

—Y yo te veo a ti.

—No hay mucho que sepa esconder.

Me río con su respuesta, porque es verdad. Aiden puede contenerse, puede ser prudente, pero no es de los que oculta. Es quien es y se muestra de esa manera.

Me da un beso suave y, con el brazo que me rodea, me mueve para que quedemos tumbados de espaldas, con mi cabeza apoyada en su hombro. No sé cómo lo consigue sin soltarme ni un centímetro.

—Prométeme una cosa, Ce.

—Dime. —Volvemos a buscar nuestras miradas.

—No pienso irme, no lo voy a hacer. Pero, si lo hiciera, si pasara algo entre nosotros que nos alejara, necesito que nunca olvides que quieres ser esa persona, no importa que esté yo o no, no importa quién esté a tu lado, ni lo que te hagan creer. Nunca olvides quién quieres ser ni quién eres. —Sus dedos me acarician la nuca con una ternura que me pone los pelos de punta. Sus ojos me atraviesan—. Prométemelo.

—Te lo prometo.

—Eres increíble. Demasiado como para que el mundo solo conozca una parte de ti.

Me incorporo para darle un beso que le transmita todo lo que me hacen sentir sus palabras. Hay emociones que las palabras no alcanzan. Y tampoco estoy segura de ser capaz de aguantarme las lágrimas de emoción, esas que cada día empujan con más ganas de brotar, cansada de que las contenga.

No dejamos de besarnos hasta que el frío nos obliga a volver a casa. Nos acurrucamos como cada noche de los últimos meses en las que hemos dormido juntos, pero esta vez sin barreras, sin ir de puntillas, sin miedo de dónde pondremos nuestras manos o de que nuestras piernas se enreden. Igual que nuestras bocas se buscan todo el rato, como el que necesita beber agua cuando tiene mucha sed y no es capaz de saciarla. Nos dormimos tan pegados el uno al otro que me despierto sudando a mitad de noche. Aiden ni se inmuta. Lo miro y comprendo tantas cosas al hacerlo…

—Tú me animas a ser de verdad.

Lo digo a pesar de que está dormido, de que no me oye. A pesar de todo. Es de las pocas certezas que he tenido en mi vida. Con él, a su lado, quiero ser. Sin prejuicios ni etiquetas. Ser Arizona. La que siempre ha habitado en mí y se esconde detrás de ese muro que empezó a agrietarse hace tiempo. Él solo las ha impulsado para que ocurra antes.

43

AIDEN

El humo de la barbacoa me golpea en la cara. No me gusta nada su olor, pero mi padre se ha empeñado en que hiciéramos una barbacoa en el jardín trasero, a pesar de que sigue haciendo bastante frío. Al final, me han encasquetado preparar la carne, como siempre.

Busco la mirada de Arizona para comprobar que está bien. Lleva un buen rato hablando con mi madre. Ella detecta mi mirada y, con un imperceptible movimiento de cabeza, me confirma que todo está bien. No se me ha ido la sonrisa de la cara en todo el fin de semana. Llevamos desde el jueves intentando disimular esto que ha empezado entre nosotros, escondiéndonos por los rincones para besarnos, para acariciarnos. Dormir se está volviendo una tortura ahora que sé que puedo tocarla sin límites. Pero no quiero hacerlo allí, con mis padres, mis hermanos y mis sobrinas en casa. Quiero que sea solo nuestro, que no tengamos que pensar en contenernos ni en acallar nuestros gemidos. Llevo demasiado tiempo esperando esto como para no disfrutarlo como se merece. Y sé que es una tontería, que habrá mil veces más como esta, o eso espero, pero con ella quiero que todo sea perfecto, que entienda lo mucho que me importa. Sé que aún tiene miedo de que me vaya, de que me aleje de ella. Lo que no sabe es que yo tengo ese mismo miedo.

Un botellín de cerveza aparece delante de mi cara. Me aparto un poco y Maddy me sonríe con él en la mano.

—Si no dejas de mirarla, se te va a quemar la carne. —Señala la barbacoa con la cabeza.

—¡Mierda! —Le doy la vuelta corriendo y cojo el botellín que me ha traído. Ella me mira fijamente.

—Estaba esperando a que me lo contaras, pero visto lo visto… ¿ya la has besado?

Pongo los ojos en blanco.

—Eres una entrometida.

—Lo soy, no engaño a nadie. Ni tú tampoco.

—Sí, nos besamos la otra noche.

—¿Cuando te escabulliste para llevarla al árbol?

—¿Cómo lo sabes?

—Os vi por la ventana.

—En esta casa uno no puede tener secretos.

—Sí se puede, pero os vi y, bueno, al día siguiente vuestras caras contaron el resto.

—¿Mamá y papá también lo saben?

—No me han comentado nada, pero estoy segura de que mamá se lo puede imaginar. Lo hacía antes de esa noche, así que, con lo observadora que es, seguro que lo sabe.

—No es que os lo quiera ocultar, pero es algo de dos, y Arizona tiene mucho que solucionar con su madre, con su vida. Quiero que vayamos con calma y no agobiarla.

—Lo sé, aunque, Aiden, estoy segura de que le da igual. Está aquí, ¿no la ves? Juega con las niñas como si fueran sus sobrinas, bromea con Mike con confianza y habla con todos como si nos conociera desde hace años. Entiendo tus miedos y me parece normal que no quieras gritar algo tan reciente, pero no te olvides de que ha estado mucho tiempo encerrada en un cascarón; ahora que empieza a romperlo, no seas tú quien la vuelva a meter por protegerla en exceso.

—Sabes que yo no haría eso.

—A veces lo hacemos sin querer. Te conozco demasiado como para saber el instinto de protección que tienes hacia ella, porque es el que tienes hacia todos lo que te importan. El problema es la línea tan fina que hay entre proteger a alguien y encerrarlo. Sé que nunca lo harías con mala intención, pero ten cuidado. Déjala ser como hasta ahora y deja tu mano cerca para que la coja, pero permítele tropezar. Es el momento de que ella recupere su vida.

—Has hablado con ella, ¿verdad?

—Ayer, cuando fuimos a dar una vuelta con las niñas al centro comercial. No creo que me haya contado ni una décima parte, pero sí lo suficiente como para que entienda sus circunstancias.

—Tengo miedo del día en que explote todo. Tengo miedo de que ella explote.

—No lo tengas. Ten miedo de que no lo haga.

—¡Mamá, ven! —El grito de Sue la hizo volverse.

—Tus sobrinas me reclaman.

Antes de que se marche, la agarro y le doy un abrazo rápido. Es mi manera de darle las gracias. La carne no tarda en estar y la llevo a la mesa. Me acerco con disimulo a Arizona antes de que nos sentemos, la cojo desde atrás y le doy un beso en la mejilla. Me mira con cara de «¿A qué viene esto?» y yo solo me encojo de hombros.

—¡A comer! —grita mi madre.

44

ARIZONA

El silencio en el coche no es pesado, pero a mí me pesa. Me voy a destrozar el suéter como siga tirando de las mangas. Estos cuatro días han pasado demasiado rápido y es otro silencio el que me retumba en los oídos: el silencio que habrá cuando entre en casa. No estoy preparada. Ni tampoco para ver a mi madre.

Esta mañana me he encontrado un mensaje en el que me decía que no volvería hasta el martes por la noche. En otro momento, me habría decepcionado o dolido, pero, llegados a este punto, he sentido alivio. Al menos durante un rato. Luego, he sido consciente de que, si un montón de recuerdos estaban apareciendo cada vez más claros, al entrar en casa podrían surgir a borbotones.

—Ahora, cuando entremos en la ciudad, me vais dando indicaciones, porque no tengo ni idea de dónde vives, Ari —dice Mike, que va al volante.

Los ojos de Aiden me buscan por el retrovisor. Sé que ve la angustia en mi expresión y en los ojos acuosos, porque mi cabeza no es capaz de parar. Entiende mi petición silenciosa.

—No hace falta, se queda esta noche con nosotros —dice Aiden con la mirada fija en la mía. Yo se lo agradezco en silencio.

—Perfecto. Así podemos seguir viendo las películas de Marvel.

Nos aguantamos la risa. No creo que ninguno esté pensando en ver películas.

Me vibra el móvil en el bolso.

Jay
¿Cómo está mi hermana favorita?
Mañana tengo libre, ¿comemos juntos?

Arizona
De camino a Nueva York,
voy a quedarme esta noche en casa de Aiden,
no quiero volver a la mía.
Y sí a lo de comer juntos.

Jay
Ese chico cada día me cae mejor.
¿Cuándo vuelve tu madre?

Arizona
El martes por la noche.
Tengo unas cuantas cosas que hablar contigo mañana.

Jay
Yo también. Quiero proponerte algo.

Arizona
¿El qué?

Jay
Mañana te lo cuento.

Arizona
Odio que hagas eso.

Jay
Y yo, pero así somos.

Arizona
Jajajajajaja.
Te veo mañana, te quiero.

Jay
Te quiero, hermanita.

Mike para el coche en la puerta de su casa, pero no aparca. Me fijo en que Aiden lo mira con el ceño fruncido y los labios apretados.

—¿Os importa subir mis cosas? —pregunta Mike—. Voy a pasarme un momento por la oficina.

—Estás de vacaciones, Mike.

—Necesito revisar unas cosas antes de mañana.

—Haz lo que quieras.

Aiden se apea del coche con un portazo. Salgo detrás de él. Ha sacado ya todas las cosas del maletero; ni siquiera sé cómo le ha dado tiempo. Cierra con la misma fuerza. Lo sigo hasta el portal arrastrando mis cosas; él lleva las suyas y las de su hermano. Mike sigue parado y nos mira con tristeza. Sabe que Aiden está molesto, aunque no estoy segura de que sea consciente de lo muy preocupado que está. Lo comprendo. Estos días lo hemos encontrado varias veces hablando por el móvil, trabajando con disimulo. No ha sido capaz de desconectar ni un día. Maddy y su madre también le han comentado a Aiden su preocupación. Los tres piensan lo mismo.

No digo nada mientras subimos en el ascensor y entramos en casa. Ni cuando se encierra en el baño después de dejar las cosas en su habitación. Me tumbo en la cama y actualizo mis redes, que han estado un poco abandonadas, y, aunque la agencia las gestiona y programan parte del contenido, quiero empezar a hacerlo todo yo. Es una de las cosas que quiero hablar con mi padre, entre otras muchas. Me gustaría recuperar el poder en ellas y no sé si en mi contrato tengo alguna cláusula en la que me obligan a cederles su uso. No sé cómo he podido dejar pasar tantas cosas como para no saber ni las obligaciones que recoge el contrato.

Aiden vuelve al rato con el pelo mojado y un chándal. Se deja caer a mi lado.

—Lo siento —me dice.

—¿Por qué lo sientes?

—Por pagar contigo el enfado con mi hermano.

—No lo has pagado conmigo, Aiden. Entiendo tu preocupación y que necesites ese espacio. Yo necesito mi espacio todo el tiempo.

—Es que me da rabia que no haga nada por cambiar su vida cuando es consciente de lo que están haciendo con él.

—Aiden, no todo el mundo es igual. Hay personas que necesitan tiempo. Mírame a mí. He

tardado mucho, años, en decidir que no puedo seguir como hasta ahora. Y ha dado igual que lo supiera, que mi entorno me lo dijera, que durmiera mal por las noches y que hubiera mañanas en las que al levantarme solo pensara en lo mucho que odiaba mi vida. Hasta que en tu cabeza no cambia algo, cuesta actuar.

—Me duele verlo así…

—Y es normal, pero también tienes que entender que él no es tú, y que ni tú sabes lo que harías en su lugar. Así que dale su tiempo, quédate a su lado y sigue siendo un apoyo para él. Tú mismo me dijiste que hablaría contigo cuando estuviera preparado, así que deja que se prepare. No lo obligues.

Mueve su cuerpo hasta que apoya la cabeza en mi tripa y me abraza la cintura con el brazo. Le acaricio la cabeza.

—Lo siento otra vez.

—¿Por qué?

—No quería con esas palabras juzgarte a ti. Es solo que, cuando alguien me importa, me duele que le hagan daño. Es una impotencia increíble.

—No me ha ofendido, sé que no lo decías por echarme nada en cara. Entiendo tu postura. Más que nunca ahora que he conseguido ver las cosas y me siento preparada para tomar decisiones. Harper, Jay y Gala se han enfadado muchas veces conmigo por esto mismo.

—No me quiero imaginar cómo se han tenido que sentir todo este tiempo. Si Mike lleva así solo meses, contigo que han sido años…

Nunca he pensado en ello. Los veía preocupados, sabía que las cosas tenían que cambiar, discutía con ellos, a veces los evitaba. Pero nunca, en todo este tiempo, me he parado a pensar en cómo de frustrados se han debido de sentir. Cuánta rabia han debido de soportar y, aun así, han seguido a mi lado sin agobiarme más de la cuenta, apoyándome en todo y guardándose muchas verdades que no estaba preparada para escuchar. Qué difícil es a veces ponerse en la piel del otro cuando la tuya duele tanto.

Me muevo para ponerme a la altura de Aiden y buscar su boca. Necesito que deje de pensar en su hermano, en mí y en la preocupación por nosotros. Estamos solos. No hay padres ni sobrinas, y quiero ese «todo» que nos prometimos hace unas noches.

Dejo clara mi intención con el primer beso. Las ganas que tengo de nosotros hacen que me vibre la piel. Él me besa con más ímpetu, me muerde el labio y cuela su mano por debajo de mi suéter, aunque se frena.

—No pares —le susurro en los labios.

Continúa el camino de su mano hasta el borde de mi sujetador. Es de encaje pero muy simple, tanto que cuando me quite la camiseta transparentará y dejará a la vista mi pezón, que está duro. Tiro de él para quitarle la camiseta y él aprovecha para hacer lo mismo.

—Joder.

Esa es justo la reacción que esperaba, aunque el sujetador tarda poco en desaparecer y no tardamos en quitarnos el resto de la ropa. Sus caricias son como piedras calientes al pasar por mi piel; me encienden y me estremecen al mismo tiempo. Con su boca en mis pezones, baja su mano hasta encontrar mi centro.

—Aiden…

—Si no te gusta algo, me lo dices. Si quieres parar, me lo dices.

—Ni de coña.

Su risa vibra en mis pechos. Sus besos bajan por mi estómago con lentitud hasta que se pierden entre mis piernas. Y yo me pierdo con él. Me pierdo varias veces y él se pierde conmigo

más tarde.

Hasta hoy, el sexo siempre ha sido algo físico para mí: piel con piel, besos, saliva, contacto. Ahora no creo que vuelva a hablar de él de la misma manera. El sexo es sexo, sí, pero con intimidad, con la confianza que traspasa, es algo muy distinto. Es mucho más. Es dejar expuesto cada recoveco y que no te importe lo que vaya a encontrar en cada uno de ellos.

45

ARIZONA

Me despierto enredada entre los brazos y las piernas de Aiden. Seguimos desnudos. Le acaricio el brazo, subo hasta su hombro y continúo por la espalda.

—Te has levantado con ganas de jugar, eh. —Su sonrisa me acaricia el cuello y suelto una carcajada.

—Ahora que sé lo que es tener sexo contigo, no quiero olvidarlo nunca.

—Me gusta cómo suena eso.

Me atrapa el labio de abajo, lo muerde y gimo. Le cojo la cara para que podamos besarnos con profundidad; quiero más. Lo hacemos con ansias, sin preliminares, y acabamos respirando el aire en la boca del otro mientras intentamos recuperar el aliento.

—Si piensas darme los buenos días siempre de esta manera, espero que no te vayas nunca —me dice y ambos sonreímos.

—Eres tonto.

Le doy una palmada en el brazo y me abraza con más fuerza. Remoloneamos todo lo que podemos. Nos quedaríamos todo el día debajo del nórdico desnudos, pero no puede ser. He quedado a comer con Jay, y Aiden tiene que irse a ensayar, sigue trabajando en la obra de teatro hasta mitad de diciembre.

La vida nos espera fuera de la burbuja.



Espero a Jay sentada a la mesa. Nunca será capaz de llegar a la hora, pase el tiempo que pase. Aunque el restaurante donde hemos quedado esté al lado de su casa. Estoy segura de que hasta a los entrenamientos y a los partidos llega tarde, o al menos con el tiempo pegado al culo.

Me leo la carta entera varias veces y hasta me da tiempo a decidir qué me apetece comer antes de que entre.

—Lo siento, Ari —me dice apurado. Me da un beso en la mejilla y se sienta.

—Te has quedado dormido, ¿verdad? —Tiene la marca de las sábanas en la mejilla.

—Sí. He madrugado tanto que, al echarme en el sofá para hacer tiempo, me he dormido.

—Eres increíble.

—Gracias, tú también. —Pongo los ojos en blanco y él me sonríe—. ¿Qué te apetece?

—Como has llegado tarde, invitas tú. Y estoy caprichosa hoy. Me apetece *sushi* y *tartar* de atún.

—No esperaba menos de ti, hermanita.

Jay llama al camarero y pedimos. Mientras esperamos a que nos sirvan nos contamos qué tal esos días y, a diferencia de otros años, no me da envidia. Mi Acción de Gracias ha sido igual de bonito que el suyo, que el de Harper. Los he echado de menos, sí, pero al menos me he sentido lo suficientemente cómoda, feliz y en casa como para que no piense que es un año más que no quiero recordar, que es un año más que pasa y no he disfrutado de un día para estar con las personas a las que quiero.

—Me alegra verte así.

—¿Cómo?

—No diría que feliz, pero sí más tranquila y serena. Te ríes al escucharme y no veo en tus ojos ese halo de tristeza que siempre me transmites cuando hablamos de este día. Hasta tendré que agradecerle a Sharon que se fuera.

Puede que yo también. Puede que mi madre haya dejado un sabor agridulce esta vez, pero no lo ha empañado del todo.

—Supongo que oíste lo que le dije a Harper.

—No todo pero lo suficiente. ¿Vas a hacerlo?

—Sí. Esta mañana he revisado mi agenda. Solo tengo un evento el viernes de la semana que viene. Un paripé, la verdad. Luego, no tengo nada. Agradezco que suela ser un mes tranquilo, porque al día siguiente me iré a Wilmington. No quiero pasar en esa casa más tiempo del necesario. No voy a dejar que ella decida nada más, así que he comprado el billete esta mañana.

—¿Se lo has dicho a Charles?

—Sí, le he mandado un mensaje y me ha dicho que tiene ganas de verme.

—Me alegra que hayas tomado esta decisión. Es lo mejor que puedes hacer.

—Lo sé, aunque estoy cagada.

—¿Quién no lo estaría en tu lugar? Pero todo saldrá bien.

—Eso espero.

El camarero nos trae los platos y comenzamos a comer.

—¿Qué más me querías contar?

—Pues no tengo ni idea de cómo irá la conversación con mi madre, pero una vez le comunique que quiero romper el contrato, no creo que pueda seguir viviendo con ella. Aún queda tiempo, no es algo que le vayamos a comunicar ya, pero no quiero dejar ningún asunto al azar con el que pueda manipularme. Y sé que en casa de Aiden tengo las puertas abiertas, pero quería saber si podría irme a vivir contigo durante un tiempo. Solo de forma temporal. Quiero buscar mi propia casa, aunque ni siquiera sé si quiero que sea en Nueva York. Sea como sea, quiero mi casa, pero hasta que la encuentre…

—Hasta que lo hagas, puedes quedarte en la mía todo el tiempo que quieras. Por Dios, si eres la única persona que tiene una llave, ¿cómo no ibas a poder quedarte? Si hace falta, te ayudo a preparar ya las maletas.

—Me encantaría, pero no quiero que mi madre se vea venir las cosas. Cuanta menos capacidad de reacción tenga, mejor. Suficiente voy a discutir con ella por adelantar el viaje,

aunque me da igual.

—¿Esperas consecuencias?

—Claro que las espero. Joder, Jay, me dejó tirada en Acción de Gracias y tuvo los huevos de decirme que no actuara como una niña pequeña, que era solo un día. Y eso es solo la punta del iceberg. Espero consecuencias y por eso quiero sentarme a hablar con papá, para tener una estrategia de actuación ante cualquier posible movimiento por su parte.

—Es tu madre.

—Sí, eso se supone que es, pero… —Agacho la mirada para que no vea lo mucho que me afecta pensar en eso, como si no lo supiera, y aprieto la servilleta que tengo en el regazo. Inspiro antes de continuar—. Pero solo para controlarme y mandarme. En el momento que le diga que no quiero seguir trabajando con ella, bueno…, estoy segura de que lo primero que saldrá de su boca será algo así como: «Eres una desagradecida» o «No eres nadie sin mí».

—Sabes que no es así, ¿verdad?

—Hay ratos en los que aún me cuesta, pero, con el tiempo, las cosas se ven de otra manera.

—No dudes nunca, nunca. Eres quien eres es por ti. Eres buena en tu trabajo por ti. Nunca olvides eso. Y, si decidieras hacer otra cosa con tu vida, también estaría bien.

—No tengo claro si sé hacer otra cosa.

—Ari, eso es lo que quiere tu madre que pienses, que no sabes hacer nada. ¿Por qué crees que no quiso que fueras a la universidad? —Alarga la mano para coger la que tengo apoyada en la mesa; la otra sigue apretando la servilleta—. No solo sabes, sino que puedes aprender lo que quieras.

—Tengo tanto miedo, Jay…

—Y está bien; es normal. Sería extraño que no lo tuvieras. Harper y yo estaremos a tu lado en cada paso. Hasta si tomas una decisión tonta y loca y estúpida. Siempre estaremos contigo.

Me levanto de la silla sin soltar su mano y me siento encima de él para que me abrace. Me da igual que las personas que tenemos alrededor nos miren. Necesito eso. Necesito un abrazo de Jay cada día y no suelo pedírselo.

—Te quiero, Jay.

—Y yo a ti. —Me acaricia el pelo—. Entonces, la semana que viene vas a hablar con Charles.

—Sí. —Me separo un poco de él, pero sigo sentada en sus rodillas—. No puedo retrasarlo más, ya lo he hecho bastante.

—¿Quieres que te lo lleve él?

—No, no creo que sea positivo para ninguno de los tres. Supongo que lo llevará Alfred, como la última vez. Lo que sí espero es que me ayude y me apoye.

—Entiendo. ¿Estás preparada para esa conversación?

—Sí y no. —Suspiro, cojo el vaso de agua de mi lado de la mesa y doy un trago—. A ratos sí y a ratos no. Pero no puedo avanzar y tomar estas decisiones sin esa conversación ni sin mi padre a mi lado. Esta vez lo necesito más que nunca, necesito que pelee conmigo, que luche por mí.

—Él va a estar. En realidad, siempre está, solo que a su manera. Y tú, a la tuya, lo has alejado.

—Él también me ha alejado a mí. Por eso necesito tener esa conversación, para que esa distancia que puse entre nosotros desaparezca. Sobre todo, ahora que empiezo a entender las cosas.

—Va a sonar típico, a mensaje de taza de desayuno, pero todo va a ir bien, Ari. Mucho

mejor de lo que ha ido hasta ahora.

—Lo sé. Sea como sea, al menos serán mis decisiones.

—Eso es. ¿Has terminado de comer? —Asiento— ¿Te apetece un helado?

—Mejor algo calentito.

—Eres una aburrida. La mejor época para comer helado es diciembre.

—No desmentiré eso, pero yo seguiré tomándome algo calentito.

Salimos del restaurante y me arrebujo dentro del abrigo y la bufanda. Vamos a por su helado y a por un chocolate caliente para mí, y paseamos disfrutando de los rayos de sol de las tardes de invierno.

—Por cierto, ¿tú no ibas a proponerme algo? —le digo.

—Sí, pero parece que estamos conectados. Era que te vinieras a vivir conmigo.

Lo abrazo por la cintura y él me atrae hacia él. Seguimos paseando un buen rato hasta su casa. Casi gimo de placer cuando el calor de la calefacción me calienta por dentro. Mi teléfono suena. Es Aiden.

—Hola, Ce —me dice nada más descolgar.

—Hola, ¿ya has salido?

—Sí, estoy de camino a casa. ¿Sigues con tu hermano?

—Sí, acabamos de llegar a su casa.

Jay gesticula para preguntarme si es Aiden; con un asentimiento le digo que sí. Ni siquiera sé cómo lo entiendo —años de práctica, supongo—, pero sé que me propone que lo invite a ver el baloncesto.

—Ce, ¿estás ahí?

—Sí, sí, perdona. Mi hermano estaba distrayéndome. Oye, dice que si te apetece venirte a ver el baloncesto.

—¿Qué clase de pregunta es esa? ¿Baloncesto y tú? Siempre es sí.

Me sonrojo y mi hermano se da cuenta. Me alejo un poco para terminar la conversación con Aiden sin sentirme observada.

—Dice que se viene —le digo a mi hermano cuando vuelvo. Está tirado en el sofá.

—Genial. Voy a ver si tengo cerveza fría y algo para picar. Por cierto, varias cosas: ¿por qué te sonrojas cuando hablas con Aiden? Y antes, cuando has hablado de venirte a vivir conmigo, con que tienes las puertas abiertas en casa de Aiden, ¿has querido decir lo que he entendido?

Me sonrojo mucho; mucho más que hace un rato. Si me miro a un espejo, estoy segura de que mi cara está tan roja que hasta desprende calor.

—Sí…

—Vamos, he ganado la apuesta.

—¿Qué?

—Nada, nada. —Se da cuenta de que ha metido la pata. No necesito decir nada para que continúe—. Bueno, es posible que hiciera una apuesta con Harper. Ella decía que no te ibas a lanzar aunque te encantara Aiden, y yo que antes de Navidad estabais juntos.

—Sois lo peor.

—Sí, pero te queremos. Harper se va a volver loca de emoción cuando se lo cuente.

—Ni se te ocurra decirle nada antes de que se lo pueda contar yo. Además, es feo que habléis de mí a mis espaldas.

—Siempre hablamos de ti, igual que nosotros hablamos de ella y vosotras de mí. Es lo que tienen los hermanos.

—Sí, bueno, pero habéis hablado de mí y de Aiden.

—Era algo que iba a ocurrir tarde o temprano, hermanita, solo había que esperar.

—Os odio a todos. Gala también dijo eso cuando le escribí el otro día.

—¿Se lo has contado a ella antes que a nosotros?

—Ella nos presentó, se lo merecía.

—Tú sí que eres lo peor.

—¿No era increíble?

—Ya no. Bueno…, si me cuentas todo, tal vez vuelvas a ser increíble.

—¿Cuánto de todo?

—La parte del sexo puedes saltártela.

—A lo mejor no hemos tenido sexo.

—Ja. Vas a otro con ese cuento. Ahora encaja tu cara de felicidad de hoy. Anoche follaste.

—¿Por qué haces que suene sucio?

—El sexo es sucio.

—No siempre.

—Lo quieres.

—¿Qué?

—Que lo quieres, a Aiden. Por eso el sexo ya no te parece sucio.

—Sí, lo quiero, aunque aún intento entender todas las emociones que siento hacia él. En general, estoy intentando comprender mis emociones. Son muchas cosas de golpe. Han vuelto muchos recuerdos, momentos, situaciones…, pero sí, sé que lo quiero. No creo que hubiera dado el paso a ese nivel de intimidad si no lo quisiera.

—Él también te quiere. Estoy seguro de que lo hace desde hace tiempo.

—No lo sé. Solo sé que soy feliz a su lado, que me siento tranquila, que me anima a ser mejor y que, por una vez, siento que me ven, Jay.

—Yo te veo.

—Sí, y Harper y Gala y tu madre, pero porque me conocéis desde siempre. Sabes que, después de venirme aquí, cambié mucho y, desde entonces, no he vuelto a ser la misma. No volveré a serlo, pero al menos no quiero seguir perdiéndome en el camino. Y Aiden ha conocido todo eso y, aun así, quiere quedarse a mi lado.

—¿Cómo no va a querer, Ari? Eres increíble, de verdad, tan especial que no sé cómo no te das cuenta.

El timbre interrumpe la conversación. Se me ha escapado una lágrima. Su apoyo es muy importante para mí. Si tenía alguna duda de si estoy tomando la decisión correcta, lo que me hacen sentir sus palabras me lo confirman.

Aiden y Jay vuelven riéndose. El primero se acerca a mí mientras el segundo va a la nevera a sacar unas cervezas. Nos da unos minutos de intimidad.

—¿Está todo bien? —Aiden me limpia la lágrima con el dedo gordo.

—Sí, solo hemos tenido una conversación un poco intensa.

—¿Le has comentado lo de vivir con él?

—Sí, le he explicado todo. Eso, lo del viaje de la semana que viene, la conversación que quiero tener con mi padre y lo nuestro.

—¿Se lo has contado?

Asiento y lo atraigo hacia mí para besarlo. Me separo de él cuando oigo los pasos de mi hermano, que se acerca. Estoy segura de que hace más ruido del normal para que paremos lo que crea que estamos haciendo.

—¿Vemos el partido o qué?

Sonrío con su comentario. Y ya no se me va hasta que me duermo en la habitación que mi hermano decoró para mí, rodeada por los brazos de Aiden, que no ha dudado en quedarse cuando se lo he pedido, después de haber tenido sexo de ese sucio que dice mi hermano y del que te hace temblar por dentro.

46

AIDEN

La puerta se abre en cuanto llamo al telefonillo. Saludo al portero del edificio, que me evalúa cuando paso por delante de él. La última vez que estuve aquí, era otro portero. La única vez que he estado en esta casa, no pasé del comedor. Evitamos quedar cerca y en sitios públicos desde que su madre vio las fotos; preferimos pasar el tiempo en mi casa o en la de Jay.

Salgo del ascensor cuando llego a su planta. Me acerco a la puerta. Está entornada, la abro un poco y oigo dentro dos voces alteradas. Abro del todo la puerta. Dos maletas, una grande y otra de viaje, junto a un bolso enorme, esperan en la puerta.

—¿Ari? —grito para que me oiga, aunque no me muevo de la puerta.

—Tengo veintiún años, mamá, puedo hacer lo que quiera. —La voz de Ari suena más cerca.

—Para tener veintiún años, estás actuando como una niña pequeña. —La que imagino que es la voz de su madre también.

—¿Siempre vas a usar el mismo ataque? ¿Que soy una niña pequeña?

—Es lo que pareces, así que sí. Tienes un contrato, Arizona, no puedes hacer lo que te dé la gana cuando te dé la gana.

—Deja de acogerte al contrato, mamá. Ayer tuve la última campaña del año, hasta enero no tengo nada en la agenda, así que puedo irme sin incumplir con el trabajo.

—Las cosas no funcionan así. Si saliera un trabajo ahora, tendrías…

—Si sale un trabajo importante ahora, que lo dudo, cogeré un vuelo y volveré. De todos modos, espero que seas lo suficientemente lista como para no hacerme volver por cualquier tontería solo por que estés molesta.

—¿Qué estas insinuando?

—Que te jode que me vaya con papá antes de tiempo, aunque no te molestas en pasar un minuto de tu día conmigo si no es para hablar de trabajo.

No las puedo ver desde donde estoy, aunque no deben de estar lejos. Por eso oigo el sonido de una mano que golpea una mejilla y la expresión de sorpresa de Arizona. No me puedo quedar allí parado después de eso. Entro más en la casa y me las encuentro enfrentadas la una a la otra. Arizona tiene una mano en la mejilla y su madre cierra una suya en un puño, mientras la otra está aún en alto. Está muy enfadada.

—Ari… —Se vuelve al oír mi voz. Su cara transmite muchas cosas y ninguna es buena. Tristeza, consternación, rabia, decepción. Aun así, consigue recomponerse.

—Sácame de aquí.

En dos pasos estoy a su lado y la atraigo hacia mí. Los pasos de su madre nos siguen hasta la entrada.

—Arizona, no hemos terminado la conversación.

—Sí lo hemos hecho. —Ni siquiera la mira mientras le habla—. No volveré hasta el dos de enero, tenlo en cuenta.

Sale de casa con la maleta grande y el bolso. Yo cojo la pequeña y la sigo. Su madre me mira de arriba abajo con desdén, me evalúa. No tarda en cerrar la puerta en cuanto salgo.

Arizona se monta en el coche sin decir una palabra. Igual que el día que la recogí hace unas semanas. ¿Le pegaría también esa vez? ¿Cuántas veces lo habrá hecho?

—Ce…

—No quiero hablar —responde tajante.

—Pero, Ce, lo que ha pasado…

—Aiden, por favor, si hablo, me pondré a llorar y no quiero.

—¿Qué tiene de malo llorar? Siempre pareces aguantarte las ganas.

—Que no sé si seré capaz de parar una vez empiece.

Algo se encoge dentro de mí. Es como si sintiera que, cada vez que Arizona avanza unos pasos, su madre le hiciera retroceder el doble. No voy a insistir. Cuando ella quiera hablar, estaré ahí. Ojalá no sea cuando todo explote y no haya vuelta atrás.

Aparco en el aeropuerto. Hemos llegado bastante antes de la hora porque queríamos pasar un rato juntos antes de que se marchara. Me quedo allí sentado porque no estoy seguro de qué hacer o decir. Es ella la que reacciona y se pone encima de mí, a pesar de que el espacio en el coche es minúsculo. Echo el asiento hacia atrás y la acurruco entre mis brazos.

—Lo siento, Aiden, siento muchísimo que hayas visto eso. No te habría pedido que subieras si llego a saber que iba a entrar en ese momento por la puerta. Al ver las maletas…

—No pidas perdón. Me alegra haber subido. Si no lo hubiera hecho, quizá no habría sido solo una bofetada.

—Nunca me había pegado una bofetada. Bueno…, cuando era pequeña y hacía alguna trastada.

—Da igual, Ari. No tiene por qué hacerlo ni una sola vez.

—Lo sé, lo sé. No la intento justificar, es solo que no quiero que pienses que es lo habitual. No quiero que te preocupes en ese sentido.

—Me preocupo cuando estás en esa casa y no porque te vaya a poner la mano encima. Me preocupa cómo te hacen sentir esas cuatro paredes.

—No quiero que te preocupes más. —Me acaricia la mejilla con las yemas de los dedos, tan suave que cierro los ojos. Es como si, con su roce, fuera capaz de traspasarme la fragilidad que siente.

—Es inevitable. Cuando alguien te importa, te preocupas. Igual que tú lo haces por mí o por tus hermanos.

—Pero no quiero irme y que te quedes preocupado. Te prometo que estoy bien.

—No lo estás, pero no pasa nada, porque lo estarás.

Traga saliva al oír mis palabras. Sus ojos por fin encuentran los míos; ha estado evitándome. Me acerco a ella para darle un beso. Necesito que sepa que estoy aquí, que no voy a irme y que no tiene que disimular conmigo.

—Gracias por entenderme siempre. Cuando se trata de hablar de mis emociones, me cuesta, muchas veces no sé ni lo que siento. No quiero perderte y, cuando estoy así y no soy capaz de expresarme, siento que te alejo.

—Escúchame, Arizona. —La agarro de las mejillas y la obligo a mirarme de nuevo—. Voy a estar aquí ahora y cuando estés preparada para hablar. Como si nunca lo estás. Si te pregunto,

si quiero que hables, es porque me duele pensar que te guardas tantas cosas que te duelen, que quizá fuera te ayudarían a estar mejor. Pero, si nunca quieres hablar de ello, seguiré aquí. No todos somos iguales.

Cuando termino de hablar, me besa con intensidad. La atraigo por la cintura hacia mí. Quiero que cada hueso y músculo y órgano de su cuerpo se calienten por dentro, que entiendan que no voy a marcharme ni a juzgarla. Voy a ser su punto de apoyo cuando la tierra se tambalee bajo sus pies.

47

ARIZONA

El camarero me sirve el café que le he pedido, le doy las gracias y me pierdo en el fondo de la cafetería. Busco una mesa cerca de la ventana, desde la que pueda ver el mar. El silencio me estaba ahogando en casa. Todos están trabajando y yo he ido de estancia en estancia hasta que no he aguantado más. He visitado un rato a Harper en la librería y después he estado paseando hasta que la humedad se ha vuelto insoportable. Me he metido en esta cafetería para estar caliente un rato.

Le mando una foto a Aiden del café y el mar de fondo. Me costó mucho despedirme de él. Después de la conversación con mi madre, de que viera el guantazo, tuve un momento de debilidad. Quise gritar, desgarrarme por dentro, vaciarme de una vez. No lo hice porque, cuando siento tantas emociones al mismo tiempo, me abrumo y no soy capaz de expresarlo con palabras, y tampoco quería dejarlo más preocupado de lo que ya estaba. Por eso no he dejado de comunicarme con él, para que sepa que estoy bien. También porque quiero, porque hablar con él es encontrar paz.

No le mentí cuando le dije que mi madre no me había pegado antes. Ha sido agresiva al hablarme toda la vida, me ha agarrado con fuerza de los brazos y me ha zarandeado, pero nunca me había dado un bofetón. Tampoco la había contradicho nunca de esa manera. A ella no le duele tanto que me venga aquí como la pérdida de control sobre mis decisiones. Eso y saber que estaré con mi padre. No soporta que pase tiempo con él.

Llevo dos días aquí y aún no he sido capaz de hablar con él, a pesar de que ayer pasamos el día juntos y tuve varias ocasiones para sacarle el tema. Cuando voy a dar el paso, una mano invisible me agarra por dentro y me impide iniciar esa conversación. Me cuesta sincerarme con él, decirle cómo me he sentido todos estos años. Nuestra relación desde que mi madre me llevó a Nueva York no ha sido mala. Para nada. Quiero a mi padre muchísimo y él a mí. Me ha cuidado a su manera, como dice Jay, pero dentro de mí guardo unas cuantas cosas que ha llegado el momento de decirle. Y no es tan complicado hablar con él sobre lo del contrato como decirle las verdades que escondo, porque hacerlo es reconocer debilidades que no estoy preparada para demostrar. Hasta hoy. No puedo seguir huyendo de esa conversación. Gala tiene razón cuando dice que todo lo que nos quedamos dentro hace daño, desgarra, hace que las heridas no se curen.

La campana de la cafetería suena y me giro para ver si es Harper. Hemos quedado aquí cuando acabara de trabajar. No es ella quien está mirándome desde la puerta, sino mi padre. Me sorprendo; a estas horas suele seguir en la oficina. Me saluda con la mano y me indica que va a la barra a pedir. Me da un beso en la mejilla antes de sentarse enfrente de mí con un café que estoy segura de que es como el mío. Le encanta con caramelo desde que lo probó conmigo. Lo

observo apoyar el abrigo en sus piernas, aflojarse la corbata para que no le apriete tanto y mover un poco el cuello para soltar parte de la tensión que tiene en el trabajo.

—¿No deberías estar en la oficina? —le pregunto.

—Hoy, como si fuera un milagro, he terminado pronto y me he ido antes.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

—Me lo ha dicho Harper.

—He quedado con ella aquí cuando saliera del trabajo.

—Lo sé, me lo ha dicho. Por eso he venido.

—¿Porque he quedado con ella? —Enarco las cejas y acerco mi vaso a los labios para dar un trago. Sé por dónde va y no sé si me gusta. Odio cuando Harper hace las cosas sin preguntar, aunque sea por mi bien.

—Porque me apetecía pasar un rato con mi hija.

—Ayer estuvimos todo el día juntos.

—¿Y por eso no puedo querer pasar tiempo contigo?

—No, supongo que no.

—¿Te apetece que demos un paseo por la playa?

—Claro.

Llevo sin hacer esto con mi padre muchos años. No recuerdo casi ningún momento en el que haya estado a solas con él, quizá solo cuando le pedí hace un año que me ayudara a gestionar con la agencia mis facturas y honorarios.

—¿Quieres que vayamos por la orilla? —me propone.

—Claro, aunque se nos van a quedar helados los pies.

—Ah, no, yo no pienso quitarme los zapatos.

—¿Por qué? Si eso es lo divertido de pasear por la orilla.

—Soy mayor, no quiero ponerme malo.

—No eres mayor, papá. Venga, hazlo conmigo.

Insisto un poco más y, cuando me ve con los pies dentro del agua, lo convenzo. La mirada que me echa me hace soltar una carcajada. Yo tampoco esperaba que estuviera tan tan fría, pero la sensación es una especie de consuelo. Caminamos en dirección a casa, cada uno con su café en la mano. Él no pierde la vista del frente y yo lo miro por el rabillo del ojo. Sé que su aparición en la cafetería no ha sido casualidad. No sé cuánto de esto es una maquinación de Harper o si mi padre sabe más cosas de las que parece.

—Papá. —Vuelve su mirada hacia mí.

—Dime, cariño.

—¿Por qué has venido en realidad? Sé que no es solo porque quieras pasar tiempo conmigo.

Se para, mira hacia el suelo y respira hondo, como si estuviera pensando qué palabras usar. Me quedo parada a su lado, con una mano en el bolsillo y la otra agarrando el café. Me mira con tanta intensidad cuando al fin levanta la cabeza que empiezo a ponerme nerviosa.

—Escuché la conversación que tuviste con tus hermanos en Acción de Gracias. No fue intencionado, lo prometo. —Levanta las dos manos como si pidiera perdón—. Iba de camino al baño y oí como les decías que no podías más y que querías hablar conmigo. Estaba esperando a que vinieras tú, pero lo cierto es que no he podido aguantar más. El sábado, cuando te recogí en el aeropuerto, parecías contenta, feliz, pero tus ojos no decían lo mismo.

—Yo… quería hablar contigo ayer, pero, cuando voy a hacerlo, me echo atrás.

—No debes tener miedo de hablar conmigo, ni mucho menos de esto.

—No tengo miedo de hablar contigo. Hablar del contrato es fácil, lo que es difícil es hablar

contigo de verdad, papá. Decirte todas esas cosas que no te he contado nunca.

—¿Sabes qué fue lo peor de ver ayer en tus ojos esa tristeza?

—¿Qué? —Tengo que hacer un esfuerzo para que me salgan las palabras. Un nudo se me ha instalado en la garganta.

—Me sentí culpable. Pensé en todas las veces que lo habrás estado y no me he dado cuenta. En que me he engañado todo este tiempo pensando que eras feliz.

—Me cuesta hablar con todo el mundo de cómo me siento, de lo que me ocurre, pero contigo… más. Porque te necesitaba y no era capaz de decirlo ni tú de verlo. —Hago una pausa. El nudo sigue ahí y no quiero romperme, no quiero que mi voz tiemble, aunque estoy a un paso de que ocurra—. Y, cuanto más tiempo pasaba, más me costaba sentarme a hablar contigo. Preguntarte por qué me dejabas con mamá, por qué no hacías nada por mí, por qué no luchaste cuando más lo necesité. Te odié, ¿sabes? Las primeras semanas en Nueva York culpaba a mamá, pero, cuando me di cuenta de que nadie iba a hacer nada por mí, entonces te culpé a ti. Porque si tú no me cuidabas y protegías… no me quedaba nadie.

—Arizona, cariño…, me rompe saber esto. Me duele que no me lo dijeras y me duele no haberte dicho que luché por ti, que intenté por todos los medios que me dieran la custodia, traerte de vuelta a Wilmington.

—¿Qué?

—Estuve años peleándome con tu madre en los juzgados, hice todo lo que pude. En el despacho volví locos a mis compañeros y busqué en otros, pero no pudimos hacer nada. La justicia no se puso de mi parte, porque, por desgracia, cuando firmamos el acuerdo de divorcio se incluyó una cláusula que decía que, en caso de que le saliera una oportunidad de trabajo en otro lugar que mejorara vuestra situación, tenía derecho a mudarse y a llevarte con ella. Tu madre no cedió y los argumentos que presentó su abogado tenían sentido. No podías vivir un mes en cada estado, así que el acuerdo al que llegamos fue que pasarías un mes de vacaciones con cada uno, Acción de Gracias con ella y Navidad conmigo, y un fin de semana de cada dos aquí. Lo intenté, de verdad, pero no pude hacer más.

—¿Por qué no me lo contaste? ¿Por qué no me lo contó nadie? Me he pasado todo este tiempo sintiendo que no me querías lo suficiente como para luchar por mí…

—No te lo conté porque no quería que te hicieras ilusiones. Te fuiste rota, enfadada con el mundo, como tú dices, y no quería darte esperanzas cuando la situación era muy complicada. No quería que el golpe fuera más fuerte si no salía bien. Pensaba que con el tiempo las cosas cambiarían, que tu madre cambiaría, era lo único a lo que podía agarrarme.

—Pero no cambiaron. Nunca. Han ido a peor año tras año.

—También esperaba que, cuando cumplieras dieciocho, te alejaras de tu madre, porque ya no la necesitabas legalmente. Estabas asentada como modelo, tu nombre era ya muy conocido, tenías una profesión. Ya no la necesitabas, podías volver a casa, con tus hermanos, con los que sabía que sí hablabas. Pero me equivoqué.

—Firmé ese contrato porque estaba enfadada contigo. Ese verano esperaba que me pidieras que volviera aquí, a vivir contigo. Llevaba esperando desde mi cumpleaños, retrasando la firma del contrato. Cuando no dijiste nada, lo firmé. Pensé que… qué más daba, si tampoco tenía a donde ir. Al menos mamá me ayudaba con el trabajo.

—Yo… como no dijiste nada, pensé que no querías venirte. Obviamente, me equivoqué. Ambos hemos dado muchas cosas por sentadas. Yo, que tú hablarías conmigo y tú, que yo lo haría contigo.

—Me costaba hablar contigo, papá, porque… yo pensaba que te daba igual. Me equivoqué

al dar por sentado que tenías que deducir cómo me sentía, cuando en realidad nunca te había contado nada ni te he hablado de mis sentimientos. Ni siquiera cuando vivía aquí.

—Eras muy pequeña entonces y yo pasaba mucho tiempo en el trabajo.

—Sí, aunque eso no me excusa. Podría haber intentado acercarme más a ti. Mamá tampoco ha sido de mucha ayuda a la hora de hablar de mis emociones. Siempre las ha invalidado.

—Pero con Jay y Harper sí que lo has hecho todo este tiempo.

—A ellos les daba igual preguntarme cosas incómodas, pincharme hasta que les contaba lo que me pasaba. Con ellos la relación siempre ha sido muy estrecha. Contigo, después del divorcio, se enfriaron las cosas y la mudanza solo aumentó esa distancia. —Hago una pausa y le doy un trago al café, que ya está frío—. Llegué a pensar que mamá te había hecho un favor al alejarme de ti, así ya no tenías que preocuparte más que lo justo.

—Eso no va a pasar nunca, jamás. Yo siempre me preocuparé por ti, aunque no te lo diga ni lo demuestre. Estos años tampoco han sido fáciles para mí. Con el tiempo, me resigné y ese fue mi error. Debí sentarme contigo y hablar, dejar de mirar hacia otro lado. Creo que tenía miedo de darme cuenta de que era tan culpable de tu tristeza como tu madre.

—Necesito hacerte una pregunta.

—Adelante.

—¿Jay y Harper lo sabían? Y, si es así, ¿por qué no me contaron nada?

—Jay no, Harper sí. Ella era mayor. Era más difícil ocultarle las cosas. Si no te contó nada fue porque se lo pedí.

—Pero tampoco me lo contó después. Ella sabía lo enfadada que estaba contigo, sabía lo mucho que me dolía pensar que no estabas luchando por mí.

—Ari, fue complicado para todos. Harper quiso contártelo muchas veces, pero no le dejé. Si lo hacía, podía darte una esperanza que solo iba a hacerte más daño. Y después… No sé por qué no te lo contó después. Supongo que por lo mismo, porque yo se lo pedí. Tampoco habría servido de nada que lo hubiera hecho.

—Eso no es verdad. Puede que hubiera cambiado mi actitud hacia ti, que te hubiera contado cómo me sentía.

—No sé por qué Harper no dijo nada. Fue su decisión, tendrías que preguntarle a ella. Pero tampoco debes culparla. No fue fácil para nadie aquella época. La decisión de tu madre nos afectó a todos y cada uno lo llevó a su manera. Hicimos lo que pudimos.

—Pero ella sabía cómo me sentía, sabía lo mucho que te necesitaba, papá, lo mucho que me guardaba dentro. —Se me rompe la voz y unas lágrimas empiezan a caer por mis mejillas. Mi padre me acerca a él y me aprieta fuerte. Oigo como susurra «lo siento» repetidas veces. Hemos sido tan tontos los dos… Tanto.

—No sé qué habría pasado si te lo hubiera dicho, cariño, no lo sé. Solo sé lo que podemos cambiar a partir de hoy.

—Duele, papá, duele mucho pensar en cómo habrían sido las cosas si cada uno de nosotros hubiera actuado de otra forma. —Me limpia las cuatro lágrimas que he derramado—. No quiero callarme nunca más.

Estoy harta de hacerlo, de sentir que no tengo nada que decir y que, cuando sí lo tengo, nadie quiere escucharlo.

—Los dos hemos cometido el error de callarnos las cosas, y eso nos ha llevado a donde estamos. A ti, a firmar a conciencia un contrato que te ató, y a mí, a culparme por ello. Por ello y por más cosas. Saber todo esto me duele, Arizona, me duele muchísimo. Porque eres la persona más importante de mi vida y eso no va a cambiar nunca. Jamás.

—Te he echado de menos, papá, te he echado mucho de menos.
—Y yo a ti, mi pequeña, y yo a ti.

48

ARIZONA

Me siento mucho más ligera desde que he hablado con mi padre. Es como si hubiera vaciado parte del peso que llevo en la espalda y que cada día me hace ir más encorvada.

Hemos seguido hablando hasta llegar a casa, con los pies como cubitos, pero por una vez no siento el frío por dentro. Mañana iré al despacho para hablar de todos los temas legales con su compañero. Él estará presente como mi padre, no como abogado.

He aprovechado y le he hablado también de Aiden. Del miedo que me da que mi madre se entere, de que se filtre algo en la prensa y de la reacción que pueda tener. Estoy segura de nuestra relación, pero no quiero que la prensa enturbie nada, que hable de nosotros como si supiera qué sentimos o quiénes somos, quién es él. Aunque lo que más miedo me da es la reacción de mi madre. Desde que vio las fotos, hemos tenido un cuidado extremo, pero no quiero seguir escondiéndome como si lo que hacemos estuviera mal.

Arizona
He hablado con mi padre.

Aiden
Ahora entiendo que no hayas hecho ningún comentario
sobre mi foto tan maravillosa limpiando la casa.

Arizona
Jajajajaja, estás muy sexi cuando limpias.
Y, cuando no, también.

Aiden
¿Ha ido bien?

Arizona
Sí, ha ido muy bien.
Mañana nos reuniremos con uno de sus compañeros
para ver todo el tema del contrato.

Aiden
Sabes que no me refería a eso.

Arizona
Lo sé.
Y sí, esa parte también ha ido bien.
No quiero contártelo por aquí.

Aiden

¿Me vas a hacer esperar hasta que nos veamos?
adjunta foto con cara de pena

Arizona
Jajajajaja, así tendrás más ganas.

Aiden
No creo que eso sea posible.

Arizona
Hace dos días que nos vimos.

Aiden
¿Y? Siempre tengo ganas de verte.

Arizona
Yo también tengo ganas.
¿Qué tal fue la obra ayer?

Aiden
Bien, muy bien.
Ya solo quedan cuatro funciones.

Arizona
¿Al final no la han renovado?

Aiden
De momento, no.

Arizona
Ojalá lo hagan, y si no pronto te saldrá otra cosa,
estoy segura.

Alguien llama a la puerta. No me da tiempo a responder antes de que la cabeza de mi hermana se asome. Con una palmadita en la cama, la invito a que entre.

Entra con sigilo, cierra la puerta tras de sí y se acerca para sentarse enfrente de mí en la cama. Me incorporo y cruzo las piernas. La observo detenidamente. El pelo oscuro por los hombros, los ojos de un marrón claro que cuando le da el sol se acerca al verde oliva; es más bajita que yo, aunque no tanto como Gala. Y sus facciones… son mucho más redondas y no tan marcadas como las mías. Aunque en lo que menos nos parecemos es en cómo vivimos la vida, al menos hasta ahora.

—¿Cómo de enfadada estás conmigo? —Se muerde el labio por dentro, de la misma manera que hago yo cuando estoy nerviosa.

—No estoy enfadada. Ha habido un momento en que sí. Quería gritarte por no contarme las cosas, pero luego… Bueno, como me ha dicho mi padre: todos hicimos las cosas lo mejor que pudimos y supimos.

—Quería contártelo cada vez que me llamabas llorando. Cuando esas pesadillas te despertaban, quería contártelo a cada rato. Charles insistió en que no lo hiciera y, cuando al final no lo consiguió, pensé que no merecía la pena contarte algo que solo podía hacerte más daño. No pensé en el daño que te hacía creer que tu padre no había luchado por ti.

—No tienes que darme explicaciones, Lele, de verdad. Todos nos equivocamos de alguna manera o dimos por sentadas cosas sin ni siquiera hablarlas.

—Sí que tengo que dártelas, debí decírtelo hace tiempo para que las cosas no se alargaran hasta ahora. Me equivoqué y lo siento. Intentaba protegerte y lo he hecho de manera errónea, porque al final te he hecho más daño que otra cosa.

—Quizá las cosas tenían que ser así, ¿sabes? Después de la conversación con mi padre, creo

que tiene razón en que no sabemos cómo habría sido todo si hubiera ocurrido de otra manera. Ahora lo único que podemos hacer es cambiar las cosas.

—Pareces demasiado serena.

—Lo estoy. Esta conversación me ha quitado kilos de peso.

—Dejar de callarse cosas tiene ese efecto.

—No es solo eso. Es saber que la forma en que me sentía no estaba tan alejada de la realidad. Y también sus palabras. Por una vez, he visto a mi padre dándome la mano, consciente de que no me la va a soltar.

—Él siempre la tenía extendida hacia ti, pero tú no la veías.

—Él tampoco supo verme, Lele.

—Eso es verdad. En realidad, creo que ninguno supisteis hacerlo.

—Ya no tiene importancia. Bueno, sí la tiene, es algo que me costará un tiempo gestionar, pero al menos ese sentimiento de rabia y rencor ya no está.

—No sabes cómo me alegra oírte decir esto, de verdad. —Aprieta mi mano en un gesto de apoyo.

—Y a mí.

—Tengo que ayudar a mamá con unas cosas, pero ¿qué te parece si tú y yo luego hacemos algo rico para cenar y vemos una película con palomitas hasta que nos gane el sueño?

—Me parece genial. ¿No cenan ellos aquí?

—No, tienen una cena con sus amigos del club.

Pone los ojos en blanco y de un salto se levanta de la cama. Yo suelto una carcajada. Mi hermana no soporta a la gente del club. Demasiado pretenciosos, dice siempre.

Cuando se marcha, marco el número de Aiden para hacer una videollamada. No me apetece seguir hablando por mensaje; y así aprovecho y le cuento la conversación de hoy.

—Hola —respondo alegre cuando aparece su cara en la pantalla.

—Hola, Ce. —La cámara se mueve y me parece ver el azulejo de su baño.

—¿Estás en la ducha?

—Sí, acababa de meterme cuando me ha saltado la videollamada.

—Dúchate, anda, y me llamas luego. Así te cuento todo bien.

—Hecho. Dame cinco minutos.

Me devuelve la llamada justo cinco minutos después. Está tirado en su cama, en una postura muy parecida a la mía. Tiene el pelo aún húmedo de la ducha y lleva puesta la sudadera gris que usa para estar por casa y estoy segura de que también un pantalón de pijama a cuadros. La mayoría de sus pijamas son de cuadros; solo cambian los colores.

Hablamos hasta que Harper vuelve a aparecer. Se une un rato a nuestra conversación. Y la sonrisa que ilumina la cara de Aiden en toda la conversación, su risa, sus comentarios graciosos… son todo lo que necesito para acabar bien el día.

Eso, y mi hermana y yo compartiendo un bol de palomitas, y una película cualquiera de Netflix de la que comentaremos cada parte.

Todo eso me hace sentir más ligera. Más tranquila.



Al día siguiente, Harper me acompaña hasta la puerta del bufete. Me pregunta varias veces si quiero que suba conmigo y en todas le digo que no, necesito hacer esto con la compañía de mi padre y nadie más. Se despide con un abrazo y me hace prometerle que la llamaré en cuanto salga. Aiden también me ha mandado varios mensajes de ánimo.

Mi padre me espera en la recepción con un café para cada uno.

—Es para darte ánimo.

—Gracias, aunque quizá sea mejor una tila.

—¿Estás nerviosa?

—Mucho.

—Todo va ir bien, Ari, voy a estar todo el rato a tu lado.

—Gracias. —Me acerco a él y lo abrazo por la cintura.

—¿Estás preparada? —Asiento—. Entonces, vamos.

El despacho de Alfred está al lado del de mi padre. Nos espera sentado detrás del escritorio con otro café a su lado y un montón de papeles a su alrededor. Nos sentamos enfrente.

—Hola, Arizona, ¿cómo estás?

—Bien, nerviosa, la verdad. —Mi padre coge mi mano y me da un apretón.

—Es normal, aunque espero que cuando salgas de aquí estés más tranquila.

—Por lo que me ha comentado tu padre, quieres saber qué recoge tu contrato.

—Sí, nunca me he interesado por él y creo que ha llegado el momento.

Me hace un resumen de lo que recoge y yo asiento con cada palabra. Me deja más tranquila saber que no hay ninguna cláusula que me impida trabajar con otra agencia una vez termine.

—Vale, bien. Me quedo más tranquila con todo lo que me cuentas. ¿Y hay alguna cláusula que me impida tener una relación sin comunicárselo a la agencia?

—No, por supuesto que no.

—¿No hay tampoco nada que me obligue a estar en Nueva York por si me surge alguna campaña de última hora?

—No, como te he comentado tienes exclusividad con la agencia hasta que dure el contrato y no puedes hacer nada que no haya negociado tu agente, pero también pone que deben comunicarte con al menos cinco días de antelación cualquier trabajo de última hora para que tengas tiempo para organizarte.

—Eso no lo cumplen siempre, pero no tiene importancia. Con saber que mi madre no me puede exigir ninguna de esas cosas, me vale.

—¿Algo más que quieras saber?

—En cuanto a mis redes sociales, ¿puedo recuperar el control o le pertenecen de algún modo?

—En el contrato lo único que incluye es que deberás compartir todo lo relacionado con tu

trabajo siempre que así te lo exijan las campañas, pero no pone nada de que le pertenezcan.

—Entonces, ¿puedo recuperar su control?

—Sí, claro, no debería haber problema.

—Vale. ¿Y cuándo podríamos comunicarle que no renovaré?

—Tenemos hasta el 30 de junio para hacerlo, puede ser cuando tú quieras. ¿Has pensado en alguna fecha?

—No, todavía no.

—Tienes tiempo. Nosotros nos encargaremos de tener listo el documento cuanto antes, por si decides enviarlo antes de esa fecha.

—Gracias. Hay otra cosa que me gustaría comentarte.

—Dime.

—Aún no me han ingresado el dinero que me debían, quería saber si podemos reclamarlo.

—Sí, por supuesto. Además, han incumplido el plazo de tres meses que les exigimos. Hoy mismo nos ponemos con ello.

—Gracias, no quiero mandar el comunicado antes de asegurarme de que tengo ese dinero en mi cuenta.

—Claro, es normal. De todos modos, si llegara el 30 de junio y no te hubieran ingresado todavía el dinero, ejecutaremos una demanda. De momento, vamos a intentarlo por las buenas, digamos.

—Gracias, de verdad. Esto es muy importante para mí.

—No tienes que dármelas. Es mi trabajo.

—De todos modos, gracias.

Me levanto y mi padre hace lo mismo. Nos despedimos, aunque mi padre queda en venir en un rato a hablar con él.

—No has dicho nada ahí dentro —le digo a mi padre. No es una recriminación.

—Creía que era mejor que hablaras tú, yo solo estaba como apoyo.

—Gracias, papá, necesitaba hacerlo por mí misma.

—Lo sé, hija. ¿Estás más tranquila?

—Sí, estoy mejor.

—Me alegro. Tengo que volver al despacho a trabajar un rato, pero a mediodía estaré en casa, ¿vale?

—Vale. Nos vemos luego.

Nos damos un abrazo rápido de despedida. El aire frío de la calle me golpea la cara y respiro hondo. Decido ir a visitar a Harper a la librería y de camino llamo a Aiden para contárselo todo.

Esa noche me duermo con la sensación de que todo estará bien.

49

ARIZONA

La vida es como un puzle. Cuando naces, todas las piezas están desperdigadas, del revés. No sabes qué encontraras debajo de cada una de ellas hasta que empiezas a crecer y darles la vuelta. Las del borde siempre son las más fáciles. Algunas encajan a la primera. Un simple vistazo y encuentras su lugar.

Hay piezas que nos empeñamos en que encajen. Empujamos y empujamos hasta que las doblamos o las rompemos. No es fácil darse cuenta de que no encajarán nunca en ese hueco, por mucho que lo intentemos, porque no es su lugar.

Algunas se pierden y aparecen tiempo después debajo del sofá, a la espera de que las coloquemos en su sitio.

Otras parecen no encajar nunca, hasta que de pronto te das cuenta de que la estabas colocando en el lugar incorrecto.

La vida es como un puzle. A veces todo parece ir rodado, cada pieza en su lugar, sin equivocarse, sin darle vueltas y vueltas, sin necesidad de mirar el todo. Otras veces te enfadas, lo dejas, te frustras. En ocasiones, te sientes una inútil por no entender por qué no consigues avanzar en él, cómo no supiste ver que esa pieza no encajaba.

La vida son piezas que encajan a la primera, piezas que no terminan de hacerlo nunca porque estaban colocadas en el sitio equivocado, piezas que no encontrabas porque no era su momento y piezas que, por mucho que las miras, no sabes ver que van en ese espacio.

Pero, cuando las piezas encajan, cuando cada una empieza a ocupar su sitio, a descubrir por qué la pieza no se acoplaba antes y ahora sí… entonces todo empieza a estar bien. La seguridad de que, tardes más o menos, las piezas acabarán cada una en su lugar.

50

AIDEN



Estoy nervioso. Como un niño pequeño el día se su cumpleaños que espera abrir los regalos y celebrarlo con sus amigos. Arizona me ha tapado los ojos en cuanto ha aparecido por mi casa. Con un susurro me ha dicho que tenía una sorpresa y ahora camino guiado por ella, sin tener ni idea de a dónde nos dirigimos. No es cerca de casa ni tampoco muy lejos, porque el trayecto en coche ha sido más bien corto.

—¿Me vas a decir ya a dónde vamos?

—No, y ni se te ocurra intentar ver algo, que intuyo tus intenciones.

—Dame alguna pista.

—Estamos llegando, enseguida lo vas a ver.

Nuestras manos no se han separado desde que hemos salido de mi casa, como un símbolo de lo que hemos construido en los últimos meses, en los que ninguno ha soltado al otro. A pesar de que pasamos bastante tiempo separados por su trabajo, que ha aumentado en las últimas semanas, sacamos ratos de cualquier parte. Necesitamos coartada para Arizona en cada ocasión, como si tuviéramos quince años. A veces me siento de esa manera. Siento esa intensidad de los principios, como cuando era adolescente. Disfruto de ella y de cada momento que tenemos como si lo fuéramos. Es algo que no pensaba que volvería a sentir pasada la adolescencia.

Lo bueno es que su madre nunca hace preguntas cuando le dice que va a pasar tiempo con Jay. Aun así, Sharon últimamente está más pendiente. Hasta Arizona ha reconocido que su madre está sobrecargándola de trabajo más que nunca porque es la única manera de tenerla controlada. También influye el cambio en la actitud de Arizona. Cada día que pasa, la noto más fuerte, serena, enfocada. El cambio ha sido tan grande en poco tiempo que su madre lo nota; sabe que está perdiendo la única arma que tiene con su hija: la manipulación. Jugar a hacerla tan pequeñita que necesite de su madre para todo. No es que no siga intentándolo día a día, pero ahora ella no se deja influenciar por los comentarios que salen de su boca. Cuando algo le duele, lo habla con sus personas de confianza, intenta no guardarse tantas cosas para ella, aunque aún le cueste. Al menos ahora intenta gestionar esas emociones de la mejor manera que sabe y no las deja a la deriva como si no fueran parte de ella.

Dado que el contrato se termina en tres meses, pensé que Sharon haría cualquier cosa por mejorar las cosas. Sería lo normal. Nada lo es cuando hablamos de ella. Todavía no me he acostumbrado a las cosas que me cuenta Ari. Cuando creo que no puedo sorprenderme con nada de lo que haga, vuelve a hacerlo.

Menos mal que se lanzó a hablar con su padre y ha seguido adelante con la finalización del contrato con la agencia. Después de estos meses, no cabe duda de que lo que la tiene ahogada y

paralizada, lo que la frena en la vida, es ese contrato que la ata a su madre. Y es duro decirlo de esta manera, como si fueran unas esposas que las mantienen dentro de una celda a ambas, pero es la verdad. Ambas siguen la una en la vida de la otra por ese único motivo.

Arizona ralentiza sus pasos y me obliga a hacer lo mismo hasta que paramos. Oigo ruido a mi alrededor, pero no me da ninguna pista sobre dónde podemos estar.

—¿Estás preparado? —Percibo el entusiasmo con el que lo dice, aunque no pueda verla.

—Siempre estoy preparado.

—El hombre preparado —bromea.

—Por supuesto.

Noto como se mueve y se coloca detrás de mí para desatar el nudo de la venda. Lo primero que veo es un letrero enorme de los New York Knicks. Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que estamos al lado de los vestuarios del equipo.

—¿Qué coño…?

La sonrisa de oreja a oreja que tiene Arizona es equiparable a la de sorpresa que tengo yo.

—Como no he podido venir antes a ver a Jay jugar aquí, pensé que era un buen plan hacerlo contigo.

—Eso no explica por qué estamos al lado de los vestuarios.

—Bueno, es posible que le pidiera el favorcito de que te enseñara el estadio y te presentara a todos sus compis. No vamos a poder estar mucho con ellos, pero…

La cojo de la nuca y la atraigo hacia mí. Veo la sorpresa en sus ojos y como su respiración se para antes de que la bese. Lo hago sin ninguna suavidad. Necesito que sepa lo increíble que es, lo que significa para mí esto, y no creo que haya palabras para hacerlo. Abre su boca y nuestras lenguas se enredan. Un carraspeo nos hace ralentizar el beso hasta que nos separamos. Jay nos mira con una sonrisa socarrona.

—Estaría genial que no follarais en nuestras instalaciones.

—No íbamos a follar —le responde su hermana y le saca la lengua.

—No estoy tan seguro de eso.

Arizona se acerca a él y lo golpea en el brazo. Jay se ríe y la agarra para hacerle cosquillas. Las carcajadas de ambos hacen eco en el pasillo.

—¡Exijo tiempo! —grita Arizona sin parar de reír.

—Solo si reconoces que Aiden te estaba metiendo la lengua hasta la campanilla.

—¡Jay! ¿Por qué te empeñas en hacer sucio todo?

—No lo hago adrede, lo juro.

—No lo parece.

Él la suelta. Los dos hacen un esfuerzo por no seguir riéndose.

—Los chicos no tardarán en llegar. Os he traído un regalo.

No me he fijado en las dos camisetas que lleva en las manos. Las extiende para que podamos verlas. Son de esta temporada. Ambas llevan su nombre y su número en el dorsal.

—Gracias, tío, no hacía falta. —Le doy una palmada en el hombro de agradecimiento.

—No me cuesta nada hacerlo y así podré presumir de que mi hermana lleva mi camiseta con orgullo.

—Hombre, eso ni se duda. Siempre seré tu mayor fan. Luego nos hacemos una foto juntos.

—Claro, ¿vamos a hacer ese tour personalizado?

No termino de creerme que estemos aquí. Después de enseñarnos el estadio, hemos vuelto a los vestuarios y nos ha presentado a sus compañeros. Ha sido rápido, porque tenían que cambiarse y prepararse para el partido, pero, aun así, he tenido que pedirle a Arizona que me

pellizcara cuando estábamos saliendo porque no me lo podía creer. Tampoco me puedo creer que vayamos a ver el partido en primera fila, rodeado de otros famosos, con el banquillo tan cerca y la cancha a solo unos metros.

Arizona no para de hacer fotos para su familia. Yo sigo observando todo lo que hay a mi alrededor. En ese momento, caigo en una cosa.

—Ce. —Levanta un momento la mirada del móvil para darme a entender que me ha escuchado—. Esto está lleno de cámaras.

—Sí, es un partido de la NBA.

—Eso ya lo sé. Lo que quiero decir es que cualquiera puede fotografiarnos y publicar esas fotos.

—Lo sé, lo pensé antes de traerte aquí.

La miro desconcertado.

—¿No te importa? —Se encoge de hombros.

—Sí me importa, pero tarde o temprano va a pasar. Aún me cuesta creerme que los hayamos evitado todo este tiempo. No voy a darte un beso delante de toda esta gente, pero si me apetece darte la mano lo haré. Si algún medio quiere publicar las imágenes, que lo hagan, por mi parte no hay problema. No voy a vender mi vida personal, pero tampoco la voy a ocultar.

—¿Y tu madre?

—Después de unas setecientas conversaciones sobre esto con mi padre, me he dado cuenta de que tiene razón. Es mi vida, soy mayor de edad, no tengo ninguna cláusula que diga que no puedo tener pareja y pasearme por ahí con ella, ni tampoco que tenga que informarla. Así que… si se enfada, le dejaré claras esas cosas y ya está.

—¿Cómo de enfermo es que me esté poniendo cachondo esta seguridad?

Se muerde el labio y acerca su boca a mi oído.

—Esta noche. —Me da un beso detrás de la oreja que me estremece.

—Eres mala.

—«Mala mujer, mala mujer, me han dejado cicatrices por todo mi cuerpo tus uñas de gel» —me canta entre risas mientras juega con sus uñas, que lleva ahora largas y perfectamente arregladas. Conozco la canción porque me la ha puesto un trillón de veces en el coche y uno de esos días le pedí que me explicara qué decía.

La voz de los altavoces me distrae y me centro en la cancha. El partido va a comenzar. Me guardo las palabras que le iba a decir para demostrárselas esta noche, cuando nos vayamos a la cama y nadie nos oiga ni nos mire.

51

ARIZONA

—Arizona, necesito que eches la cabeza un poco más para atrás y te muevas hacia la derecha. —Hago lo que me pide el fotógrafo. Llevo desde bien pronto en una sesión para la campaña de maquillaje—. Así. Así estás perfecta.

Veo los *flashes* dispararse, al fotógrafo moviéndose para buscar el ángulo perfecto, la foto perfecta. Queda poco para que terminemos y, aunque ha sido un buen día, estoy deseándolo.

—Yo creo que lo tenemos todo, Arizona —me dice el fotógrafo.

—¿Seguro?

—Ven a echarle un vistazo.

Me acerco a las pantallas para ver las fotos. El trabajo es espectacular. Desde hace unos meses, me noto mucho más fluida y cómoda en las sesiones, y eso se refleja en el resultado de las fotos.

—Yo diría que está. Tal vez repetiría la de este plano. —Señalo una de las fotos de la pantalla.

—Sí, podríamos probar de nuevo, aunque, con todo el contenido que tenemos, quizá podemos prescindir de esas.

—Estoy de acuerdo —comenta uno de los ayudantes—. Hay planos que favorecen mucho más.

—Entonces, lo tenemos. Mañana quedará grabar la parte del vídeo.

Levanto las manos para que me choquen los cinco. Me miran sorprendidos, pero lo hacen. Hay mucho más equipo allí. Siempre hay mucho equipo en este tipo de sesiones.

—Habla con maquillaje antes de marcharte. Hay cosas que quieren comentarte antes de mañana.

—Guay, hablo ahora con ellas.

Después de hablar con el equipo, me cambio y me voy a casa. Le escribo a Aiden por si le apeteciera vernos un rato, aunque esta tarde tiene trabajo. Desde que acabó la obra de Agatha Christie, no han parado de salirle proyectos. Su nuevo agente está mucho más implicado. Le consiguió otra obra, que duró dos meses; un papel secundario en un capítulo de la serie *Mentes Criminales*; y hace una semana le comunicaron que había sido seleccionado para hacer un papel principal en una película policiaca que se estrenará a nivel mundial. Estoy muy feliz porque por fin le haya salido una oportunidad como esta; es lo que llevaba esperando mucho tiempo.

No me da tiempo a abrir la puerta de casa del todo cuando varias revistas se estampan en mi cara y me hacen daño.

—Pero ¿qué haces? —le recrimino a mi madre.

—¿Que qué hago? ¿Cómo tienes la cara de preguntarme qué hago?

Coge las revista del suelo y me enseña las imágenes que hay en todas ellas. Mierda. Somos Aiden y yo en el partido de baloncesto del otro día, justo en uno de los momentos en los que le hablé al oído y nuestras manos estaban entrelazadas. Pensaba que no iba a salir nada después de varios días.

—Por tu expresión, deduzco que las esperabas. —La suya muestra lo muy cabreada que está.

—Era consciente de que podía pasar, sí.

—¿Eres consciente y vas con un cualquiera a ver un partido de tu querido hermanito?

—Sí, Aiden es mi pareja desde hace tiempo y tarde o temprano iba a pasar. No veo el problema.

—¿Que no ves el problema? No tienes ni idea de las consecuencias de esto.

—No hay consecuencias de esto, mamá. Ninguna. Aiden es mi pareja. Muchas personas tienen pareja.

—Tienes un contrato, Arizona, uno que te obliga a…

—El contrato es laboral y no hay ninguna cláusula en la que se estipule que no pueda tener pareja ni que no pueda hacerla pública. Ninguna. —Mi tono de voz se endurece con cada palabra. No va a jugar conmigo esta vez.

—Sí la hay.

—No la hay, mamá, me he informado.

La rabia le cruza la mirada. Nunca la he visto tan enfadada. Doy un paso hacia atrás para que no pueda alcanzarme. En ese estado, no estoy segura de que no vaya a darme una bofetada de nuevo.

—Tienes que dejarlo con ese chico. Es perjudicial para tu carrera.

Suelto una risa amarga.

—Supongo que estás de broma.

—No, no estoy de broma. Antes de mañana, quiero que lo llames y que termine lo que sea que tengáis.

—Eso no va a ocurrir, mamá.

—Arizona, en mi casa, mis reglas. Corta con ese chico. No tengo nada más que decirte.

Me deja con la palabra en la boca y me da la espalda. La sigo hasta su despacho.

—No lo voy a dejar. Soy mayor de edad y esto no afecta a mi trabajo.

—Atente a las consecuencias si no lo haces.

—¿Qué me estás queriendo decir, mamá?

—Lo que te estoy diciendo es que, si no lo haces, tendrá sus consecuencias.

—¿Por qué eres así? ¿Qué más te da con quién salga si ni siquiera te importo?

—Justo porque me importas es por lo que te digo que lo dejes.

—Tienes un concepto bastante extraño de lo que es importar.

—Tengo que irme a hacer unas cosas. Espero que, cuando vuelva, hayas solucionado esto.

Sale del despacho y de la casa como si la persiguiera alguien. El portazo resuena en mi cabeza un rato después. Empiezo a repasar la prensa y todas las notificaciones que tengo en el móvil cuando entro en mi habitación. Tanto Harper como Gala y Jay me han escrito para mandarme varios enlaces donde sale nuestra foto. Esperaba una reacción fuerte por parte de mi madre, pero no que me pidiera que terminara mi relación. Le escribo un mensaje a Aiden para que me llame en cuanto salga. Si la prensa se entera de dónde puede encontrarlo, no lo van a

dejar en paz durante unos días, de la misma manera que dudo que me dejen a mí.

Le mando otro mensaje a mi hermano, que tarda menos de un minuto en llamarme. Después de repasar el contrato y comprender lo que recoge, con las cosas claras en lo legal, hablé con Jay para organizar un plan de mudanza. Barajamos varios escenarios. No sabía si iba a tener que hacerlo de un día para otro, como ha pasado hoy, o si tendría más tiempo. He ido llevándome algunas cosas poco a poco, nada que mi madre pudiera notar, pero ha llegado el momento de que me vaya de esta casa.

—¿Qué ha pasado?

—Mi madre ha visto las fotos.

—Estáis por todos lados.

—Lo sé y lo esperaba. Ya sabes cómo funciona esto.

—¿Cómo se lo ha tomado?

—Mal, muy mal. Me ha amenazado con que, si no dejo a Aiden, habrá consecuencias.

—¿Puede hacer eso?

—Contractualmente no estoy incumpliendo nada. Otra cosa es lo que ella pueda hacer.

—Sea lo que sea, estaremos contigo.

—¿Sabes? Es la primera vez que no le tengo miedo.

—No debes tenerlo. ¿Qué quieres hacer?

—Mudarme ya, no quiero esperar más.

—En un rato estoy allí.

—Gracias, Jay.

—Te quiero, hermanita.

Recojo todo lo que puedo. Es imposible que me lleve toda la ropa; tengo muchísima. Cojo también todos los recuerdos y cosas que me importan. No creo que pueda volver una vez salga de aquí y no estoy muy segura de que mi madre no tire todas mis cosas solo por hacerme daño.

El timbre suena. Jay debe de estar abajo. Abro sin mirar la cámara del telefonillo. Me llevo una sorpresa cuando Aiden sale con él del ascensor.

—¿Qué haces aquí? —Me lanzo a sus brazos y él me apretuja.

—Lo he avisado yo.

—¿Estás bien? —Es lo único que dice después de darme un beso rápido.

—Sí, tranquilo. No me ha tocado ni ha pasado nada más que una discusión fuerte.

—Jay dice que te ha amenazado.

—Joder, Jay, quería hablar con él tranquilamente una vez estuviera en tu casa.

—Lo siento. Necesitaba refuerzos. Estoy seguro de que tienes muchas cosas que llevarte y no creo que quieras volver después de esto.

Conoce tan bien a Sharon como yo. Ambos sabemos lo que va a ocurrir una vez me vaya de aquí, una vez que llame a mi padre y al abogado. Sé que una vez lo haga no habrá vuelta atrás, que las consecuencias pueden ser grandes, pero necesito pasar página y quitarme este lastre que me ahoga y me arrastra.

—Creo que nos van a hacer falta más refuerzos —oigo decir a mi hermano cuando llega a mi habitación.

—Qué gracioso eres.

—Es mi segundo nombre. Voy a ir bajando cosas.

—Vale, yo terminaré de recoger.

Mi hermano desaparece por la puerta y me fijo en que Aiden está parado en medio de mi habitación, observándola. Nunca ha estado antes aquí. Aunque ha entrado dos veces en mi casa,

no ha pasado del comedor y la entrada.

—No se parece en nada al resto de la casa.

—Aquí es en el único sitio donde ella dejó de entrar una vez fui haciéndome mayor.

—¿Estás segura de esto?

—Sí. Ahora mismo lo estoy. No sé si me arrepentiré en unos días o si, cuando piense en todo con más tranquilidad, me daré cuenta de la locura que he hecho, pero ahora mismo es lo que quiero hacer.

—Entonces, recojamos lo que falta y salgamos de aquí.

—¿Cómo ha ido tu día? —le pregunto.

—Bien.

—¿Solo bien? Cuéntame más, cuéntamelo todo. Hoy empezabais a leer el guion. —Estoy cansada de hablar de mí y que mis problemas opaquen cosas tan importantes como esta.

—Ha sido genial, Ce. —Una sonrisa le cruza los labios mientras me lo cuenta todo y su alegría se me contagia durante un rato.



Una vez recogido todo, entre los tres tardamos mucho menos de lo esperado en bajarlo todo. Agradezco que haya avisado a Aiden. No habríamos podido nosotros dos solos, aunque me habría gustado contarle las cosas por mí misma. Además, su presencia me ayuda a no derrumbarme. A pesar de que estoy segura de la decisión, las emociones que siento son contradictorias y, por un microsegundo, pienso que no es para tanto y que quiero dar media vuelta y volver. Si no fuera por ellos dos, no sé si sería tan valiente.

Aprovecho mientras ellos piden la cena para llamar a mi padre.

—Hola, cariño, ¿qué tal?

—Hola, papá, bien, ¿y tú?

—También. Estamos preparando la cena.

—Quiero que enviemos la notificación a mamá cuanto antes —le digo antes de que me diga nada más. El único motivo que tenía para agarrarme ya no existe. Hace tres días que la agencia me ingresó el dinero que me debían; sin esa excusa y después de lo de hoy, no tengo ninguna justificación para no dar el paso.

—¿Qué ha pasado? —Por su tono de voz, parece preocupado.

—Hemos discutido muy fuerte por las fotos con Aiden que se han filtrado.

—¿Qué fotos?

—Pídele a Harper que te las enseñe y lo entenderás todo. ¿Crees que es posible que lo hagamos antes?

—Sí, no creo que haya problemas. Íbamos a apurar la fecha, pero si es lo que quieres lo hacemos ya.

—Gracias.

—Eres consciente de que, al hacerlo, lo más probable es que intente manipularte de alguna manera, ¿verdad?

—Sí, y más después de la conversación de hoy, pero se acabó.

—Cuéntamela.

La suavizo lo máximo que puedo, pero no consigo evitar el cabreo monumental. Le pido que no la llame, porque sé que es lo que quiere hacer, pero ahora es lo último que necesito. Parece tranquilizarse cuando le digo que estoy en casa de Jay y que hemos adelantado también la mudanza. Colgamos después de que le asegure mil veces que estaré bien.

Mientras vacío las maletas con la ayuda de Aiden y colocamos todas las cosas que he traído, me repito a mí misma otras mil veces que lo estaré. No paro de repetírmelo porque, si no lo hago, si paro, el resto de las emociones, las que se han vuelto más espesas, saldrán en tromba y no estoy preparada para que exploten.

52

ARIZONA

No sé cómo agradecerle estos días a Aiden. No sé cómo es capaz de saber lo que necesito cuando ni yo misma lo hago. No tenía ni idea de lo mucho que necesitaba esta escapada hasta que lo vi parar el coche enfrente de la casita perdida en medio del bosque donde nos hemos quedado.

Estos días no me ha dado margen a que pudiera pensar. Ha ocupado los tres días de forma que nada que no fuéramos nosotros y el momento que estaba viviendo pasara por mi mente. Hemos montado a caballo, hemos hecho varias rutas por la montaña, nos hemos bañado en un lago helado y hemos tenido sexo por cada rincón de la casa.

Ambos lo necesitábamos mucho. Aiden ha estado muy ocupado con los ensayos de la película y yo no he sido la persona más comunicativa. Ha pasado una semana desde que me mudé a casa de Jay y me está costando digerir que la decisión que voy a tomar me cambiará la vida. Sueño con mi madre todas las noches; con que me levantaré y tendré un mensaje suyo en el que me pida perdón y que vuelva a casa y en el que reconozca que se ha equivocado. Pero, cuando abro los ojos, no hay nada. El silencio es lo único que he recibido por su parte. Aunque la peor parte es cuando sueño con su reacción ante el fin del contrato y me despierto en medio de la noche sudando. No sé cómo no he despertado alguna de estas noches a Aiden.

Así que sí, necesitaba llorar de la risa, quejarme porque estábamos caminando mucho, arrebujarme en sus brazos tumbados en la alfombra del comedor después de un día largo y dormirnos poco después. Necesitaba que solo fuéramos Aiden y yo.

53

AIDEN



La brisa suave de la tarde entra por las ventanas del coche. Miro de reojo a Arizona, que lleva un rato con los ojos cerrados y la mejilla apoyada sobre sus manos en el marco de la puerta. Sonrío de medio lado, aunque no pueda verme. Empieza a ser un gesto cotidiano. Cada vez que nos montamos en el coche para un viaje largo, acaba con la ventanilla bajada, el aire revolviéndole el pelo, los ojos cerrados. Con los rasgos relajados, como si durante esos momentos estuviera en paz.

Abre los ojos como si detectara mi mirada fija en ella y me sonríe de la misma manera que lo hago yo. Vuelve a cerrar los ojos y yo miro hacia la carretera de nuevo.

Nos queda un rato de viaje hasta Nueva York. Improvisé este viaje porque la notaba muy tensa, contenida, como si hubiera dado unos pasos atrás después de todo el progreso de los últimos meses. Al mismo tiempo, la rodea una calma extraña, parecida a la sensación que transmite el ambiente antes de que llegue una de esas tormentas que parecen romper el cielo en dos y arrastrar el mundo con ella. No estoy tan seguro de que, si la tormenta que tiene dentro Arizona explota, no lo rompa de verdad. Quizá no el cielo, quizá la tierra no se abra en dos, pero tal vez sí su corazón.

Sé que hay algo que no me dice. He visto la duda en sus ojos desde que llamó a su padre para pedirle que mandara esa notificación cuanto antes. Veo el dolor que su madre sigue infligiéndole; no le ha escrito ni un mensaje desde que se marchó. No ha pedido explicaciones. Nada. Solo silencio. La he visto mirar el móvil de forma compulsiva y dejarlo después, a veces incluso enfadada. En parte, creo que esperaba que su madre, por una vez, fuera detrás de ella, que la buscara. Y me duele saber que al final Arizona tenía razón y a su madre no le importa. Su hija podría estar tirada en cualquier lado y no le importaría. Aunque lo más doloroso ha sido ver como la secretaria sí le escribía por correo y la llamaba para hablar de la agenda. Como si fuera una más en la agencia, como si los cimientos de ella no se hubieran construido a partir de la imagen de Arizona. Sharon le ha hecho creer que todo lo que es, todo lo que tiene, es gracias a ella, pero en realidad es al revés.

Vuelvo a mirarla. Es tan preciosa, tan increíble… Tengo miedo de que, cuando pisemos la ciudad, su cerebro vuelva a funcionar más rápido de lo que puede asimilar. Alargo la mano para acariciarle la pierna. Necesito tocarla, que sepa que estoy aquí. Se incorpora y me coge la mano.

—Oye, Aiden…

—Dime.

—¿Podemos parar ahí? —Señala los campos de flores que están un poco más adelante.

—Claro.

Busco una zona donde podamos aparcar sin que molestemos ni nos multen. Arizona sale del coche antes de que pueda quitar las llaves del contacto. La veo perderse entre las flores desde el coche. Las roza con las manos en una caricia, las huele. Me acerco a ella sin dejar de observarla.

—¿Sabes por qué me gustan las flores? —me pregunta cuando estoy a solo un palmo de ella.

—¿Porque son bonitas? —Se ríe y niega con la cabeza.

—Porque siempre vuelven a florecer. Brotan, germinan, crecen hasta en las grietas. Es como si encontraran una manera de volver a ser, de volver a respirar, a vivir. Me gusta pensar que las personas somos como las flores, que podemos florecer aunque nos marchitemos, se caigan nuestros pétalos o nos los arranquen. Me gusta pensar que podemos brotar de nuevo.

Acaricio su mano, que sigue jugando con las flores.

—Lo somos, todos somos flores. Todos volvemos a florecer cuando nos llega la primavera.

—Tengo miedo de vivir en un invierno eterno.

—Nadie vive en un invierno eterno.

—Tal vez sí, tal vez yo lleve viviendo en uno mucho tiempo.

—Ce, la primavera está llamando a tu puerta, ábrela. Te está esperando.

—También tengo miedo de ser un cardo…

—Hasta ellos tienen flor, Ce. Ellos también brotan y crecen.

—¿Y si no soy capaz de hacerlo, Aiden? —Con la otra mano le elevo el mentón para que nuestras miradas se crucen.

—Volverás a brotar, Ce. —Rozo sus labios, un toque muy sutil—. Ya estás haciéndolo, solo que no sabes mirar. Y, cuando dejes que la primavera entre a raudales, florecerás y serás la flor más bonita y brillante de todo el campo.

—¿Me ayudarás?

—Siempre, Ce.

Me besa. Guía sus manos hasta mi cuello y yo le rodeo la cintura. Me muerde el labio hasta hacerme gemir. Bajo las manos hasta su culo y la acerco a mí para que note mi dureza. Ella me tira del pelo.

—No creo que un campo de flores sea el mejor sitio para seguir con esto —consigo decir entre beso y beso.

—¿Por qué no?

Busco sus ojos para confirmar que está convencida de lo que dice. La beso con más fuerza al ver lo que me transmite su mirada. En ella veo muchas cosas, pero ni asomo de duda. Y acabamos revolcándonos en el suelo. En su pelo se enredan flores; en el mío, sus manos. Su boca juega conmigo hasta que no puedo más.

—Estás a tiempo de que paremos esto.

—No voy a parar, Aiden, me da igual que sea un campo de flores. De hecho, ¿puede haber algo más bonito que tener sexo en un campo de flores?

La carcajada que me sale la acalla con otro beso y su lengua no deja espacio para que piense en nada más. Tampoco quiero. Solo quiero disfrutar de esto, de ella, tan desinhibida y feliz. De cómo tiembla su cuerpo y se eriza su piel con mis caricias, de sus gemidos enredados con los míos.

Volvemos al coche cuando nuestras respiraciones se calman, cuando los dos nos calmamos.

Veo como echa un último vistazo al campo antes de abrir la puerta del copiloto y montarse. Yo miro también por el espejo y arranco el coche. Dejamos que el sol se esconda poco a poco a nuestras espaldas. El mundo parece en calma mientras nos alejamos.

54

ARIZONA

Estamos muy cansados cuando por fin llegamos a su casa. Queremos ducharnos, cenar algo y tumbarnos a dormir. Además, Aiden mañana por la noche se va de viaje para comenzar el rodaje de la película. Me alegro tanto… No se imagina ni un poquito lo mucho que lo hago. Quiero verlo cumplir cada uno de sus sueños.

Mi móvil suena casi al mismo tiempo que pongo un pie en la habitación de Aiden. El nombre de Alfred ilumina la pantalla. Suspiro. No me apetece hablar con él, pero sé que debo hacerlo. Se lo enseño a Aiden.

—Voy a ducharme mientras hablas.

Me da un beso rápido y desaparece por la puerta. Yo cierro la de la habitación por si Mike decide salir de la suya, aunque ni siquiera sabemos si está en casa.

—Hola, Alfred, ¿va todo bien?

—Hola, Arizona. Sí, disculpa que te llame a estas horas, pero no he podido antes y quería hablar contigo.

—¿Qué pasa?

—Al final, mañana enviaremos la notificación. Lo tenemos todo listo. Solo quería confirmar antes de hacerlo que estás segura.

Trago saliva. Llevo pensando en ello desde el mismo instante en que colgué con mi padre. Fue un impulso adelantarlo. Necesitaba cortar con esto cuanto antes, alejarme de mi madre, poner la distancia que llevo necesitando tanto tiempo. No solo no soy feliz con la situación, sino que además me hace daño. Es como tener muchos cristales diminutos que se me clavan en la piel cada vez que aprieto.

—Sí, estoy segura. —Al menos, todo lo que puedo estar ante una situación así.

—Perfecto. Mañana haremos la comunicación, entonces. He hablado también con Charles para que esté al tanto, aunque sé que actúa solo como padre.

—Gracias. —No me apetece ahora mismo hablar con nadie sobre esto.

—Mañana te informo cuando esté todo hecho, ¿de acuerdo?

—Estaré pendiente. Gracias una vez más, Alfred.

—Para lo que necesites, ya lo sabes. Te dejo, tengo ganas de recoger e irme a casa.

—Me lo imagino. Buenas noches.

—Buenas noches, Arizona.

Me quedo mirando el móvil, como si la pantalla fuera a iluminarse con otro nombre, como si por arte de magia algo fuera a cambiar en unos minutos.

Mañana. Mañana será el inicio del final. El inicio de una libertad que llevo deseando años y

que ahí está, mirándome de frente. Y yo sigo aquí en un rincón, asustada.

Aiden me encuentra en esa posición. No me he movido ni un centímetro. Tampoco levanto la mirada, aunque lo veo restregarse la toalla por el pelo para quitarse la humedad.

—¿Qué pasa? ¿Estás bien?

—Mañana enviarán la notificación.

—Genial, ¿no?

—Sí…

—¿Y por qué no pareces contenta? —Se sienta a mi lado en el borde de la cama.

—Mañana se acabó, Aiden. Se acabó de verdad.

—Es lo que querías, ¿no?

—Supongo.

—¿Supones? —A pesar de no que no elevo la mirada, de que sigo con ella fija en el móvil, puedo ver cada uno de los gestos de Aiden—. No entiendo nada, Arizona.

Me levanto y empiezo a caminar por la habitación.

—Mañana se acabó, Aiden, se acabó —lo digo en un tono de voz mucho más alto de lo que quiero.

—Repito: es lo que querías, Arizona. No solo eso, es lo que necesitas.

—¿Y si no tengo ni idea de lo que necesito? ¿Y si estoy equivocándome y tiene razón y no soy nadie sin ella? ¿Y si estoy echando a la borda años de trabajo solo porque a su lado me siento desgraciada?

—Arizona, ¿te estás escuchando?

—Sí, Aiden, lo hago.

—No, no es verdad. Si lo hicieras, entenderías que es suficiente motivo que te sientas desgraciada a su lado para alejarte. Es tu madre, Arizona, tu madre —remarca mucho la palabra — la que te hace sentirte así. Debería ser ilegal que una madre hiciera sentir así a una hija.

—Tú no lo entiendes, Aiden. Tus padres siempre han sido ideales. Una familia modelo. Has crecido rodeado de amor, cariño y apoyo.

—Por ese motivo lo entiendo. Porque eso es como deben hacer sentir los padres, no como te hace sentir la tuya: pequeña, miedosa, arrinconada como un pajarillo asustado, dependiente de ella como si no supieras hacer nada fuera de su ala, cuando es mentira. Eres capaz de cualquier cosa, no la necesitas. ¿Y sabes? Me duele, me duele cada día más verte así. Y ahora me vienes con estas y no entiendo nada.

—Cuando mande esa notificación, todo habrá acabado, Aiden. No habrá marcha atrás. Ya no habrá posibilidad de un «ella y yo», de un «madre e hija». Ya no habrá ni una pequeña posibilidad de que sea alguna vez la madre que deseo. Se acabó de verdad, y duele tanto que no soy capaz de soportarlo.

Las palabras son un grito. No puedo respirar bien al soltarlo. Es como si algo hubiera cortado de golpe el aire que me entra en los pulmones y no fuera capaz de acceder a él. Caigo de rodillas en la alfombra de su habitación. No noto el dolor del golpe. Aiden está a mi lado en segundos, me agarra de las mejillas y lo veo mover los labios, pero no escucho. Es como si mis oídos se hubieran taponado al mismo tiempo que ha dejado de pasar aire por mi sistema respiratorio. Intento hablar, decir algo para tranquilizar a Aiden, pero la preocupación en su cara me asusta. Aunque no sé qué me está pasando. Me parece oír a lo lejos a otra persona hablar y veo que Mike también se arrodilla cerca de mí.

No paro de intentar de respirar, al mismo tiempo que mi mente no deja de repetir lo que le he dicho a Aiden, esa losa que me ha perseguido desde que cumplí la mayoría de edad, la idea de

que, si decidía alejarme, nunca volvería a buscarme. Dejaría de tener la oportunidad de tener una madre. Una que nunca había actuado como ello y, en el fondo de mi corazón, sabía que nunca lo haría. Pero ser consciente de que, en el momento que mande ese correo, esa pequeña esperanza, aunque muy remota, ya no existirá… duele. Saber que cuando ocurra ya no habrá una excusa para que se quede a mi lado es de las cosas más dolorosas que he sentido. Y, a pesar del dolor, a pesar de que ahora siento que me rompo de maneras que nunca imaginé, sé que Aiden tiene razón y que ella nunca volverá porque no quiere estar. Porque, aunque vuelva, seguiría sintiéndome desgraciada a su lado y las personas que te hacen sentir así, sean quienes sean, no merecen quedarse en la vida de nadie.

La comprensión y la súplica que veo en los ojos de Aiden me hacen reaccionar. Empiezo a respirar por la boca con dificultad, pero el aire entra.

—Eso es, Cece, respira e inspira. Hazlo conmigo, por favor. Solo ha sido un ataque de pánico. Solo eso.

Sigo inspirando y espirando hasta que mi respiración se normaliza. Me acerco a Aiden todo lo que puedo, tiro de su camiseta y me abraza. En el momento en que sus brazos me rodean, rompo a llorar. Después de años sin hacerlo, las lágrimas salen como un torrente.

Sigo llorando un buen rato. En algún momento, oigo que la puerta se cierra a nuestras espaldas, Mike ha debido marcharse para dejarnos intimidad. Aiden me acaricia la espalda con una mano y con la otra el pelo para intentar tranquilizarme. Cuando consigo hacerlo, no soy capaz de levantar la mirada, de buscar la suya. Tengo miedo de lo que pueda encontrar.

—Tienes razón, Aiden, no he sabido verme todo este tiempo.

¿Cómo iba a verme el resto si no era capaz de verme yo?

—Pero lo harás, Ari. Cuando menos te des cuenta, no solo te mirarás, sino que también te verás.

—Todo irá bien, ¿verdad?

—Sí, poco a poco todo irá a mejor.

—Duele demasiado.

—Lo sé, amor, pero dicen que cuando una herida escuece es que cura, ¿no?

—Ojalá solo escociera.

—Con el tiempo, solo escocerá. Y, con un poco más de tiempo, solo habrá un picorcillo tonto, ese que queda cuando la herida está seca y casi curada.

Levanto la cabeza de su pecho, rodeo con las manos su nunca y pongo nuestras frentes muy juntas para poder besarlo.

—Te quiero, Aiden. No sabes cómo agradezco cada día que estés a mi lado, que me veas, que me ayudes a verme.

La sorpresa inunda sus ojos. Su pulso y su respiración parecen pararse por un momento.

—Te quiero, Arizona, no tienes ni idea de cuánto.

Acerca su boca a la mía, me besa con ímpetu y me da un coscorrón que nos hace sonreír a ambos. Seguimos besándonos con todas las ganas que podemos. Besos que son casi mordiscos. Nuestras manos recorren cada rincón del otro, lentas y al mismo tiempo con ansias, como si no supiéramos cómo decirle al otro todo lo que sentimos, como si no supiéramos cómo demostrarle al otro que las últimas palabras que nos hemos dicho son mucho más que palabras. Porque ambos las sentimos bajo la piel. Son el sentimiento que acelera las pulsaciones, que nos hace temblar, que nos eriza la piel.

Mañana Alfred mandará una notificación que me cambiará la vida, pero nosotros y este sentimiento seguirá aquí. Brotará. Crecerá. Florecerá entre las grietas que somos. Porque Aiden

se ha colado en mi corazón como si fuera primavera y ha hecho que ese invierno eterno en el que parecía moverme quede atrás, cada vez más lejano.

55



Como todas las mañanas desde hace dos semanas, corro por Dumbo. Se ha convertido en mi lugar favorito de la ciudad para correr desde que vivo en casa de Jay. Retomé el hábito a los dos días de enviar la notificación a mi madre. Necesitaba despejar la mente de todas las maneras posibles y esta es la que mejor me sienta.

A pesar de que es temprano, empieza a notarse el calor del verano. Paro a por un té frío en el que se ha convertido en mi sitio de confianza para desayunar y vuelvo paseando con tranquilidad hasta casa. Tampoco tengo mucho que hacer.

Aiden se tuvo que marchar de viaje a Francia la misma noche que enviamos la notificación. Por mucho que intentó que le retrasaran el viaje unos días y ajustarlo al máximo al comienzo del rodaje, no lo consiguió. Le repetí mil veces que iba a estar bien y que, por favor, disfrutara y no se preocupara, aunque sé, por las veces que hablamos por teléfono, que no puede evitarlo.

Apenas he tenido trabajo estas semanas. Era de esperar. Después de hacer lo poco que tenía programado, nadie ha vuelto a ponerse en contacto conmigo. Lo esperaba y aun así duele igual. Mi madre ni siquiera ha marcado mi número para gritarme. Nada. Su silencio es una calma que me aterra. Evito pensarlo, pero en el fondo de mi corazón sigo esperando el golpe. Y eso me hace estar tensa, intranquila. Supongo que todo pasará el día que el contrato llegue a su fin de forma definitiva.

Me meto en la ducha al llegar a casa. Necesito que el agua casi hirviendo me elimine este sudor pegajoso que tengo en el cuerpo. De pronto, el móvil empieza a vibrar en el mueble donde lo he dejado. Me asomo cuando no para de hacerlo, por si fuera una llamada importante. Veo que son un montón de notificaciones. Ninguna llamada.

Termino de ducharme rápido porque un mal presentimiento se me instala en el estómago. Es raro que reciba tantas notificaciones de la nada. Llevo días sin subir contenido a redes. En el momento que comunicamos a la agencia que no continuaría con el contrato, cambié las contraseñas de cualquier lugar al que pudiera tener acceso la agencia o mi madre, no quería dejarlo en sus manos. Me envuelvo con la toalla, cojo el móvil, que se desbloquea al reconocer mi cara, y me dejo caer en el váter.

Veo muchísimos *posts* de Instagram con fotos mías y un montón de información privada que muy poca gente conoce. Y mentiras. La noticia de la sobredosis que sufrí poco antes de cumplir los dieciocho me golpea tan fuerte que miro la pantalla sin asimilar nada. Busco las noticias que se han filtrado a la prensa como una autómata: algunas incluyen el informe médico de la sobredosis, fotos con mi madre saliendo del hospital unos días después y mías saliendo de la clínica a la que me obligó a ir para que no volviera a ocurrir; también hay fotos de diferentes

fiestas en las que se me ve bebiendo o liándome con algún chico, fotos sacadas de contexto. No es posible. No puede estar ocurriendo esto.

El teléfono empieza a sonar. Esta vez sí es una llamada. La cara de mi padre me mira desde la pantalla. No respondo. Como tampoco lo hago cuando inmediatamente después me llaman Harper y su madre, Kaylee. Salgo del baño como puedo, porque todo el cuerpo me tiembla. Me visto con lo primero que encuentro y meto unas cuantas cosas en la maleta sin mirar. Me importa una mierda. Solo quiero salir de aquí.

Pido un Uber que no tarda más de cinco minutos en llegar. Todavía no ha llegado la prensa. Hasta la dirección de la casa de Jay se ha filtrado. Compro de camino al aeropuerto un billete. Estoy actuando por impulsos, sin pensar. Solo necesito alejarme. No puedo llamar a Aiden y contarle esto. Va a enterarse, lo sé, pero no puedo hablar ahora mismo con él. Ni con nadie. Me voy a buscar refugio en el lugar más lejano que conozco.

Me bajo sin despedirme del conductor. No soy capaz de decir nada. Es como si las palabras se me hubieran quedado atrapadas en la garganta.

Sigo en modo automático hasta que me monto en el avión y despega. Apagar el teléfono no ha ayudado como esperaba, sino que ha empeorado lo que siento, sea lo que sea, porque ni eso tengo claro. Solo puedo pensar en ella, en que solo ella podría filtrar mi informe hospitalario de esa noche. Está ahí, el último golpe de mi madre. Lo que llevaba dos semanas esperando, el último movimiento.

Mi mundo se ha roto en millones de pedazos cuando he visto todas esas noticias. Porque ya no habrá llamada, no dirá nada. No pedirá perdón, no me gritará. Mi madre y yo hemos roto sin decirnos una palabra y, sin embargo, cuánto ruido retumba en mi cabeza. Ahora mismo, lo único que quiero hacer es gritar. Gritar mucho y muy fuerte. Gritar hasta que se me desgarre la garganta y me duela más de lo que me duele el corazón.

Tal vez Aiden se equivocó. Tal vez no sea ni un cardo. Tal vez no sea capaz de brotar, de florecer de nuevo. Quizá él sea mi primavera, pero yo sigo siendo un invierno frío y oscuro.

¿Cómo puede alguien florecer después de que te destrocen de esta manera?

56

GALA



El timbre me despierta. Miro el reloj, marca las dos de la madrugada. Deben de haberse equivocado. Vuelve a sonar. Si siguen llamando, despertarán a Hugo. Me levanto con esfuerzo. Estoy en el inicio del tercer trimestre de embarazo y tengo una barriga considerable ya.

—¿Quién es?

—Lala, soy yo. —El poco sueño que me quedaba se esfuma de golpe. ¿Qué hace aquí Ari? Abro y la espero, nerviosa. Se ha presentado sin avisar a estas horas, así que sé que algo va mal.

La puerta del ascensor se abre y Arizona sale con una maleta pequeña. Su expresión me produce tanta angustia que camino a paso apresurado hacia ella.

—Ari, ¿qué…? —No puedo acabar la frase antes de que se derrumbe en mis brazos. Llora tanto y tan fuerte que tengo miedo de que despierte algún vecino y se asome.

—Enana, ¿dónde estás? ¿Por qué está la puerta abierta? —La mirada de Hugo pasa de mí a Arizona. Nos hemos arrastrado hasta el suelo; no era capaz de soportar su peso. No deja de llorar.

—¿Me ayudas? —le digo en un susurro. No quiero asustarla.

Entre los dos conseguimos meterla en casa. No me ha soltado ni un milímetro.

—¿Qué ha pasado? —me pregunta Hugo en un tono muy bajo.

—No ha dicho ni una palabra todavía.

—¿Cuánto tiempo lleváis ahí fuera? —Miro la hora en Alexa. Son las dos y diecisiete.

—Unos quince minutos.

—¿Estás bien? —Asiento.

—¿Me puedes traer el teléfono, *porfa*? Está en la mesita.

—¿Puedo hacer algo? —me pregunta mientras me lo da.

—No, vete a dormir, lo tengo todo controlado. —Me mira con cara de «No lo parece»—. Vete, mañana trabajas.

—Está bien, pero pégame un grito si necesitáis algo. —Me da un beso antes de marcharse.

Alcanzo como puedo la caja de pañuelos que tenemos al lado de la lámpara y le ofrezco uno. Lo coge, pero no levanta la cabeza de mi regazo. Le acaricio el pelo para intentar calmarla. Cojo el teléfono y busco la conversación con Harper.

Gala
Arizona está conmigo.
¿Qué ha pasado?

Harper
Joder, menos mal.
Charles se estaba volviendo loco.
Esto es lo que ha pasado.

Me manda un montón de noticias. Todas hablan de Arizona. De sus posibles problemas con la alimentación, de la única vez que se pasó con la bebida y las drogas, y un montón de mentiras. ¿Cómo pueden saber algunas de estas cosas?

Gala
Ha sido Sharon, ¿verdad?

Harper
Solo ella podía acceder a ese informe médico.
Nosotras no nos enteramos hasta meses después.

Gala
Joder, pensaba que no podía ser peor persona.
No sé cómo no se envenena cuando se muerde la lengua.

Harper
¿Cómo está?

Gala
No ha dicho ni una palabra, solo llora.
No sé cómo tranquilizarla.

Harper
Lleva tanto tiempo guardándose las lágrimas
que era de esperar.
Iba a ocurrir tarde o temprano.

Gala
Pero no era necesario que las cosas fueran así.

—Lala… —La voz es apenas un susurro.

—Dime. —Le aparto el pelo de la cara. Levanta un poco la cabeza para poder mirarme con el ojo derecho.

—No puedo parar de llorar, no sé qué me pasa.

—Necesitas sacar todo lo que llevas guardando mucho tiempo, es normal.

—Siempre acabo rompiéndome contigo.

—No pasa nada, pequeña, aquí estás segura. Llora todo lo que necesites.

Hugo se levanta antes de que suene la alarma. Se nota que también está preocupado. Le pido que me ayude a llevarla a la habitación de invitados.

—No hace falta, puedo ir yo —responde Arizona.

—¿Estás segura? —le pregunto.

Se levanta y los dos la acompañamos. Se tumba en posición fetal encima de las sábanas y mira hacia la ventana. Entorno la puerta y voy a la cocina, donde está Hugo preparándose el desayuno.

—¿Nos preparas algo a nosotras?

—Claro, ¿ha hablado?

—Poco, pero Harper me ha contado lo que ha pasado. Se ha filtrado a la prensa un montón de información sobre Arizona, alguna falsa.

—Joder… —Se revuelve el pelo.

—Voy a hacer una llamada y ahora vuelvo, ¿vale?

Después de hablar con Aiden, vuelvo a la cocina y ayudo a Hugo a preparar el desayuno. Necesito hacer algo que me mantenga ocupada. Me ayuda a llevar todo a la habitación. No se ha movido. Me acerco para bajar la persiana; empieza a entrar mucha luz.

—No, déjala subida, por favor.

—Deberías intentar descansar.

—Por favor —me ruega.

—¿Quieres que me quede? —Asiente.

Me tumbo a su lado, lo más cómoda que puedo, y ella se mueve para colocarse de nuevo sobre mi regazo.

—¿Os hace falta algo más? —me pregunta Hugo. Niego con la cabeza—. Entonces, me voy. Llámame si necesitáis algo. —Me da un beso y se marcha.

Arizona no dice nada cuando empiezo a desayunar. No le ofrezco nada, ahora no. Si no come nada en unas horas, lo haré.

—¿Crees que alguna vez dejará de doler? —lo dice tan bajito que me cuesta entenderlo.

—Cada día dolerá menos, hasta que un día ya no lo haga, pequeña.

No le digo que los recuerdos nunca desaparecen; solo aprendemos a vivir con ellos. Es la gestión de las situaciones lo que cambia cómo vivimos la vida. Hay dolores que dejan marcas que no podemos borrar.

La caja de recuerdos de



Nunca me han gustado las drogas. Ni tampoco he bebido mucho alcohol. Alguna copa de champán, vino o alguna cerveza, como mucho. Eso es todo lo que he bebido.

Aquel día… estaba mal. Muy mal. Puede sonar a excusa, pero no lo es. Acababa de cumplir dieciocho años y mi madre había plantado delante de mí un contrato que no quería firmar. Discutimos. Me dijo barbaridades.

—No eres nadie, Arizona. Sin mí, nadie. ¿Qué esperas de la vida? ¿Que te venga todo del aire, como te ha venido hasta ahora?

—Eso no es verdad. He trabajado como la que más.

—Has trabajado gracias a mí, que soy quien te ha conseguido esas campañas.

—Eso no es verdad. Además, solo tengo diecisiete años. Tengo una carrera como modelo y voy a seguir estudiando para prepararme para el futuro.

—¿Estudiando?

—Claro, el año que viene iré a la universidad.

—No vas a ir a la universidad, Arizona.

—¿Qué?

—¿Eres sorda? ¿O es que te estás haciendo la tonta?

Apreté los labios con rabia. Ni era sorda ni era tonta ni me lo estaba haciendo. Había escuchado sus palabras perfectamente; solo necesitaba que me explicara a qué se refería.

—He solicitado plaza en varias universidades —le dije en un intento de que sus palabras no quisieran decir lo que parecía.

—No importa. Si te responden, las rechazarás.

—¿Por qué? Quiero ir a la universidad.

—Y yo quiero ser joven y perfecta y tener millones en el banco, pero tengo que seguir trabajando para comer, rozo los cincuenta y no soy perfecta. No irás a la universidad. Punto.

—No entiendo por qué no puedo ir.

—Porque va a ser una pérdida de tiempo y de dinero que no estoy dispuesta a gastar. Tu carrera ya la tienes labrada y es de modelo.

—Una cosa no quita la otra. Puedo seguir siendo modelo y estudiar al mismo tiempo.

—Se acabó esta conversación. Me estás dando dolor de cabeza.

—Pero, mamá…

—Que. Te. Vayas.

Salí de su despacho aguantándome las lágrimas. Una vez más. Eran tantas las veces que lo

hacía… Llamé a Harper para quejarme, pero no pudo cogerme el teléfono. Lo intenté con Gala, pero ocurrió lo mismo. Ambas estaban trabajando.

Me pasé horas tirada en la cama, llorando por dentro y dándole vueltas a por qué no podía ir. Llevaba mucho tiempo esperando poder estudiar Administración de Empresas. Y una vez más me negaba algo que deseaba, que quería. Incluso tenía la esperanza de poder irme a una universidad en otro estado. Quizá en Wilmington, cerca de Harper y Jay.

La alarma del teléfono sonó y me recordó que tenía que ir esa noche a una fiesta a la que tampoco me apetecía asistir. Aun así, me levanté y me arreglé para ir. Mi madre no me dirigió la palabra en todo el rato y, cuando llegamos al lugar de la fiesta, desapareció y yo no hice nada por buscarla.

Estaba mal, triste y enfadada. Así que, cuando un compañero de profesión me ofreció un chupito, me lo bebí. Y después una copa de champán. Y otro chupito. Y en algún momento, no recuerdo bien cuándo, nos marchamos de allí y alguien me dio una pastilla y me la tomé. Y después de eso no recuerdo mucho más. Solo que me desperté en el hospital y la cara de Gala descompuesta mirándome desde una silla pegada a mí, mientras cogía nuestras manos, y la de mi madre detrás, seria.

—Dios mío, Arizona, qué susto me has dado —me dijo Gala.

—¿Dónde estoy? ¿Qué ha pasado?

— Estás en el hospital, Arizona, por una sobredosis. —El tono de voz de mi madre era muy serio—. Gala, ¿podrías dejarme a solas con mi hija?

Gala la miró a ella y luego a mí. Sabía lo que iba a pasar si se marchaba, pero no tenía otra opción. Me dio un beso en la mejilla antes de salir y me susurró un «lo siento».

—¿Se puede saber en qué estabas pensando?

—Yo… —No me dejó hablar.

—¿Sabes la vergüenza que he pasado cuando me han llamado desde el hospital porque mi hija estaba ingresada porque se había drogado? Por no hablar de la cantidad de alcohol.

—Lo siento, mamá, no estaba pensando en nada.

—Eso está claro.

—Nunca tomo drogas, de verdad, ayer estaba mal y no sabía qué hacía.

—Me da igual cómo estuvieras, te he educado mejor que esto. —Se acercó a la cama, pero no hizo amago de tocarme—. Irás a algunas sensiones en una clínica especializada en estos casos, no puedo permitir que esto vuelva a pasar.

—Pero, mamá, no hace falta… —Una vez más no me dejó continuar.

—Me da igual lo que digas, acatarás mis órdenes. Soy tu madre y sigues siendo menor de edad. Voy a organizarlo y a evitar que este escándalo acabe en la prensa.

Se fue sin que me diera tiempo a explicar, o a pedirle perdón una vez más. Gala entró inmediatamente después de que se fuera, se sentó a mi lado y volvió a cogerme la mano.

—Gala, lo siento, lo siento mucho.

—No pasa nada, peque, bueno, sí pasa, pero todo va a estar bien.

—No volverá a pasar, te lo juro.

—Lo sé.

—¿Cómo te has enteradado de lo que ha pasado? —le pregunté.

—Porque tu amigo Carl me llamó a mí. No quiso llamar a ninguno de los dos números que ponían «Mamá» y «Papá», y yo era tu última llamada. —Alargó su otra mano y me acarició la cara.

—Ari, ¿qué pasó para que tomaras drogas?

Se lo conté y fue la primera vez que estuve a punto de romperme, pero no lo hice. No podía. No quería. No le iba a dar el poder a mi madre de dominar mis emociones. De ningunearlas y, además, hacerme llorar.

Estuve a punto de matarme aquel día. Todo porque me había dicho que no iba a ir a la universidad. Cuando se lo conté a Gala, pensé lo estúpido que sonaba. Todo eso por algo tan tonto. Miles de persona no van y no pasa nada.

Lo que no sabía era que el problema no radicaba en esa decisión, sino en que mi vida estaba atada a lo que mi madre quería. Me manejaba a su antojo. Muchas veces ni me daba cuenta de ello. Era algo natural, lo normal. Ella decidía y yo acababa obedeciendo. Ni siquiera hacía preguntas la mayor parte del tiempo.

No iría a la universidad. Acabaría firmando ese contrato. Acabaría haciéndome más pequeña de lo que ya me sentía por dentro.

Eso sí, mi promesa, la única que me había hecho a mí misma, la única que no dependía de ella, seguiría intacta. No lloré, ni ese día ni muchos que vinieron después.

57

AIDEN



Una lluvia de verano que no estaba prevista nos ha obligado a cobijarnos en un pequeño hostal en el pueblo donde estamos rodando estos días. En caso de que no pare, cambiarán los planes para que podamos avanzar en el rodaje.

Mi teléfono vibra en el bolsillo y lo saco para mirar quién me llama. Es la persona que menos esperaba.

—¿Gala?

Me levanto antes de que nadie pueda preguntar nada y salgo fuera. Me quedo en el pequeño espacio cubierto que hay en la puerta. Entre que todavía es de noche y la lluvia, la plaza se ve difuminada.

—Hola, Aiden. ¿Cómo estás?

—Bien, trabajando, ¿y tú? —Su tono de voz me ha hecho ponerme en alerta.

—¿Has hablado con Harper o Jay? —Me pongo en alerta.

—¿Por qué tendría que haber hablado con ellos?

—Vale, iré al grano. Se ha filtrado un montón de información de Arizona, creemos que ha sido su madre por algunos datos privados, pero no estamos seguros. Ari se ha montado en un avión y está aquí conmigo.

—¿En España?

—Sí, se ha presentado en la puerta de mi casa. —Menuda pregunta más estúpida acabo de hacer, ¿dónde va a estar?

—Joder, ¿cómo está? —Intento disimular mi preocupación, pero no lo consigo.

—Ojalá pudiera decirte que bien, pero no. No ha dejado de llorar desde que ha salido del ascensor. He conseguido que se tumbe en la cama hace un poco.

—Joder… No me puedo creer que haya sido capaz de esto. ¿Tan mala es?

—No lo sé, Aiden, con ella nunca se ha sabido nada. Todo puede ser. Sea como sea, nunca la he visto así.

—Voy a ver cómo hago para irme ahí cuanto antes, ¿vale?

—Gracias, no sabía cómo pedírtelo. Sé que estás trabajando en un rodaje ahora mismo en Francia, pero creo que eres el único que puede ayudarla.

—No pasa nada. Al menos estoy cerca. Te llamo en un rato, ¿vale?

—Vale.

—Cuídala hasta que llegue, por favor.

—Siempre, Aiden. Llámame en cuanto sepas algo y estate tranquilo.

—Lo intentaré.

Nada más colgar, busco en Internet su nombre y varias noticias me salen en la cabecera del buscador:

«Arizona Cooper y su pasado con las drogas».
«La famosa modelo Arizona Cooper sufre problemas de alimentación».
«Arizona Cooper, a punto de morir de sobredosis a los diecisiete años».
«La triste realidad detrás de la cara dulce del mundo de la moda».

Y así la mayoría de noticias que me aparecen. Busco en las redes sociales y en todas encuentro lo mismo: un montón de vídeos, fotos y mensajes que hablan de ello. El móvil de Arizona ha tenido que reventar con todo esto. Y ella también.

En algún momento, para de llover. El equipo sale y me encuentra en ese pequeño espacio del que no me he movido desde que me ha llamado Gala. Sé que me hablan, pero no soy capaz de escucharlos. No puedo, cuando en la vida de una de las personas más importantes para mí se ha desatado una tormenta tan grande como quizá jamás haya visto la naturaleza.

No sé cómo consigo acabar la escena. Mi cabeza está muy lejos de aquí. Mis compañeros y el equipo lo notan, pero no dicen nada. Agradezco que de alguna manera la hayamos rodado.

Me vuelvo loco y vuelvo loco al equipo para conseguir que me dejen volar esa misma tarde, después del rodaje. No tengo ni idea de cómo lo logro, pero a las ocho estoy montado en un avión y, poco más de dos horas después, estoy llamando a la puerta de Gala.

58

ARIZONA

A veces uno necesita romperse, reventar del todo. Dejar que la presa que guardaba el agua se resquebraje hasta que se cuele por cada una de sus fisuras y lo inunde todo. A veces, es la única manera de entender que hay cosas que no están destinadas a ser. Como mi madre y yo. Ella me gestó durante nueve meses, me parió y después… después solo fingió que le importaba. Me manipuló, me crio para que fuera lo que ella esperaba e intentó destruir cada parte de mí. Hasta hoy.

Puede que haya dicho demasiadas veces que se había roto la esperanza, pero supongo que tienen razón quienes dicen que es lo último que se pierde. Porque hasta hoy quedaba algún resquicio, pequeño, pero algo quedaba. Ya no. No queda nada. Solo un hueco enorme, vacío y oscuro.

La puerta de la habitación se vuelve a abrir. Gala ha entrado ya varias veces para intentar que comiera, para que hablara con ella, para traerme una infusión. Creo que ahora mismo tienetanta idea de qué hacer conmigo como la tengo yo con mis emociones.

Ojalá no sintiera nada, pero no, lo siento todo. Demasiado y muy fuerte. Es horrible.

Alguien se apoya en la cama y su olor me resulta tan familiar que me giro. ¿Qué hace él aquí? Me mira con cautela y preocupación. Demasiada preocupación. Me acaricia la mejilla y yo cierro los ojos ante su contacto.

—Ce…

Y eso es todo lo que necesito para romperme por dentro y comenzar de nuevo a llorar. Aiden me agarra y me sienta encima de él. Me atrae todo lo que puede, como si quisiera que nos fundiéramos. Yo me agarro lo más fuerte que puedo. Y lloro. Y lloro. Y lloro.

—Estoy aquí, Ce, estoy aquí.

Quizá Aiden sí sea mi primavera después de todo.

FLORECER

Cuando las flores brotan de la tierra de nuevo
y su color y luz iluminan la vida.



Terapia
(y otras maneras de sanar)

Arizona



Cuando conseguí serenarme un poco, llamé a mi padre. Después de tranquilizarlo como pude, hablamos un buen rato. Mis sospechas eran ciertas y mi madre había enviado toda esa información a la prensa. Lo sabía y, aun así, dolió. Nunca imaginé que fuera a hacer algo como esto.

En la llamada le di a mi padre las contraseñas de mis redes para que pudiera subir un comunicado oficial sobre todo lo que se había filtrado. Confiaba en él y sabía que lo que dijera sería para protegerme. También le pedí que se encargara de la prensa e intentara que se eliminaran todas las mentiras, además del informe médico.

Cuando colgué, eliminé todas las aplicaciones de redes que tenía en el móvil. No quería leer comentarios juzgándome, hablando de mí sin tener ni idea de lo que había pasado. No quería saber nada de nadie, en realidad. Solo de mi familia, Gala y Aiden.

No tenía ni idea de cuáles iban a ser las consecuencias en mi imagen ni lo que las marcas con las que trabajaba hasta ahora iban a pensar. No tenía ni idea y en ese momento tampoco quería saberlo. Solo necesitaba asimilar lo que había pasado. No tanto por lo que estaban diciendo de mí, sino por quién había filtrado esa información y con la intención que lo había hecho. Mi madre había querido hacerme daño y lo había conseguido.

Arizona



Me paro cuando llegamos a las escaleras de entrada a la escuela de danza de Gala. Ella continúa y entra, sin darse cuenta de que yo me he quedado rezagada. Observo la fachada. La única vez que estuve aquí fue para la inauguración y ha pasado mucho tiempo desde entonces. Mis ojos se van hacia una placa dorada donde resaltan los nombres de Gala y Eli. Subo despacio las escaleras y me acerco a acariciarla.

El sueño de Gala siempre fue vivir de la danza y trabajó hasta conseguirlo. Crear una escuela de esta envergadura, donde otras niñas y niños pudieran seguir soñando con vivir de la danza, era el último sueño que le quedaba por cumplir. Ella siempre ha sabido luchar por lo que le hacía cosquillas en las tripas. Y yo… yo solo he sabido mirar cómo otros lo conseguían y anhelar su fuerza para lanzarme a por los míos.

—Ari —la voz de Gala me hace girarme. Está asomada a la puerta—, ¿vienes?

—¿Qué hacemos aquí, Lala? —le pregunto sin parar de acariciar su nombre en la placa.

—Terapia.

—¿Cómo? —La miro desconcertada.

—Entra y lo verás.

La sigo dentro de la escuela. Por la mañana, está prácticamente vacía y solo nos cruzamos con algunas profesoras que saludan a Gala con entusiasmo. Me guía hasta una de las salas de baile. Me lanza unas mallas y un *top* sin decir nada más. La obedezco y me lo pongo. Ella solo se quita la camisa que llevaba encima de una ropa similar a la que me ha dado. Comienza a estirar. Su barriga de embarazada ya es grande, pero se mueve con una elegancia y facilidad que envidio.

—¿Qué haces?

—Lo mismo que deberías hacer tú, estirar. No es bueno empezar a bailar sin calentar primero.

—No sé si… —No me deja terminar la frase.

—Ni se te ocurra decir que no puedo hacer esto porque estoy embarazada. Hasta que el médico me lo prohíba, seguiré haciéndolo.

—Está bien.

La imito. Los músculos se me desentumecen después de varios días tumbada en la cama llorando y sin parar de darle vueltas a la cabeza. Siento que mi corazón está tan roto que no sé si podré juntar todas las piezas y hacerlo funcionar bien de nuevo. Si es que en algún momento funcionó correctamente…

La música empieza a sonar. Mi cuerpo se mece con los primeros acordes de *Chasing Cars*, una de nuestras canciones favoritas. Cierro los ojos y unas lágrimas caen por mis mejillas.

—Muévete, Ari, suéltalo todo.

Muevo mi cuerpo poco a poco. Las piernas y los brazos siguen el ritmo de la música, como si no hubiera dejado nunca de bailar. La memoria muscular a veces es sorprendente. Me muevo con rabia y lloro con ganas. No entiendo cómo me quedan lágrimas dentro. Debería estar seca, pero supongo que llevar tanto tiempo sin hacerlo ha hecho que el dique se abra y no deje nada a su paso.

No sé cuánto tiempo pasa cuando paro. Han sonado otras canciones después de *Chasing Cars*, cada una más dolorosa que la anterior. Miro a Gala, que está sentada con la espalda apoyada en el espejo. Estaba tan distraída con mis emociones que no me he dado cuenta de que la única que estaba bailando era yo. Me dejo caer a su lado y apoyo la cabeza en su hombro.

—No has venido a bailar, ¿verdad? —le digo.

—No, pero tú sí.

—Gracias.

—¿Por?

—Por saber lo que necesito cuando ni siquiera yo lo sé.

—En realidad no lo sabía. Tenía la esperanza de que te ayudara de la misma manera que me ayuda a mí. —Comienza a acariciarme el pelo y yo cierro los ojos—. ¿Estás mejor?

—No, pero lo estaré.

Todavía no tengo ni idea de cómo seré capaz de recomponer las piezas ni si seré capaz de juntarlas todas de nuevo o si tendré que deshacerme de algunas para dejar espacio a otras. Sea como sea, después de esta calma momentánea, sé que todo estará bien, que poco a poco las cosas volverán a su lugar.

Arizona



Hace tres días, después de hablar con Aiden, decidí que era el momento de moverme.

Llevo dos semanas en España, lamiéndome las heridas e intentando recomponerme un poco, y aunque estoy muy a gusto con Gala, no puedo seguir escondiéndome. Es fácil acomodarse donde te sientes seguro y resguardado, donde todo parece ajeno a ti, y eso es lo que estaba haciendo.

Me ha costado mucho despedirme de Gala. Tanto ella como Hugo querían acercarme al aeropuerto, pero he preferido venirme en taxi. Si me hubieran acompañado, quizá no me hubiera montado en el avión.

Me subo con angustia y presión en el pecho. Pienso en Aiden para tranquilizarme, él siempre lo consigue. Pienso en su sonrisa, en las ganas que tengo de besarlo, de dormir abrazada a él, y consigo relajarme hasta dormirme.

Me lanzo a sus brazos en cuanto cruzo la puerta de llegadas y unas lágrimas me caen cuando noto la calidez que siempre me transmite.

—¿Estás bien? —me pregunta.

—Ahora sí. —Lo beso y me lo devuelve con ganas.

No sabía lo que lo había echado de menos hasta ahora.

—Vamos —me dice—, quiero llevarte a que pruebes los cruasanes de una panadería que hay cerca del hotel antes de que cierren.

El taxi nos deja en la puerta del hotel donde lo ha hospedado la productora, subimos a la habitación y dejamos las cosas. Aiden no me da tiempo ni a cambiarme antes de llevarme a la panadería. En la calle, me da el cruasán que ha pedido para mí y me mira expectante. Le doy un bocado.

—Dios, está riquísimo.

—Lo sabía, sabía que te iba a encantar. —Le da un mordisco al suyo—. ¿Qué quieres hacer?

—Estar contigo, nada más. —Le quito una miga que se le ha quedado en la comisura y le doy un beso que él alarga un poco más—. ¿Damos un paseo y me cuentas todo sobre el rodaje? Has sido muy escueto en tus llamadas.

—Eran más importantes otras cosas.

—No, no lo eran. Tú y tu trabajo sois tan importantes para mí como yo lo soy para ti. Me gusta que me cuentes qué haces, cómo te llevas con tus compañeros, qué escena estáis rodando… Quiero saberlo todo.

Sonríe y vuelve a besarme.

—Está bien. ¿Por dónde quieres que empiece?
—Por el principio.
—Eso nos va a llevar mucho tiempo.
—Si algo me sobra ahora, es tiempo.

Aiden



La sonrisa de medio lado de Arizona me provoca un vuelco en el corazón. Desde que llegó hace unos días, es la primera vez que la veo sonreír. Quizás la primera desde que todo saltó por los aires. Saco el móvil rápido y le hago una foto.

—¿Qué haces? —me pregunta mientras se mete un trozo de tarta en la boca.

—Estabas sonriendo.

—¿En serio? —Me mira sorprendida y le enseño la pantalla de mi móvil. Vuelve a sonreír al ver la imagen—. No es mi mejor foto, la verdad.

—No, pero estás sonriendo y, cuando la veas dentro de unos meses con una sonrisa enorme en la boca, sabrás que esta foto fue el principio.

—¿De qué?

—De todo lo que va a llegar. Este es el brote, Ce, ahora solo queda seguir creciendo hasta florecer.

Me mira a los ojos y acerca su boca a la mía. Es un beso tierno y, al mismo tiempo, profundo. Es un recordatorio de lo mucho que nos queremos.

—Me haces feliz, Aiden —me susurra en los labios.

—Y tú a mí, Arizona. —Le devuelvo el beso con más intensidad—. ¿Pagamos y nos vamos?

La sonrisa que me devuelve es todo lo que necesito como respuesta.

Entramos en la habitación del hotel a trompicones. Su lengua se enreda con la mía, sus manos me acarician por dentro de la camiseta y las mías agarran su culo.

—Necesitaba esto —me dice sin despegar apenas nuestras bocas—. Necesitaba que dejaras de tratarme como si fuera a romperme más de lo que yo ya me sentía.

—Lo siento. —Le cojo las mejillas con las manos—. No estaba seguro de qué era lo que querías. No quería agobiarte y prefería que dieras el paso tú.

A pesar de que Arizona buscaba mi contacto en todo momento, de abrazarse a mí como si fuera a marcharme y no volver, no hemos tenido hasta ahora mayor roce que unos besos suaves, sin más intención que recordarnos que estábamos ahí el uno para el otro.

—Y te lo agradezco, pero ahora solo quiero que no dejes de besarme ni de tocarme ni de nada. Quiero seguir sintiendo tus caricias mañana cuando te vayas a trabajar y al día siguiente y al otro.

—No tienes que pedírmelo dos veces.

La guío hasta la cama y hago lo que me pide. Le acaricio cada rincón del cuerpo hasta que vuelva a aprenderme de memoria su fisonomía, hasta que no me queden más lugares que besar.

Ella hace lo mismo conmigo. Nos perdemos el uno en el otro hasta que caemos rendidos.

Arizona



Después de unas semanas en Francia con Aiden, sé que tengo que volver. Necesito estar con mi familia, empezar terapia y sanar. Me encuentro mejor, pero sé que no estoy bien. La distancia te da perspectiva, te ayuda a respirar de nuevo sin que te falte el aire cada dos minutos, pero no cura las heridas desde dentro. Y estoy cansada de poner tiritas para no llenarme de sangre, pero sin curarlas como se debe, desde lo más profundo, para que no vuelvan a abrirse.

Aiden ha apoyado mi decisión desde el primer momento, aunque le duele no poder venirse conmigo, porque todavía le quedan unas semanas de rodaje en Francia.

—Cuando te des cuenta, estás de vuelta conmigo —le digo al despedirnos.

—Llámame a la hora que sea, ¿vale? Te quiero, Ce.

—Te quiero.

Le doy un último beso antes de pasar el control. Me despido con la mano una vez dentro y me alejo para que no me vea llorar. Otra vez. He perdido la cuenta de las veces que he llorado en el mes que ha pasado desde que salí huyendo a casa de Gala.

Me monto en el avión aún con las lágrimas en las mejillas y me duermo hasta poco antes de que aterrice el avión.

Y aquí estoy de nuevo. En Wilmington.

Escribo un mensaje rápido a Aiden para avisarlo de que ya he llegado y espero a que mi maleta salga por la cinta. Harper me espera apoyada en la pared de enfrente de la terminal de llegadas. Está sola y retuerce algo entre las manos. Es lo que hace cuando algo la preocupa.

Nuestras miradas se encuentran y salimos corriendo la una hacia la otra. Nos fundimos en un abrazo y noto como empieza a temblar. Me alejo un poco para mirarle la cara y la veo llorando.

—Lele, ¿qué pasa? —le pregunto asustada.

—Estaba preocupada, mucho. Yo… lo siento tanto.

—No lo sientas. Esto tenía que pasar tarde o temprano.

—Pero quizás si yo hubiera hablado antes contigo, si te hubiera contado lo de tu padre…, las cosas habrían sido de otra manera.

—Ahora ya da igual, Lele, las cosas tenían que ser así y ya está.

Me aparto de ella y la miro a la cara. Detrás de su preocupación por mí hay algo más, una especie de tristeza que no parece tener que ver conmigo.

—¿Estás bien?

—¿De verdad tú me preguntas eso?

—Ya sabemos que yo no lo estoy, así que… —bromeo y ambas nos reímos. No responde a

mi pregunta y eso es todo lo que necesito saber—. ¿Y papá?

—Ha tenido que ir a los juzgados. Lo ha llamado su secretaria porque lo requerían con urgencia, al parecer ha habido un problema con uno de los casos que lleva. Se ha puesto tan furioso con la llamada que pensaba que mandaba todo a la mierda. Quería venir a recogerte, de verdad.

—No pasa nada. Vamos a pasar mucho tiempo todos juntos.

—Entonces, ¿te quedas?

—Sí, hasta que esté mejor, este es mi sitio.

Abrazadas y arrastrando mi maleta, salimos en busca del coche de Harper. Cuando llegamos a casa, el olor a tarta de calabaza y asado nos recibe junto con el abrazo de oso de Kaylee. La sensación de hogar que siempre me ha faltado me golpea por primera vez. Tal vez sea el momento de saborear todas las cosas que me he perdido hasta ahora.

Sesión 1



—Hola, Arizona, me alegra que hayas dado este paso y estés aquí. Aunque ya te lo he dicho, todo lo que hablemos se quedará entre nosotras, ¿vale? Este es un espacio seguro, nadie te va a juzgar.

—Gracias. Esto es muy importante para mí. He huido de mis emociones toda mi vida, no sé gestionarlas ni tampoco comunicárselas a los demás.

—No es fácil gestionarlas, pero para eso estamos aquí, para conocerte mejor y darte las herramientas que necesites.

—¿Cuál ha sido el desencadenante para que te decidieras a venir ahora y no antes?

Le cuento lo que ha pasado en el último mes. Las noticias, mi madre, mi huida, todo.

—De todo lo que me has contado, ¿qué es lo que más te duele?

—Saber que después de todo no estaba tan loca cuando pensaba que mi madre no me quería.

—No estás loca, Arizona, eso te lo puedo asegurar. Que te hayan hecho sentir así no significa que lo estés. Tu sentimiento es real, pero no lo es el mensaje por el que te sientes así.

—Me cuesta mucho entenderlo, llevo toda la vida sintiéndome así.

—Es normal, poco a poco aprenderás a gestionarlo cada vez mejor. ¿Por qué no me cuentas cómo fue tu infancia?

Me paso hablando y llorando lo que queda de hora. Qué difícil es exponerse de esa manera.

Sesión 3



—¿Por qué no querías que te viera llorar?

—Porque no quería que mi madre pensara que soy débil. No quería que viera mis emociones y pudiera jugar con ellas.

—¿Crees que ella sabía que te afectaba?

—No lo sé. A veces creo que sí.

—En esas ocasiones en las que sí, ¿cómo actuaba?

—Nunca he pensado mucho en ello. Era… Pensaba que era lo normal, ¿sabes? Supongo que, cuando no has conocido otra manera, piensas que esa es la correcta. —Hago una pausa. La psicóloga me mira. Espera que continúe con mi respuesta. Para eso estamos aquí—. Solía anular mis emociones. O las ignoraba o me hacía ver que actuaba como una niña pequeña.

—¿Siempre has pensado que era lo normal?

—No… Conforme crecí, me di cuenta de que no era lo normal. Sobre todo, porque tanto Kaylee como Gala y mis hermanos me demostraron que no lo era.

—¿Qué fue lo que hicieron para que cambiaras ese pensamiento?

—Ellos me hacían sentir bien, protegida, cuidada. Normalizaban mis emociones y me animaban a que hablara con ellos, a que les contara las cosas.

—¿Y lo hacías?

—A veces.

—¿Por qué solo a veces? ¿Qué ocurría en las otras ocasiones?

—No quería preocuparlos con mis cosas. Al final, no podían hacer mucho por mí, más que estar a mi lado. Otras veces era porque no creía que tuvieran importancia. Es lo que he dicho: al final, normalizas muchas cosas. O las aceptas y, simplemente, vives con ellas. Contárselo no iba a cambiar nada la situación.

—¿Te sigues sintiendo así?

—No, ya no. Ahora les cuento las cosas, hablo con ellos. Mis emociones, sean buenas o malas, lo que me ocurre…

—Eso quiere decir que ya no sientes que tus emociones no importan. Te pones por delante, intentas comprenderte. Eso es genial, Arizona.

—Sí lo es.

—Quiero hacerte otra pregunta. Está relacionada tanto con cómo te sientes ahora como con el motivo por el que dejaste de llorar. —Los ojos de mi psicóloga me miran con calma, fijos, con confianza, de la misma manera que siempre—. ¿Por qué dejaste de llorar con los demás también?

—Porque no quería darles tanto poder. Si lloraba, si veían que me afectaba, que estaba

triste, podían usarlo en mi contra de la misma manera que mi madre lo hacía.

—Y te vuelvo a preguntar: ¿sigues pensando lo mismo?

—No. Después de lo ocurrido con mi madre, no. Las personas a las que de verdad les importo nunca harían eso. Nunca utilizarían lo que eres y quién eres para utilizarte. Mucho menos, las lágrimas.

—¿Sigues pensando que es de débiles llorar?

—No, llorar es terapia. Como lo es este rato contigo.

Sesión 4



—Hablemos de tu padre.

—Mi padre y yo nunca pasamos mucho tiempo juntos. Desde que me fui a Nueva York, casi todo el tiempo que pasamos juntos era en familia y de vacaciones. Aun así, siempre ha estado ahí, aunque no siempre supe verlo.

—¿Por qué crees que no eras capaz de darte cuenta?

—Porque era más fácil culparlo. Pensar que tampoco le importaba a él era más fácil que esperar cosas que nunca llegarían, como me ha pasado con mi madre.

—Pero él no es como tu madre.

—No, no lo es. Nunca lo ha sido y ahora, después de una conversación que tuvimos a finales del año pasado, antes de todo esto, lo entiendo. Entiendo que ambos gritábamos en silencio muchas cosas, pero no éramos capaces de decirlas. Él, porque no lo dejaba entrar y lo alejaba; y yo, porque era más fácil no esperar nada.

—Entiendo que ahora vuestra relación, entonces, ha mejorado mucho.

—Sí.

—¿Te has sentido apoyada en estos meses por él?

—Sí, desde esa conversación me he sentido apoyada, comprendida y arropada. Ahora siento que mi padre está ahí y también que es capaz de verme y yo lo veo a él. A mi padre de verdad, no a Charles.

—No todo el mundo es como tu madre, Arizona. Eso es algo que debes aprender. Cada persona es de una manera. De la misma forma que ellos sean como son no determinan quién eres tú. Las personas nos apoyan y nos acompañan, pero no nos determinan.

Registro de emociones DE



A mi padre le grité muchas veces que lo necesitaba sin hacerlo. Solemos olvidar que a veces esperar que el otro interprete las cosas como nosotros queremos no es tan fácil. Yo siempre esperé que mi padre supiera escuchar mis gritos silenciosos de socorro porque gritarlo en alto me daba miedo. Miedo atroz a que él también girara la cara y no le importara nada de lo que ocurría en mí. Por eso nunca lo hice.

Y esperé. Y esperé.

Pero él no supo oír lo que mis silencios decían. Era complicado. Ahora lo sé. Cuando eres capaz de echar la vista atrás, te das cuenta de todas las cosas que damos por sentadas, lo mucho que esperamos de los otros sin dar nosotros a cambio.

Eso fue lo que me ocurrió con mi padre. Siempre esperé mucho porque era mi padre y se me olvidó que yo no lo dejaba entrar. Le ponía un muro tan grande como la Muralla China casi sin darme cuenta. En el fondo, esperaba que fuera capaz de tirarlo abajo o trepar por él o colarse por las grietas que de vez en cuando lo resquebrajaban.

Creo que la vez que más esperé de él tenía catorce años y mi madre me había obligado a ir a un campamento de modelos al que no quería ir. Odiaba ese tipo de cosas. Era verano y quería irme con mis hermanos a Wilmington. Porque, ese año, hasta eso me había quitado. Pedí muchas veces a mi madre que no me llevara, pero en ninguna ocasión llamé a mi padre. Eso sí, esperaba que el teléfono sonara y me dijera que no me preocupara, que no tendría que ir a ese lugar.

Cuando me vi que el coche se alejaba y me quedaba en el campamento, con una maleta y un montón de niñas, supe que esa llamada nunca llegaría si no la hacía yo. Y después de tres días allí, cuando me dio el que creo que fue mi primer ataque de ansiedad, marqué un número de teléfono, aunque no fue el de él. Fue el de Harper. Y ella apareció al día siguiente con mi padre para llevarme con ellos. Porque resulta que ninguno sabía que el trabajo que les había hecho creer mi madre a todos que tenía era un campamento como ese. Y, además, mi padre pensaba que no quería ir con ellos ese verano.

Recuerdo el abrazo que me dieron ambos. Debería haberme dado cuenta en ese momento de que mi padre también sufría con mi ausencia y que, sin necesidad de gritar, habría salido corriendo para ayudarme en cada ocasión. Habría seguido peleando por mí. Pero, claro, yo no sabía ni que había peleado por mí. Hubo ocasiones en las que me sentía casi huérfana, con dos padres que no me querían. Eran pensamientos intrusivos, pero el problema es que lo ocupaban todo. Mi talón de Aquiles fueron dos padres que parecían más allí que aquí.

Pero tuve que saberlo. Porque, si yo esperaba que él supiera cómo me sentía, yo tendría

que haber sabido cómo se sentía él.

Creo que, después de aquel día, mi madre odió aún más a mi padre. Mucho más de lo que ya lo hacía. No entiendo por qué lo odiaba. Ya no creo que pueda hacerlo, porque nunca podré preguntarle. Aunque, conforme pasa el tiempo, me importa menos. Cada día me importan menos sus motivos. Fueran los que fueran, no justifican nada de que lo que me hizo sentir.

Charles



Preparo té y sirvo dos tazas. Salgo a la terraza, donde cada noche se sienta Arizona a leer o escribir en esa especie de diario que lleva a todos lados con ella desde que empezó a ir a la psicóloga. Levanta la mirada, me sonríe y coge la taza que le ofrezco.

—¿Hoy no tienes que trabajar? —me pregunta.

—He querido hacer un descanso antes de continuar.

—Trabajas demasiado.

—Las cosas pronto van a cambiar.

—¿Al final vas a delegar?

—Sí, en unos días comienzan dos abogados júnior nuevos a los que voy a formar y con los que me dividiré el trabajo. Solo llevaré los casos más importantes o en los que necesiten apoyarse en mí, pero quiero tomarme la vida con más calma. Pasar más tiempo con vosotros, estar más presente.

—¿Es por mí?

—En parte, pero también es por mí. Necesito tomarme la vida de otra manera o los únicos recuerdos que tendré serán de clientes y juzgados.

—Podrás venir a visitarme más a menudo a Nueva York, entonces —lo dice como si sus palabras no tuvieran la importancia que en realidad tienen.

—¿Vas a volver?

—Sí. Todavía no, aún no estoy preparada, pero sí. He empezado a buscar una casa. Jay me está ayudando.

Me mira y yo hago lo mismo. La observo todos los días en busca de los más nimios detalles que me ayuden a conocerla. Ha cambiado mucho en el tiempo que lleva aquí. Apenas se tensa, sonríe más, habla con naturalidad conmigo, no esconde sus emociones y sobre todo se la ve cada día más tranquila consigo misma. Son cosas que parecían imposibles hace unos meses.

Me acerco y la abrazo. Me moja con sus lágrimas la camisa.

—Estoy orgulloso de ti, Arizona. Mucho. —La beso en la cabeza y ella se agarra con más fuerza a mí.

—Gracias, papá, por estar en el momento que más te he necesitado.

—Gracias a ti, hija, por dejarme estar después de lo mal que hice las cosas.

—No tiene importancia, ya no. Ahora solo quiero que esto —nos señala sin moverse de mi lado— siga construyéndose cada día, que confiemos el uno en el otro. Te necesito en mi vida, papá.

—Y yo a ti, hija, mucho.

Nos quedamos así un rato, con el sonido de las olas de fondo mientras miramos hacia un mar que apenas se ve en la oscuridad de la noche.

Arizona se incorpora y le da un trago a la infusión. Están ya tibias.

—¿Crees que debería hablar con ella?

—Es algo que solo tú puedes decidir, Ari, nadie más que tú.

—No tengo ni idea de qué hacer. A veces quiero decirle todo lo que me he guardado, no quedarme con nada dentro que pueda hacerme daño. Otras solo quiero que desaparezca de mis recuerdos y de mi vida para siempre, pero eso es imposible.

—¿Qué te dice la psicóloga?

—Lo mismo que tú, que es una decisión mía. Que, si necesito sacar fuera parte del dolor hablando con ella, es el momento de hacerlo; y si no lo hago, si decido que es mejor dejar las cosas como están porque esa conversación me puede hacer daño, está bien también.

—Es una decisión complicada y creo que ninguna respuesta es correcta o incorrecta.

—¿Qué harías tú?

—¿Yo? Llevarla a los juzgados, hacer que me mire a la cara y asuma sus errores. Pero yo no soy tú.

Se queda un buen rato en silencio, pensativa. Es complicado saber cuál es la decisión correcta, pero, tome la que tome, la apoyaré. Me encantaría ver a Sharon llorar tanto como he visto llorar a Arizona estos meses, pero sé que esta guerra no es mía; es suya y la tiene librar por sí misma, con nuestra mano cerca para ayudarla en todo lo que necesite.

—Deberíamos irnos a dormir —dice de repente.

—Por desgracia, tengo que seguir trabajando.

—Entonces, te haré compañía. —Me sorprendo ante su propuesta—. ¿Puedo?

—Claro que puedes, pero no hace falta. Si estás cansada, vete a la cama.

—No tengo sueño, la verdad. Puedo quedarme un rato leyendo en el sillón del despacho.

—Vamos, entonces.

Me siento detrás del escritorio mientras se acurruca en el sofá con una manta que le tapa las piernas. Me empapo de esa calma que antes no estaba y que desde hace unos días observo con más normalidad en su rostro. Una calma que me calienta por dentro y me ayuda a templar los nervios que han estado a flor de piel desde que todo saltó por los aires.

Levanta la mirada del libro y me sonríe, le devuelvo la sonrisa y me pongo a trabajar. La noche de trabajo se vuelve menos pesada con mi hija a mi lado.

Arizona



El frío del mar me golpea los pies una vez más. Se ha convertido en un hábito pasear descalza por la playa todas las mañanas, aunque vuelva a casa con los pies congelados. Hoy me acompaña Rose. Aiden apareció hace dos días en la puerta de casa con sus padres y Mike y mi sorpresa fue tal que rompí a llorar de la emoción.

—¿Cómo estás, cariño?

Es el primer rato que estamos solas y que podemos hablar con tranquilidad. Estos días hemos hablado de muchas cosas, pero no de mí ni de cómo me encontraba. La mayoría del tiempo hemos hablado del trabajo de Aiden: acabó el rodaje de la película un mes después de mi vuelta y hace poco ha terminado de grabar la primera parte de una serie. No ha parado estos meses. El otro tema estrella ha sido la baja voluntaria que presentó Mike hace unas semanas. Llamó a Aiden y, después de una hora desahogándose, se dio cuenta de que estaba cansado de vivir así. Todo lo que había pasado conmigo le hizo darse cuenta de que, cuanto más lo alargara, peor se sentiría y peor sería la situación, así que comunicó a su empresa que se iba sin darle muchas más vueltas y ahora no para de hacer entrevistas para encontrar otro trabajo pronto. Ojalá pronto le digan algo o nos va a matar al resto con sus nervios.

—Bien, cada día mejor. Está siendo difícil, pero poco a poco todo va colocándose en su lugar.

—Cómo me alegro, cariño. Cuando Aiden me lo contó, no me lo podía creer. Me sonaba a película de sobremesa. —Me río con su comentario.

—Por desgracia, era verdad…

—¿Has hablado con ella?

—No, y no creo que lo haga. Le he estado dando muchas vueltas, lo he hablado con todo el mundo y creo que esa conversación solo me haría más daño. He trabajado mucho estos meses, no quiero tener que volver a empezar.

—¿Estás segura? A veces hay palabras que están mejor fuera que dentro.

—¿Sabes? Sorprendentemente no me estoy dejando nada. Es como si decir en alto todo lo que me rasgaba por dentro me hubiera ayudado a vaciarme de tal manera que solo puedo llenarme de nuevo con cosas buenas.

—Decir lo que uno siente, ponerles nombre y apellidos a las emociones, es una buena manera de avanzar, sí.

—¿Crees que debería hablar con ella?

—Si me hubieras preguntado hace unos meses, te habría dicho que sí. Ahora, al verte más tranquila, feliz incluso, la respuesta es no. Igual que hay palabras que están mejor fuera que

dentro, también hay personas que están mejor lejos de nuestra vida. No siempre se necesita mirar a alguien a la cara para saber que no la quieres de vuelta. Y eso es lo que creo de Sharon. Está mejor lejos, cariño.

—Yo también lo pienso.

Me agarro a su brazo para acercarla más a mí y seguimos paseando sin prisa. Cuando nos cansamos, volvemos a casa. Mientras subimos las escaleras del porche que da a la playa, nos miramos sin comprender nada cuando unas risas y unos gritos de alegría nos descolocan. Mike es el que da esa especie de gritos al mismo tiempo que salta, Aiden se ríe de él y su padre los mira sentado desde el sofá y menea la cabeza como si no tuvieran remedio.

—¿Qué pasa? —pregunta Rose.

—Lo he conseguido, mamá, me han cogido. Vuelvo a tener trabajo.

Levanta a su madre y le da vueltas; ambos se ríen sin parar. Me acerco a Aiden y me estrecha entre sus brazos, me besa la boca, las mejillas y la nariz.

—Pareces feliz —le digo con una sonrisa.

—Lo estoy. Y, cuando veo esa sonrisa, más.

Le devuelvo los besos hasta que estos comienzan a volverse más intensos y el carraspeo de Michael nos devuelve a la realidad.

—Perdón —decimos los dos a la vez.

—No pasa nada, me gusta ver a mis hijos felices. Vamos a buscar a tu hermano y a tu madre. Os invito a desayunar a todos.

Kaylee, Harper y Jay se unen al desayuno. Este último ha podido escaparse un día porque hay un parón en la temporada. Con todos reunidos, me doy cuenta de lo afortunada que soy de tenerlos. No había sido capaz de ver todo lo que me rodeaba porque había pasado años centrada en el miedo que me daba perder a mi madre, cuando lo cierto es que nunca la había tenido. A veces es muy fácil perderse al mirar hacia el lado equivocado, de la misma manera que es difícil encontrarse entre tanto olvido. No pensaba volver atrás, a olvidarme de las cosas importantes, a no luchar por quien lo merece. A no luchar por mí.

Sesión 7



—Hoy quiero que hablemos de tu relación con la comida. Por lo que hemos hablado en otras ocasiones, ha sido complicada.

—Sí, aunque si lo miro con perspectiva no creo que haya tenido ningún problema con la comida en realidad. El problema era mi madre.

—¿Qué quieres decir?

—Me gusta comer, soy feliz comiendo. No pienso en calorías ni en si engorda o no. Solía comer lo que me ponían en casa y mi madre marcaba unas pautas estrictas de las que no tenía ni idea. Por entonces, era demasiado pequeña como para fijarme. En casa de mi padre siempre se ha comido de todo, así que eso era lo que comía. Pero me daba igual. No pensaba en que podía engordar. Cuando nos mudamos, mi madre se volvió mucho más obsesiva. Me controlaba todo lo que comía durante el día, lo pesaba y medía y, cuando empecé a crecer, también yo estaba pendiente de cosas como esas. Fue inconsciente, ¿sabes? Ni siquiera me daba cuenta. Incluso hubo una temporada en la que me pesaba todos los días varias veces. Hasta que una noche me desperté de madrugada con un dolor muy fuerte de barriga del hambre que tenía y me di cuenta de que algo iba mal.

—¿Qué hiciste cuando te diste cuenta?

—Llamé a Gala y a Harper y les conté lo que me pasaba. Ellas me ayudaron desde ese momento.

—¿Por qué no buscaste ayuda profesional?

—Porque necesitaba el permiso de mi madre y no quería contárselo. En realidad, ni siquiera creo que le hubiera dado importancia. Al final, esos pensamientos vinieron derivados de ella.

—¿Y por qué tampoco hablaste con tu padre?

—No tenía la suficiente confianza como para hacerlo. Cuando me di cuenta, necesité hablar con personas que no fueran a juzgarme, que me entendieran. Y ellas dos eran las que más lo iban a hacer.

—¿Cómo ha sido tu relación desde ese momento con la comida?

—Ha sido buena. Al principio, me costó un tiempo dejar de pesarme, de mirar lo que comía, pero poco a poco conseguí entender que la comida no era un enemigo y que comer bien era una cuestión de salud, pero no de peso ni de restringir alimentos. A día de hoy, como de todo y no tengo ningún problema con ello.

—¿No has vuelto a obsesionarte?

—No. Y, si te estás preguntando si alguna vez he vomitado, la respuesta es no. Nunca lo hice. Solo dejé de comer en algunas ocasiones, me obsesioné con el peso y los alimentos que

comía eran bajos en calorías. Pero nunca llegué a eso.

—Y cuando tienes ansiedad o estás triste, ¿cómo es tu relación con la comida?

—Es igual. No me doy atracones, aunque si comerme una chocolatina me anima lo hago. Pero en general no como diferente cuando ocurre eso. Sí es posible que se me cierre el estómago, pero no tiene que ver con la comida o con no querer comer, sino que las emociones se me van ahí y a veces se me cierra.

—Me alegra oírte decir que la comida no es tu enemiga, porque no lo es. Es justo lo que nos da sustento y energía para vivir, para estar sanos y felices. Es importante que seas consciente de ello. Es muy común asociar la alimentación con las emociones.

—No es mi caso, creo. Al menos en ningún momento, después de aquello, he tenido esa relación con la comida y mis emociones no determinan qué como.

—¿Y las drogas?

—Solo he tomado una vez y fue cuando tuve la sobredosis. No me gustan, nunca me han gustado, pero ese día estaba triste.

—¿Por qué estabas triste?

—Porque mi madre me dijo que no iba a ir a la universidad porque no valía para otra cosa que para ser modelo y me lo creí. Me imaginé toda mi vida a su lado, recibiendo sus órdenes y haciendo lo que ella quisiera, y quise huir. Empecé bebiendo alcohol y cada vez me sentía más ligera, libre, y cuando me ofrecieron una pastilla pensé que tal vez era lo que necesitaba para dejar de pensar.

—¿Te ayudó?

—En el momento sí, después no. Después me sentí peor.

Registro de emociones DE



Llevaba tiempo intentando alejarme de ella de alguna manera. Creo que la primera vez que me di cuenta de lo mucho que dependía de ella fue cuando abrí la cuenta del banco. No solía hacerlo y ese día vi que no había más que unos pocos miles de dólares. Era imposible. Cuando le pregunté el motivo, evitó mi pregunta. Si no llego a insistirle, no habría sabido que ella era la que gestionaba mi dinero y que en la cuenta me iba ingresando dinero poco a poco para que no malgastara.

Era imposible que lo hiciera. Lo máximo que me compraba eran libros, cafés y alguna comida que hacía fuera. Poco más.

Ese día, cuando me tumbé en la cama, empecé a darle vueltas y vueltas. No era posible que hasta eso estuviera en sus manos. Si alguna vez decidía darme una patada, me quedaría sin nada, después de toda la vida trabajando. Y entendía que antes de mi mayoría de edad fuera ella la que lo gestionaba, pero ¿después? Después no.

Fue la primera vez que me senté a hablar con mi padre después de años y le pedí que me ayudara a gestionar la situación.

Creo que fue el inicio del fin.

Creo que fue la primera vez que decidí algo, que tomé mi vida como mía y no de otros. Fue la primera vez que me impuse, que di un puñetazo en la mesa y dije «Por ahí no».

Y también puede que fuera la vez que más dolor me han provocado unas palabras. Fue cuando me dijo que me administraba el dinero porque yo no era capaz de hacerlo, que era una inútil que no sabía hacer nada más que posar ante una cámara, subirme a pasarelas y pasear mi cuerpo, y que si no fuera por ella estaría durmiendo debajo de un puente.

Pueden parecer palabras sacadas de una película. No lo fueron. Las escupió con rabia, con tanta que no sabía cómo no me había dado cuenta antes. Cómo había estado alargando todo aquello, cómo le había dado tanto poder como para que pedirle lo que me correspondía supusiera una agresión verbal como esa.

Nunca se lo conté a nadie. Me daba vergüenza. Cuando me preguntaron por la conversación, solo comentaba que se había molestado, pero que acataría lo que le habíamos pedido.

Esas palabras fueron como una patada en la boca, sí. También una manera de que mi cabeza hiciera clic. Y quizá parece que no hice mucho durante bastante tiempo, ya que seguía evitando las conversaciones y las decisiones importantes. Puede que sea verdad y puede que necesitara tiempo para aceptar muchas cosas. Demasiadas.

De lo que estoy segura es de que ese día fue el inicio del fin.

Sesión 15



—¿Cómo estás hoy, Arizona?

—Me he levantado triste.

—¿Por algún motivo en concreto?

—He tenido pesadillas esta noche.

—¿Quieres contármelas?

—En realidad, no sé si ha sido una pesadilla o un recuerdo. —Hago una pausa—. Era pequeña, tendría unos doce años, y estaba en nuestra casa de Nueva York, tumbada en el sofá. Ella salía de su despacho y me decía que tenía que marcharse. Yo le preguntaba a dónde y ella me respondía que se iba a pasar el día a casa de un amigo, cerca de la playa. En ningún momento me dijo que yo no iba, porque no creía que fuera capaz de dejarme allí, sola. Solo tenía doce años, ¿sabes? Pero, cuando salía de la habitación vestida y con la mochila preparada, ella me miraba y se reía muy fuerte. En ese momento, me he despertado.

—¿Por qué piensas que puede ser un recuerdo?

—En los últimos meses he recordado muchas cosas que había bloqueado. Y no era raro que mi madre hiciera eso. Al menos, cuando era mayor, lo hizo varias veces.

—¿Qué era lo que sentías?

—Abandono. Toda mi vida he tenido miedo al abandono.

—Es probable que sea por la relación que mantenías con tu madre. Es posible que sea un recuerdo y que haya otros parecidos que has olvidado y sean el motivo de que tuvieras miedo al abandono.

—Aún lo tengo.

—¿Crees que te van a abandonar?

—A veces, sí.

—¿Quién?

—Sobre todo, Aiden.

—¿Ha hecho algo para que puedas pensarlo?

—No, nunca. Él siempre ha estado a mi lado, me ha apoyado y me ha acompañado en todo.

—Entiendo. En realidad, Arizona, es normal que te sientas así. Llevas toda la vida agarrada a esa emoción y es difícil deshacerse de ella. Quizás nunca lo hagas del todo. Lo importante es que seas capaz de explicarle a tu mente que ese sentimiento no se ajusta a la realidad. Quiero decir: es una emoción real, pero no viene derivada de una situación real, sino que tu cerebro está tan acostumbrado a sentirse así que le cuesta desprenderse de eso. —Hace una pausa—. La mayoría de miedos no se marchan, solo aprendemos a gestionarlos mejor.

Registro de emociones de



Cuando empecé a escribir en este diario, no tenía ni idea de lo que hacía. Me lo había pedido la psicóloga, creía que era una buena manera de que aprendiera a soltar todo lo que llevaba dentro, las cosas que me dolían.

Siempre dicen que escribir ayuda a vaciarte. Las palabras te liberan de cargas porque les pones nombre. Las defines, las cuentas. Es como si tu cerebro comprendiera los pensamientos en el momento que los escupes y das cuenta de ellos. Aun así, tenía pocas esperanzas en esta libreta tan bonita que me compré. Pensaba que escribiría el primer día y no volvería a abrirla. Lo que no sabía era que, cada vez que la abro ahora, encuentro mi lugar seguro. Otro refugio en el que cobijarme cuando mi cerebro no se entiende y necesita hacerlo.

La vida sigue doliéndome a ratos. Me he pasado muchas horas intentando entender por qué mi madre era así conmigo. He invertido horas y horas de la psicóloga hablando sobre esto y después de hacerlo tanto he llegado a la conclusión de que, sea como sea, ninguna respuesta cambiará el dolor que yo he sentido. Por eso he decidido que no la demandaré por lo que hizo ni tampoco me enfrentaré a ella para que me dé una explicación. No sé si en el futuro la necesitaré, pero ahora mismo no. Solo la quiero fuera de mi vida y quiero seguir curándome por dentro.

Las cosas han cambiado. La relación con mi padre cada día es más cercana. He tenido que aprender a perdonarlo por muchas cosas de las que ni yo era consciente. También he hablado largo y tendido con Harper, porque con la psicóloga me di cuenta de que, aunque no estaba enfadada, sí me sentía un poco decepcionada con ella por no contarme que mi padre sí intentó conseguir mi custodia.

Con Aiden las cosas han sido tan fáciles que, a veces, tenía miedo de que en algún momento se cansara de mí y saliera corriendo. Hemos tenido alguna discusión por esto mismo y al final he entendido que eso no va a ocurrir porque ambos nos elegimos todos los días.

He aprendido tantas cosas en estos meses y tantas he escrito entre estas páginas… Cuando releo lo primero que escribí lo siento lejano, como si la persona que lo escribió no fuera yo, como si no fuéramos la misma, pero lo somos, y menos mal que las cosas ya no son como eran. Aún me queda mucho trabajo, pero estoy orgullosa de lo que he recorrido. Ahora solo queda seguir caminando.

Arizona



Estoy leyendo tranquila en el sofá —últimamente paso muchas horas leyendo— cuando el teléfono suena. El nombre de Helena ilumina la pantalla. Me pongo nerviosa al instante. Nadie relacionado con el mundo de la moda se ha puesto en contacto conmigo directamente, y la prensa la ha gestionado mi padre. Y aunque nosotras siempre nos hemos llevado bien, hace meses que no hablamos, mucho antes de que salieran las noticias. La llamada se corta y recibo un mensaje de voz.

Helena
Hola, Ari. Siento no haberme puesto en contacto contigo en todo este tiempo. He querido hacerlo innumerables veces, pero no sabía muy bien que decirte. Lo primero, que lo siento, no sé bien que ha pasado, porque me he encontrado varias veces con tu madre y no ha dicho nada, pero supongo que tu nombre haya desaparecido de su agencia es la respuesta a todo lo que ha pasado. Espero que, al menos, fueras tú la que tomara la decisión de irse, no te merecían.

Me gustaría que pudiéramos hablar, como amigas pero también como compañeras de oficio. Por favor, llámame. Un beso.

Oigo varias veces el audio antes de marcar su número.

—Hola, Ari.

—Hola, Helena. Perdona que no te haya cogido antes el teléfono, no sabía qué querías y llevo meses sin hablar con nadie de este mundo.

—No te preocupes, lo entiendo. ¿Cómo estás?

—Bien, mejor, la verdad. ¿Y tú?

—Bien, bastante bien, con mucho trabajo.

—Eso es bueno.

—Supongo que sí. Mira, Ari, yo te llamaba para pedirte perdón por no haber hecho esta llamada antes, no espero que me cuentes nada de lo que ha pasado, es algo tuyo, aunque ojalá alguna vez te animes a contármelo, quizá compartamos más cosas de la que pienses. —Carraspea y continúa—. Pero también te llamaba porque necesito que sepas que sé lo que es que la prensa hable de ti y también sé que la gente olvida pronto porque siempre hay una noticia nueva a la que prestarle atención.

—Gracias, aunque en realidad no tengo ni idea de lo que se ha dicho de mí, ni tampoco de las consecuencias que han tenido esas noticias. No he querido saberlo.

—¿Consecuencias? Ninguna, Ari. ¿Sabes la cantidad de modelos que se drogan? La industria está plagada.

—Ya, pero la imagen que siempre he dado ha sido de niña buena.

—¿Y qué? Si hay alguna marca a la que le moleste, habrá otras llamando a tu puerta. Créeme que sé de buena tinta que algunas marcas han preguntado por ti a tu madre y cuando han sabido que no serías tú quien haría las campañas, no lo han aceptado.

—¿En serio?

—Y tanto.

—Yo pensaba que las marcas no querrían trabajar conmigo.

—Pues estás equivocada. Ya te lo he dicho: la industria no es ajena a las drogas, el alcohol o los trastornos de alimentación, justamente al revés, muchas veces es ella la que te lleva por ese camino.

—Por desgracia sí.

Oigo una voz que habla a Helena, debe de estar con alguien.

—Me sabe mal, pero voy a tener que dejarte. Antes de colgar quería comentarte otra cosa. No sé si tendrás pensado volver a este mundo, entendería a la perfección que no quisieras hacerlo, pero si decides volver, mi agente estará encantada de trabajar contigo y no te la recomendaría si no fuera buena, como persona y como profesional.

—Aún no tengo ni idea de qué haré, pero lo tendré en cuenta.

—Cuídate mucho, ¿vale?

—Gracias, Helena. Esta llamada significa mucho para mí.

—No me las des. Hablamos.

Me quedo mirando el móvil unos segundos después de colgar. Me quedo pensando en la conversación, sobre todo en si quiero volver a trabajar como modelo. Es una decisión que he ido dejando para otro momento y en el que la psicóloga no me ha presionado porque considera que hay otras cosas que trabajar antes y que esa decisión llegará en el momento que la necesite. Y puede que haya llegado.



Después de la llamada de Helena, llamé a Aiden. Quería que fuera el primero en saber que, después de esa conversación, había decidido que quería volver. Porque amaba lo que hacía, me gustaba mucho la moda, la fotografía, me encantaba ponerme delante de una cámara. Me gustaba mi trabajo y quería recuperarlo. Aiden me apoyó, como siempre, y me animó a que me pusiera en contacto con la agente de Helena. Lo hice y ahora Alexa es también mi agente.

Desde el primer momento me sentí cómoda con ella, era cercana y divertida, bromeaba con cualquier cosa. Le expuse mis condiciones: quería formar parte de cada decisión, no quería que se aceptara ninguna campaña sin hablarlo conmigo previamente; quería empezar con calma; yo también propondría ideas cuando las campañas fueran para redes; y no se me exigiría ningún tipo

de alimentación, aunque me comprometía a cuidarme, sin afectar nunca a mi salud, siempre que hiciera falta. Alexa no puso ninguna objeción y me hizo llegar el contrato para que mi abogado pudiera leerlo con tranquilidad. Una semana después estaba firmándolo y más emocionada de lo que he estado en mucho tiempo.

1



La sesión de terapia de hoy ha sido de las más fáciles hasta el momento. Supongo que porque todo empieza a verse de otra manera después de meses de terapia en los que me he vaciado por dentro, tanto hablando como escribiendo como llorando.

Aiden me espera apoyado en el coche que hay enfrente de la consulta. Levanta la mirada del móvil al oír que se cierra la puerta del portal. La sonrisa que ilumina su cara me da ganas de mordérsela. Se acerca y me da un beso.

—¿Cómo ha ido?

—Bastante mejor que las anteriores.

—Poco a poco. —Pone sus brazos por encima de mis hombros y yo rodeo su cintura. Me besa la cabeza y cierro los ojos. De todos los besos, los que me da en la cabeza o en la frente son para mí los más íntimos. Los que más aprecio y más me confortan.

—No sé cómo no me he secado ya.

—Un río que fluye no se seca.

—A veces hay sequía.

—Pero la lluvia lo vuelve a llenar y vuelve a fluir el agua.

—Te he echado de menos. —Lo atraigo hacia mí y refugio mi cabeza en su pecho.

—Yo a ti también, Ce. —Él también me apretuja y me besa de nuevo en la cabeza.

Con el rodaje de la nueva película, ha tenido mucho trabajo estos dos últimos meses y no hemos pasado tanto tiempo juntos. Hemos buscado cada día libre que tenía para vernos, pero ha sido muy difícil porque ha estado viajando por el país para grabar escenas de exterior. Aun así, nuestra relación ha seguido igual de fuerte. Nuestra comunicación ha mejorado mucho desde que comencé la terapia, ya no me cuesta tanto expresarme ni decirle cómo me siento en cada momento, y eso nos ha fortalecido.

—Tenemos que pasar a por el vestido, ¿no? —La voz de Aiden me devuelve al presente.

—Sí, recogemos a Harper en la librería y vamos a por él.

—¿No vas a darme ni una pista de cómo es? Aunque sea el color. —Niego con la cabeza y sonrío—. Eres mala.

—Quiero que sea una sorpresa.

—Estoy seguro de que el mundo se va a llevar una sorpresa cuando te vean, aunque lleves una bolsa de patatas como vestido.

—A lo mejor llevo una bolsa de patatas.

—Lo dudo.

Mañana es el estreno de la película que Aiden rodó el verano pasado en Francia y quiero estar allí para apoyarlo. Ha llegado el momento de volver a Nueva York, de volver al trabajo y de entrar por primera vez en mi casa. Es otra de las cosas que he hecho estos meses, buscar mi propia casa, en la que espero que pronto también viva Aiden y creemos nuestro propio hogar.

Mañana será la primera vez que vaya a un evento público desde que me alejé de todo. No hay mejor ocasión que en el estreno de la primera película en la que Aiden es el actor protagonista. Mi regreso en ese evento solo es como su acompañante; quiero estar a su lado en un momento tan importante. Estoy cansada de esconderme cuando no tengo motivos para hacerlo. Quiero apoyarlo en cada paso, de la misma manera que él ha hecho conmigo.

—¿Estás segura de esto?

—Tanto como estoy segura de quererte.

—Me gusta mucho esta nueva Arizona.

—En realidad, siempre he sido esta, solo que estaba escondida.

—Menos mal que has dejado de estarlo, entonces.

—¿Verdad?

2

AIDEN

Mi pie se mueve sin parar. Vamos en el coche hacia la premier y estoy muy nervioso. Es la primera vez que hago esto y no tengo ni idea de qué tengo que hacer. Arizona me ha explicado mil veces, en un intento de tranquilizarme, lo que se suele hacer. Y, aunque la teoría es fácil, en la práctica necesito que me den una caja de valerianas o media botella de *whisky* para conseguir tranquilizarme. Arizona posa su mano en mi pierna y me da un apretoncito.

—Estás poniéndome nerviosa a mí también.

—Lo siento. Intento controlarlo, pero…

—Lo sé. —Agarro su mano para ver si su calor me calma—. Ya verás como, cuando estés ahí, te parece una tontería.

—Eso espero.

—Si te agobias, enfócate en mí, ¿vale? —Asiento.

—Estamos llegando —nos dice el conductor.

—A lucirte, estrella. Este momento es tuyo, no lo olvides. —Me da un beso que me calma y a la vez me enciende por dentro.

—Odio que me des estos besos.

—¿Por qué?

—Porque ahora solo pienso en ti encima de mí con ese vestido remangado hasta la cintura.

—Esa era la idea, que dejaras de pensar por un momento en el resto.

—No sé cómo quedarán las fotos si se nota que estoy empalmado.

—Eres idiota. —Me da otro beso—. Vamos, no los hagas esperar.

La observo una vez más. Está espectacular. Cuando la he visto, con ese vestido rojo con escote palabra de honor, con la cintura tan marcada, la caída hacia abajo y el pelo recogido que marca sus facciones, he dejado de respirar durante un instante.

—¿Estás preparada? —se lo pregunto de nuevo, por si acaso.

—Como tú dices: siempre estoy preparada.

—Mentira.

—Pero queda bien decirlo.

Suelto una carcajada y la acerco a mí para darle un último beso.

Me bajo del coche y cierro la puerta antes de que a la prensa le dé tiempo a ver con quién vengo. Arizona ha decidido acompañarme, pero quiere pasar por delante de la prensa. Saber que está lo suficientemente recuperada como para acompañarme, para venir aquí y apoyarme en un momento tan importante para mí, es lo único que me importa.

Me hago las fotos que me van indicando. Veo a Arizona, apartada para que nadie le preste atención, pero no quita su mirada de mí. Su sonrisa es tan grande que me enfoco en ella y se me pasan los nervios que tenía en el coche. Termino las entrevistas y me voy hacia ella.

—Estoy muy orgullosa de ti. —Me da un beso breve en los labios.

—Y yo de ti. Oye, quiero una foto de los dos juntos, de recuerdo.

—Claro. ¿A quién se la pedimos?

—Pues… —Miro a mi alrededor—. ¡Susan! —Mi compañera se gira—. ¿Podrías hacernos una foto?

—Claro.

La miro y sonrío con las mismas ganas que ella. Esta es la Arizona que brilla, la que el mundo merece conocer. Es la persona a la que amo con todo mi corazón y que cada día me sorprende, me anima a ser mejor. Ella dice que yo fui la última pieza que necesitó para cambiar su vida. Para mí ella es la última pieza que necesitaba para no rendirme nunca.

3

ARIZONA

Remoloneo y busco a Aiden en el otro lado de la cama. Me agarra la mano y me acerca a él.

—¿Por qué no estás agarrada a mí como un koala?

—Tenía calor.

—¿Por eso vas medio desnuda? —Me echa un vistazo de arriba abajo. La piel me cosquillea con su mirada.

—Sí, me levanté sudando y agobiada.

—Entiendo…

Baja su dedo por mi cintura hacia las caderas y sigue por las piernas. Me estremezco con su contacto. Pongo mi mano en su pecho desnudo; él lleva tan poca ropa como yo.

—Tú, sin embargo, dormías a pierna suelta —digo en susurros. No soy capaz de pensar en otra cosa que no sean sus manos.

—Siempre duermo a pierna suelta contigo —pronuncia las palabras muy cerca de mi cuello y su aliento me produce cosquillas.

Comienzo a bajar la mano por su pecho hasta que llego a la cinturilla de su pantalón, lo acaricio, suave. Juego. Él besa, por fin, mi cuello y sube por mi oreja y la muerde. Gimo sin poder evitarlo.

—¿Dices algo?

—Te odio.

—Lo dudo.

Su boca se posa en la mía sin dejarme replicar. Lo agarro del pelo ante su ímpetu y eso es todo lo que necesitamos para terminar de desnudarnos y olvidarnos de las obligaciones.



Es bien entrada la mañana cuando nos animamos a salir de la cama. Preparo café en mi nueva cafetera, aunque todo en esta casa es nuevo y cada rincón está decorado a mi gusto. La entrada

con el mueble de madera, el espejo con el borde dorado, los libros de moda y el ramo de flores frescas que intento tener siempre. El comedor con su sillón verde oscuro, sus cojines mostaza y el resto en colores blanco y beis. La cocina en esos mismos tonos, con todos los electrodomésticos que me parecieron necesarios. El despacho con la librería que ocupa toda una pared. La habitación que comparto con Aiden cada noche —se mudó conmigo a los pocos días de mi vuelta— y la de invitados para que pueda venir a dormir quien quiera. Y toda la casa llena de cuadros, fotos y cada interruptor pintado por Harper. Aunque lo más importante de todo es que cada vez que cruzo la puerta me siento en casa, este es mi sitio seguro y me siento tranquila y en paz, y eso es todo lo que quiero.

Aiden me abraza por la espalda y apoya su cabeza en mi hombro.

—¿En qué piensas?

—En lo bonita que es la casa. —Se ríe y coge su café.

Mi teléfono empieza a sonar y voy a la habitación a por él. Lo he dejado en la mesita cargando y sigue en modo «No molestar» desde ayer por la tarde. Si suena es que debe de ser alguien importante. Sonrío cuando veo el nombre de mi agente en la pantalla.

—¡Hola, Lex!

—¿Por qué no puedes llamarme Alexa, como todo el mundo?

—Porque no soy todo el mundo.

—Eso seguro.

—¿Cómo estás?

—Bien, bien. Trabajando.

—¿Nunca descansas?

—Solo cuando es necesario.

—Deberías hacerlo más a menudo.

—Créeme, descansar me hace pensar más de la cuenta y eso no es bueno.

Alexa y yo hemos cogido mucha confianza en muy poco tiempo. Ambas hemos entendido cómo funcionamos y cómo somos cada una. Incluso quedamos a tomarnos un café todas las semanas para hablar y quejarnos de cosas que no tienen que ver con nuestra relación profesional.

—En fin, no te llamaba para esto.

—Me imaginaba…

—¿Has mirado el teléfono? Espera, deja que lo adivine: NO. —Me río con sus palabras.

—No lo he hecho, no. ¿Por?

—Tommy Hilfiger ha subido a Instagram el vídeo que rodamos hace unas semanas. Tu primera campaña de vuelta, Ari, y ha quedado espectacular.

Helena no se equivocaba cuando me dijo que muchas marcas estaban deseando volver a trabajar conmigo. En el momento en que Alexa llamó a algunas puertas, las marcas respondieron positivamente. Nike fue la primera.

—Ay, Dios, voy. No me cuelgues.

Me caen unas lágrimas mientras lo veo. No es una campaña más. Es la primera que hago sin mi madre, es la primera que hago después de meses alejada de esto, es la primera de esta nueva vida.

—¿Sigues ahí? —le pregunto a Alexa.

—Sí, no me he ido. ¿Estás llorando?

—Un poco.

—¿Por qué, boba?

—No sabes lo que esto significa para mí.

—Sí que lo sé, por eso quería que la vieras. Esto lo has hecho tú sola, Ari, esa eres tú.

—Tú has ayudado.

—No, Arizona, yo he gestionado las cuestiones legales, pero el resto lo has hecho tú.

—Gracias, Alexa, de verdad.

—No me las des, con que me hagas rica me vale. —Me río.

—Eres idiota.

—Pero te he hecho reír. En fin, te voy a dejar porque tengo trabajo. ¡Te veo la semana que viene! ¡Besitos!

No me da tiempo a responder antes de que cuelgue. Vuelvo a la cocina con una sonrisa.

—¿Alexa? —me pregunta Aiden.

—La misma.

—¿Qué dice?

—Tommy ha subido a Instagram el vídeo que estuvimos grabando. ¿Quieres verlo?

—¿Qué pregunta es esa? —Me quita el teléfono de la mano para verlo y se sienta en el sofá. Yo me siento a su lado, expectante.

—Es brutal, Cece, creo que nunca dejarás de sorprenderme, eres buenísima en tu trabajo.

—Es mutuo entonces, tú también eres buenísimo en el tuyo.

Le doy un beso rápido en los labios y me acurruco contra él. Vemos de nuevo el vídeo y leemos algunos mensajes. En general, la respuesta es muy positiva. Acabamos viendo contenido *random* un buen rato.

—Oye, ¿sabes algo de Harper? —me pregunta de repente Aiden. Seguimos en la misma posición sentados.

—Sí, mañana coge el vuelo de vuelta.

—¿Y Jay? ¿Has conseguido hablar con él?

—No, desde que estuvimos el jueves con él, no. —Hago una pausa—. Lo noto apagadillo.

—No creo que sea otra cosa que muchas horas de trabajo.

—No sé. Cuando empezó en los Knicks parecía más contento.

—La vida no es lineal, Ce. Será una mala época sin más. No te rayes.

—Ya, sí, supongo… —Miro por la ventana, hace un día precioso—. ¿Te apetece que demos un paseo por la ciudad?

—Claro. ¿Ducha juntos? —Levanta las cejas y yo me río a carcajadas.

—Quizá no salgamos nunca de casa.

—Tampoco es mal plan mientras sea contigo.

—Te quiero, Aiden Barker. —Acerco mi nariz a la suya para darle un beso de esquimal.

—Y yo a ti, Arizona Cooper.

Epílogo



Veo a Arizona alejarse corriendo hacia el campo de flores. Este no es como el del año pasado; este es de tulipanes. Quise traerla en el momento en que encontré este lugar. Sabía que le iban a encantar.

Me quedo apoyado en el coche y la observo. Es algo que hago siempre que puedo. No quiero que se me escape nada de ella. Nada de esta nueva Arizona que no para de sorprenderme.

Hace un año que la tormenta estalló. Fue lo que todos esperábamos, lo que todos preveíamos. Fuerte, intempestiva, arrasadora. Lo bueno de ese tipo de tormentas es que, una vez despejas todo lo que ha quedado hecho añicos y estorba, te permiten volver a construir de nuevo.

Eso es lo que ella ha hecho en este tiempo. Ha colocado piedra sobre piedra hasta comenzar a construir los cimientos, unos fuertes, casi imbatibles diría, para seguir añadiendo más piedras hasta que un día la casa este construida entera. Y ninguna de esas piedras son de las que iban en la mochila que cargaba a su espalda y que no le permitía avanzar.

Me acerco a ella, que sigue oliendo y tocando con mucho cuidado las flores. La agarro por la cintura y la beso en el cuello. El sol, como la otra vez, empieza a desaparecer en el horizonte. Esta vez está más bajo y pinta el cielo de colores naranjas, amarillos y morados.

—¿Recuerdas la última la vez que estuvimos en un campo de flores? —me dice.

—Sí, fue hace un año.

—¿Y recuerdas la conversación de después?

—Más o menos.

—Tenías razón, Aiden, no me veía. Me miraba y no me veía. Era como ver borroso, como cuando tienes la cámara del móvil tan sucia que no se ve nítido o como cuando necesitas gafas y no lo sabes. Así me veía. —Gira su cuerpo para rodear mi cuello y que nos miremos a los ojos—. Y, joder, qué bonito es ese momento en que limpias la lente de la cámara o te pones las gafas y te das cuenta de lo que es ver.

—Ahora te ves.

—Ahora me veo. ¿Y sabes en qué más tenías razón?

—¿En qué?

—En que volvería a florecer. Ahora sé que, aunque me vuelva a marchitar, podré brotar de nuevo.

—Y yo estaré a tu lado para brotar contigo.

—Quizá fueras mi primavera, Aiden. La primavera que necesitaba para salir de ese invierno

oscuro.

Hasta el invierno más oscuro acaba iluminándose, hasta el verano más caluroso tiene tormentas. Solo hay que saber que, pase lo que pase, siempre volverán a crecer las flores. Volverán a brotar.

—Tú sí que eres la primavera entrando por la puerta de casa cada día, Ce.

Agradecimientos

No sé por dónde empezar y no es una manera de hablar. Estoy sentada enfrente de la pantalla pensando en lo que quiero decir y lo único que me sale es gracias.

Empecé este proyecto poco después de acabar la bilogía y lo terminé de escribir en febrero de 2023. Cuando puse el punto y final, era consciente de que necesitaba mucha corrección. La estructura no me encajaba, me costaba sentirme cómoda escribiendo en presente y había algo dentro de mí que me decía que a la historia le faltaba algo. Durante muchos meses, evité enfrentarme al borrador, tenía un miedo atroz a que me decepcionara cuando me pusiera a leerlo. En abril de este año dije que ya bastaba de evitarla y… hasta el día de hoy. Y, después de lo que han supuesto estos meses, estoy más segura que nunca de que quien te rodea puede cambiarlo todo, porque sin las personas que me han acompañado hoy no estaríais leyéndola.

A Soraya, Ana y Marta M., porque no tenéis ni idea de la cantidad de veces que hablar con vosotras me ha ayudado a no mandar a la papelera este archivo. Me habéis salvado de la misma manera que Aiden lo hace con Arizona.

A Paola, somos el mejor equipo, tía. Y eres mejor amiga.

A R., porque convivir conmigo no es fácil y, sin embargo, haces que lo parezca. Te quiero.

A Marta I., eres mi punto de apoyo pase lo que pase. No tengo hermanas, pero te tengo a ti.

A Abril, gracias por cada palabra de apoyo, por todo lo que me has ayudado y me has enseñado. Eres increíble.

A Miriam, titi, no creo que conozca en esta vida a alguien tan maravilloso, bueno y generoso como tú. Serás la primera en la cola cuando firme en la Feria del Libro.

A mis padres, porque ojalá mis hijos tengan la suerte de tener unos padres como los míos, porque significará que son muy afortunados.

Y a ti, que estás leyendo esta historia, gracias por confiar en ella.

Acerca del autor

Irene Mármol



(Valencia, 1992)

Ha vivido rodeada de libros desde que su madre le regaló Harry Potter con ocho años y descubrió todos los mundos y vidas que podía disfrutar entre las letras. Desde entonces siempre dice que, en realidad, nació para ser un personaje de un libro.
Aunque es graduada en pedagogía, decidió especializarse en edición de libros porque era lo que

le apasionaba. Se he dedicado cuatro años a editar los libros de otros y en 2022 decidió publicar su primera bilogía: El nosotros que un día fuimos y El nosotros que un día seremos.
Empezó a escribir en la adolescencia como una manera de desahogo, le ayudaba a gestionar sus emociones y a encontrar algo de paz. No fue hasta los dieciséis que se dio cuenta que quería contar historias y desde entonces su cabeza no ha parado de crear.
Si algo la define es el caos, el mar, las flores, el color amarillo, los libros y vivir con mucha intensidad.

Libros de este autor

El nosotros que un día fuimos

¿Nunca te has preguntado cómo sería tú vida si no hubieras conocido a esa persona que te enseñó lo que era querer y también que te rompieran?

A veces dos personas conectan y la vida les dice no. A veces la vida tiene otros planes. A veces el amor, como todo en la vida, es una línea curva con muchos obstáculos. Algunos insalvables.

El nosotros que un día seremos

¿Nunca te has preguntado cómo sería tú vida si no hubieras conocido a esa persona que te enseñó lo que era querer y también que te rompieran?

A veces dos personas conectan y la vida les dice no. A veces la vida tiene otros planes. A veces el amor, como todo en la vida, es una línea curva con muchos obstáculos. Algunos insalvables.